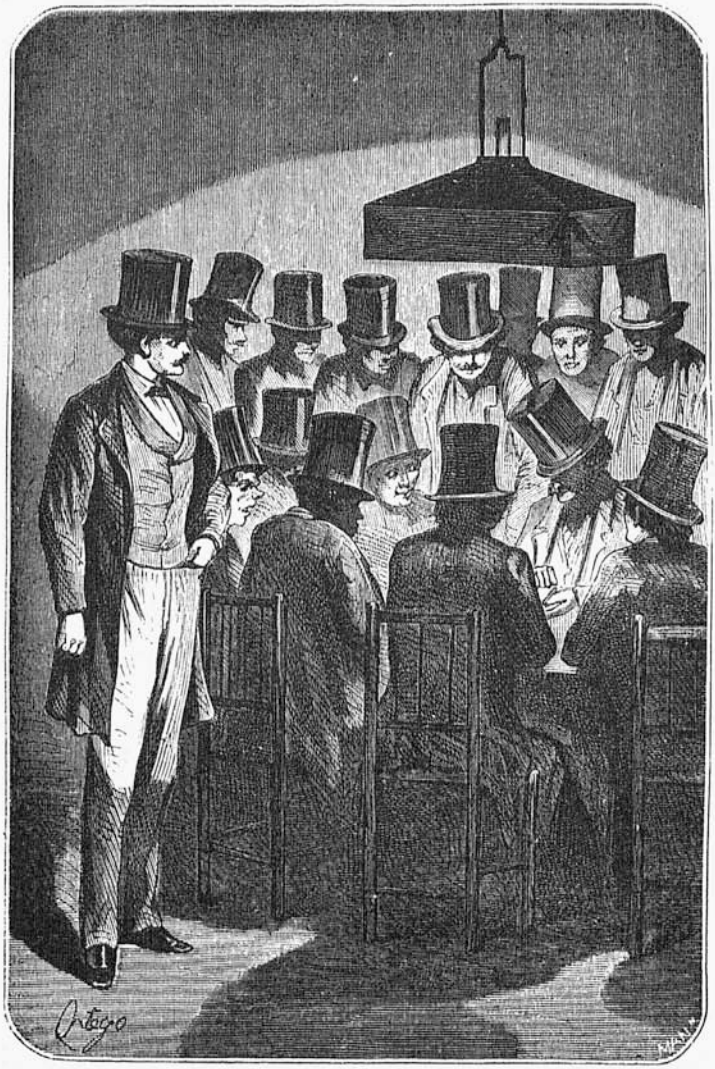


....: examinó la gente que habia en la partida.

Ալիսա Վասիլի Սեմյոնովնա Ռոմանովան

R. 12.105 2ª 1896

CASA EDITORIAL DE LA VIUDA DE RODRIGUEZ

LOS GRANDES INFAMES,

(CRÍMENES DESCONOCIDOS)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
OFICINAS Y ADMINISTRACION, PLAZA DEL BIOMBO, NÚM. 2.
1880.

Es propiedad.

ESTAB. TIP. DE M. MINUESA DE LOS RIOS, SOMBRERERÍA, NÚM. 6.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo se avinieron el marqués de Alpuente y Pepa.

I.

A las nueve y media de la noche, un camarero de la Rose de Cancale acomodaba á un señor embozado en uno de los gabinetes más elegantes de aquella fonda.

Recibió el encargo de llevar allí á una señora que llegaria á las diez y preguntaria.

Para entretener la media hora de espera, el marqués pidió una botella de ron.

Llevaba consigo la copia de las memorias, de los documentos y de la correspondencia que le habia entregado Pánfilo de Veracruz.

Aquella media hora fué un siglo para el marqués.

Durante ella consultó lo ménos diez veces su reló.

A las diez en punto se abrió la puerta del gabinete, y entró una señora con un vestido oscuro, sin ahuecador de ningun género, envuelta en un gran pañolon de cachemir, y echado completamente sobre el rostro el tupido velo negro de encaje de su sombrero.

El marqués hizo que sirviesen de una vez una cena

de cincuenta francos, Burdeos, Rhin y Champagne; y cuando esto estuvo hecho, cerró por dentro la puerta del gabinete, y corrió sobre ella el portier.

Entonces, y segura de no ser vista, Pepa, que ella era, se quitó el sombrero.

—Y bien, mi querido marqués, cenemos, dijo alegremente: yo he comido poco para ser buena comensal de usted.

—Yo no he comido nada; estoy preocupado, dijo el marqués.

—¿Preocupado, por qué? contestó Pepa comiendo con buen apetito.

—¿Por qué? porque aún no sé á qué atenerme: usted es libre, completamente libre, ¿pero querrá usted sujetarse por tercera vez á la coyunda?

—Sí, marqués, sí, por dos razones; porque pienso retirarme definitivamente, y porque quiero ser grande de España.

—¿Por amor hácia mí, no?

—¿Y qué importa á usted que yo le ame ó no, si me tiene y goza de mi estimacion y de mi amistad?

—Me extremece el pensar solamente en que yo pueda poseerlas de la misma manera que las ha poseido Céspedes: apenas se casó con usted y le tuvo usted sujeto, se apresuró usted á separarse de él.

—¡Oh! la situacion en que usted se encuentra colocado respecto á mí, es enteramente distinta de la que ocupaba Céspedes: usted me es muy simpático, marqués: de seguro Céspedes no hubiera hecho por poseerme lo que usted ha hecho.

—¡Oh! aún no sabe usted, mi adorada duquesa, todo lo que yo he hecho por usted.

—¿A qué llamarme duquesa, marqués? ¿acaso porque he estado casada con el pobre duque de Chatillon? una sentencia infamante me ha despojado de ese título, y al dármele me recuerda usted mis ocho horribles años de degradacion, de infamia, de trabajos forzados.

—Podré poco, ó se la rehabilitará á usted; se la absolverá: el gobierno francés necesita á cada paso buenos servicios del gobierno español, y yo tengo en el gobierno español grandes, grandísimas influencias: un jurado se equivoca, de muy buena fé sin duda, y no hay equivocacion que no pueda deshacerse, ni injusticia que no pueda repararse, fuera de los casos en que una equivocacion ó una injusticia producen una ejecucion de muerte: ¡oh, yo haré de usted la heroina de una novela sentimental!

—¡Oh, qué amor el de usted, marqués! francamente, no me obliga á enamorarme de usted, pero me conmueve, me halaga.

—¡Oh! gracias, señora: nos contentaremos con eso, que ya es una fortuna, porque no esperaba yo tanto: me parece que han de crecer sus simpatías hácia mí de una manera prodigiosa, cuando yo revele á usted un gran secreto que justifica el que yo la llame duquesa.

—¿Vive acaso el duque de Chatillon? dijo Pepa sonriendo de una manera fria.

—No; pero vive la duquesa de Santaren.

—¿Y qué tengo yo que ver con la duquesa de Santaren, marqués? dijo Pepa poniéndose pálida.

—Lo que tiene que ver una hija con su madre, contestó el marqués.

—¿Hija legítima? dijo Pepa.

—Sí, hija legítima, contestó el marqués.

—¿Y mi padre? ¿cómo se llamaba mi padre? dijo Pepa.

—Su padre de usted no se llamaba; se llama, porque vive, el marqués de Abades.

—¿Y todo eso puede probarse? dijo completamente preocupada Pepa.

—Sí, por confesion de su padre de usted y por documentos indudables.

—Quiero ver esas pruebas, esos documentos; para decirme esto, debe usted haber traido consigo esas pruebas.

—Tengo aquí los documentos originales, dijo el marqués sacando de debajo de su levita las memorias y los documentos.

—Sí, dijo Pepa al arrojar una mirada sobre el primero de aquellos papeles, sobre su prólogo, que ya conocemos: esta es la letra del que se firmaba con los nombres supuestos de teniente general don Cristóbal Perez de Olmedo. Tengo muchas cartas escritas por esta misma mano y firmadas por aquellos nombres: esas cartas, que poseo, robustecerán estas pruebas, estas pruebas indudables.

Pepa leyó algunos de aquellos papeles.

—¿Cuánto ha costado á usted esto, amigo mio? dijo mirando conmovida al marqués: ¿quién los ha dado á usted?

—Poco importa, señora, dijo el marqués, lo que estos papeles han costado, y el conocimiento de cómo los he adquirido: lo que para mí es importantísimo saber es si usted, hija legítima y única heredera de dos grandes de España inmensamente ricos, querrá ser esposa de un grande de España viejo, cuyo patrimonio está devorado por deudas.

—¡Oh! indudablemente, marqués; cuénteme usted por suya, por completamente suya; ¿cómo no amar á quien de tal manera me ama, á quien tales y tan enormes sacrificios ha hecho por mí?

—¡Ah, no, no, María Josefa! yo no he hecho por usted sacrificio alguno.

—¡Oh! precisamente, quien poseia estos papeles los habrá vendido muy caros; porque estos papeles son mi nombre, mi herencia, una grande herencia: seamos francos, marqués: todo lo que nos pertenece es comun á los dos; usted ha sido y es un hombre disipado, sé que sus rentas de usted están empeñadas: me he informado, en una palabra, porque vacilé entre usted y Céspedes: pero hubiera sido una locura dejar escapar la inmensa fortuna de Céspedes: esto se ha reducido al plazo de algunos dias: apenas casada me separé de Céspedes, tan extraña á él como lo era antes de casarme: mi fortuna, pues, por una acumulacion de sucesos, por una acumulacion de crímenes, esta es la frase, es fabulosa: asombra ver lo que produce el crímen: ciento veinte millones, herencia de Céspedes.

—Y sobre ciento, patrimonio del marqués de Abades y de la duquesa de Santaren.

—Pues bien, marqués, ya que hemos llegado á este punto, la cuenta de los gastos.

—No, no hace falta.

—Pero esto es una verdadera tontería: hablo de buena fé: pertenezco á usted en cuerpo y en alma; la cifra, la cifra de lo que han costado á usted estos papeles.

—En buen hora, puesto que cuento con la palabra de usted, y que por esta palabra todo es ya comun entre nosotros; estos papeles y el desembarazamiento... de Céspedes, me han costado una hipoteca de diez millones de reales sobre mis tierras.

—¡Oh! pues todo eso ha sido muy barato, si se atiende á lo que debe producir: ¿pero por qué une usted bajo un mismo precio la obtencion de estos papeles y la muerte de Céspedes?

—Porque ambas cosas se deben á una misma persona.

—Explíquese usted, no comprendo, no puedo comprender...

—Voy á explicarme: el marqués de Abades, esto es, su padre de usted, tenia estos papeles, que son sus memorias, guardados en un secreto de uno de sus muebles: una noche entraron ladrones en casa del marqués, y al romper aquel mueble rompieron el secreto en que estaban estos papeles; se los llevaron consigo, y fueron á parar á manos de uno de los jefes de la asociacion de ladrones de Madrid. Este jefe adquirió estos papeles, y al mismo tiempo que se hizo cargo del asunto de Céspedes, me los vendió.

—¿Y cómo se llama ese jefe?

—Debe usted conocerle, porque él la conoce á usted;

pero es posible que usted no le conozca bajo su verdadero nombre.

—Veamos.

—Su orígen es perfectamente desconocido: hace algunos años, los comandantes de los cruceros ingleses sobre la costa del Africa septentrional que están destinados á la persecucion de los negreros tienen su retrato, y le conocen por el nombre de Pánfilo de Veracruz.

—¡Negrero!

—Y pirata, y qué sé yo cuántas cosas más.

—¿Es un hombre alto, hermoso, como de treinta á treinta y cinco años, blanco, pálido, con la mirada penetrante, el cabello y la barba de un negro intenso, hombre que predispone á favor suyo á primera vista, y que al mismo tiempo impone respeto?

—Un hombre, además de eso, muy fino, muy elegante y de muy buenas maneras.

—Sí, precisamente, eso es; el excelentísimo señor don Santiago Rodriguez de Angulo, gran cruz, perfectamente relacionado, hombre importante en la política y en la Bolsa, y uno de los jefes secretos de los que se dedican en Madrid á negocios turbios de todo género, contándose entre ellos el asesinato y el robo, dijo profundamente Pepa.

—¿Ha habido algo de comun entre él y usted? preguntó con acento celoso el marqués.

—Sí, me ha encargado directamente el desempeño de algunos negocios muy graves.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Usted cree que ese hombre pueda ser alguna vez conocido?

—Difícilmente: y lo que me asombra es que le conozca usted.

—Le conozco por una casualidad (y el marqués contó á Pepa cómo habia conocido á Pánfilo de Veracruz); sin embargo, continuó, aunque le he visto despues en Madrid en los mejores círculos y ocupando una gran posicion, he dejado correr la bola: ¿qué me importaba á mí lo que fuese ese hombre, si de contínuo estamos tratando á personas muy consideradas y en muy alta posicion que debian estar en presidio? cuando le he necesitado, le he buscado, me he explicado con él, hemos llegado á una buena inteligencia, y me ha servido de una manera admirable: debemos, pues, guardar su secreto al señor Pánfilo de Veracruz.

—Indudablemente, para que él guarde el nuestro: vengamos ahora á nuestros propios asuntos. Antes de que se efectúe nuestro enlace, es necesario colocarnos en posicion desembarazada: lo que más pesa sobre mí es la condena sufrida por mi supuesta complicidad en el asesinato del duque de Chatillon, del cual estoy completamente inocente: es necesario que sobrevenga una rehabilitacion, cueste esta rehabilitacion lo que quiera: quédese usted en París para procurármela: yo me voy mañana á España; dentro de pocos dias estaré en posesion de mi herencia, y giraré á la órden de usted sobre el Banco de Francia algunos millones de reales: es necesario que convengamos en lo que debe hacerse para evitar cartas peligrosas: el medio de que debemos va-

lernos para provocar una nueva prueba de la cual salga una rehabilitacion completa, que de seguro me pondrá de moda en París, haciéndome una víctima interesante, es la vizcondesa de Aiguebleu.

—Pero la vizcondesa de Aiguebleu es, segun tengo entendido, una grande enemiga de usted.

—La vizcondesa de Aiguebleu tiene enemigos mucho más terribles; sus acreedores: tal es la vanidad de la vizcondesa, de tal modo ha querido sobreponerse á todos, que no la han bastado ni sus propias rentas ni las del ducado de Chatillon, que heredó por la muerte de mi primer marido: la vizcondesa-duquesa tiene pendiente de un hilo sobre su cabeza nobilísima la prision por deudas, y esto es horrible: hasta ahora, lo precario de su situacion sólo es conocida de su notario, y ella hará cuantos sacrificios sean posibles por evitar que la conozca todo el mundo: creo que con otros ocho ó diez millones podrá la vizcondesa salir de apuros y redondearse: dentro de algunos dias hágase usted presentar á ella; procure usted intimar con ella, é inspirarla confianza: haga usted el papel de un Creso, é indudablemente un dia apelará á usted para que la saque de su horrible atolladero: entonces exíjala usted servicio por servicio: dígala usted que está usted enamorado de mí, seguro de mi inocencia, que nuestro casamiento es cosa convenida desde el punto en que he enviudado por segunda vez (esto en confianza, por lo prematuro de una resolucion de enlace entre los dos, cuando aún están calientes los restos de mi segundo marido); encarézcala usted su interés en que yo aparezca digna de su nombre

y lo necesaria que es mi rehabilitacion en justicia, y la vizcondesa, que es muy influyente, que tiene grandes medios á su alcance, hará de modo que mi rehabilitacion legal sobrevendrá de una manera indudable; pero esto dentro de un mes.

—¡Oh, un mes todavia! dijo el impaciente marqués.

—No debemos apresurarnos, amigo mio, y echarlo todo á perder por una impaciencia injustificable: será necesario esperar á lo ménos seis meses antes que mi rehabilitacion sea un hecho consumado: despues viene mi asunto con mis padres; yo quiero presentarme á ellos con la frente alta, con derecho á recriminar; no con temor de ser recriminada: de todos modos tenemos que esperar á que se cumpla el año de luto; no debemos dar que decir, ni excitar por imprudencias sospechas.

—Pero entre tanto...

—Entre tanto, viviremos, yo en Madrid y usted en París: ó, por el contrario; yo en París y usted en Madrid.

—Estoy viejo, trabajado, gastado, y sabe Dios si me quedará un año de vida.

—Si usted me ama como asegura amarme, la certeza de que he de ser de usted debe reanimarle, rejuvenecerle: en una palabra; usted no puede, no debe desconfiar de mí: está en mi interés ser su esposa de usted: median entre nosotros grandes intereses, grandes secretos; la duda es imposible, á no ser completamente suspicaz.

—¡Entre nosotros andan el puñal y el veneno! dijo sombriamente el marqués.

—¡Oh, qué sospecha, marqués! dijo Pepa; ¡qué suposicion tan horrible!

—Esta suposicion no se refiere en manera alguna á usted; pero ese Pánfilo de Veracruz, ese negrero, ese corsario, ese infame...

—¿Y qué interés puede tener ese hombre en deshacerse de usted?

—¡Oh! ¡cuántos intereses pueden envenenar el corazon humano, el temor, la ambicion, el amor!...

—No comprendo á usted.

—¡Oh, sí! el temor de que por un accidente cualquiera revele yo su secreto: la ambicion de que mi hija añada al título y á la renta que posee por su madre, mi título y mi renta por muerte mia: porque ama como un loco á mi hija, y yo me he visto obligado á concedérsela.

—Y ella, ¿le ama?

—No lo sé; pero es posible: ese hombre es hermoso, posee el arte de la seduccion, y aunque no es grande, ni áun título, ocupa una alta posicion social: lo temo todo: si nos casáramos pronto, la cosa seria distinta: yo renunciaría mi título y mis bienes vinculados en mi hija, y Pánfilo de Veracruz se daria por satisfecho: usted no necesita ya mi título: por sus padres tiene usted dos tan buenos como el mio, y esto me daria la prueba completa de que usted se casaba conmigo por simpatía, lo cual sublimaría hasta lo infinito mi felicidad.

—Hablemos francamente, marqués, dijo Pepa; usted concede su hija á ese hombre de mala gana, de seguro, por compromiso, por miedo.

—Indudablemente, mi querida María Josefa, indudablemente; no me atrevo á hacer otra cosa: he salido milagrosamente bien de algunos negocios endiablados y temo cansar la fortuna y que un nuevo negocio desgraciado dé conmigo al traste.

—Pues yo tengo en mi fortuna más confianza que usted en la suya: en el laberinto en que nos encontramos empeñados, debemos tropezar por fuerza con negocios difíciles, consecuencias naturales de los negocios anteriores: fé en la suerte y valor para obrar, á fin de que podamos vernos un dia fuera del laberinto, en una posicion completamente desembarazada: yo me encargo de poner fuera de combate al señor Pánfilo de Veracruz; no ha de hacerlo usted todo: cuente usted desde ahora con que el enlace de su hija de usted con ese hombre, aunque ella consienta, no se efectuará.

—Cuidado, cuidado con ese hombre, María Josefa; yo creo que es hechicero y que adivina los pensamientos.

—No importa: yo dispongo de muchos más hechizos que él.

—¡Ah, encantadora! no sé en qué consiste esto; pero usted me inspira una confianza ilimitada: haga usted respecto á mí lo que quiera: me confieso completamente suyo.

—Pues bien, separémonos; ya es hora.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que sea un hecho mi rehabilitacion legal; para ese tiempo estoy segura de que ningun recelo podrá inspirar á usted ese negrero: creo que podré llevarme estos papeles que prueban mi nacimiento.

—Con ellos va su copia.

—Me alegro; me excuso de copiarlos yo.

—Sí; usted no debe presentar los documentos originales: seria una imprudencia.

—Hace mucho tiempo que yo no cometo imprudencias, mi querido marqués; pero adios, no debemos prolongar por más tiempo, y en las circunstancias en que nos encontramos, nuestra entrevista.

Pepa se puso el sombrero, se echó el velo sobre el rostro, y abrió la puerta.

—Hasta la vista, dijo al marqués.

Y salió.

II.

—¿Quién sabe, dijo el marqués, si acabo de suicidarme? ¿quién sabe lo que ella guarda en su cabeza y en su corazon para mí? pero esto es inevitable; los sucesos se han cortado de este modo: ella me ha vuelto loco, y ya no es tiempo de volver atrás ni de arrepentirse.

El marqués pidió la cuenta, la pagó, salió del café inglés, y se volvió al hotel de Provence.

CAPÍTULO II.

Dos eminencias del crimen.

I.

Tres dias despues, y rigurosamente vestida de luto, llegaba María Josefa á Madrid, y daba conocimiento al juez que entendia en la causa del asesinato de su marido.

Podria suceder muy bien que se la redujese á prision por un exceso de celo del juez; pero nada podria sobrevenirla, porque realmente ninguna parte habia tenido María Josefa en el asesinato de su segundo esposo, como no la habia tenido en el asesinato del primero.

Otros, y por su interés particular, se habian encargado de aquellos horribles crímenes, tan funesto el primero para María Josefa, como lo fué favorable el segundo.

II.

El juez se apresuró á ir á verla, la comunicó con las muestras del mayor sentimiento y del mayor inte-

rés la desgracia, la tomó por pura fórmula declaracion, preguntándola si la constaba que su marido tuviese algun enemigo en quien pudiera sospecharse el crímen, y habiendo recibido una contestacion negativa, y despues de haberla dicho algunas galanterías, se retiró deseándola que el tiempo la consolase.

III.

A los tres dias, á instancias de María Josefa, se abrió el testamento de Céspedes, y con arreglo á él, y no existiendo heredero forzoso por la anulacion que Céspedes habia hecho de su reconocimiento como hijos suyos naturales de los hijos de Dolores García, Pepa fué puesta en posesion de la fortuna de aquel.

Se excusó el trabajo la testamentaría, porque Céspedes habia dejado perfectamente claros sus negocios.

Se entregaron á Dolores García cuatro millones de reales, que aquella reclamó con un documento en forma, y todo quedó concluido.

IV.

Pepa hizo unos magníficos funerales al difunto, se mudó de la casa como en muestra de que su dolor no la permitia habitar en ella, y permaneció un mes encerrada sin dejarse ver de nadie.

V.

Este mes lo empleó Pepa en madurar sus proyectos.

Terminado este mes, Pánfilo de Veracruz recibió el billete siguiente:

«Amigo mio: una dama que le estima á usted en mucho, completamente libre y que no es ni vieja ni fea, se atreve á anunciar á usted que mañana á las cuatro de la tarde le esperará en un carruaje fuera de la puerta de Santa Bárbara: los caballos de este carruaje serán andaluces, tordos flor de lino.»

VI.

El corsario estaba demasiado preocupado por los amores de Magdalena para atender á la cita de otra mujer: pero vió, ó mejor dicho, adivinó algo grave bajo las palabras de la carta de Pepa, y acudió á la cita.

Al detenerse su carruaje fuera de la puerta de Santa Bárbara, vió á poca distancia una bella carretela con un magnífico tronco de caballos andaluces tordos flor de lino.

Bajó de su carruaje, le mandó esperar, se acercó decididamente al otro y abrió su portezuela.

Dentro habia una señora elegantísima vestida completamente de negro, aunque no de luto, y echado sobre el rostro el velo de su capota, que era tan tupido que no se la veia nada por lo que pudiese reconocérsela.

—Creo no haberme equivocado, dijo Pánfilo de Veracruz inclinándose para adentro.

—No, amigo mio, dijo Pepa enronqueciendo su voz, de modo que no pudo reconocerla por ella Pánfilo de Veracruz.

Entró éste, cerró la portezuela, y el carruaje, como

si el cochero hubiese estado prevenido de antemano, partió tomando la vuelta de la Ronda de Madrid.

—Y bien, señora, dijo el corsario; no sé á qué atribuir el favor de esta cita.

—No es ciertamente la cita de una mujer enamorada, amigo mio, dijo Pepa desfigurando siempre su voz: ya sabemos que su corazon no le pertenece.

—¡Cómo, señora!...

—Todo el mundo sabe que sigue usted por todas partes, hasta á la iglesia, á la hermosísima marquesa de Santorcaz.

—Pues si todo el mundo lo sabe, señora, no puedo negarlo; no quiero negarlo tampoco.

—Ni hay para qué: he dicho á usted, y se lo repito, que esta no es la cita de una mujer enamorada; se trata únicamente de pedir á usted algunos informes.

—¿De qué género, señora?

—Informes de política interior: importa mucho saber si la crísis en que se dice está el gobierno, es cierta.

—Ciertísima, señora: el ministerio se ha puesto en inarmonía con la corona; y cuando esto sucede, cuando no hay medio de transaccion, la caida de un gobierno que en tales circunstancias se encuentra, es segura.

—¿Y cuál es la verdadera causa de la crísis, amigo?

—Los recientes escándalos parlamentarios; la mayoría se ha fraccionado, el gobierno no puede reorganizarla, porque no puede satisfacer los intereses de todos los disidentes, y ha pedido á la corona la clausura del Parlamento; esta clausura, que seria ahora altamente impolítica, ha sido denegada, y hé aquí la verdadera,

la única causa de la crísis: el actual gobierno no puede existir con el actual Parlamento, y si las dimisiones no han aparecido todavía en la *Gaceta,* es porque todavía no se ha encontrado un gabinete que, gozando de la confianza de la corona, pueda gobernar sin la clausura del Parlamento.

—Y dígame usted, ¿quién tiene en estos momentos las probabilidades de ser poder?

—Se hace mucha atmósfera, se miente mucho; todas las fracciones, por medio de sus órganos en la prensa, echan á volar sus candidaturas, la mayor parte de las cuales son inaceptables, absurdas: se pretende rehabilitar á hombres gastados, desprestigiados, peligrosos; pero la verdad es que nada se sabe.

—¿No se ha hablado del marqués de Abades?

—Sí, pero con pocas probabilidades; el ilustre marqués sólo podria ser jefe de un ministerio de transicion, y bajo esas condiciones, el marqués no aceptaría el encargo de la formacion de un gabinete: es hombre de poca energía, de ideas antiguas, absolutista por conviccion, y que tiene la peregrina ocurrencia de pretender cohonestar el absolutismo antiguo con las necesidades de nuestra época: además de esto el buen marqués, hombre de pocos alcances, daria aliento, valiéndose de ella, á cierta gente *non sancta* que ha sido echada á palos del poder, que si se la alienta mucho acabará por dar una gran influencia sobre nuestra política á la política exterior, lo que podria producir trastornos y peligros incalculables: la subida del marqués de Abades al poder, es en todo caso remotísima, problemática.

—¿Y no hay ninguna influencia que pueda ayudar á subir al marqués de Abades?

—¡Influencia! en España se puede encontrar por muchas partes influencia; pero siempre por medio de un doloroso sacrificio de dinero; sí, un gran sacrificio de dinero para comprar la influencia de esta ó de la otra alta persona.

—Cueste lo que cueste, dijo Pepa, es necesario que el marqués de Abades sea presidente del Consejo.

—Podria ser cosa de uno, dos ó tres millones.

—No importa.

—Esto es una suposicion mia, dijo recogiendo velas el corsario, porque no sabia con quién hablaba.

Pepa lo comprendió, y se levantó el velo.

El corsario lanzó una exclamacion de sorpresa.

—¡Ah, diablo! dijo; eres tú, Pepa; debia haberlo adivinado; pero la marquesa de Santorcaz me tiene fuera de mí, y temo mucho que la pasion que me inspira no acabe por embrutecerme.

—Cuando se sube muy alto, es necesario tener la cabeza muy alta para que no nos atraiga el vacío y nos haga caer, señor Pánfilo de Veracruz.

—¡Ah! ese imbécil de marqués de Alpuente te ha vendido mi secreto.

—Verdaderamente, un imbécil que me estorba lo que tú no puedes figurarte.

—¡Con que te estorba, eh! pues una chica millonaria como tú puede con suma facilidad librarse de estorbos.

—Por ahora, y tal vez durante seis meses, el mar-

qués es un estorbo que me sirve; un amigo mio inmejorable, para que gestione en París mi rehabilitacion por aquellos malditos ocho años de condena de trabajos forzados; condena á todas luces injusta.

—Aplícala otras causas y aparecerá la justicia de la condena: ¡la Providencia, hija, la Providencia! ella es la enemiga de todos los que, como nosotros, se dedican á los grandes negocios.

—No creo en la Providencia: he visto á muchos bribones honrados á quienes todo ha salido de bien en mejor, que han muerto tranquilamente en su cama gozando del respeto de todos.

—Sin embargo, Pepa, yo creo que hay Dios.

—No te conozco; voy creyendo que la marquesita de Santorcaz te ha vuelto de todo punto loco: ¡quién piensa en Dios cuando, como tú y yo se ha entregado al demonio; ni á qué pensar en esto, cuando como Hernan Cortés, hemos quemado nuestras naves? además, la culpa no es nuestra: no hemos hecho nosotros las circunstancias que nos han traido al punto en que nos encontramos; si yo no hubiera sido la víctima de una venganza incomprensible, de una venganza que tú conoces lo mismo que yo, puesto que de tí ha recibido el marqués de Alpuente los documentos que prueban mi orígen, yo seria una buena mujer; porque todo lo malo que he hecho lo he hecho por necesidad, obligada por las circunstancias.

—A pesar de todo, tú y yo tenemos el alma infame, dijo el corsario.

—¡Ah, sí! ¡el alma infame! dijo con amargo sarcasmo Pepa; es decir, el alma fuerte para contestar con la infa-

mia á la infamia que el mundo ejerce sobre el pobre sér débil y abandonado; el alma infame, sí; el alma helada y fria por el sufrimiento, que se desespera, que en nada repara, que en ningun obstáculo se detiene, ni áun en el crímen, para obtener lo que nos niega el egoismo ó la dureza de corazon de los demás, ó para defenderse de otros infames; eso es comprender á la vida, establecer una lucha, vencer ó ser vencidos: ¡bah! me haces reir, me estás pareciendo el lobo ermitaño, el diablo predicador.

—Llega un dia en que vemos la vida bajo una faz nueva, dijo con acento opaco el pirata: un dia en que comprendemos, porque lo sentimos, que hay en la vida algo dulce, algo grande, algo sublime que se pone en completa contradiccion con el egoismo frio que nos ha llevado al crímen: llega un dia en que amamos.

—¡Ah! ¡con que es cierto que el amor regenera! dijo siempre sarcástica Pepa: yo lo habia considerado esto como el delirio de los poetas, y me habia reido de esos pobres tontos envidiables que viven soñando, fingiéndose un mundo que no existe, y en ese mundo un hombre ó una mujer ideales, que si existiesen para nada servirian, como no fuera para ser mártires; pero por lo visto, esto es verdad: tú te has regenerado, Santiago, porque segun dices, amas: esto me demuestra que yo no he ámado nunca, porque nunca se me han ocurrido esas extrañas ideas; sentiria mucho amar, porque sentiria regenerarme: créeme: debe ser una cosa muy fastidiosa avergonzarse de sí mismo, luchar con los recuerdos; desear ser más poderoso que Dios; porque Dios no puede

hacer que lo que ha sido deje de haber sido; sentir el remordimiento, ver en medio de nuestro sueño fantasmas rojas: extremecerse pensando en la muerte por miedo á un eterno castigo, y todo á cambio de qué; ¿quieres decírmelo? de un sueño, de una fascinacion, de una excitacion más ó ménos poderosa; de eso que se llama amor: no seas débil, Santiago, no seas débil: ponte enérgicamente en cura; el amor, tal cual lo crees ahora, fascinado por la marquesita de Santorcaz, ese amor eterno que se supone para más allá de la tumba, porque es la refundicion de dos almas en una sola, y el alma es inmortal, no existe; el amor es una enfermedad que se cura más pronto ó más tarde; que en su acceso produce la locura; que desaparece cuando se satisface; que deja tras sí un desengaño frio; un hastío profundo, la vergüenza de haber caido durante algun tiempo en una debilidad absurda, de haber sido durante algun tiempo esclavo abyecto de un sentimiento falso que no merecia la pena de la abdicacion de la voluntad: cúrate, Santiago, cúrate; la curacion del amor es la satisfaccion de su deseo: satisfácele á todo trance; aunque sea á costa de la infamia, y emancípate, vuelve á ser hombre.

—Tú amarás, dijo el pirata.

—Si he de amar á la manera que tú, no quiera Dios que yo ame nunca; pero sí, yo amo ya, amo lo que debo amar, me amo á mí misma; estoy enamorada de mí misma: ¿lo dudas? me alegraria de que me sorprendieras mirándome en un espejo: estoy segura de que á nadie parezco yo tan hermosa como me lo parezco á mí misma; yo lo sacrifico todo al objeto de mi amor, á mí; yo

necesito hacer que mi hermosura resplandezca con todo el deslumbrante brillo que da una altísima posicion sostenida por un monte de oro: quiero gozarme en la desesperacion de los que se enamoran de mí con la rabiosa envidia de las mujeres; quiero ser una de esas reinas del mundo, á quienes todos rinden homenaje: quiero ser libre, completamente libre, tiranizar y no ser tiranizada; dominar y no sentir sobre mí dominio alguno: basta lo sufrido: yo tambien he pagado tributo al amor; y el amor me ha sido tan funesto, que me he curado radicalmente, que tengo dentro de mí el antídoto del amor, y no me puedo enamorar ya.

—Ansías una libertad absoluta, y sin embargo, pretendes casarte con el marqués de Alpuente.

—Yo no te he dicho eso.

—Lo supongo.

—Supones mal: una cosa es que yo aliente las pretensiones del marqués y le haga creer que le amo, y otra que yo me case con él: pero como está loco á la manera que tú lo estás, y si dilato mi union con él cuando me haya servido de él será capaz de cometer desesperado una enormidad que me comprometa, necesito que cuando llegue el momento oportuno me desembaraces de ese viejo loco.

—No, dijo el corsario; no aumentaré con una sola gota más de sangre la que pesa sobre mi cabeza.

—¡Oh, tú le matarás! ¡vaya si le matarás! estás loco tambien, y yo me valdré de tu locura; de seguro tú sentirias que la marquesita de Santorcaz conociese tu historia.

—¿Has meditado bien, Pepa, lo peligroso que es aventurarse en una lucha conmigo?

—¡Bah! no puedes comprometerme ante las leyes: te es de todo punto imposible: no tienes una sola prueba contra mí; lo que me afligia, lo que me aflige, esto es, mi condena sufrida de ocho años de trabajos forzados, va á desaparecer; voy á ser rehabilitada, y á mi rehabilitacion cooperarás indirectamente tú.

—Eso es distinto: haré todo lo posible para que aparezcas ante el mundo con una historia completamente sentimental, como una víctima á la cual se hace al fin justicia; pero no comprendo cómo pueda yo hacer eso y no lo puedas hacer por tí misma tú.

—¿No me has dicho que la caida del gabinete es cosa resuelta y que no tiene más vida que el tiempo que se tarde en encontrarle reemplazo?

—Sí, exactísimo.

—¿No me has dicho tambien que mi padre, el señor marqués de Abades, puede ser presidente del Consejo mediante uno, dos ó tres millones de reales?

—Sí, hay una alta influencia siempre necesitada de dinero, á quien se puede comprar la presidencia del Consejo.

—Pues bien, no hablemos más de esto: pon en juego todos tus recursos, cuenta con todo el dinero que se necesite, y que la crísis se resuelva cuanto antes.

—Se resolverá, se encargará la formacion del gabinete al marqués de Abades, y éste con sus compañeros jurarán muy pronto, sorprendiendo á todo el mundo, y sin que nadie conozca el secreto de este nombramiento más que

la alta influencia de que nos serviremos, que se valdrá de un pretexto plausible, y nosotros que lo habremos hecho.

—¿Y quién es esa alta influencia?

—¡Oh! poco á poco: cualquiera; este es un secreto: todo consiste en poner en juego algunos resortes ocultos: todo ello será obra de una intriga política: la historia no podrá explicarse la razon del encumbramiento de tu padre: es ilógico, absurdo, y se va á armar una polvareda de las buenas; yo te lo aseguro.

—¿Pero á pesar de esa polvareda, podrá mantenerse mi padre en el poder dos ó tres meses?

—Indudablemente, porque yo estaré á su lado; porque yo seré el alma del gobierno; porque yo sé loque hay que hacer en este país donde la audacia basta para todo: pero no podremos mantenernos mucho tiempo: habrá que disolver las Córtes, y naufragaremos en las elecciones: dos, tres meses á lo más: no hay que hacerse ilusiones.

—Me basta con ese tiempo.

—¿Pero cuál es tu objeto?

—Mi rehabilitacion ante los tribunales franceses: un negocio hecho por cuenta del interés de la política exterior.

—Una especie de traicion á España, ¿no es esto?

—Una partida de mala fé.

—No te suponia yo tanto talento, Pepa; eres una mujer formidable; si en otro tiempo te hubiera conocido, te hubiera utilizado en grande.

—No me utilizas poco, Santiago; por mí vas á ser ministro: y te conozco bien; de seguro tomas para tí la

cartera de Hacienda; y por poco tiempo que la tengas, ya la tendrás lo bastante para negociar un empréstito, ó para explotar algunas grandes subastas, ó para hacer tu negocio en la Bolsa, y tal vez todo esto á la par, sin contar con lo que te produzca una contradanza de altos funcionarios.

—Todo eso he podido yo hacerlo por mí mismo; pero no se me habia ocurrido: á veces las cosas más sencillas son las que se ocurren ménos.

—Ya ves que me debes la inspiracion de ese gran pensamiento, y el dinero que cueste llevarle á cabo, es, pues, de toda justicia, que por lo ménos partamos las utilidades del negocio.

—Convenido, dijo el corsario: pero son las cinco y media, añadió consultando su reló, y seria conveniente mi presencia en el salon de conferencias para ir haciendo atmósfera: se trabaja mucho de zapa, y no sabemos los trabajos que nos veremos obligados á destruir: estas cosas, si no se hacen en un momento y por sorpresa, no se hacen nunca: debemos separarnos.

—Como quieras.

Pepa tocó el cristal, y mandó detener el carruaje.

El corsario salió de él, y pasó al suyo.

VII.

Pepa entró en Madrid un momento despues por la puerta de Toledo.

CAPÍTULO III.

A los treinta y dos años.

I.

A las dos de aquella misma noche, el marqués de Abades, que estaba acostado y durmiendo, fué despertado, y se encontró con sorpresa con una visita que se anunciaba urgentísima y del mayor interés, del señor don Santiago Rodriguez de Angulo.

—¡Oh, amigo mio! dijo éste, cuando el marqués, sin tomarse más tiempo que el necesario para ponerse unos pantalones y la bata, le recibió en su gabinete: vístase usted al momento: el grande uniforme, las grandes cruces.

—¿Y para qué todo eso, don Santiago? dijo el marqués poniéndose pálido.

—Es cosa decidida que usted se encargue de la formacion del gabinete.

—¡Yo! pero si yo ni áun he pensado en ello; si he visto con el más profundo disgusto, que sin autorizacion mia se ha echado á volar mi nombre en los diarios al frente de candidaturas imposibles. ¿Qué significa esto? ¿qué hay aquí oculto?

—Esto significa lo mucho en que á usted se estima.

—Las circunstancias no son á propósito para mí: tendria que transigir demasiado; que ponerme demasiado en pugna con mis principios invariables: esto se lo lleva el demonio: vivimos de casualidad; todo está invertido: las creencias han sido sustituidas por el interés sórdido y miserable; preveo un cataclismo, y no quiero, ni puedo, ni debo contribuir á él tomando parte en la gestion de los negocios públicos, que veo muy embrollados.

—Por lo mismo se necesita un hombre de principios severos, de grande energía, de acrisolado patriotismo, recomendable por altos servicios prestados á la nacion; es cosa decidida, no hagamos esperar: póngase usted el uniforme, y en marcha, general, en marcha.

—¿Pero de quién echo yo mano con tal premura, sin haber pensado en nada? dijo el marqués á quien empezaba á desvanecer la ambicion.

—Yo he pensado por usted, y hé aquí la lista de nuestros compañeros, que someto á la aprobacion de usted.

Y sacó de su cartera un papel que contenia una candidatura.

El marqués la leyó.

—Aquí hay nombres completamente gastados, completamente impopulares, dijo.

—No importa, marqués, no importa: estos señores son perfectamente dóciles: á pesar de todo, el país está tranquilo, y la oposicion que se hará á esos nombramientos se reducirá á algunas fuertes diatribas de la prensa, que no verán la luz pública: porque ¿para qué se ha hecho el fiscal, para qué se han inventado las recogidas? Desengá-

ñese usted, mientras no se eleve la cifra del presupuesto, no hay que temer nada, y nosotros dejaremos en paz el presupuesto tal como lo encontremos: un poco de tacto para ganar paso á paso el terreno, una energía conveniente, y todo marchará bien.

—No me decido aún: yo tengo compromisos que no podria satisfacer.

—Se alientan esperanzas; se usa de una buena diplomacia con los unos y con los otros, y entre tanto se marcha con las cajas á la espalda y sin hacer ruido, hácia el objeto.

—El Parlamento no es nuestro: no podemos soñar ni áun con la esperanza de tener en él mayoría: caeremos á la primera votacion y de una manera ridícula.

—Se evitan las votaciones trascendentales; y sobre todo, tenemos al país acostumbrado á que ningun gabinete se retire por haber perdido una votacion: en último resultado, se disuelve el Parlamento y nos hacemos el nuestro.

—Me repugna todo eso.

—Así lo encontramos establecido: este es el órden actual de las cosas y es necesario usar de los únicos medios posibles; pero estamos haciéndonos esperar demasiado: la casaca, marqués, la casaca, y no disputemos más.

II.

Un cuarto de hora despues, el marqués de Abades salia con el corsario, y de gran uniforme, y entraba en su carruaje.

Al dia siguiente, causando una sorpresa general, apareció en la *Gaceta* el nombramiento de un gabinete que nadie esperaba, á cuya cabeza, como presidente del Consejo, sin cartera, apareció el excelentísimo señor don Alonso de la Bastida Perez de Guzman el Bueno, marqués de Abades, grande de España de primera clase, teniente general de los ejércitos nacionales, senador del reino, gran cruz de esto y de lo otro, etc., etc.

Los diarios que se atrevieron á decir incumbencias fueron recogidos.

A los quince dias, y despues de algunos alborotos parlamentarios, fueron disueltas las Córtes y convocadas otras nuevas.

El país se entregó á la lucha electoral, y el nuevo gobierno siguió adelante.

III.

Un mes despues de su advenimiento al poder, el marqués de Abades recibió el anuncio de una visita que lo extremeció de los piés á la cabeza.

Le estaba esperando en el salon su mujer; esto es, la excelentísima señora duquesa de Santaren.

El marqués no encontró medio de negarse, y entró de muy mal humor en el salon.

La duquesa, aunque ya pasaba de los cincuenta años, representaba veinte ménos, y se conservaba relativamente hermosa.

Al entrar su marido en el salon, lanzó sobre él una insolente mirada de triunfo.

—¿Qué es esto, señora? la dijo severamente el marqués: ¿no habíamos convenido en que no volveríamos á vernos, en que usted permanecería en Rivadesella?

—Han variado las circunstancias, amigo mio; sírvase usted pasar la vista por estos papeles.

Y la duquesa sacó de debajo de su abrigo la copia de las memorias y de los documentos que ya conocemos, y la entregó al marqués.

Éste al leer su sobreescrito, al examinarlas rápidamente, se puso mortalmente pálido.

—¡Ah! los resultados de una imprudencia mia, exclamó el marqués arrugando con furor aquellos papeles: ¡qué necesidad tenia yo de haber escrito nada de esto! ¡mi rectitud de corazon! ¡el deséo de que mi hija pudiese revindicar un dia su nombre y sus derechos!

—¡La santa Providencia de Dios! dijo la duquesa desplomando su intensa mirada en que resplandecia el gozo del triunfo sobre el marqués.

—¿Cómo han venido á tus manos los papeles, de que estos que me has entregado son copia, María de los Ángeles? dijo el marqués sentándose junto á su mujer en un sillon, completamente variado el aspecto y mirando de una manera profunda é incomprensible á la duquesa.

—¿Cómo, Alonso? de la manera más grata del mundo, respondió con ardor la duquesa: ¿no ves en mí algo de niña á pesar de mis cincuenta años? ¿no ves que me he rejuvenecido, que hay en mí un exceso de vida y de pasion? ¡ah! es que soy completamente feliz: es que lo espero todo despues de treinta y dos años horribles, de treinta y dos años de expiacion por la violencia de un

amor que tú no comprendiste: ¿cómo han venido á mis manos estos papeles? oye: hace seis dias me anunciaron en nuestro palacio de Rivadesella la visita de una señora que venia á verme desde Madrid.

Esta última circunstancia hizo que yo me apresurase á recibir á aquella señora.

Al verla me extremecí de placer, de alegría, de amor; me bastó verla para reconocerla: era nuestra hija, la duquesa viuda de Chatillon.

—¡Ah! exclamó el marqués: ¿por qué pronuncias el nombre de nuestra hija junto al del desgraciado duque de Chatillon? ¿no sabes que fué asesinado en París? ¿no sabes que nuestra hija ha sufrido ocho años de trabajos forzados por vehemèntes indicios de complicidad en el asesinato de su esposo?

—Esperaba esta horrible observacion tuya, dijo la duquesa, y mi contestacion á ella es esta carta de la actual duquesa de Chatillon, vizcondesa de Aiguebleu, á nuestra hija.

La duquesa dió una carta á su marido.

Este la abrió temblando.

IV.

Aquella carta decia así:

«Señora duquesa viuda de Chatillon: mi respetable amiga y parienta...

—Esta es indudablemente la letra de la vizcondesa de Aiguebleu, exclamó con ánsia el marqués: si fuera una falsificacion, la falsificacion se comprobaria muy pronto:

¿por qué la orgullosa vizcondesa de Aiguebleu llama á mi hija duquesa viuda de Chatillon, su respetable amiga y parienta?

—Porque nuestra hija es inocente, dijo con vehemencia la duquesa: lee, lee y te convencerás.

El marqués se pasó la mano por la frente como para dominar la especie de vértigo que le habia acometido.

Hizo un esfuerzo y continuó leyendo:

«Me apresuro á escribiros, á consolaros, mi querida María Josefa, y á pediros de antemano perdon por haberos supuesto criminal, engañada por funestas apariencias: se ha descubierto que la correspondencia amorosa que para complicaros en su crímen presentó el miserable que fué guillotinado á causa del asesinato de mi primo el duque de Chatillon, vuestro esposo, era completamente falsa.

»Un confinado condenado á trabajos forzados perpétuos en el arsenal de Brest, abrumado por el peso de su conciencia, ha declarado que falsificó aquellas cartas, por sugestion del asesino: esto se ha probado. El falsificador, en presencia del subprefecto y de algunos funcionarios públicos del arsenal de Brest, ha reproducido de una manera admirable aquellas cartas.

»Esto ha demostrado vuestra inocencia; pero falta la rehabilitacion legal, que para obtenerla yo interpondré todo mi influjo.

»¿Por qué vos no os procurais en la córte de Madrid una influencia bastante poderosa para con nuestro gobierno?

»El embajador de Francia en Madrid, pariente mio,

y persona recomendabilísima, irá á haceros una visita de mi parte, sirviéndole de credencial esta carta.

»Todos mis amigos de París conocen vuestra inocencia, y ansían veros entre ellos, para indemnizaros en cuanto les sea posible con su amistad de lo que habeis sufrido á causa de un crímen horrible.

»Esperad, señora duquesa, de mí, todo lo que esté en mis posibilidades.

»Me confieso de nuevo vuestra apasionada amiga, parienta y servidora.—La duquesa de Chatillon.»

V.

—¡Ah! esta seria demasiada felicidad, exclamó el marqués: mis memorias no pasan de la sentencia de mi hija; no me he atrevido á escribir más: su rehabilitacion puede ser completa: el gobierno francés apreciaria mucho se le complaciese en la cuestion de aranceles: Cataluña está demasiado protegida: la demasiada proteccion, en vez de desarrollar la industria, la estaciona, la perjudica: ¡oh, sí! y es necesario apresurar esto; las elecciones nos son contrarias, no podemos esperar una mayoría, nos veremos obligados á dimitir al poco tiempo de abrirse las nuevas Córtes: ningun gobierno tiene fuerza bastante para disolver un Parlamento naciente, cuando para formarle ha disuelto otro: seria necesario un golpe de Estado, y no hay resolucion para ello; se cree imposible.

El marqués hablaba alto, pero como si hablase consigo mismo.

La duquesa le escuchaba con ansiedad.

—Y bien, dijo; es necesario no perder tiempo: salvemos á nuestra hija, aunque para salvarla, para rehabilitarla sea necesario que á todo se lo lleve el diablo.

—Sí; hoy mismo iré á ver al embajador de Francia; estoy en muy buenas relaciones con él: aún tenemos un mes de vida: están cerradas las Córtes; y aunque nos hagamos responsables de una ilegalidad, tenemos tiempo para terminar una negociacion diplomática hecha por sorpresa.

Y el marqués se levantó.

—No te detengo, dijo la duquesa; pero me quedo en casa.

—¿Y dónde has de quedarte dijo el marqués mirando profundamente á la duquesa, sino en casa de tu marido?

—Una palabra, una sola palabra: lo que sucede es demasiado grave para que no se anegue bajo su gravedad tu exagerado resentimiento contra mí, que tantos males ha causado, que tanto y tan horriblemente ha hecho sufrir á nuestra hija. ¿Cuál es mi delito? el de haberte amado hasta el punto de obligarte á ser mi esposo: ¿no son bastantes treinta y dos años de sufrimientos horribles, de ansiedad, de desesperacion, de infierno? ¿no he guardado tu honor y tu amor como un tesoro? ¿no te amo aún como hace treinta y dos años te amaba? ¿por qué no tienes una palabra de perdon, de consuelo, de amor para mí?

El marqués asió las manos de su mujer, y la miró fascinado, dominado.

—Voy á hacerte una confesion dolorosa, dijo: tu sumision á mi voluntad, la resignacion con que has permanecido lejos de mí año tras año, sin romper el silencio que yo te habia impuesto, el conocimiento de lo que debias sufrir, despojada de tu hija, ignorando lo que habia sido de ella, los años que amortiguan las pasiones, la soledad en que yo me encontraba en mi casa, todo esto iba creando en mi alma un tierno interés por tí, matando la antipatía que me habias inspirado, convirtiéndote para mí en otro sér completamente distinto: durante algunos años, ni siquiera pensé en conocer tu género de vida: un dia, en fin, necesité tener noticias de tí, y las obtuve por medios indirectos; supe que hacias, que habias hecho desde que llegastes á Rivadesella una vida ejemplar, la vida de una santa; que eras la Providencia de los pobres, que todos te amaban y te llamaban su ángel: entonces empecé á amarte, María; pero la energía de mi carácter se sublevaba contra mi amor, le combatia: por aquel tiempo, nuestra hija me pidió licencia para casarse con el vizconde de Chatillon; me informé, supe que el vizconde era un hombre imposible, disipado, lleno de vicios repugnantes, miserable, y prohibí á nuestra hija de una manera concluyente su enlace con él: este enlace, sin embargo, se hizo, y yo, irritado, levanté mi mano de sobre María Josefa, la abandoné á su destino: aconteció despues el horrible asesinato del duque de Chatillon, en el que fué complicada nuestra hija y condenada: entonces lloré cuantas lágrimas tenia en mi corazon, me arrepentí tarde de la venganza que habia tomado contra tí, y que habia dado el terrible fruto

de la perdicion de nuestra hija: he sido el hombre más desgraciado de la tierra: perdí toda esperanza, y para entretener mi sufrimiento me consagré á la política.

—Pero ahora, ahora... Alonso, exclamó con ansiedad la duquesa, todo ha cambiado. Dios ha tenido compasion de nosotros.

—Sí, dijo con desaliento el marqués, y debemos dar gracias á Dios por lo misericordioso que con nosotros se muestra; pero voy, voy al momento á ver al embajador de Francia: me tarda el poner en práctica todos los medios posibles para la situacion definitiva de nuestra hija: adios.

El marqués salió profundamente conmovido, y la duquesa se quedó llorando, creyendo un sueño lo que la acontecia.

CAPÍTULO IV.

Lo que doman á un hombre, por enérgico que sea, los años y las desgracias.

I.

A las dos horas volvió el marqués.

—He tenido una larga conferencia con el embajador, le dijo á la duquesa: él nos pide un doloroso sacrificio; pero se me ha asegurado, no solamente la rehabilitacion completa de nuestra hija, sino tambien una fuerte indemnizacion, y esto en un plazo brevísimo: antes de quince dias esto estará hecho, y será necesario que aparezcan en la *Gaceta* algunos decretos que sublevarán contra nosotros la opinion pública: nos veremos obligados á dimitir, pero no importa: el sistema de respeto á los hechos consumados nos absolverá: nuestra hija será respetada: ¡qué importa que hayamos arrojado un peso sobre la conciencia!

—Nuestra hija antes que todo, exclamó la duquesa.

—Y bien, llegados á este punto quiero verla: ¿está en Madrid?

—Sí; vive en la calle del Pez, número 70; iremos juntos.

—No, no; quiero ir solo y cuanto antes.

II.

Media hora despues, el marqués de Abades se hacia anunciar á su hija.

Entró y encontró en un magnífico gabinete á Pepa.

Estaba completamente vestida de luto, de pié, inmóvil y pálida.

Al entrar el marqués, se arrodilló y exclamó juntando las manos:

—Perdon, señor: yo no tengo la culpa de nada: yo he vivido, ó abandonada á manos extrañas, ó abandonada á mí misma.

El marqués sintió la puñalada en medio del corazon.

Su hija se vengaba de él.

Tuvo miedo.

Alzó temblando á Pepa, la abrazó y la besó en la boca.

El beso con que contestó al de su padre le extremeció.

No era aquel ciertamente un beso de amor.

Luego el marqués llevó á Pepa á un sillon y se sentó junto á ella.

—Expliquémonos, dijo el marqués á su hija con acento cobarde; no he querido que venga tu madre; comprendia que no debia estar presente á nuestras explicaciones.

—Nada hay que explicar, dijo Pepa mirando frente á frente á su padre: usted lo sabe todo.

—¡Todo!

—Sí; mi vida entera, de la que usted es responsable.

El marqués bajó los ojos dominado por la mirada de Pepa, y guardó silencio por algun tiempo.

—Pero esa carta, esa carta de la vizcondesa de Aiguebleu no es falsa, no; el embajador de Francia me ha informado.

—Esa carta ha costado muy cara; la duquesa de Chatillon estaba devorada por deudas, hijas de su vanidad; esa carta y todo lo que la duquesa ha hecho, ha costado diez millones de reales.

—¡Diez millones de reales!

—Y otros diez millones las memorias de usted; y además, cuatro millones su nombramiento de usted de presidente del Consejo de ministros: gracias á que he heredado de mi segundo marido una inmensa fortuna; pero mi reconocimiento y mi rehabilitacion han costado muy caro.

—¿Cómo has adquirido tú esas memorias?

—De manos de uno de los jefes de ladrones de Madrid.

El marqués se cubrió de sudor frio.

—¿Su nombre?

—¡Ah, no! soy demasiado jóven para morir de mala muerte.

—¡Pero esto es horrible!

—Esto no es más que una consecuencia.

—¡Y ni áun pretendes engañarme!

—Basta con que no le acuse á usted: por lo mismo espero nos excusaremos de recriminaciones: basta con que yo asegure á usted que desde hoy procuraré ser digna hija suya.

—Pero y bien, puede descubrirse algun dia.

—Rehabilitada por los tribunales franceses, nada, absolutamente nada puede decirse de mí, que no sea patético é interesante.

—¡Nada puede decirse! dijo el marqués que estaba fuertemente agitado: es verdad, tu madre no puede decir nada; mis memorias terminan en esa condena tuya de que ahora te se rehabilitará, de seguro: pero á ti te se conoce en Madrid; te se conoce de una manera degradante.

—Degradante no: he servido, he ganado mi pan con el sudor de mi frente y con la fortaleza de mi alma para arrostrar una posicion humildísima, apenadora, antes que sucumbir á la infamia ó al crímen: y si yo hubiera sucumbido al crímen desesperada, abandonada, calumniada, recordando los ocho horribles años de trabajos forzados; si yo hubiese envenenado mi alma hasta matarla con la rábia de la desesperacion; si me hubiese convertido en un sér infame, en un sér monstruoso, no seria mia la culpa, no; ni yo pretendo arrojar la culpa de eso sobre nadie: las pasiones, los sucesos que se complican y que producen terribles consecuencias, mi desventura, estas serian las causas de la situacion á que yo hubiese llegado, por espantosa que fuese.

—Yo he exagerado mi venganza contra tu madre; yo he sido demasiado duro, demasiado intransigente: yo,

por una ceguedad de que me arrepiento muy tarde, he producido todo esto.

III.

Y el marqués se extremecia, estaba pálido, no se atrevia á levantar los ojos para mirar á su hija.

—Pero yo no culpo á usted, dijo ésta; yo no le recrimino, yo no le pido cuenta de los sufrimientos de mi madre, ni de mis sufrimientos, ni del estado en que se encuentra mi corazon, seco para todo, muerto ménos para mi venganza contra todos los que han sido crueles conmigo, han exacerbado mi situacion, me han abandonado: yo era buena cuando fuí complicada en el asesinato del duque de Chatillon; yo no odiaba á nadie; yo tenia buena voluntad para todo el mundo; yo habia perdonado á mi esposo, yo esperaba despues los ocho años del presidio: mi intimidad forzosa con aquellas infames mujeres, los tratamientos degradantes, la crueldad y los excesos de los empleados; todo esto ha ido convirtiéndome paso á paso, de humillacion en humillacion, de sufrimiento en sufrimiento, en una mujer que sólo aspira venganza, que ha procurado á todo trance hacerse rica para ser fuerte, para dominarlo todo.

—Pero yo, yo, exclamó el marqués, estoy comprendido tambien en el círculo de la venganza.

—No, usted es siempre mi padre; yo no seré tan infame que me vuelva contra usted, no; y además, toda venganza que yo quisiese tomar, no llegaría ni con mucho á la venganza inevitable que hacen sentir á usted

los sucesos: pues bien, en vez de pretender aumentar esa venganza, pretendo disminuirla, quiero que llegue un dia en que usted, mi madre, yo, recordemos como un sueño horrible todo lo que ha acontecido durante treinta y dos años.

—¡Oh, imposible!

—Imposible, no; escuche usted, añadió Pepa acercándose al marqués y tomando entre sus manos una de las suyas: yo amo á usted.

El marqués miró con ánsia á Pepa.

Pepa tenia fija su mirada dulce, trasparente, llena de amor, en el marqués.

No se podia dudar de aquella mirada.

Hasta entonces habia estado de pié.

El marqués se sintió desfallecer, vaciló, retrocedió, y cayó sobre un sillon, sostenido por su hija.

IV.

—Valor, dijo ésta; hemos sido muy desgraciados; el amor voluntarioso de mi madre, los violentos medios de que se valió para obligar á usted á ser su esposo, la horrible muerte de la hija del verdugo de Valladolid...

—¡Ah! exclamó aterrado el marqués.

—Es necesario olvidar, necesitamos todos un mútuo perdon: las pasiones, la fatalidad, el estaba escrito, son nuestra única disculpa: yo amaba á usted antes de caer en la desgracia, antes de conocer al vizconde de Chatillon: de su conocimiento, del amor que me inspiró, amor de la imaginacion, amor soñado que yo creí verdadero,

nacen todas nuestras desventuras: yo fuí rebelde, me sobrepuse á todo; habia heredado la terrible energía de carácter de usted, y arrostré por todo; pero al arrostrarlo comprendí la razon de que usted levantase de sobre mí su mano y me abandonase á mi destino: apareció ante mí un miserable con quien yo habia tenido unos inocentes amores de niña en el convento, amores puros, por mi parte, amores de los que tengo que arrepentirme, si fuera posible arrepentirse de un sentimiento que no hemos buscado, cuyos efectos hemos experimentado sin voluntad, como se experimentan los efectos de una fiebre; pero amores de los que no tengo que avergonzarme.

Algunas cartas inocentes que aquel miserable poseia, cartas que por mi inexperiencia hubieran podido comprometerme para con mi marido, fueron la primera y terrible complicacion de mi historia: de aquí la muerte del duque de Chatillon, padre; de aquí el asesinato de mi esposo; de aquí mi condena; de mi condena mi perversion.

A pesar de todo esto, yo no he dejado de amar á usted, de ansiar volverle á ver, de anhelar con toda mi alma conocer á mi madre.

Una consecuencia de consecuencias ha hecho que vengan á mis manos de una manera casi providencial las memorias de usted.

¡Qué importa todo lo que me han costado; ellas me han procurado un poco de felicidad; una indemnizacion de todo lo que he sufrido!

Corrí, volé á conocer á mi madre; á mi madre, que creyó morir de alegría, cuando con sólo verme me reconoció.

¡Ah! olvidemos, señor, olvidemos: el haber dado fácil oido á nuestras pasiones nos ha costado muy caro; pero al fin estamos reunidos; estrechémonos, reconcentremos nuestro amor; vivamos como un solo sér: el secreto de nuestra historia no lo conoce nadie; mi rehabilitacion me permite levantar con altivez mi frente ante el mundo: nada hay que pueda comprometerme, nada.

—¡La persona que te ha procurado esas memorias! exclamó con ansiedad el marqués.

—Ese hombre callará; ese hombre está demasiado sujeto por su infame historia; ese hombre es completamente mio...

—¿Pero quién es ese hombre? quiero conocerle.

—Ese hombre es uno de los compañeros de usted en el gabinete.

—¡Rodriguez de Angulo!

—No, Pánfilo de Veracruz.

—¡Cómo! ¡Ese terrible negrero, ese pirata cuyo retrato tienen todos los cruceros ingleses que se ocupan en la persecucion de la trata!

—Sí; y no sólo esto: jefe de la asociacion de ladrones de Madrid.

—¡Oh, esto es horrible! ese hombre goza de una reputacion sin tacha, bajo su nombre supuesto de Santiago Rodriguez de Angulo, como banquero, como hombre de negocios, como hombre político.

—Esta es la época de las grandes falsificaciones y de las grandes infamias: es necesario no entrometernos en sondear la vida de las personas que nos parecen más dignas y más respetables, si no queremos encontrar en su

historia algo vergonzoso, cuando no criminal ó infame: silencio respecto á ese hombre; es un miserable, un sér completamente terrible: dejémosle pasar; nosotros no le conocemos: el mundo no puede hacer á usted cargo de su conocimiento, porque el mundo, que no le conoce, le respeta.

—¡Pero ese hombre, ese infame, no ha querido sin duda ser ministro sino para hacer un gran negocio; ese hombre ha comprometido sin duda mi administracion!

—Pánfilo de Veracruz habrá hecho algunos millones; pero habrá sabido hacerlos: es un hombre de talento que conoce demasiado la fábula de la gallina de los huevos de oro: dejémosle, dejémosle pasar: nos ha servido bien, porque sin él no hubiera usted sido jamás presidente del Consejo; y sin ser presidente del Consejo, no se obtendria mi rehabilitacion.

—¡Pero ha sido él!

—Sí, y cuatro millones de reales mios.

—¡Oh, la infamia salta en torno nuestro por todas partes!

—Y bien, nosotros lo hemos encontrado así, y nada nos importa si quedamos á cubierto, si nadie puede arrojarnos á la cara lo que hemos hecho: esos decretos cuanto antes, para que cuanto antes aparezca mi rehabilitacion, y despues de esos decretos la dimision, la salida del poder, puesto que ya hemos hecho nuestro negocio; y despues nuestra salida de España: que nada de esto sepa mi madre: basta con que lo sepamos nosotros.

Y ahora, puesto que mi madre estará ansiosa porque nuestros asuntos de familia queden completamente termi-

nados, vamos á su casa de usted, de la cual ya no pienso salir; el reconocimiento solemne, á seguida mi presentacion, y ni una sola palabra que pueda hacer sospechar nada á mi madre; nada que pueda infundir recelos á Pánfilo de Veracruz. Esto debe quedar sepultado como un profundo misterio entre nosotros.

Por lo demás, yo me encargo de que no tenga usted que arrepentirse de haber encontrado á su hija, de haberla reconocido.

V.

María Josefa tomó un sombrero que estaba sobre un velador, asió el brazo de su padre, que iba aturdido, salió de su casa, y entró en el carruaje del marqués, que los condujo á casa de éste, donde los esperaba con impaciencia la duquesa de Santaren.

CAPITULO V.

De cómo un ministerio puede escaparse por la puerta falsa.

I.

Pasaron algunos dias.

El ministerio de Hacienda soltó algunos decretos relativos á los aranceles.

Aquel mismo dia, el embajador de Francia fué á visitar al marqués de Abades y le entregó un papel competentemente autorizado.

—Tengo la satisfaccion, señor marqués, dijo, de que la más completa prueba, las declaraciones más respetables, hayan demostrado la inocencia de la señora duquesa viuda de Chatillon, y por cuán funesto error esta dignísima señora ha sufrido una horrible condena: la declaracion de su inocencia, su rehabilitacion completa y una indemnizacion de dos millones de francos que se harán efectivos en cuanto se reclamen, está aquí.

El marqués de Abades se puso encarnado hasta en lo blanco de los ojos.

No habia perdido el sentimiento de su dignidad, y comprendia que se le pagaba con dos millones de francos y con la rehabilitacion de su hija un abuso de poder.

Dió, sin embargo, las más expresivas gracias al embajador, y renunció á la indemnizacion.

—¡Ah, no! esta indemnizacion es un complemento de la prueba de la inocencia de la señora duquesa de Chatillon, y debe usted hacerla efectiva.

—Bien, dijo el marqués; la acepto; pero con destino á los hospitales de París: ni mi hija ni yo necesitamos esta indemnizacion, ni aunque la necesitáramos la utilizaríamos: nos basta con que todo el mundo sepa que no ha sido una criminal, sino la víctima de un error del jurado: hé ahí por qué yo no estoy por el jurado: jueces, jueces prácticos acostumbrados á ejercer la magistratura, á los que no puedan arrastrar falsos indicios.

—Todo ser humano se equivoca, señor marqués: lo desesperante en este caso, son los ocho años de cadena sufridos por la señora duquesa.

Y al pronunciar estas palabras, habia un ligero tinte de ironía en el acento del diplomático, como si hubiese querido decir al marqués:

—Afortunadamente el crímen de tu hija ha sufrido su castigo: su rehabilitacion y esos dos millones de francos, es un regalo que mi gobierno te hace porque le has servido bien en una cuestion industrial, perjudicando á tu país, abusando de tu posicion: no hablemos más de esto; eres un pobre hombre.

II.

En efecto, el marqués no habló ni una palabra más, y poco despues el embajador de Francia concluyó su visita.

El marqués de Abades se quedó humillado, abatido, con los documentos que rehabilitaban á su hija en la mano.

III.

Le anunciaron á don Santiago Rodriguez de Angulo.

—La crísis, amigo mio, la crísis; ¡y qué crísis! como si dijéramos: el cólera morbo asiático fulminante: la dimision, la dimision á escape, ó de lo contrario se nos echa encima una deposicion que es necesario evitar, porque las deposiciones son caidas mortales que imposibilitan, y de las cuales es dificilísimo levantarse: la dimision, la dimision al momento: no tenemos tiempo que perder: nuestros enemigos trabajan para darnos un golpe de gracia.

—¡Ah! ya lo preveia yo.

—Era sencillísimo de prever; pero, amigo mio, para hacer cierta clase de negocios es necesario tener valor de arrostrar las consecuencias, y estas no son de las más malas.

—¿Pues qué, podria suceder más?

—¡Ya lo creo! podria sobrevenir un proceso: pero no hay cuidado: sujetar á un proceso á todo un ministerio,

seria establecer un malísimo precedente; acostumbrar al país á que se procesasen ministros: no se meterán en ello por la cuenta que les tiene: ¡á dónde iríamos á parar si se empezase con procesos! pero lo repito; póngase usted al momento la casaca; aquí traigo las dimisiones de los otros y extendida la de usted; no falta más que la firma: por mi parte, yo doy este asunto por terminado; tengo preparadas mis cosas desde hace algun tiempo, y esta misma tarde me marcho en el correo á Francia, y bien acompañado; me llevo conmigo á la marquesita de Santorcaz: aconsejo á usted que haga lo mismo, y que se lleve á París á su mujer y á su hija.

—¿Pero hay algun peligro?

—¡Diablo, diablo! hace tres dias que hemos sacado cien millones de la Caja de Depósitos.

—Para las atenciones del Estado, dijo con energía el marqués.

—Sus compañeros de usted en el gabinete, dijo con insolencia Veracruz, hubieran hecho su dimision protestando de esos decretos que rebajan los aranceles si yo no les hubiese tapado la boca: pobres; habian entrado en el gobierno por sorpresa, y no podian alentar la esperanza de volver á ser ministros.

—¡Pero esto es una infamia, una infamia incalificable, una infamia monstruosa!

—Y qué quiere usted, señor marqués; los grandes negocios no se hacen sino á costa de grandes sacrificios: ¿cómo de otro modo obtener la condescendencia que ha rehabilitado á su hija de usted? esto se queda envuelto en el misterio; los que vengan verán cómo salen del paso;

se resignarán á lo de trampa adelante, y hoy por tí y mañana por mí: pero es bueno huir el bulto por si acaso: lo probable es que esto pase como han pasado otras tantas cosas: y adios; doy por admitida mi dimision, y no tengo tiempo más que para los últimos preparativos del viaje: hasta nuestra nueva vista en París.

—Apreciaré mucho no volverle á ver á usted, dijo completamente sulfurado el marqués.

—Como usted guste, amigo mio, contestó con descaro Pánfilo de Veracruz; pero esto no pasa de ser un desagradecimiento inconcebible. Adios.

Y salió.

CAPÍTULO VI.

De cómo se perdió y volvió á aparecer la marquesa de Santorcaz.

I.

Cuando llegó Veracruz á su casa, encontró en ella á su contramaestre Antolin.

—¿Qué es esto? dijo Veracruz con sorpresa al verle.

—Esto es, hijo mio, que cuando he ido á casa de tu marquesita á ponerme á sus órdenes para acompañarla en su próximo viaje á París, porque no es decente que vaya contigo, me he encontrado con que la marquesita no está en su casa: que no ha dicho cuándo volveria, ni ha dejado recado alguno para mí, y ha salido sola y á pié: esto me huele á un tapujo que puede ser una diablura: ándate con cuidado, Pánfilo: mira que donde ménos se piensa salta la liebre, y que te se puede enredar una culebra de la que puede suceder no te deslies tan fácilmente.

—Estos son los resultados de tus perversos consejos, Antolin.

—Si tú le hubieras devuelto su hijo, ella hubiera tomado precauciones para que no hubieras podido volver á quitárselo, y se hubiera reido de tí: esto de seguro, no le des

vueltas; has hecho lo único que podias hacer: has entablado una lucha con una mujer valiente y rica, y que tiene mucho talento: tambien lo que tú pretendes no es una bicoca: estás en combate, hijo, y si te descuidas puedes irte á pique: abre bien los ojos y mira lo que haces: lo mejor seria que te contentases con que la marquesa te diese una buena cantidad por el muchacho.

—¡Ella ó nada! dijo Pánfilo de Veracruz.

—Como quieras, hijo, como quieras: tú eres muy dueño de disponer de tu pellejo y de exponerle á todo lo que venga.

—Me ha vuelto loco.

—Pues cuenta con que la locura no te mate.

—Suceda lo que quiera; ¡pero á dónde ha ido la marquesa!

—Averigua tú á dónde se va una mujer que sale sola: á los infiernos, si es necesario, porque ellas son el demonio: ello resultará, descuida; y me parece que no ha de tardar mucho en resultar.

—Estoy seguro de que la encontrarás en su casa á la hora de marchar.

—Indudablemente; pero me inquieta su salida y el no saber á dónde ha ido, y he debido avisarte.

—Tal vez nos alarmemos sin motivo.

—Dios quiera que no le haya: pero vamos á otra cosa, que lo demás ya lo veremos: ¿cuánto te han dejado tus dos meses de ministro?

—Unos quince millones.

—Vamos, negocio redondo: quince y ocho, veintitres, y dos veinticinco: efectivos veintiuno: cubiertas todas

nuestras atenciones, la quilla de nuestro brik-barca puesta en grada en Liverpool, y adelantando rápidamente los trabajos: dentro de cuatro meses botada al agua: vamos muy bien, Pánfilo, vamos muy bien: dentro de cinco años, los diez millones de renta, hijo mio; la gran posicion definitiva, la gran retirada; pero no hagas una torpeza, que las torpezas de los hombres como tú son temibles; juicio y un poco de paciencia, y estamos del otro lado; ¿sobre qué Banco has tomado tus letras?

—Por lo que pueda suceder, sobre el de Holanda.

—Bien hecho, Pánfilo, bien hecho; pero adios, y hasta París: voy á ver si me encuentro por ahí por casualidad á la marquesa, ó si pillo un hilito por el que yo pueda descubrir á dónde ha ido.

—¿Y si por acaso, aunque no es de esperar, la marquesa no pareciese á la hora de la marcha ó se negase á partir?

—No detengas tú la tuya, que si lo que temes sucede, veremos lo que se ha de hacer: la tenemos bien cogida, y yo te aseguro que por mucho que haga no descubrirá el sitio donde está el niño.

—Te advierto, dijo mirándole fijamente y de una manera amenazadora Veracruz, que si me haces traicion no lo cuentas mucho tiempo.

—¿Y qué cuenta me tendria á mí el hacerte traicion, estúpido? ¿crees tú que la marquesa de Santorcaz puede darme ni la centésima parte de lo que tú me darás? vaya, adios, vete, y en lo que me está encargado, ten la misma confianza que tendrias en tí mismo.

Y Antolin salió.

II.

Veamos á dónde habia ido la marquesa de Santorcaz.

Habia salido á pié con un traje modesto y con el velo echado sobre la cara.

En la primera parada de coches públicos se acercó á uno, y observando si alguien podia escucharla, dijo en voz breve y rápida al cochero:

—A la calle del Tribulete, número 25: deprisa cuanto se pueda y pagaré doble.

Entró en el carruaje.

Este llevó á la marquesa en diez minutos al número 25 de la calle del Tribulete.

Era en toda la extension de la palabra un casucho.

La marquesa entró en él despues de haber dado un duro al cochero.

—¡Vaya un belen! dijo éste arreando á su jaco y poniéndose en marcha: ¡y la moza no es guapa que digamos, ni señora! ¡bueno está Madrid! ¡que nos lo pregunten á nosotros!

III.

La marquesa adelantó por un callejon estrecho, súcio y húmedo; torció por él, llegó á unas escaleras estrechas, empinadas, desvencijadas, subió por ellas, llegó en su primer tramo á una puertecilla y llamó.

Se abrió la puerta, y apareció tras ella un hombre; un jóven elegante y buen mozo.

A aquel hombre le conocemos.

Era Andrés de Peralta.

IV.

Al ver á Magdalena se puso pálido de emocion.

—¡Ah! ¡por fin! dijo.

—¿Estamos solos? preguntó con un acento y con una expresion que marcaba la violencia que se habia hecho para llegar hasta allí.

—Sí, solos, completamente solos, contestó Andrés: he elegido para nuestra entrevista esta casa, que me ha parecido mucho más á propósito que otra en el centro de Madrid; la calle es apartada y solitaria, y no hay portero ni casi vecinos; he alejado á la mujer que vive en ella, que no volverá en algunas horas: podemos hablar sin que nadie nos escuche.

Habian entrado en una salita pequeña, muy pobre, pero muy limpia, amueblada con sillas comunes, una mesa, un armario y algunas estampas de santos en marcos de pino pintados.

V.

—¿A qué debo la fortuna, dijo Andrés, de que al cabo de tanto tiempo, de tantas desesperadas é inútiles súplicas mias volvamos á vernos?

—A una gran desgracia, dijo Magdalena, que no le-

vantaba la vista del suelo y se mostraba alternativamente encendida y pálida.

—¡A una gran desgracia! ¿Qué te ha sucedido? dijo palideciendo Andrés: habla, habla pronto, porque la inquietud me mata.

—Antes de que anuncie á usted esa desgracia, que si tiene usted corazon le toca muy de cerca, es necesario que ponga á usted en antecedentes.

—¿Por qué ese usted tan seco y tan frio, Magdalena? yo habia concebido una dulce esperanza, y la manera que tienes de tratarme la destruye por completo.

—Lo primero es lo primero, dijo Magdalena: escuche usted la revelacion que tengo que hacerle.

—¡Una revelacion!

—Sí, por cierto; y una revelacion importantísima.

—Escucho, Magdalena.

—Hace tres años tuve la desgracia de conocer á usted.

—¡Ah! ¡la desgracia! exclamó tristemente Andrés.

—Sí, la desgracia, porque soñé, porque supuse en usted un sér que no existia, y me enamoré locamente de mi sueño, de un sueño que debia desvanecerse de una manera terrible: cuando yo estaba decidida á todo por usted, á romper con mi padre y con la sociedad, cuando el dia de nuestro enlace estaba próximo, cuando ciega ya y confiada considerándole á usted como si fuera mi esposo habia dado un paso decisivo, fué usted preso en mi casa como presunto reo de envenenamiento del marido de una mujer con quien mantenia usted antiguas relaciones.

—Aquellas relaciones estaban rotas de antemano, hacia mucho tiempo, dijo con vehemencia Andrés, y lo prueba la acusacion absurda de aquella mujer, que celosa é irritada, se envolvia por perderme, por evitar nuestro casamiento, en su misma acusacion: aquella acusacion no pudo probarse por más que se exhumó el cadáver y se hizo un reconocimiento científico: fuí absuelto libremente.

—Pero la opinion pública señaló á usted como cómplice del envenenamiento cometido en el banquero Azpecochea por su mujer.

—La opinion pública se engañó; se habló de ello durante ocho dias; ya nadie se acuerda: la opinion pública ha tenido que ocuparse de otros asuntos.

—Sí, como, por ejemplo, del asesinato de la viuda del envenenado Azpecochea poco despues de haberse enlazado á su segundo marido, dijo Magdalena levantando los ojos y mirando de una manera profunda á Andrés.

Este no se conmovió por el recuerdo de Filomena, que habia evocado bruscamente la marquesa.

—He sentido esa desgracia, dijo tranquilamente Andrés, pero no me ha desesperado.

—Es decir, exclamó Magdalena con una agresiva ironía, que no tiene usted corazon.

—Para deplorar la desgracia, sí; para amar... para amar yo no tengo corazon más que para tí, dijo conmovido Andrés.

Magdalena bajó los ojos y se puso vivamente encendida.

—Vengamos, vengamos, dijo, á la dolorosa revelacion que por un deber imprescindible me veo obligada á hacer á usted. Mi locura, mi imprudencia, el amor que usted me inspiraba, mi confianza de que en un brevísimo plazo seria esposa de usted, dieron un fatal resultado. ¿No recuerda usted que algunos meses despues de nuestro rompimiento hice yo un viaje al extranjero?

—¡Oh, sí! dijo Andrés palideciendo densamente y extremeciéndose: ¿qué objeto tuvo ese viaje?

—Evitar la vergüenza de la deshonra, dijo Magdalena mirando de una manera poderosa á Andrés.

—¡Oh, Dios mio! exclamó éste: ¡tenemos un hijo! ¿dónde está nuestro hijo, Magdalena?

—¡Me lo han robado! exclamó Magdalena.

Y agotada su firmeza, rompió á llorar.

—¡Que te lo han robado! dijo Andrés con un acento y una pasion imposibles de describir, y asiendo las manos de Magdalena: ¿y quién te lo ha robado? ¿cómo y ¿cuándo?

—Hace dos meses, exclamó Magdalena acreciendo en su llanto: un hombre terrible, un hombre que se llama don Santiago Rodriguez de Angulo.

—¡Ah! ¡el ministro de Hacienda! ¡ese hombre á quien la opinion pública acusa de dilapidador, concusionario, ladron! ¿pero cómo, cómo ese hombre se ha atrevido á robarnos nuestro hijo?

—Me vió un dia cuando yo salia de mi casa, cuando él entraba á visitar á mi padre.

—¡Conoce tu padre á ese hombre! dijo con extrañeza Andrés.

—A ese hombre lo conoce todo el mundo, todo el mundo le respeta.

—¡Ah, es verdad! hoy se ve en todas partes á los grandes bribones respetados, como si fueran grandes hombres de honor; hoy se baja la cabeza al dinero y á la audacia, y á nadie se pregunta quién es ni se averigua su historia, con tal de que sea millonario: el dinero es hoy el gran pasaporte, la gran razon, la gran absolucion, la consideracion y el respeto de todo el mundo.

—Pero ese hombre debe ocultar una historia terrible, dijo Magdalena: yo he notado en él cosas muy extrañas: ¿no conoces tú á ese hombre, no has oido decir nada que le comprometa?

—Le conozco de fama, como se conoce el nombre de tantos millonarios; pero nada más.

—Tú tratas á cierta clase de gentes que conocen la historia de los grandes bribones, porque están asociados á ellos, dijo tímidamente Magdalena.

—No, no, dijo vivamente Andrés: yo he conocido muchos calaveras, mucha gente de mala conducta; pero nunca he tratado á criminales: el gran ladron es un sér cuya índole conozco: conozco á muchos de vista, pero nunca me he acercado á ellos: desde que tuve la desgracia de ser rechazado por tí, me he aislado, vivo solo, dominado por la tristeza y por la desesperacion, ansiando siempre que un dia tengas lástima de mí, indagues cuál es mi vida, y me vuelvas, si no tu amor, á lo ménos tu aprecio.

—Es necesario que averigües quién es ese hombre; yo estoy segura de que si sabes conducirte, averiguarás

cosas que nos darán armas poderosas contra él, y le obligarán á devolvernos nuestro hijo.

—¿Tu padre conoce á ese hombre?

—Sí, como le conoce todo el mundo. ¿A qué casa, por alta que sea, no va Rodriguez de Angulo?

—¿Sabe tu padre que tienes un hijo?

—No, eso no lo sabe nadie, nadie más que mi aya, mi buena aya doña Juana, que ha guardado profundamente el secreto.

—Explícame, explícame más.

—Rodriguez de Angulo empezó á seguirme, á solicitarme, y yo me negué constantemente á tener una conversacion con él: un dia, doña Juana, que habia ido á Pinto, volvió desolada, aterrada, y me dijo que me habian robado mi Andrés.

—¡Andrés! ¿se llamaba Andrés nuestro hijo? exclamó olvidándose de todo el jóven.

—Sí, un hijo, por malo que sea su padre, debe llevar su nombre, exclamó conmovida y cada vez más turbada Magdalena.

—¡Oh, no! es que tú me amas, dijo con alegría Andrés; es que no has podido dejar de amarme; es que solo me separa de tí y á tu despecho una preocupacion: ¡ah! yo no me engañaba cuando me decia en mis más acerbos momentos de desesperacion:—Amándola yo tanto como la amo, ella necesariamente me ama; yo siento su alma en mi alma, su pensamiento en mi pensamiento.

—Pues bien, sí, dijo levantándose con arranque Magdalena y mirando ávidamente á Andrés: te amo, es ver-

dad: irritada contra tí, no he podido olvidarte: este es un amor maldito sin duda, pero te amo: yo creia tener valor para verte y ocultártelo; pero no puedo; te he visto, te he oido, y ha vuelto mi locura: soy tu esclava; pero merece mi amor, Andrés, mi amor, que es tan grande como la inmensidad; vuélveme mi hijo, y mi nombre, mi título, cuanto poseo, cuanto soy, mi vida, mi corazon, mi alma, todo es tuyo: ¡si Dios lo quiere, qué he de hacer yo! amarte y sufrir; porque el hombre á quien amo, por quien estoy loca, ha incurrido en el crímen, y en un crímen odioso y repugnante.

—¡No, Magdalena, no! la fatalidad... la ceguedad... la ambicion... pero yo me he regenerado; tu amor me ha salvado; no se puede verdaderamente amar y ser malo: los tribunales me han absuelto; Dios ha visto lo que he sufrido, y sin duda me ha perdonado, puesto que ha permitido que tú me digas que me amas: ¡perdóname tú tambien, Magdalena! no fuí yo, fué ella; y mira, Dios no la ha perdonado en la tierra: ha muerto de una manera horrible, asesinada por su segundo marido, como ella asesinó á Azpecochea: yo fuí débil, no más que débil: yo no te conocia aún, Magdalena: el buen ángel no habia aún descendido junto á mí: ¡ah! yo he sufrido un horrendo castigo; por un momento de debilidad, mis hijos, los tres hijos que yo tenia de aquella mujer, han muerto miserablemente, y tú sabes lo que se ama á los hijos, Magdalena; he sentido sobre mí terrible é inexorable la mano de Dios, y mi crímen ha sido suficientemente castigado.

—Sea lo que quiera, y aunque arrostre la infamia

íntima de amar á un hombre que ha ennegrecido su alma con el crímen, yo te amo: ¿por qué ocultarlo más cuando ya me falta valor para el sufrimiento? seré tuya: ¡pero mi hijo! ¡sálvame nuestro hijo!

—¡Oh, sí! iré á buscar á ese hombre, le obligaré á que me entregue nuestro hijo, ó le arrancaré el corazon.

—¡Ah, no! exclamó palideciendo mortalmente Magdalena: ese hombre te mataria; no lo dudes, Andrés, te mataria: es un sér formidable, que adivino, pero de una manera vaga, le envuelve un misterio: he comprendido que contra él no hay valor posible, porque él evitaria un lance ruidoso, te engañaria, te consentiria, te envolveria en una traicion, sucumbirias con rábia herido por la espalda: ¡ah, no, no! para luchar con ese hombre es menester valerse de sus mismas armas, usar de la traicion, aguzar el ingénio, averiguar; yo te ayudaré; estoy segura de que si nos manejamos bien, sorprenderemos algun secreto suyo tan importante, que la sociedad ofendida nos pondrá á salvo de él, apoderándose de él, exterminándole; yo tengo una carta suya que le comprometeria, pero se comprometeria tambien mi honor: mírala.

Y Magdalena sacó de su cartera la carta con que, hablándola de su hijo robado, la habia obligado el corsario á que le concediese una entrevista.

Andrés leyó la carta y se inmutó.

—¡Magdalena, exclamó; te has visto obligada á sucumbir á esta infamia!

—¡Ah! no, afortunadamente, exclamó Magdalena: por-

que yo, aunque despues hubiera muerto de dolor y de vergüenza, todo lo hubiera sacrificado por la vida de nuestro hijo: por una Providencia de Dios, ese hombre que yo veo tan terrible, se arrastra á mis piés, se trasforma en un sér débil, le fascino, tengo sobre él, sin pretenderlo, un dominio infinito: me trata con un profundo respeto, con una adoracion sin límites; y á solas con él es para mí ménos temible que un niño: la primera vez que me vió se disculpó humildemente de la accion que habia cometido contra mí, porque me dijo que no habia encontrado otro medio para obligarme á que le escuchase; se mostró generoso conmigo, me prometió que al dia siguiente me volveria á mi Andrés sin condiciones; pero al dia siguiente le encontré trasformado, respetuoso siempre, sí, pero me aseguró que temia si me devolvia nuestro hijo perderme; que estaba resuelto á no entregarme mi hijo sino despues de que yo fuese su esposa: han pasado dos meses de una lucha que ha estado á punto de agotar mis fuerzas; por último, ayer me dijo:—Mis negocios políticos se embrollan; no puedo dominar la crísis en que se encuentra el gabinete de que formo parte: mañana, inmediatamente despues de la aparicion de la *Gaceta*, será imprescindible mi dimision y la de mis compañeros: yo no puedo separarme de usted; ni mi corazon ni mi interés lo permiten; mañana es necesario que parta usted á París, donde volveremos á encontrarnos; donde concluiremos nuestro enlace: una persona de toda mi confianza la acompañará á usted durante el viaje; esa persona se presentará á usted hoy mismo para ponerse de acuerdo con usted; se llama Antolin Pereira; con él irá

usted admirablemente servida.—Yo me negué con firmeza:—Esto quiere decir, me contestó, que usted renuncia á su hijo.—Me aterré, y cedí.

—¡Ah! exclamó Andrés; ¡pero eso no puede ser!

—Sí, es cosa resuelta: esta tarde marcho acompañada de doña Juana y de ese hombre.

—Yo marcharé tambien.

—No, tú te quedarás aquí; he dado órden á mi administrador de que te proporcione cuanto dinero sea necesario: ingiérete con los grandes bribones, gasta, procura averiguar dónde está nuestro hijo; la policía del crímen es más sagaz que la policía de la ley: lo más probable es que si te vales de buenos agentes, si gastas cuanto sea necesario, encuentres dentro de poco á nuestro hijo: cuando esto suceda, toma, aquí tienes la direccion que has de poner á las cartas que me escribas.

Magdalena dió á Andrés una tarjeta en que se leia: «Elena de Poyssi, boulevard del Temple, 75.»

—Cuando yo reciba en París el aviso de que nuestro hijo está en tu poder, ya habré yo envuelto á ese hombre: me parece que ha cometido una torpeza en hacer que me acompañe ese Antolin Pereira: por su aspecto y por la manera con que habla, me parece marino: he notado que se asombraba, que se impresionaba al verme: Rodriguez de Angulo no sabe hasta qué punto es un arma terrible la coquetería intencionada de una mujer: mucho será que yo no domine á ese hombre: pero pasa el tiempo y es necesario que yo parta: oye los indicios de que has de servirte para hacer que las personas de quienes te valgas busquen á nuestro hijo: Andrés es rubio, blanco, de ojos

azules como tú, te se parece mucho; aunque sólo tiene dos años, por lo robusto y por lo desarrollado aparenta cuatro: fué robado hace dos meses en el pueblo de Pinto, de una pequeña casa aislada que hay cerca de la torre que resta del antiguo castillo; el dueño de esa casa es un carretero que se llama Pedro Lopez, y su mujer, que es una jóven de veinticinco años que ha criado á nuestro hijo, se llama Rosalía: anota todo esto en tu cartera para que no te se olvide.

Andrés tomó la nota, y Magdalena se despidió de él, salió, tomó un carruaje en la primera parada y se encaminó á su casa.

VI.

Al bajar del carruaje Magdalena, se acercaba á su casa el contramaestre Antolin.

Dejó entrar á Magdalena, se dirigió al cochero, y tomó el carruaje diciendo:

—Fuera de la puerta de Santa Bárbara, y pronto.

Cuando llegaron, el carruaje se detuvo.

—Oye tú, muchacho: ¿dónde has tomado á esa señora que has dejado en la calle de Hortaleza?

—En mi parada de la plazuela del Progreso, dijo el cochero con un marcado acento asturiano.

—Si me dices la verdad, te gratificaré bien.

—La verdad digo: en la plazuela del Progreso estaba yo esperando carga, cuando llegó esa señora.

—¿Llegó á pié?

—Sí, señor, á pié llegó.

—¿De dónde venia? digo, ¿en qué direccion venia?

—Yo no lo sé, señor; porque yo estaba dormido cuando llegó.

—Y entonces ¿cómo sabes si llegó á pié ó en otro carruaje, animal?

—Figúromelo; porque si hubiera ido en carruaje, ¿para qué queria otro carruaje?

—Bueno, bien, dijo de mal humor Antolin: llévame á la misma casa donde has dejado á esa señora.

Y Antolin levantó el cristal murmurando:

—Averigüe usted por dónde ha andado una mujer que no quiere que se sepa á dónde ha ido.

Poco despues, el carruaje paraba delante de la puerta de la casa del marqués de Alpuente.

Bajó Antolin, pagó, entró en la casa y preguntó por la marquesa.

Le hicieron entrar en un recibimiento, y poco despues apareció Magdalena.

VII.

Antolin iba ya en traje de viaje.

Magdalena aún no se habia vestido.

—¿Es ya la hora? dijo á Antolin.

—Son las seis, señora, contestó éste: á las siete y media hay que estar en la estacion.

—Nos queda, pues, hora y media.

—Sí, señora, pero el equipaje....

—Está ya en la estacion.

—¡Ah! de ese modo es distinto: yo con permiso de

vuecencia me voy, y en la estacion me encontrará vuecencia á la hora de la marcha.

—¿Cuándo sale don Santiago?

—Esta misma tarde.

—Entonces nos encontraremos necesariamente en la estacion.

—No, no, señora: nosotros vamos en el tren del Mediterráneo, para tomar el vapor en Valencia, y don Santiago tomará el tren del Norte: don Santiago quiere llegar antes á París, para preparar á vuecencia habitacion y tener el gusto de recibirla.

—Es decir que don Santiago llegará antes.

—Sí, señora, porque nosotros nos detendremos por necesidad algunas horas en Barcelona y en Marsella, antes de tomar el ferro-carril del Mediodia de Francia á París; en Valencia nos detendremos tambien casi un dia; porque cuando salgamos mañana habrá salido ya el vapor, y no habrá otro vapor hasta pasado mañana á las once.

—De modo... que tardaremos en llegar á París...

—Tres dias y medio.

—Dicen que es muy malo el golfo de Lion.

—¡Bah! señora, vamos en un magnífico barco de treinta mil toneladas, y su capitan, Mr. Chevreu, es lo que se llama un buen marino, á quien conozco mucho, y que me conoce mucho á mí; y en todo caso, si sobreviene un apuro, allí voy yo, que conozco el golfo como si le hubiera parido: y á buen seguro que con un barco tan bueno, tan marinero y de tanta potencia, seria el golfo de monsieur de Chevreu y de mí, aunque metamos en el agua

los penoles: cuando digo á vuecencia que estará más segura á bordo que en tierra, ya sé yo lo que me digo.

—Ya me habia yo figurado que era usted marino, Antolin.

—¡Vaya, señora! si yo he estado toda mi vida navegando, y no hay golfo en el mundo que no conozca, ni Cabo que no haya montado: la verdad es que la mejor travesía que yo hago es desde Cuba á Africa.

—Ya, dijo vivamente Magdalena: usted ha sido negrero.

—¿Yo, señora? dijo un poco desconcertado Antolin, por la seguridad con que habia dicho Magdalena estas palabras: no se va al Africa solamente por carbon vivo; se va tambien por marfil, por maderas, por pieles, y por otros muchos géneros de mercancía.

—Dispense usted, Antolin, no he tenido intencion de ofenderle: un negrero es un traficante como otro cualquiera.

—Vuecencia no puede ofenderme, señora, ni á mí se me daria mucho cuidado de ir á Africa por un cargamento vivo: todo fuera que saliera la ocasion: pero me voy, que el tiempo se pasa, tengo algo que hacer todavia, y el tren no espera á nadie.

—Adios, y hasta luego.

Antolin salió y Magdalena se quedó murmurando:

—¿Si será negrero Rodriguez de Angulo?

CAPÍTULO VII.

Una mujer en combate.

I.

A las ocho y treinta y cinco minutos de aquella misma noche, Magdalena, con un precioso traje de viaje, acompañada de doña Juana y de Antolin Pereira, entraba en un coche de primera clase reservado.

Lo primero que hizo fué decir á Antolin:

—No quiero que por mí se imponga usted durante quince horas la mortificacion de no fumar, de no dormir.

—Yo, señora, no fumo, masco el tabaco: esta costumbre la adquirí en los Estados-Unidos, donde he estado ganándome la vida muchos años bajo el pabellon de la Union, un magnífico pabellon que los ingleses respetan todo cuanto puede respetarse una cosa en el mundo: en cuanto á dormir, yo no puedo dormir en un coche: es cosa imposible, por muy necesitado que esté de sueño: á bordo es otra cosa: dormiria como un liron en la berga de sobrejuanete.

—Pues yo sí duermo: al poco tiempo que el tren se pone en marcha, me acomete el sueño de una manera irresistible.

—Pues duerma vuecencia todo lo que quiera, que esta señora y yo hablaremos, ó nos estaremos callados.

—Yo me duermo tambien, dijo doña Juana.

—Pues entonces hablaré yo solo conmigo mismo, y tanto da; pero estamos en marcha; resignémonos á quince horas de tren, que para ser de un tiron no son pocas.

II.

Poco despues, la marquesa en un rincon y doña Juana en otro, pareció como que se dormian.

—Pues voy divertido, dijo Antolin; sólo por Pánfilo haria yo esto; y es que me va escarabajeando en el corazon la tal marquesita: ¡vaya una moza de punta! y ¡qué garganta, señor, y qué anchuras, y qué manera de estar echada, que no parece sino que se le ha puesto en la cabeza el que uno se enamore de ella! me parece que no puede fiarse mucho Pánfilo de este angelito: yo no lo entiendo bien; ó es una santa ó un diablo: ¡y á mí qué! allá con ella Pánfilo; lo que á mí me interesa es que el brik-barca esté botado y armado para dentro de cuatro meses: en viéndome yo á bordo en lo ancho del mar con cien muchachos y cincuenta mil duros en caja, que me busquen; si yo hubiera pedido toda mi parte á Pánfilo por el último negocio, no me la hubiera dado, me la tomo y es lo mismo; porque ha hecho un buen negocio y no quiere ya pasarse por agua, ni exponerse á que los señores

ingleses le echen el guante, le paseen como una fiera por Lóndres, y le envien luego á divertirse á Sierra-Leona: ¡bah! dentro de dos años tendré yo lo que él tiene, y como él me tenderé á la bartola.

Antolin siguió mascando tabaco, dando vueltas en su imaginacion á sus proyectos, y contemplando con codicia á la marquesa, que dormida realmente ó en apariencia, estaba hermosísima.

Durante el trayecto desde Madrid á Almansa, donde se cambia de tren, la marquesa despertó ó hizo como que despertaba muy pocas veces, y habló muy poco con Antolin para preguntarle qué hora era, dónde se hallaban, y cuánto restaba de camino.

En Almansa bajaron, y apenas tuvieron tiempo para almorzar ligeramente.

Entraron en el tren de Valencia, y poco despues cruzaban por entre su hermosa huerta.

La marquesa habló muy poco, y esto para elogiar el arbolado y la vegetacion que se veia á derecha é izquierda.

De tiempo en tiempo, una involuntaria mirada suya, lanzada con toda intencion, iba á conmover el alma ruda del contramaestre negrero.

Veracruz habia hecho un disparate en poner al lado de Magdalena á Antolin.

Magdalena era demasiado hermosa y demasiado inteligente para no apoderarse por completo del marino.

Antes de que llegasen á Valencia estaba ya Antolin mareado, aturdido, puesto enteramente á disposicion de Magdalena.

III.

Cuando llegaron á Valencia, fueron á parar á la fonda del Cid.

Magdalena estaba cansada; no habia dormido, y se habia hecho una gran violencia, procurando aparecer dormida durante tantas horas.

En cuanto á doña Juana, que tampoco habia dormido, apenas podia tenerse de pié, y lo primero que buscó fué la cama.

—Duerme en buen hora, Juana, la dijo Magdalena: en cuanto á mí no pienso en dormir.

—¿Pues qué vas á hacer, hija mia?

—¿Qué? voy á cambiar de traje y á apoderarme del señor Antolin Pereira: él dice que conoce á Valencia como si fuera su tierra, y voy á hacerle que me lleve á ver lo más notable que haya en ella.

—Pero hija, ese hombre viene cansado.

—Y enamorado como un loco, Juana: es mio, completamente mio, y voy á hacerle ir á pique de todo punto: él me dirá lo que es ese infame Rodriguez de Angulo; yo te lo aseguro.

—Cuidado con lo que haces, Magdalena; ese hombre tiene mucho de fiera; lo mejor será que yo aguante mi cansancio y te acompañe.

—De ningun modo; quiero ir sola con él; quiero tener libertad para hablarle y para que me hable: me interesa demasiado salir del horrible compromiso en que me encuentro cogida.

—Siempre ha de ser lo que tú quieras, dijo doña Juana: abusas demasiado de mi debilidad para contigo.

—Nada temas; duerme y descansa, yo sé lo que me hago.

—Dios quiera que no hagas un disparate, y que no pongas alerta á esos bribones.

—¡Ah, no! domino del mismo modo á éste que al otro, y éste me dirá lo que el otro no me diria por nada del mundo: está tranquila y duerme: tardaré hasta la hora de comer.

Y Magdalena, que se habia mudado de traje, tiró del cordon de una campanilla.

IV.

Acudió un criado.

—Al viajero del número 5, dijo Magdalena, que la señora con quien ha venido le espera.

Cinco minutos despues, Antolin estaba en el cuarto de la marquesa.

—¿Ocurre alguna novedad, señora? dijo servicialísimamente Antolin.

—No, nada; es que voy á salir y quiero que usted me acompañe.

—¿Así, con el traje de camino?

—¡Oh! es muy bonito, muy elegante, de muy buen gusto y le sienta á usted muy bien.

Dijo de tal manera, y con tal acento, y con tal mirada estas palabras Magdalena, que Antolin se puso páli-

do, se extremeció, y se miró involuntariamente en el grande espejo puesto sobre la chimenea.

—Vamos, dijo para sí Antolin, todavía soy un buen mozo, y no se me conocen mis cuarenta años; las mujeres son caprichosas, y esta, que tiene ya su historia...

—Vamos, Antolin, dijo riendo Magdalena: ¿qué hace usted mirándose embobado al espejo?

—Miraba, dijo con viveza Antolin, si mi traje es verdaderamente á propósito para acompañar á vuecencia, que está elegantísima.

—Déjese usted de tratamientos, Antolin, háblame usted con alguna más confianza; yo le autorizo á usted.

—Gracias, señora; como usted quiera.

—Pues en marcha, amigo mio, en marcha; aún no han dado las doce y quiero oir misa en la catedral: despues subiremos al Miguelete, y gozaremos de la hermosa vista de la huerta y del mar.

—¿Y no viene con usted su aya? dijo con voz poco segura Antolin.

—No, amigo mio, ha llegado muy cansada y se ha recogido: vamos.

Y Magdalena salió.

V.

Al llegar á las escaleras, se asió al brazo de Antolin, y se apoyó en él con indolencia.

Antolin experimentó una especie de vértigo, y se le nublaron los ojos al sentir la morbidez del torneado brazo de Magdalena.

Al bajar las escaleras le temblaban las piernas al contramaestre negrero.

Era hombre al agua.

—¿Quiere usted que tomemos una tartana, señora, dijo Antolin; en Valencia no hay más que tartanas.

—No, Antolin, no; quiero andar; estoy todavía entumecida de las quince horas de tren.

Siguieron adelante.

La marquesa calló, porque en ciertas ocasiones el silencio es más elocuente que las palabras.

Antolin no se atrevia á hablar.

Llegaron á la catedral á punto que en una de las capillas empezaba una misa.

Antolin no se acordaba de cuándo habia oido otra misa, ni áun de cuánto tiempo hacia que no habia entrado en una iglesia.

Concluida la misa, Magdalena recorrió la catedral, que no conocia, porque nunca habia estado en Valencia.

Subieron luego al Miguelete, esto es, á la torre de la catedral, sencilla construccion gótica del siglo XIII.

—¡Oh, qué magnífico panorama! dijo Magdalena; qué cielo tan radiante, qué luz tan dorada y tan voluptuosa, qué contraste tan encantador el de esa tierra verde y fructífera salpicada de cabañas y aldeas, con ese mar tan terso, tan azul, tan tranquilo como un lago: yo viviria de buena gana aquí, Antolin, á pesar de las escaleras; se respira aquí con una facilidad pasmosa; parece que se aspira el ambiente perfumado de la huerta y la emanacion del mar.

—Yo, señora, pediria á usted un pequeño cuartito al lado de su habitacion.

—¡Ah, sí! ¿se resignaria usted á servirme? usted no me conoce bien; yo soy muy caprichosa, Antolin.

—Francamente, señora; muy pocas personas pueden decir que se han quedado conmigo tan pronto como usted, dijo con su rudeza de marino Antolin.

—No comprendo bien á usted, dijo sonriendo Magdalena; ¿qué es eso de haberme yo quedado con usted?

—Es una manera de decir; es lo mismo que si dijéramos que una persona puede disponer completamente de nosotros.

—Gracias, Antolin; ¿pero no le parece á usted divino todo lo que se ve desde aquí?

—Lo que es verdaderamente divino, dijo Antolin, es lo que está ahora más alto que todo eso.

—En efecto, Dios, dijo con una ligera seriedad Magdalena.

—Bendito sea Dios que tanta cosa buena ha hecho, dijo suspirando Antolin.

—¿Vámonos? dijo la marquesa; yo me estaria aquí un siglo; pero sin duda hay otras muchas cosas que ver en Valencia, y nuestro tiempo es limitado.

—Cuando usted guste, señora, dijo Antolin dirigiéndose á las escaleras; en cuanto á lo de tiempo limitado, usted será quien se lo limite: porque yo creo que es usted completamente libre.

—No quiero hacer esperar mucho tiempo en París á su amigo de usted.

—Santiago esperará lo que usted quiera que espere, dijo de una manera singular Antolin.

—Cuando se ama, amigo mio, esperar es desesperar.

—¿Y cuando se ama y no se espera, señora?

—Eso, Antolin, es morir.

—Pues yo conozco á algun difunto.

—No hablemos de muertos, amigo mio, cuando bajamos por unas escaleras tan estrechas y tan pendientes como estas, dijo Magdalena conteniendo de nuevo á Antolin.

Este se calló, contrariado, y ambos continuaron el silencio hasta que estuvieron en la calle.

Magdalena se asió de nuevo al brazo de Antolin, y con más confianza que antes.

—¿A dónde vamos, señora? dijo Antolin.

—¿Qué hay que ver?

—La puerta de Serranos, la Glorieta, la Lonja, ó como aquí dicen, la Bolsa de la seda, San Juan, que está enfrente, la plaza del Mercado...

—¿Qué es lo que está más cerca?

—La Lonja, San Juan y el Mercado.

—Pues vamos allá.

Emprendieron la marcha.

—Son verdaderamente bellas las valencianas, dijo Magdalena refiriéndose á algunas señoras que habia encontrado al paso: tienen un nò sé qué característico, encantador.

—No he reparado en ninguna, contestó Antolin.

—Es verdad; he abusado de usted, amigo mio: debe usted tener necesidad de sueño, de descanso.

—Estoy, señora, lo mismo que si hubiera dormido quince dias sin interrupcion; un poco mareado y nada más.

—Es extraño que un marino adolezca de mareos.

—Yo, señora, no me mareo en la mar, pero lo que es en tierra, suelen echársele á uno encima tales chubascos, que no hay más remedio que cambiar la peseta.

—No entiendo bien eso.

—Quiero decir, que algunas veces se le ponen á uno unas cosas sobre el corazon, que si no se echan fuera está uno expuesto á que se lo lleve el diablo.

—Vamos, me hará usted arrepentir de haberle suplicado que me acompañe: á todas luces está usted de mal humor, dijo Magdalena conteniendo por tercera vez al audaz negrero: ¿qué edificio es ese gótico tan bello y tan característico? ni es una iglesia, ni aunque tiene almenas ha sido nunca fortaleza.

—Esa es la Lonja de la seda, señora, dijo con el acento opaco Antolin, porque le contrariaba verse contenido por la marquesa.

—¿Y se puede entrar?

—Indudablemente.

—Entremos.

Poco despues estaban bajo una de las tres grandes naves, cuyas altas y esbeltas ogivas están sostenidas por columnas estriadas en espiral.

—¡Oh! estamos en pleno siglo XIV, exclamó Magdalena con entusiasmo: ¡qué sencillez, qué carácter tan romancesco, qué grandeza, qué fuerza y qué belleza á la par! ¡qué tiempos aquellos en que se hacian estas cosas!

—Se gastaban bien el dinero, eso sí; ¡cuidado si hay aquí piedra! yo prefiero una hermosa corbeta Clipper con diez carronadas por banda.

—Cada cual tiene sus inclinaciones, Antolin; á mí la vista de un barco de ese género me causaria miedo, me inspiraria ideas muy tristes.

—¿Y por qué? ¿hay nada más gallardo ni más esbelto que una corbeta con sus tres palos y su hermoso velámen?

—Y quinientos ó seiscientos infelices en el entrepuente.

—Eso la haria más hermosa: eso vale algo más que toda la seda que se contrata aquí en un año.

—¡Ah! ¿con que decididamente negrero?

—No sé lo que tiene usted para mí, señora, que no puedo ocultarla nada.

—¿Y cuánto tiempo hace que ha abandonado usted la trata?

—Desde que Pánfilo de Veracruz se vino á España.

—¿Y quién es ese señor? dijo Magdalena paseando asida del brazo de Antolin por una de las naves laterales de la Lonja.

—Que se lo pregunten á los ingleses.

—¡Cómo!

—Es un hombre tal, que ha hecho tantas fechorías á los cruceros, que todos estos tienen su retrato para reconocerle si le cojen y tratarle de una manera especial: yo he sido mucho tiempo su piloto de derrota, y nos queremos como hermanos.

—¿Y cómo dice usted que se llama esa celebridad negrera?

—Pánfilo de Veracruz.

—¿Y por dónde anda el buen marino? me alegraria conocerle.

—Eso es difícil por ahora; anda oculto y huido, y hace algun tiempo que yo mismo le he perdido de vista; pero si alguna vez hay ocasion de ello y es oportuno, yo diré á usted presentándoselo: ese es el bravo y temido corsario Pánfilo de Veracruz.

—¿Es español, Antolin?

—No, no, señora, es mejicano; natural de Veracruz, hijo de padres desconocidos; le pusieron en la casa de maternidad Pánfilo, porque el dia de este santo le pusieron en ella; y despues, tomó él por apellido, como lo hacian los frailes capuchinos, el nombre de su ciudad natal; desde muchacho entró á servir en un buque del Estado; se hizo un buen marino, y uno de los colonos de la isla de Cuba, Juan el Navarro, negrero retirado, le envió á Africa con una fragata que él se trajo rellena de negros: yo fuí con él en su primer viaje de piloto de derrota: á los cuatro años, Pánfilo, con un gran capital, hacia viajes por su cuenta; yo era su contramaestre: es mucho hombre, señora, mucho hombre; si usted le conociese le estimaria: lo que es yo le quiero tanto, que por nada del mundo le haria traicion.

—El que hace traicion á un amigo es indigno de que se le estime, dijo Magdalena; por lo mismo, yo no haria traicion por nada del mundo á Rodriguez de Angulo.

—Sin embargo, señora, me parece que no es muy

afortunado con usted don Santiago; él se queja, y dice que no encuentra en usted el cariño que desearia.

—¡Oh, es injusto! ¿no voy á París solamente porque á él no le conviene estar en España?

—El que mucho quiere mucho recela, señora; si yo estuviera en su lugar, me pareceria que hasta el aire que pasase junto á usted iba á quitármela.

—Salgamos, dijo Magdalena; quisiera ver las tiendas de modas y de géneros.

—Pues estamos muy cerca de la calle de San Fernando.

Poco despues, en esta calle, Magdalena se paraba delante de una joyería.

Entró, compró dos pulseras y algunas sortijas, y entre ellas una de hombre de bastante valor.

—Pues puede ser que ame á Pánfilo, dijo para sí Antolin, cuando quiere llevarle un recuerdo de su paso por Valencia; porque esa sortija no puede ser para otro que para él.

Salieron de la joyería, y Magdalena, á pretexto de que se habia cansado, se volvió con Antolin á la fonda.

Juana dormia profundamente.

Magdalena sacó las alhajas que habia comprado, abrió uno de los estuches, y dió á Antolin la sortija que éste habia creido destinada á Pánfilo de Veracruz.

—Consérvela usted como un recuerdo mio, le dijo.

—¡Ah, señora! exclamó Antolin tomando la sortija: para recordar á usted no necesitaba yo ciertamente de esto.

—Así me recordará usted mejor, dijo friamente Magdalena.

—Vamos, dijo para sí Antolin; cree haber avanzado demasiado y coje algunas fajas de rizos, se me pone en facha: pues bien, hija, en cuanto yo tome el barlovento me voy al abordaje: ¿tiene usted algo que mandarme, señora? añadió en voz alta.

—Nada; que usted descanse, Antolin, dijo con indiferencia Magdalena, que se estaba arreglando los cabellos al espejo.

IX.

Apenas habia salido Antolin, Magdalena entró en la alcoba, y despertó sin consideracion ninguna á Juana.

—Dispénsame si te incomodo, la dijo; pero tengo que darte una buena noticia; nuestro acompañante está más enamorado de mí que lo que yo creia: me he visto obligada á contenerle para que no me suelte una declaracion á la que yo no hubiera sabido contestar.

—¿Y es esa la buena noticia, Magdalena? ese hombre me parece audaz y peligroso.

—¿Y qué nos importa? si hubiéramos de viajar solas con él y por despoblado, esto seria grave; pero mañana estaremos á bordo de un vapor de las Mensajerias francesas, y no saldremos de él sino para permanecer algunas horas en Barcelona, y luego para tomar en Marsella el ferro-carril de París: nada puede intentar contra nosotras.

—Ese hombre me repugna fuertemente y me causa

miedo: te repito que tengo por una desgracia el que se haya enamorado de tí; y con cuanta mayor fuerza se haya enamorado, peor; no temo yo una violencia, eso no es posible; temo de una manera vaga, como se presiente una desgracia que no puede explicarse.

—¡Ah, no! ese hombre es completamente mio.

—Cuanto más tuyo sea, Magdalena, peor: en el rostro de ese hombre está retratado el crímen.

—Es negrero.

—Ya decia yo que ese hombre debia tener algo: y debe ser algo más que negrero: hay negreros que fuera de la trata, por nada del mundo cometerian un crímen ni una accion baja: ese hombre debe ser algo más.

—Sí, debe ser bandido, corsario; no me lo ha dicho, pero me lo ha dejado comprender; me ha hablado de cierto Pánfilo de Veracruz, negrero y pirata tan terrible, que los cruceros ingleses tienen su retrato: ¿sabes quién es, de seguro, ese Pánfilo de Veracruz?

—¿Y cómo quieres que yo conozca á un pirata?

—Pues le conoces tan bien como yo: ese pirata no es otro que mi tirano: en una palabra, es don Santiago Rodriguez de Angulo.

—¡Oh, imposible! dijo doña Juana: que Rodriguez de Angulo es un malvado, se comprende por lo que ha hecho, por lo que hace contra tí: pero el amor es capaz de todos los excesos, y el crímen que contigo ha cometido Rodriguez de Angulo no prueba que haya cometido otros: ¿cómo suponer que un ladron, un pirata, haya llegado á ocupar la altísima posicion que ocupa Rodriguez de Angulo? esto es inconcebible.

—¡Ah, no! ¿quién sabe lo que se oculta bajo las mejores formas, en medio de nuestra sociedad corrompida? ¿qué importa á nadie lo que es, lo que ha sido, de dónde viene ni á qué viene un hombre que aparece derramando el oro, deslumbrando á todo el mundo con su fausto, cargado de condecoraciones extranjeras y perfectamente aceptable por su educacion y por sus formas? ¿á quién se le ha ocurrido pedir la filiacion, los antecedentes de muchos de nuestros hombres ilustres contemporáneos? ¿ni para qué se necesita esto? ¡lo positivo, Juana, lo positivo! esta es la gran razon de nuestra época: no pretendas arrojar sobre nadie el desprecio público, trayendo á cuenta su historia más ó ménos repugnante: si es muy rico todo el mundo se encojerá de hombros: los millones son hoy la absolucion de todo, el tápalo todo: así es que nada tiene de extraño que ese hombre, que se ha presentado en Madrid de una manera deslumbrante y con un nombre supuesto, sea ese Pánfilo de Veracruz, ese negrero, ese pirata, ese asesino, ese miserable cuyo retrato está en el almirantazgo inglés y en todos los cruceros que ejercen el derecho de visita sobre la costa de Africa.

—No te fies de lo que te haya dicho nuestro acompañante, dijo doña Juana: si se ha enamorado de tí, como él cree que vas resuelta á casarte con Rodriguez de Angulo, no tiene nada de extraño que haya pretendido indisponerte con él.

—No, no; nada me ha dicho Antolin; me ha hablado de Pánfilo de Veracruz con completa separacion de Rodriguez de Angulo: como si fueran dos personas distintas: que son una misma lo he deducido yo; pero me he guar-

dado muy bien de hacer comprender esto á Antolin: me basta con lo que me ha dicho: el señor Antolin me ha servido ya para todo cuanto yo queria que me sirviese: lo demás me lo procuraré yo: tengo una fundada esperanza de recibir muy pronto en París una carta que me permita obrar, una carta que me anuncie que Andrés ha encontrado á mi hijo: y le encontrará, sí, estoy segura de ello: ¡ay entonces de ese pirata! más le valiera no haberme conocido.

—Hubiera sido mucho mejor que nada, que no hubieras conocido á Andrés.

—Ya no tiene remedio, Juana; y luego, á pesar de lo que he sufrido por él, de lo que sufro, no me pesa haberle conocido, porque le amo, porque creo que mi amor ha sido la salvacion de Andrés; pero duerme; yo tambien voy á acostarme y á dormir un poco como no he dormido hace mucho tiempo, porque empiezo á tener esperanza.

Y Magdalena, que mientras hablaba con doña Juana se habia desnudado, se metió en la cama, y á poco se durmió.

CAPÍTULO VIII.

De lo que hizo Andrés para buscar á su hijo, y de cómo le encontró.

I.

Andrés no conocia de una manera íntima á ninguno de los grandes bribones, criminales de oficio, que tanto abundan en Madrid, como en todas las grandes capitales; pero conocia á muchos de vista, y sabia dónde podia encontrarlos, sin que nadie más que otros bribones de la misma calaña le viesen hablar con él.

Andrés se echó algunas onzas en el bolsillo, y se fué á una de las grandes partidas de juego.

Cuando entró examinó á la gente que habia en la partida.

Detrás del banquero, á la derecha, viéndole tirar con ansiedad, habia un hombre vestido con cierta elegancia, pálido, fino, como de treinta y cinco años, de fisonomía simpática y de expresion inteligente.

La mirada de Andrés se fijó profundamente en aquel hombre.

De improviso aquel hombre palideció mucho más, y sus ojos tomaron una expresion sombría.

Luego se volvió, y con las manos metidas en los bolsillos se dirigió á la salida, pasando, como si no le hubiera visto, junto á Andrés.

—¿A dónde va usted, amigo Quero? le dijo Andrés.

—A tomar el aire, dijo breve y secamente el otro.

—¡Eh, no! ya he visto que ha perdido usted algunas onzas en esa última talla.

—Pues así llevo un mes: ¿quiere usted fumar?

Y ofreció su petaca llena de cigarros habanos á Andrés.

—Gracias, dijo éste tomando uno; pero no se vaya usted, juguemos en compañía; tengo muy mala mano y estoy seguro de perder todo lo que apunte.

—¡Oh! pues á tener mala mano no me gana á mí nadie: llevo perdidas mil onzas en un mes.

—Crucemos nuestras dos malas suertes á ver si encontramos la buena.

—No puede ser, ni ahora ni en mucho tiempo; me he quedado completamente á pié. Adios, amigo Peralta.

—¡Eh! ¿y para qué sirven los amigos? yo tengo aquí cincuenta onzas; tómelas usted y vamos á medias.

—Bien, dijo Quero: déme usted.

Andrés dió las cincuenta onzas á Quero.

Quero volvió á la banca, y puso las cincuenta onzas á un tres de copas contra un caballo de oros.

A la quinta carta salió el caballo.

—Vámonos, dijo Quero.

—¿Irnos, cuando se nos han quedado con carne en las

uñas? ¡ca! ¡ni por pienso! tome usted, vamos tambien á medias.

Y dió á Quero un billete de cuatro mil reales.

Quero le puso á un cinco de bastos contra un as de espadas.

El as de oros apareció al volver la baraja el banquero.

—Supongo que ahora nos iremos.

—¡Quiá! no, señor, dijo Andrés: vamos por el resto.

Y dió algunos billetes de banco de á cuatro mil reales á Quero.

Este ni siquiera miró cuántos eran los billetes.

Los puso doblados, como se los habia dado Andrés, á una sota de espadas contra un siete de oros.

A la décima carta salió el siete de copas.

El banquero recogió tambien sin ver cuántos eran los billetes.

—Supongo que ahora nos iremos, dijo Quero.

—Ahora sí; no traia más que dos mil duros; pero aún me quedan todavía veinticinco ó treinta duros para que nos vayamos á almorzar.

—Vengan, y los pondré á la derecha del albur.

—Yo, cuando acabo de apuntar veintiocho mil reales, no apunto quinientos, amigo mio: mañana volveré; ahora, vámonos á almorzar; digo, si es que usted quiere hacerme el favor de acompañarme.

—¡Eh, diablo! sí; necesito beber; que estoy de un humor endiablado, amigo mio.

II.

Salieron de la casa de juego, y se metieron en una fonda que habia enfrente.

Entraron en un gabinete, pidieron cuatro platos fuertes, encurtidos y cuatro botellas de Burdeos.

—Puesto que hemos de beber, bebamos, dijo Andrés, y pasemos del mejor modo posible la vida.

—Observo, Peralta, dijo Quero, que le ha importado á usted muy poco lo que ha perdido en diez minutos.

—¡Bah! dijo Andrés; mis negocios van muy bien.

—Creo que es usted abogado.

—Sí, pero no he abierto mi bufete.

—Ya, se ha dedicado usted á la Bolsa: tengo así una idea de que es usted hombre de capital.

—Poca cosa: cuarenta ó cincuenta mil duros; una miseria con la que no hay para nada; si no fuera porque la buena vida se saca de otra parte, que no es ciertamente la Bolsa, me veria reducido á tres ó cuatro mil duros de renta: ¿y qué es eso? tenga usted buena casa, buena mesa, un par de carruajes y un par de caballos de montar, que es lo ménos que puede tener una persona decente, con cuatro mil duros: yo gasto de veinticinco á treinta mil al año; y esto sale de los negocios que caen.

—Ya, dijo Quero; pues yo no sabia...

—No todo se ha de saber en este mundo; es un error creer que no se puede hacer nada sin la intervencion de alguien, y sin pagar contribucion de ningun género: la gente vulgar se ve obligada á trabajar más para los de-

más que para sí, á dejarse explotar, amigo Quero; yo trabajo por mi cuenta, á mí no me explota nadie; pero vamos con nuestra segunda botella.

—Pues es usted un grande hombre, Peralta; no sé yo cómo puede hacerse hoy un gran negocio que pueda llamarse bueno sin la asociacion.

—¡Bah, bah! todo consiste en saber vivir, en relacionarse bien, en conocer dónde hay un negocio y adquirirle.

—¿Y se obtienen buenos negocios?

—¡Uf! tengo uno en cartera que me producirá por lo ménos diez mil duros; pero tendré que valerme de operarios, como yo llamo á los que hacen la parte gorda de mis negocios.

—¿Alguna subasta?

—No, señor; mis negocios son, por lo general, profundamente reservados.

—Si es un secreto, no insisto.

—Yo no tengo para usted secretos, Quero; usted es muy hombre, y se le puede decir todo: se trata de un niño que ha sido robado á su madre para obligarla á que se case.

—¿Y es muy rica esa señora?

—Esa señora puede dar hasta veinte ó veinticinco mil duros; pero con tal de que su hijo parezca muy pronto.

—¿Quiere usted que hagamos á medias ese negocio, Peralta?

—¿Por qué no? tanto me da valerme de usted como valerme de otro; hay la sola diferencia de que con otro no partiria yo la ganancia; pero usted me es muy simpático,

y no tengo inconveniente en partir con usted esos veinticinco mil duros.

III.

Brillaron de una manera singular los ojos de Quero.

—¿Y tiene usted algun indicio?

—Sobrados: voy á ser completamente franco con usted.

—Veamos, dijo Quero.

—Yo sabia que usted era un hombre á propósito para un empeño; pero no sabia de qué manera podia abordarse á usted; me he valido por lo mismo de rodeos, porque me gusta exclarecer las situaciones: creo, amigo Quero, que nos hemos comprendido.

—Perfectamente, dijo Quero.

—Se trata de un hijo mio y de una señora cuyo nombre puede ser que conozca usted al buscar al niño: es importantísimo que ese niño parezca, sea cualquiera el precio que se pida y las seguridades que se exijan para el cobro de la cantidad que se estipule.

—¿De dónde ha sido robado ese niño?

—De la casa de un carretero que se llama Pedro Lopez, cuya casa está en Pinto, junto á la torre antigua, cerca del ferro-carril: hé aquí la nota: el niño es como yo, blanco y rubio, y se me parece mucho: ¿para cuándo podremos contar con haber encontrado al niño?

—Si está en Madrid ó cerca de él, tres dias á lo más; pero dejemos de beber si hemos de plantear con urgencia el negocio, y salgamos.

IV.

Andrés llamó, pidió la cuenta, la pagó, y ambos salieron, y entraron en el carruaje de Andrés, que de la puerta de la casa de juego habia pasado á la puerta de la fonda.

—¿A dónde vamos, dijo Andrés?

—Primero por los fondos.

—¡Ah, sí! por el dinero, por los veinticinco mil duros. ¡A casa! añadió Andrés dirigiéndose á su lacayo.

—¿Y dice usted que es una gran persona la madre del niño?

—Sí, señor; si al buscar al niño se descubre por acaso el nombre de su madre, lo cual es probable que no suceda, suplico á usted guarde y haga guardar el más profundo secreto.

—Por de contado, amigo Peralta: estas cosas son ya por sí mismas un secreto: podrá haber alguna dificultad en el negocio; como, por ejemplo, si es de mucha importancia la persona que ha mandado hacer el robo, y si se ha valido de los medios de que yo voy á valerme.

—Es necesario que se arrostre por todo.

—Se hará lo que se pueda; pero dígame usted: ¿con qué antecedentes me ha buscado usted para esto?

—Dispénseme usted, amigo Quero; pero se sabe que ha tenido usted la desgracia de vivir diez años en Ceuta.

—De resultas de un negocio mal calculado: qué hemos de hacer, paciencia; en ciertos negocios una torpeza se paga muy cara.

El carruaje se detuvo en aquel momento á la puerta de la casa de Andrés.

—No se canse usted en subir, dijo éste á Quero; yo bajo al momento.

Y bajó.

—¡Ya! no quiere que yo conozca su casa, dijo Quero: será necesario informarse: parece que tiene dinero.

Y el bandido inclinó la cabeza meditabundo.

Poco despues Andrés volvió.

—Los veinticinco mil duros están al corriente, dijo: ¿á dónde vamos ahora?

—A la calle Imperial, número 6, dijo Quero.

Andrés dió estas señas á su criado.

El carruaje se puso en marcha.

—¿Cree usted probable que haya dificultades? dijo con inquietud Andrés.

—Dentro de poco veremos, contestó Quero, porque la calle Imperial está cerca.

—¿A qué clase de casa vamos?

—A una casa de préstamos: cuando se tienen ciertos negocios que atraen á una casa concurrencia, se necesita un pretexto para que no se repare en la concurrencia por gentes que se empeñan en saberlo todo: á una casa de préstamos pueden ir personas de todas clases y condiciones, y de todos antecedentes, sin que pueda sospecharse de la casa: le traigo á usted á ella y le dejo conocer esto, porque si alguna vez se le ocurre á usted un negocio de cierta gravedad, puede usted acudir á esta casa, donde habiendo entrado una vez de cierto modo, será usted un conocido, un buen parroquiano: de usted

se tienen tambien antecedentes, Peralta: ha estado usted con un pié puesto en Ceuta por aquello del banquero Azpecochea, y si no ha caido usted dentro cuan largo era, ha sido por un milagro: somos, pues, compañeros, amigo mio, y los compañeros deben tratarse con franqueza; por un asunto muy semejante, pero más desgraciado, fuí yo á conocer á los moritos. Pero hemos llegado: verá usted qué buen sugeto es mi amigo don Telesforo, y qué bonachon y qué guapote parece.

Paró el carruaje, salieron de él aquellos dos indivíduos, se metieron bajo los soportales de la calle Imperial, y luego por un estrechísimo portal, en el cual empezaban unas estrechas, oscuras é inclinadas escaleras.

La puerta del cuarto principal estaba entornada: la empujó Quero, y seguido de Andrés, entró en un recibimiento donde esperaban dos ó tres personas, y luego en un despacho donde habia un mostrador con barandilla dorada, y tras el mostrador un hombre grueso, calvo, como de cincuenta años, de fisonomía risueña, mirada viva y excelente color.

Dos dependientes despachaban á dos personas, que sin duda habian ido á empeñar.

V.

El hombre grueso, colorado y de semblante alegre, salió inmediatamente del mostrador y se dirigió á Quero.

—Hola, chiquitin, dijo asiéndole con las dos manos una y golpeándosela cariñosamente: ¿cómo es que tene-

mos el gusto de verte por aquí? Servidor de usted, caballero, añadió dirigiéndose á Andrés: ¡conoce usted tambien á este tunante! vaya, lo celebro; así nos conocemos todos; pero pasemos, pasemos, ustedes son de casa.

Y abrió con un llavin una mampara.

Quero habia hecho una imperceptible señal á don Telesforo, que éste habia contestado con otra imperceptible señal de inteligencia.

Andrés y Quero pasaron, don Telesforo cerró la mampara, y atravesando un pequeño aposento, se metió con sus visitantes en un gabinete.

En aquel gabinete no habia más que algunas sillas de tapiceria, una mesa antigua de despacho y un estante sin puertas, en que habia algunos gruesos libros como los de caja.

—Sentaos, hijos mios, sentaos, dijo don Telesforo: voy á daros á cada uno un magnífico cigarro, regalía británica de la Vuelta de Abajo.

Y los sacó de una mesa.

—¿De qué se trata? dijo encendiendo un fósforo y ofreciéndole á Andrés.

—Veamos si tiene usted algun antecedente de esto, dijo Quero, dando á don Telesforo la nota que le habia entregado Andrés.

Don Telesforo se puso unàs gafas y leyó la nota.

—No me suena esto, dijo: sin embargo, ¿en qué fecha se hizo el negocio?

—Hace dos meses.

Don Telesforo se levantó, tomó uno de los libros

que estaban en el armario, le abrió, le hojeó y examinó una página.

—Pues no, no, dijo, nada hemos hecho en Pinto por ese tiempo: este negocio se ha hecho sin duda por un cualquiera á quien no conocemos, ó que conocemos demasiado: nada puedo decir hasta mañana.

—Estoy con una cruel inquietud, dijo Andrés.

—Vete á la órden esta noche, dijo don Telesforo á Quero, é infórmate; que se pregunte á todos los que pueden haber tomado parte en este negocio si saben algo.

—¿Y á qué hora podré yo tener noticia? dijo Andrés.

—A las once: ¿dónde podremos vernos?

—En el pasillo de la izquierda de los palcos bajos del teatro Real: pero yo quisiera tener alguna seguridad.

—¿Seguridad de que parezca el objeto? dijo don Telesforo: por tenida; nada se pierde, amigo mio; todo consiste en que las cosas varían de sitio, y es necesario averiguar á dónde se han ido: se buscará y se sabrá: la cuestion es sólo de tiempo y de gastos.

—Mi amigo Peralta, dijo Quero, está dispuesto á depositar venticinco mil duros.

—¡Oh! pues entonces cosa hecha; se pondrá en movimiento media España: ¿cuándo quiere usted hacer efectivo el depósito?

—Ahora mismo, dijo Peralta, sacando de un bolsillo de su levita un grueso rollo de billetes de Banco de á cuatro mil reales.

Don Telesforo contó los billetes, los metió en un cajon, é hizo una anotacion en el libro concebida en estos términos:

«Por el negocio de adquisicion de tierras entre Pinto y Valdemoro, quinientos mil reales.»

En la columna de la izquierda anotó la fecha. Despues sacó de otro cajon una tarjeta que no tenia más que una marca azul que representaba una araña, y la dió á Andrés.

—¿Y para qué esto? dijo Andrés.

—Para que cuando á usted se le avise vaya al lugar que se le indique, y mediante la presentacion de esa tarjeta y la entrega, se le dará el objeto que desea; ó si no pareciere, yo daré á usted por esta tarjeta los quinientos mil reales que me ha entregado, ménos los gastos que hubiesen sido necesarios: ¿conque no queréis tomar nada, hijos mios? tengo magníficos vinos españoles y extranjeros.

—Nada absolutamente, don Telesforo, dijo Quero levantándose: pero me vendrian bien dos mil duros para empezar á hacer algo.

—Nunca tendrás un cuarto, Juan, con tu maldito juego, dijo don Telesforo abriendo otro cajon y dando á Quero cuarenta billetes de á mil reales: estás muy alcanzado, hijo, y hace un siglo que no nos traes un negocio que valga la pena: el de tu amigo es bueno, es verdad; pero me parece que va á ser algo comprometido.

—No repare usted en nada, amigo mio, dijo Andrés, que yo tampoco me detendré en nada.

—Vamos, descuide usted, dijo don Telesforo: es usted muy simpático, y decididamente el negocio se hará, dia más dia ménos, aunque haya que arrostrar un compro-

miso; podrá suceder que sea necesario que usted nos ayude de una manera eficaz.

—Haré todo lo que sea necesario, dijo Andrés.

—Pues no hablemos más de ello: esta casa es muy suya, y en mí tiene usted un amigo.

—Y usted en mí otro, don Telesforo.

—Vamos, pues, amigo Peralta, dijo Quero; don Telesforo, échenos usted fuera, y hasta otro dia.

Poco despues salieron de la casa; Andrés entró en su carruaje, y Quero se despidió de él para ir á consagrarse desde el momento al negocio.

CAPÍTULO IX.

Continúa la lucha de Magdalena.

I.

Ocho dias despues, Magdalena recibió en París la siguiente carta, que con un doble sobre habia sido dirigida á madama Elena Picard, taller de modas, calle de Rívoli:

«Mi adorada Magdalena: nuestra joya ha parecido y está en depósito; pero se me oculta tenazmente el sitio donde está: no han bastado los veinticinco mil duros que he dado por que se la busque: para que una vez encontrada se me entregue, he ofrecido mucho más y ha sido inútil: media una persona respetabilísima y temible para esta canalla: esa persona es la que tú conoces tanto; la que te ha obligado á salir de Madrid: ya lo temia yo, y mis temores se han realizado. Mientras esa persona no esté completamente inutilizada, los de aquí no me entregarán nuestro tesoro: es necesario, pues, no perder tiempo, Magdalena: pon en juego todos tus recursos para que la situacion dificilísima en que nos encontramos

colocados se resuelva como debe resolverse: si no hay otro medio, yo iré á París; pero si le hay, avísame por el telégrafo con estas solas palabras: «No es necesario que vengas.» Los medios indirectos son los mejores, los más seguros y los que ménos comprometen. Aguardo impaciente tu contestacion.—Tu Andrés.»

II.

Una hora despues el telégrafo decia desde París á Andrés:

«No hay necesidad de que vengas.»

Apenas habia leido la carta de Andrés Magdalena, habia enviado la nota para el despacho telegráfico, y habia ido por sí misma á casa del prefecto, que la conocia ya y que la recibió de la manera más amable del mundo, llevándola á su gabinete reservado.

—Está usted de enhorabuena, señora, la dijo el jefe de policía: el lord corregidor de la ciudad de Lóndres se ha interesado de tal modo en este negocio, que tenemos ya aquí el retrato del pirata Pánfilo de Veracruz, con su filiacion al reverso, pedido por el lord corregidor al almirantazgo.

El prefecto abrió un pupitre y entregó á Magdalena un retrato en fotografía que representaba á un marino.

Este marino no era otro que Rodriguez de Angulo; esto es, que Pánfilo de Veracruz, algo más jóven, pero exactamente parecido.

En el anverso se leia:

«Pánfilo de Veracruz, negrero y pirata, natural de

Veracruz.—Méjico.—Expósito: edad, veinticinco años; recomendado á todos los cruceros de la Gran-Bretaña con destino á la costa de África.»

III.

—Él es, él es, dijo con alegría Magdalena, mirando ávidamente el retrato: esta es una prueba indudable: decidme, señor prefecto, ¿no existe un tratado de extradicion de criminales entre Inglaterra y Francia?

—No, desgraciadamente, señora: los ingleses guardan como una preciosa garantía para todos los malvados del mundo una hospitalidad que llaman humanitaria; no se comprende la razon de esto, como no se atribuya á una vanidad pueril: á Inglaterra la sobra poblacion, y una prueba de ello es su horrible pauperismo, esos cientos de miles de séres desheredados, á los cuales se esfuerza en vano por procurar trabajo: á más de eso, un depósito de criminales es una malísima levadura para toda sociedad: Inglaterra duerme descuidada en brazos de su policía, y creyéndose garantida por la severidad de sus leyes: pero á pesar de lo que se decanta la actividad, la sagacidad y el celo de la policía inglesa, á pesar de Botany Bay, de la horca y del plano inclinado, examinad la estadística criminal de Inglaterra y os extremecereis, encontrareis el ladron por todas partes, por todas partes el asesino; no os atrevereis á pasar de noche con un schelin en el bolsillo por Hayde Park, ni á perderos en el laberinto de la City; sereis robado ó asesinado: Inglaterra es un país incomprensible, estacio-

nario en el fondo, que ha avanzado en política y en administracion hasta la democracia, conservando, sin embargo, toda la apolillada balumba feudal. Entre Inglaterra y Francia no hay relacion de ningun género: son dos cosas distintas, dos rivales, dos enemigas que se dan la mano por conveniencia, pero sin olvidar su antagonismo y contrariándose mútuamente. Inglaterra debiera comprender cuán conveniente es en moral y en política la extradicion de criminales; pero Inglaterra se cree el pueblo rey, y exagera la inviolabilidad de su pabellon, protegiendo bajo él lo que no puede ni debe protegerse: el crímen. Inglaterra pone sin compasion en su plano inclinado al ladron ó al asesino inglés; pero no toca ni á un solo cabello al ladron ó al asesino extranjero que, escapado del arsenal ó del patíbulo, va á reclamar la latísima proteccion que Inglaterra concede á sus refugiados de todo género: se reduce á que la policía los vigile: ¿pero quién que signifique algo no está vigilado por el recelo del leopardo inglés? Se ha pretendido por los buenos medios establecer un tratado de extradicion mútuo contra los delincuentes por crímenes comunes, y no ha podido obtenerse; porque la sola anunciacion de este tratado en las Cámaras inglesas, dicen perturbaria profundamente la opinion pública: no existe, pues, ese tratado, y no es posible esperar que, sabiendo el almirantazgo que existe en París el caballero á quien ese retrato representa, le reclame: la policía francesa no puede tampoco prender á un hombre que no ha cometido delito alguno en el territorio francés: se limitará á vigilarle como peligroso, y esta vigilancia se ejercia ya sobre ese

sugeto antes de que vos, señora, viniéseis á informarme acerca de él.

—¿Y qué hacer? dijo Magdalena: ese hombre es para mí funesto; por circunstancias especiales ejerce sobre mí una tiranía de que sólo puede librarme la ley.

—Ese hombre ha sido ministro de la corona en España, dijo el prefecto; no ha sido depuesto, no ha sido inhabilitado; conserva, pues, una apariencia y una categoría respetables: pero es posible que un falsario de tal género haya cometido en España algun delito por el cual los tribunales españoles puedan recurrir á la policía francesa, pidiendo á nuestro gobierno su extradicion, porque entre España y Francia hace años se llevó á cabo el tratado recíproco de extradicion de criminales, y con suma frecuencia se prestan grandes y mútuos servicios.

—No sé que ese hombre haya cometido crímen alguno por el que pueda acusársele ante la ley en España.

—En ese caso, señora, nada podemos hacer en vuestro favor, más que protejeros.

—Contra la violencia que ejerce sobre mí ese hombre no hay proteccion posible: es un crímen horrible el que contra mí se comete; pero yo no puedo probarle.

—A falta de fuerzas, señora, ingénio, que es una fuerza tan buena como otra cualquiera.

Magdalena meditó un momento:

—¡Ah! dijo al fin: ¿puedo contar particularmente con vuestros buenos oficios, señor prefecto?

—¡Oh, sí! me intereso vivamente por vos, señora marquesa, porque me sois excesivamente simpática.

—¿Podeis poneros en inteligencia para un plan con el lord corregidor de Lóndres?

—¡Oh, sí! y tratándose de ese pirata que ha echado á pique algunos cruceros ingleses y que tiene contra sí el orgullo ofendido de Inglaterra, Inglaterra hará cuanto esté de su parte, y aún más, por apoderarse de él.

—No podeis dejarme este retrato, ¿no es verdad?

—Siento mucho no complaceros, señora; me he comprometido á devolverle: sin embargo, esperad: haré que sea reproducido en fotografía y tendreis un ejemplar: bueno será tambien que la policía francesa posea el retrato de ese buen pájaro: mañana tendré el placer de entregaros una reproduccion de este retrato, y legalizada por mí la filiacion que aparece en el original.

—Mañana vendré á buscarle; gracias de antemano, caballero.

—Yo mismo iria á llevárosla, señora marquesa; pero no me parece muy oportuno dar ocasion á ese señor de que sepa que nos conocemos.

—¡Oh! de ningun modo, dijo Magdalena; hasta mañana, señor prefecto.

—Hasta mañana, señora.

El prefecto acompañó hasta la escalera á Magdalena.

Esta, que habia ido á la prefectura en un carruaje de alquiler, le hizo parar á alguna distancia, salió de él, pagó, adelantó con el velo echado, y á pié anduvo á la ventura algunas calles, y tomó otro carruaje público.

Tres veces, y dando grandes rodeos, cambió de carruaje antes de llegar á su casa.

IV.

Encontró en ella al marqués de Alpuente.

—Es necesario que esto concluya, Magdalena, la dijo en cuanto la vió: Rodriguez de Angulo se me queja amargamente y no me lo puedo quitar de encima: ¿no le amas, Magdalena?

—Sí, señor, sí; ¿si no le amara, le hubiera seguido á París cuando él se vió obligado á salir de Madrid? ¿Por qué, si no por no sufrir los dolores de la ausencia, le he seguido yo? Pero desconfio: creo que no me ama como yo quiero ser amada.

—¡Oh! no sé cómo dices eso, mujer: no conozco á nadie que esté tan enamorado de una mujer, sino á mí mismo: estoy tan loco por la viuda de Chatillon, como Rodriguez de Angulo lo está por tí, y esto es muy singular; María Josefa me dice lo mismo que tú dices respecto á Angulo:—«No me fio, marqués: aún no estoy segura de que usted me ame como yo necesito ser amada; esperemos: el tiempo nos demostrará si es verdadera la pasion de usted.»

—Y dice bien esa señora, contestó Magdalena: estos amores de poco tiempo pueden ser un delirio, una fiebre que pase cuando no tengan dificultad alguna que vencer: el tiempo es el único demostrador de las verdades: ¿por qué no esperar?

—María Josefa tiene á lo ménos la disculpa del luto de su segundo marido; pero tú no tienes disculpa alguna, Magdalena: Angulo se queja con mucha razon: dice que

te has curado de una primera impresion, que no has roto con él por no hacerte responsable de una inconsecuencia inmotivada; que lo que quieres es que el tiempo te proporcione un pretexto para romper definitivamente, quedando bien.

—¡Ah, no! le amo tanto, que por lo mismo me da miedo unirme á él sin tener la seguridad de que él me ama como le amo yo.

—¿No se lo decia yo á usted, señor Rodriguez de Angulo? dijo el marqués levantando un portier tras el cual apareció el corsario: ya lo ha oido usted por su misma boca.

—¡Ah, una emboscada! dijo sonriendo Magdalena.

—Emboscada que debe usted perdonarme, señora, dijo Angulo, puesto que ha sido protegida por su padre y que demuestra cuánto la amo á usted cuando me valgo de estos medios.

—Sí, sí, dijo el marqués de Alpuente; los enamorados locos echamos mano de todos los recursos: ya he servido á usted, Angulo, y le dejo á usted pleiteando con ella: yo me voy á pleitear con la mia. Adios, hasta la vista; ya me contará usted, Angulo.

Y el marqués escapó como un muchacho de veinte años á quien aturde su primer amor.

V.

Quedaron solos Magdalena y Veracruz.

—¿Ha salido usted? dijo éste.

—Sí, contestó Magdalena quitándose el sombrero y sentándose: he ido á la Magdalena.

—¡Ayer tambien!

—Ayer no: fuí á Nuestra Señora.

—Y mañana...

—Mañana iré á San Sulpicio.

—Muy devota está usted, marquesa.

—Voy á rogar á Dios proteja á mi hijo.

—Su hijo de usted está protegido por mí.

—¿Y por qué no se me devuelve?

—Temo que cuando usted recobre á su hijo me abandone: su hijo de usted es mi garantía, mi fuerza para con usted.

—Esto es terrible, Angulo: ¿por qué no creer en mi amor? ¿no le he dado á usted pruebas?

—Esas pruebas, Magdalena, dejan de serlo desde el momento en que pueden atribuirse al amor de usted por su hijo.

—Esta es una fatalidad; en mal hora desconfió usted de mí y se apoderó de mi Andrés: esto hace que no nos comprendamos, que usted crea que mi amor de madre me obliga á fingirle amor, y que yo crea que usted no me ama lo bastante para someterse absolutamente á mi voluntad, de tal modo que yo comprenda que su alma de usted es completamente mia: no, no me ama usted como yo quiero ser amada, de una manera absoluta, sin voluntad, sin lucha de ningun género: yo creo más: creo que usted no me ama.

—¡Señora!

—Creo que le seduce á usted mi título.

—¡Ah, Magdalena! eso es blasfemar del amor más grande que ha conmovido el corazon de un hombre: ¡su título de usted! ¿qué me importa á mí un vano título? he podido dármele: ¿no he sido ministro? ¿no he tenido en mis manos una situacion política? ¿no he podido, como otros muchos, crearme duque y grande de España? ¿no soy bastante rico para mantener la representacion de la grandeza con más explendor que muchos grandes de España que son muy respetados?

—¡Nobleza nueva que desdeña la vieja nobleza!

—Los antiguos títulos se han obtenido de la misma manera que se obtienen los modernos: por merced de un rey, y la mayor parte de las veces por bajos y miserables servicios: no, Magdalena, no; yo no busco en usted ni honra ni dinero; honra he podido dármela: dinero le tengo: lo que no tengo, lo que busco con ánsia, es su corazon de usted.

—Devuélvame usted mi hijo y le tendrá usted por completo.

—Perderé á usted, estoy seguro de ello.

—Pues bien, elija usted: ó entregarme mi hijo, ó de lo contrario, unirse á una mujer que no podrá amarle á usted; que se verá obligada á fingirle amor, á ser una esclava miserable; porque temeré siempre que usted haga de mi hijo una prenda: esta es una situacion violenta, una tenacidad indisculpable: no puede usted contar con mi corazon mientras yo no le vea á usted generoso y confiado.

—Segun eso, cuando usted me asegura que me ama, Magdalena, me engaña usted.

—Hé aquí los resultados de la situacion falsa en que usted nos ha puesto á los dos apoderándose de mi hijo y obligándome á temer por él.

—Por último, Magdalena, usted aplaza indefinidamente nuestro enlace.

—Sí, sí por cierto: mi mismo amor me obliga á no dar un paso decisivo respecto á un hombre cuyo amor está sujeto á condiciones; la madre y la mujer á un tiempo quieren este enlace; pero hay en mí una fuerza misteriosa é invencible que me obliga á rechazarle, mientras pueda creerse por usted que nuestra union es por efecto de la violencia que se me hace: si antes de devolverme á mi hijo se verifica nuestro enlace, ¿cómo quiere usted que yo crea en su fé ciega respecto á mi amor? el amor es muy delicado, Angulo; el amor es intransigente: no quiere ni la más leve sombra; lo más insignificante le lastima de una manera dolorosa; envenena los recelos; sufre, y el sufrimiento del amor es el más insoportable: si un dia por cualquier cosa que ninguna relacion tuviese conmigo viera yo á usted triste, creeria que usted sufria porque desconfiaba de mi amor; creeria que usted recordaba que me habia obligado á casarme con usted; seria no tener paz en el alma: este es un porvenir horrible al que no quiero sujetarme, al que no quiero sujetar á usted: desvanezcamos todo recelo: deshagamos esta situacion violenta: devuélvame usted mi hijo, y comprendámonos francamente; creemos una situacion clara que nos permita obrar con la seguridad de que no nos engañamos.

—No; seria una debilidad indisculpable: pondria usted á su hijo en lugar seguro, la perderia á usted; mi amor

es ya un frenesí: obtenerla á usted á cualquier precio, contra todo, arrostrándolo todo: hé aquí mi firme, mi invariable resolucion; y es necesario que esto tenga un término: lo tendrá: ó dentro de quince dias somos esposos, ó no respondo de los resultados.

—¡El tirano! ¡siempre el tirano! quien tiraniza á una mujer no la ama, ó si la ama es con uno de esos amores que una mujer digna no puede aceptar sino por la violencia: bien, Angulo, bien; nos casaremos: dentro de quince dias seré esclava de usted.

—¿Sin revocacion será usted mia en ese término? dijo Angulo.

—Sí, decididamente sí, contestó Magdalena.

—Pues bien, señora, cuando llegue ese caso se convencerá usted de cuánto la amo, y yo sabré si me ama usted ó no.

—Convenido: tengo ya ánsia de que pasen esos quince dias.

—Para mí serán interminables: adios, Magdalena, adios, estoy conmovido; necesito estar solo: hasta mañana.

—Hasta mañana, Angulo, dijo Magdalena.

El corsario salió.

—¡Dentro de quince dias! murmuró Magdalena: para entonces lo más probable, infame, será que sólo te puedas casar con la horca.

CAPÍTULO X.

De cómo Veracruz se encontró cogido por Pepa.

I.

Cuando Veracruz entró en su casa se encontró en ella con una tarjeta de Pepa, en la cual ésta habia escrito con lápiz:

«He estado en su casa de usted y no le he encontrado: espéreme usted: volveré esta tarde.»

Veracruz se extremeció.

Pepa era uno de sus inconvenientes: conocia sus secretos: si no todos, los que bastaban para comprometerle: era su esclavo.

Esperó con impaciencia.

A las cinco llegó Pepa.

—Mi querido Veracruz, le dijo: me encuentro en un verdadero conflicto, en el conflicto mayor en que puede encontrarse una mujer: considera, amigo mio, que amo al fin: ¡pero de qué manera! de una manera mortal; sintiendo una angustia indecible: viéndome obligada á disimular mi amor y á desesperar al hombre á quien

amo, para que no tome celos ese vejestorio de marqués de Alpuente y haga una diablura: porque, amigo mio, él sabe toda mi vida y milagros; me ha conocido cocinera, y si ese hombre habla, el hombre á quien amo, y que me adora, será capaz de suicidarse, pero no será mi marido.

—¿Y quién es el dichoso mortal que te ha convertido en mujer, loba mia?

—Un primo de mi ilustre y ridícula prima la duquesa de Chatillon, vizcondesa de Aiguebleu: como la he pagado sus deudas y la he sacado de apuros, esta señora se desvive por mí, me lleva á todas partes, dice que quiere indemnizarme de lo que por una lamentable equivocacion he sufrido: y tanto ha hecho, que me ha puesto de moda: yo soy la sultana del barrio de San German, la mujer interesante, la víctima, la mártir á quien al fin se hace justicia: por esto, y porque soy inmensamente rica, los adoradores llueven sobre mí: tengo á mis piés todos los grandes herederos; todo lo que hay de tentador entre la gente de sangre azul: pero ¡ay! yo adoro á un hombre, á quien he conocido en casa de la de Aiguebleu: á su primo, el jóven marqués de Portmontier, par de Francia, riquísimo, sin padre ni madre, de diez y ocho años, hermoso como un ángel, con un corazon de ángel, que se muere por mí, que está malo, pálido, lo que le hace más bello: yo estoy agonizando, mi querido Pánfilo, y matando al pobre chico: porque de miedo de que el marqués sospeche, le trato de una manera cruel; y entre tanto, me finjo enamorada de ese horrible espectro, de ese viejo asqueroso: Arturo de Fontenoy,

que así se llama mi tormento, es bravo como un leon, y ha tomado una ojeriza tal al marqués de Alpuente, de quien me dejo galantear en público, y con el cual me muestro sumamente amable, que temo se le vaya al bulto de tal manera que sobrevenga un escándalo: esto no debe ser, esto no puede ser, y recurro á tí: quítame de en medio al marqués.

—Quítame de en medio, eso es, dijo contrariado Veracruz: como que no hay más que quitar de en medio á un hombre en París. ¿No sabes tú hacerlo eso tan bien como yo? ¿por qué no te quedas con tus negocios y me dejas á mí con los mios?

—Es que yo no quiero comprometerme, mi querido Pánfilo; mi posicion es muy delicada: me he propuesto hacerme impecable, para mi Arturo.

—Y yo tambien por mi Magdalena.

—Yo puedo comprometerte, cachorro mio; puedo hacer que te vayas á escape de París: calcula tú que yo me gasto unos cuantos miles de duros, y hago que se le diga á Angelito y al Extremeño y á Panfrio que te denuncien, que echen á luz el robo aquel de la marquesa de Rosales.

—No lo harán: no querrán ir á presidio.

—¿Y qué se les da á ellos, si yo les pago bien cada año de presidio que sufran?

—Les ofreceré yo más porque callen.

—¡Bah! me dirigiré á otros cuyos nombres no sabrás, y cuando ménos lo pienses te encontrarás con la visita de un comisario francés á consecuencia de una reclamacion del gobierno español.

—Es que yo puedo comprometerte tambien.

—Pero comprometiéndote tú: no lo harás, yo te lo aseguro: desengáñate, Pánfilo: estás en mi poder atado de piés y manos: quítame de en medio al marqués; te lo pagaré bien: ya sabes que yo no soy miserable.

—¡Maldita seas tú y mi fortuna! dijo Veracruz: este es un compromiso del diablo: yo no tengo aquí relaciones de ningun género para esta clase de negocios; los bribones de París no son tan buenos como los de allá: lo hacen todo de una manera brutal, están más vigilados por la policía, y rara vez se meten en un negocio sin que se les coja y sin dejar hilos.

—¿No tienes ahí á tu magnífico Antolin?

—¡Calla, y es verdad! pero Antolin anda traspunteado conmigo: me parece que se ha enamorado de la marquesa de Santorcaz, á quien acompañó en su viaje de Madrid á París, y que si no me hace traicion es porque me teme.

—Antolin es más interesado que un judío: ofrécele lo que te parezca; que se haga el negocio, y ponme la cuenta.

—¿Pero cómo diablos buscar una ocasion?

—Espera, espera: hay al otro lado del rio en una tienda de azabaches una magnífica señorita de mostrador: una muchacha que atrae parroquianos á la casa, y que aprovecha para sí los parroquianos gordos: el marqués se consuela con los favores comprados de la señorita Eloisa de la falta de los que yo no le concedo; pero como yo retengo todas las noches al marqués en mi palco de la Ópera, y la señorita Eloisa está retenida en el mostrador desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche

en que se va á su casa, el marqués no puede ir á visitarla sino á una hora avanzadísima: á la una pasa por el puente de Waterlóo, y vuelve á pasar á las tres ó las cuatro: á esa última hora, el puente de Waterlóo está completamente desierto, y los gendarmes tienen sueño: el Sena, mi querido Pánfilo, es un buen confidente que no habla: Antolin tiene unas fuerzas de tóro, y el marqués, como está tan flaco, pesa muy poco.

—Pues hija, hay que confesar que tu plan es admirable y de un éxito seguro; sólo falta que Antolin quiera encargarse de realizarlo.

—Págale bien y él lo hará; pero es necesario que lo haga cuanto antes: adios, hijo mio: espero que no tendré que apremiarte, que meditarás, que comprenderás que no tienes más remedio que darme gusto, y harás de modo que los periódicos digan á todo el mundo que se ha sacado ahogado del Sena al señor marqués de Alpuente: provecho para tí: así tendrás dos veces marquesa, dos veces grande de España, y con doble renta á tu Magdalena, y yo podré dejar de atormentar á mi Arturo y de atormentarme á mí misma. Adios, mi querido Pánfilo: hasta que vayas á decirme cuánto nos ha costado nuestro negocio.

VI.

Veracruz se quedó solo y dado á los diablos.

Para redondear sus negocios se veia obligado á cometer un nuevo crimen en París, donde podian muy bien estar vigilados por la policía Antolin y él.

Sin embargo, no habia remedio: Pepa le tenia cogido, y era capaz de todo.

Él no podia comprometerla.

El único agente intermediario en otro tiempo entre ella y los jefes de la asociacion de ladrones de Madrid, habia sido Chopito, y Chopito habia sido ajusticiado.

Ninguno de los otros la conocia: sólo podia decir, para que todo el mundo lo supiese, que Pepa habia ocupado la humildísima posicion de criada.

Y esto, como habia dicho muy bien Pepa, aumentaria el interés de su historia; haria que se dijese que Pepa habia preferido humillarse socialmente á envilecerse vendiendo su hermosura: esto daria una muestra de su gran virtud, de su gran dignidad.

El Delfin de Francia sirvió á un zapatero; si aquel pobre niño no hubiera muerto, despues de la Restauracion el criado del zapatero hubiera sido rey de Francia.

Está en la conciencia de todos, por orgullosos que sean, que el trabajo no envilece.

En la más humilde posicion se puede conservar la dignidad del alma por la práctica de la virtud, por la aceptacion del sufrimiento, antes que la aceptacion de la infamia.

La ley habia rehabilitado á Pepa de la infamia de sus ocho años de trabajos forzados, declarándola inocente, indemnizándola de lo que se llamó equivocacion del jurado, y la opinion pública, si hacia conocer la humilde posicion en que durante algunos años habia vivido en Madrid, la rehabilitaria declarando que abandonada, sola, pobre, habia dado un grande ejemplo de virtud y

de fortaleza de espíritu, sucumbiendo á la servidumbre antes que á la degradacion.

Esto seria una doble aureola de martirio que aumentaria excesivamente el prestigio de la duquesa viuda de Chatillon, título que se daba tambien como remuneracion de sus desgracias á Pepa, á pesar de que se sabia que se habia casado con un banquero, cuya magnífica herencia habia obtenido.

VII.

Veracruz, pues, no tuvo otro medio que doblegarse á la situacion, aceptarla, y alegrarse porque Pepa no le habia exigido otra cosa más difícil, más comprometida.

Iba á tirar del cordon de la campanilla para enviar á un criado en busca de Antolin, cuando éste entró sin anunciarse en el gabinete.

El rostro de Antolin estaba cubierto, por decirlo así, con una nube sombría.

Desde su llegada á París, acompañando á Magdalena, Antolin no trataba á Veracruz con la lisura, con la franqueza, con la confianza que antes.

Veracruz lo habia comprendido, habia empezado á desconfiar de Antolin, y estaba en guardia.

Conocia, mejor dicho, adivinaba la causa del cambio de su contramaestre; esto es, que durante el viaje se habia enamorado de Magdalena.

Desconfiaba, temia que Magdalena hubiese fascinado á Antolin, le hubiese dominado, yarrancádole confidencias peligrosas para él.

Sin embargo, nada habia dicho ni á Magdalena ni á Antolin.

Se habia reducido á ponerse en guardia y esperar los sucesos.

VIII.

—Me vienes como llovido, dijo Veracruz á su contramaestre: cuando entraste iba á llamar para que fuesen á buscarte.

—Me alegro, dijo Antolin; yo tambien te necesito.

—¿Y para qué?

—Estoy muy mal en París: todas las noches tengo malos sueños, y me levanto con unas terribles tentaciones de matar á un hombre y ahogar á una mujer.

—¡Bah, bah! dijo Veracruz; algun disparate.

—Sí, ciertamente: un disparate; pero se me va agarrando de tal manera este disparate á la cabeza, que empiezo á tener miedo, y quiero quitarme la ocasion de delante; mientras yo esté en París he de ver á esa mujer; porque sin poderlo yo remediar los piés me llevan al paseo donde esa mujer concurre, al teatro á donde va, y cuando la veo, cien legiones de demonios se me meten en el corazon y me dan las tentaciones más irresistibles de hacer zafarrancho, soltar los trapos, tomar el barlovento al barco que yo me sé, y meterme á la buena de Dios al abordaje: yo me quiero ir de París, Pánfilo, de Francia, y necesito que me des mucho dinero.

—¿Y para qué, grandísimo loco? ¿para qué? dijo Veracruz disimulando.

—No es ciertamente para mí, sino para tí, Pánfilo, dijo Antolin.

—Pues no te entiendo.

—Sí, hombre, sí; mister Coke, el constructor de Liverpool, me escribe que la quilla de tu brik-barca está ya en grada, que los trabajos van muy adelantados, y que si se le anticipase el segundo plazo, podria obtener con mucha ventaja tablazon que se presenta por accidente con una gran rebaja y de excelente calidad, lo que adelantaria mucho la construccion y rebajaria en algunos miles de libras esterlinas el precio convenido por el barco: mister Coke me dice, para disculparse de esta indicacion, que él no puede obtener las maderas en este momento, porque tiene invertido su capital en construcciones, y se ve obligado á esperar el vencimiento de los plazos.

Se estipularon, creo, tres plazos de á seis mil libras; el uno á la firma del contrato; el segundo á noventa dias, y despues de éste á noventa el tercero, época en que debia botarse al agua y artillarse el brik-barca.

—Exacto.

—Falta, pues, un mes y dias para el vencimiento del segundo plazo.

—Pero como tú tienes dinero largo, te conviene: puedes obtener, segun mi cálculo, con arreglo á la factura que me envia mister Coke, un beneficio de dos mil libras por la rebaja del precio de la tablazon: debes hacerlo.

—Convenido.

—Además de eso, yo pienso irme á Liverpool á vivir en el mismo astillero de mister Coke: mi presencia activa-

rá los trabajos; en la construccion del brik-barca están empleados cien hombres; teniendo todos los materiales juntos, yo haré que se empleen doscientos; estaré encima, me multiplicaré, cuidaré de que todo se haga como debe hacerse: no pararé de la fragua á los bancos de los carpinteros, y de estos á la grada; el brik-barca se hará en mucho ménos tiempo que el convenido, con mejor construccion y con más años de aguante: mañana quiero irme.

—¿Y no tienes miedo de pisar las playas de Inglaterra?

—¡Cá! á mí no me conocen como á tí: el almirantazgo no tiene mi retrato como tiene el tuyo: además, yo hablo el inglés como si hubiera nacido y vivido toda mi vida en Lóndres: nadie sospechará siquiera qué yo soy el contramaestre gallego del corsario Pánfilo de Veracruz; me llamaré Jorge Smiht ó John Dawis, ó Jacobo demonios, un nombre inglés cualquiera: mister Coke se callará, porque está muy acostumbrado á tratar con africanos: antes de dos meses tengo mi brik-barca armado y tripulado, me envias un millóncejo, y me largo á las factorías de las costas de Guinea.

—¿Pero por qué, por qué te da ese horror París?

—Ya te he dicho que por no matar á un hombre á causa de una mujer.

—¿Pero qué mujer es esa? dijo Pánfilo, aunque sabia muy bien quién era, por disimular mejor.

Antolin palideció, tartamudeó algunas palabras, y dijo al fin haciendo un esfuerzo:

—¿Quién ha de ser más que esa maldita que fué que-

rida de Chopito? esa á quien llaman aquí duquesa de Chatillon; la Pepa, que está cada dia mas hermosa, y que dicen va á casarse con ese vejestorio de marqués de Alpuente.

Antolin mentia por miedo y por consideracion á un tiempo á Pánfilo de Veracruz.

Éste conoció la mentira; pero la asió, como suele decirse, por los cabellos.

—¡Qué casualidad! dijo; tú quieres irte de París por no matar al viejo marqués, y cabalmente para decirte que le matases iba yo á mandarte llamar.

—¡Cómo! dijo con mal disimulada alegría Antolin; ¿estás enamorado de la Pepa? ¿te parece más rica y más hermosa que la marquesita de Santorcaz?

—Yo no estoy enamorado de nadie: yo no voy más que á mi negocio, imbécil: puede ser que cuando esté quitado de en medio el marqués de Alpuente, si tú tienes juicio y conoces que Pepa no ha de casarse contigo y convenimos en ello, me case por realizar un buen negocio, en el que te daré parte; pero si tú estás decididamente enamorado de ella, desistiré; porque yo respeto mucho el corazon de mis amigos, y me casaré con la marquesita de Santorcaz, á la que tengo sujeta por su hijo.

Antolin tragó completamente el anzuelo.

—No, dijo; tratándose de tí y de un buen negocio, ya es distinto: yo te quiero como á un hermano, Pánfilo, y no puedo tener celos de tí: nada, nada: figúrate que no sabes que á mí se me ha subido á la cabeza la Pepa, y cásate en buen hora con ella: casi, casi, ya no la quiero

desde que sé que la quieres tú: para mí lo primero es la amistad, despues el dinero; luego, una mujer; esta ó la otra, la que más me vuelve loco: no hablemos más de esto; asunto concluido.

—Aún no, aún no: para que el asunto esté concluido, es necesario dar el pasaporte al marqués: es una cosa en que hemos convenido Pepa y yo.

—¿Y por qué es necesario que el marqués cierre el ojo para que tú te cases con Pepa?

—¿Por qué? porque el marqués sabe de Pepa cosas muy graves que ésta no quiere que se divulguen, y que el marqués divulgará si Pepa se niega á casarse con él: á más de eso, Pepa ha pensado en tí para el asunto, y me ha dicho que le pongas el precio que quieras: á tí no te amargarian diez, doce ó quince mil duros.

—¡Qué me han de amargar á mí, Pánfilo! dijo Antolin, al cual le relucieron de una manera singular los ojos.

—Pues á ello, dijo Pánfilo; y cuanto antes mejor.

—El negocio tiene sus espinas, Pánfilo; yo no soy el mismo en París que en Madrid: esta maldita policía francesa es temible; está en todas partes: haces cualquier cosa, crees que nadie te ha visto, y... trás... á los dos pasos sientes sobre el hombro la mano de un gerdarme.

—Pero tú no eres torpe ni corto de vista, Antolin.

—Eso es mucha verdad.

—Y si te se presenta una buena ocasion; por ejemplo, si tú te encontraras con un hombre á las tres de la mañana en el puente de Waterlóo...

—¡Ah, diablo! eso es completamente distinto: con tirarme al agua detrás de él, á buen seguro que los gendarmes, aunque estuvieran á dos pasos, se tiraran detrás de mí para cogerme: y en estando yo en el agua, largo y seguro habia de ser el lugar por donde saliese.

—Pues entonces, Antolin, quedamos convenidos: ¿conoces tú bien al marqués de Alpuente?

—Como te conozco á ti, hijo, como te conozco á ti.

—¿Aunque la noche sea oscura, le conocerás?

—Por el olor.

—Entonces, esta noche, ó á más tardar mañana á la noche, el marqués de Alpuente va indefectiblemente entre una y dos á la City á ver á una muchacha: pasa por el puente de Waterlóo, y vuelve á pasar por él entre tres y cuatro de la mañana.

—Perfectamente; puedes contar con que el marqués se nos marcha muy pronto.

—Pues contándolo como cosa hecha, voy á darte un talon por valor de tres mil libras sobre el Banco inglés, por si tienes que escapar: envuélvelo de una manera impermeable para que si tienes que tirarte al agua no se inutilice, dijo Pánfilo cortando un talon de un libro, estampando en el talon una cantidad, y firmándole.

Antolin guardó el talon en su cartera.

—Creo que ya no tenemos más que hablar, dijo.

—Absolutamente nada, contestó Veracruz.

—Pues hasta mañana, Pánfilo: probablemente vendré á almorzar contigo, y á traerte la noticia de que el marqués de Alpuente ha tomado un baño decisivo.

Y Antolin salió.

—Dios quiera, dijo Veracruz, que esta sea nuestra última hazaña.

Y se quedó paseando en el gabinete, contrariado y pensativo.

CAPÍTULO XI.

El marqués de Portmontier y los celos del marqués de Alpuente.

I.

Estamos en el teatro de la Grande Opera, en un palco bajo, durante un entreacto de la *Sonnámbula*.

En aquel palco bajo hay dos señoras, y junto á la más jóven de ellas un caballero como de diez y ocho á veinte años, sumamente distinguido, hermoso y simpático, un hombre en el cual se adivina aún el candor de un niño, pero á vueltas de una indudable expresion de bravura, y de una excesiva fuerza de pasiones.

Este jóven es Mr. Arturo de Fontenoy, marqués de Portmontier, par de Francia.

El marqués aparece triste y contrariado, y de tiempo en tiempo dirige tímidamente la palabra á la dama que ocupa en el palco el lugar preferente.

Esta dama está de luto, pero con un luto rico y elegante, que forma un magnífico contraste con la admirable blancura de la tez de la dama.

Un bello collar de azabache hace su garganta irre-

sistible, y á través de un fisú de encaje negro, sus magníficos hombros aparecen completamente tentadores.

Si preguntárais á cualquiera de los de los palcos de enfrente, quién era aquella dama, os contestaria:—¿De dónde salís, caballero, que no conoceis á la magnífica duquesa viuda de Chatillon?

Porque en efecto, aquella hermosísima mujer era Pepa.

La dama que ocupaba el segundo lugar del palco, ostentosamente vestida, aunque con algo de mal gusto, y pintada como una decoracion de teatro, era la duquesa de Chatillon, vizcondesa de Aiguebleu, prima política de Pepa.

Esta señora era perfectamente antipática: flaca, huesuda, con pequeños ojos grises, de mirada ágria, por decirlo así; de grandes lábios, delgados y secos, cuya lividez cubria un cosmético de color subido; de nariz larga y acaballada; de garganta prolongada y ávida, blanqueada y contrastada por un collar de brillantes. Tan antipática y tan difícil de tragar era esta señora, que á pesar de su rancia nobleza, que se remontaba no ménos que á la época de los primitivos Galos, segun constaba de su ejecutoria, y á pesar de su gran renta, no habia tenido que defenderse jamás de la más leve insinuacion del amor, ni meditar si la convenia ó no un enlace.

La pureza de madama de Aiguebleu era una pureza inmaculada, de la que no dudaba nadie, porque bastaba verla para comprender que nadie que pudiese socialmente ponerse á nivel de la duquesa, hubiese atentado á ella.

Y pensar que la orgullosa vizcondesa hubiese sucum-

bido desesperada á unos amores comprados, plebeyos, vergonzosos, en una palabra, era cosa que no podia ocurrirse á nadie que conociese la indómita altivez de la señora de Aiguebleu.

Así habia llegado Virginia de Rochepont á sus cuarenta años, víctima de su fealdad y de la gran potencia antipática que de todo su sér se desprendia.

Era, sin embargo, la señora, ó más bien la señorita de Aiguebleu, respetadísima, por la severidad de sus ideas como mujer, y por la intransigencia de su orgullo nobiliario, lo cual era un gran testimonio de la virtud, de la dignidad y de la nobleza de la duquesa viuda de Chatillon, y una autorizacion cuando la intransigente vizcondesa de Aiguebleu se presentaba con ella en su palco de la Grande Opera.

III.

Todos los hombres del buen círculo, es decir, de alta posicion, que asistian al teatro, miraban con codicia á Pepa y con lástima al marqués de Portmontier.

Si hubieran podido penetrar en el ánimo de Pepa, hubieran envidiado la suerte del marqués.

Pepa estaba á cada momento más impresionada por su jóven pretendiente; pero tenia miedo á que se apercibiese de ello el marqués de Alpuente; sabia que éste era un malvado capaz de todo, y disimulaba para defender con su desden aparente y áun exagerado, al hombre de su amor.

El pobre jóven sufria.

No sólo se le presentaba Pepa indiferente, sino que tambien agresiva.

El marqués habia llegado á desesperarse.

Aquella noche el semblante del jóven era completamente lúgubre.

Pepa se aterró.

Adivinó, ó por mejor decir, leyó la intencion decidida de un suicidio inmediato en la mirada franca y expansiva del marqués de Portmontier.

Comprendió que era necesario no perder tiempo, y luchó entre dos temores: entre el de mantener á Mr. de Portmontier en su error, y el de traer sobre él los celos del marqués de Alpuente, si desvanecia el error del jóven.

El marqués de Alpuente, desde una localidad de la orquesta, no cesaba de mirar á Pepa y al marqués de Portmontier.

IV.

—Cualquier cosa que sobrevenga, decia para sí Pepa, me será sumamente funesta: si á Alpuente, que es bravo á pesar de sus años, se le ocurre un duelo, se dará un escándalo, y si en vez de esto se le ocurre un asesinato, puede tener tiempo para verificarlo antes de que Veracruz me desembarace de él. Arturo está terrible, amargado el corazon, desesperado; cada una de sus temblorosas palabras me extremecen. ¿Por qué me habré yo enamorado, Dios mio, despues de tanta cosa terrible?

V.

La palabra trémula, conmovida del marqués de Portmontier cortó súbitamente el razonamiento íntimo de Pepa.

—Conque es decir que no hay para mí esperanza, dijo en voz muy baja inclinándose hácia Pepa el marqués: que habré de morir desesperado apurando en mi dolorosa agonía la certeza de que usted pertenecerá á su compatriota el marqués de Alpuente: la última palabra, señora, la última palabra, y estad segura de que si es tan terrible como lo espero, no volveré á importunaros más.

Pepa comprendió que era llegado el momento supremo.

Se volvió hácia el marqués y le sonrió.

Era la primera sonrisa que el marqués veia para él en la hermosísima boca de Pepa.

El marqués se puso densamente pálido.

—Os prevengo que seais muy valiente, le dijo Pepa: voy á deciros una palabra cuyas consecuencias temo, porque nos está mirando mucha gente.

—Tengo valor sobrado, señora; podeis hablar sin temor: estoy resignado á todo.

—Temo que os cause una impresion demasiado viva lo que voy á deciros.

—Nada temais, señora; yo os suplico que hableis cuanto antes; porque me estoy muriendo.

—Pues bien, Arturo, yo os amo.

Y al decir esto, la mirada de Pepa, una inmensa mi-

rada de amor, de la que no podia dudarse, una de esas miradas divinas en que se trasparenta toda la poesía, todo el encanto, toda la pasion candente, todas las dulces y embriagadoras promesas del alma de una mujer enamorada, y enamorada con locura, envolvió la mirada ansiosa y triste del marqués, que se extremeció por efecto de una conmocion poderosa, terrible, desconocida, y no pudo contestar ni una sola palabra.

—Sed prudente, no os agiteis de ese modo, Arturo, dijo Pepa; nos miran, nos mira alguien que yo desearia estuviese muy lejos de aquí en este momento.

—¡El marqués de Alpuente!

—Sí, el marqués de Alpuente; el hombre con quien tengo contraido un compromiso, que, sin embargo, romperé por vos.

—¡Ah! ¡vuestra palabra! ¡vuestra promesa, María!

—Tenedla; cumplido el luto de mi segundo marido, dentro de algunos meses, seré vuestra con toda mi voluntad, con todo mi amor, con toda mi alma; pero preparaos á ser dentro de un instante muy prudente: el hombre con quien rompo por vos, ha visto sin duda en vuestro semblante, en vuestra conmocion, la promesa que acabo de haceros; ha dejado su asiento de orquesta, y es indudable que dentro de poco os provocará.

—En buena hora, María; ¡aborrezco á ese hombre!

—Pero esta no es una razon para que mi nombre se comprometa, para que se dé un escándalo que es necesario evitar á todo trance.

—Empiezo á evitarle, señora, saliendo al encuentro del marqués.

—Sí, pero mucha prudencia, Arturo, por Dios; mi reputacion ante todo: pare usted el primer golpe, evitando comprometer un duelo, que yo haré lo demás.

—Haré cuanto esté de mi parte, señora: adios; es necesario evitar que el marqués entre en el palco.

Y Arturo salió tan á tiempo, que encontró ya cerca del palco al marqués de Alpuente.

VI.

—Tengo que daros las más expresivas gracias, señor marqués de Portmontier, dijo el de Alpuente acercándose al jóven de la manera más agresiva del mundo.

Este hizo como que no habia comprendido la agresion del marqués.

—¿Y qué he hecho yo, dijo de la manera más natural del mundo, para merecer que vos me deis las gracias?

—Salirme tan oportunamente al encuentro, contestó el marqués de Alpuente: creo que me habeis comprendido.

—No comprendo otra cosa, contestó Portmontier, sino que os encontrais en un momento difícil: ¿en qué puedo serviros, señor marqués?

—En proporcionarme el placer de que yo os mate, ó de que vos me mateis: esto no puede continuar así.

—¡Oh! dijo Portmontier conteniendo á duras penas su cólera: esto es muy grave: os olvidais de todas las conveniencias, señor marqués de Alpuente, y me provocais de una manera grave.

—Vos me habeis provocado antes.

—Salgamos, señor marqués, salgamos: aquí pueden reparar en nuestra extraña conversacion, y es necesario evitar todo escándalo.

—Salgamos en buen hora.

Y el marqués de Alpuente delante y el de Portmontier detrás, salieron del teatro.

VII.

—¿Teneis la bondad, Mr. de Portmontier, de entrar en mi carruaje? dijo el marqués de Alpuente.

—Con mucho gusto, contestó Portmontier.

Entraron.

—A andar por las calles, dijo el marqués de Alpuente á su criado.

—Espero que me expliqueis de una manera clara y completa cuanto me habeis dicho, y que yo no comprendo, dijo Portmontier.

—Oid, jóven, contestó con un acento de superioridad fátua el marqués de Alpuente; me habeis tocado de una manera irreflexiva en el corazon, y en su parte más sensible; en esto habeis cometido una grave imprudencia sin saber lo que hacíais; os permitís pretensiones acerca de una señora con quien tengo un sério compromiso, á quien amo, como vos no podeis figuraros, porque sois demasiado jóven para conocer la vida.

—Os referís, sin duda, á la duquesa viuda de Chatillon, ¿no es esto? contestó tranquilamente el marqués de Portmontier.

—En efecto; me refiero á mi futura esposa doña María Josefa de la Bastida Perez de Guzman el Bueno, á la cual, lo repito, amo de tal manera, que todo el que la mire como vos la mirais, se convierte en mi enemigo mortal.

—Si la adoracion más pura, si el amor más noble y más desinteresado hácia esa señora, os ofende, tengo la desgracia de ofenderos contra mi voluntad, de una manera inevitable.

—Me ofendeis haciéndola conocer esa adoracion.

—Lo siento, marqués, pero no puedo evitarlo.

—Os poneis en contacto suyo, valiéndoos de vuestro parentesco con su grande amiga la duquesa de Chatillon: todo el arrabal de San German conoce el compromiso formal y perentorio que existe entre esa señora y yo, y vuestra tenaz permanencia á su lado, en público, ya sea en la Opera, ya en la iglesia, ya en el paseo, me pone en ridículo.

—Acompaño á mi prima.

—Pero es el caso, que cuando vuestra prima no era amiga de María Josefa, nunca la acompañábais.

—Es muy extraño que hasta esta noche no hayais reparado en esto, ó por lo ménos, que hasta esta noche no hayais creido oportuno pedirme una explicacion.

—Os diré; la cualidad más distintiva de mi carácter es la franqueza, Mr. de Portmontier; hasta esta noche habeis estado junto á María Josefa triste, desesperado, echando los bofes, como se dice vulgarmente en mi país; ella se ha mostrado hasta esta noche para con vos indiferente, altiva, disgustada: como diciendo á todo

el mundo:—Este hombre me fastidia, este hombre abusa.

—¡Señor marqués! exclamó conteniéndose á duras penas el jóven.

—Ya os he dicho, contestó aumentando su agresion el marqués de Alpuente, que la cualidad más culminante de mi carácter es la franqueza, una franqueza ruda, acometedora, que en nada repara cuando uno de mis grandes afectos se siente dolorosamente contrariado: esta noche ha habido un momento en que ha brillado en vuestros ojos una inmensa alegría, la alegría de la felicidad: los ojos de un hombre que ama no se engañan: vos, Mr. de Portmontier, habeis recibido una promesa de María Josefa: una promesa que representa una traicion á mi amor; una ofensa á mi dignidad; porque yo considero ya como si fuese mi esposa á María Josefa: por esto os he buscado; porque yo no puedo ni quiero renunciar á esa señora; ni quiero ni puedo partir su amor con nadie; ni puedo, ni quiero, ni debo ser contado entre esos pobres demonios á los que se llama viejos ridículos, y de los que el mundo con razon se rie: así, pues, mañana al amanecer espero os presenteis con dos de vuestros amigos en la estacion de los ferro-carriles del Mediodia: os corresponde la eleccion de las armas y establecer las condiciones. Todo esto queda á vuestro arbitrio; y como nada más tenemos que hablar, me permitireis mande que nos lleven al mismo lugar donde hemos entrado en el carruaje.

—Permitidme: este asunto aún no está concluido, dijo con una admirable sangre fria Portmontier.

—¡Os negais! ¿será necesario una provocacion pública para que vuestro decoro os comprometa, ó vuestro sufrimiento os inhabilite poniéndoos en ridículo?

—Dispensad, señor marqués: un duelo entre nosotros es de todo punto imposible por muchas razones.

—Veamos.

—En primer lugar, yo ni puedo, ni debo, ni quiero comprometer la reputacion de esa señora, batiéndome ni con vos ni con nadie por una causa semejante á la que vos alegais: no es vuestra esposa: yo la amo, y estoy dentro de mi derecho procurando por cuantos medios estén á mi alcance obtener la felicidad de mi amor: mientras yo no me valga de bajas intrigas para perjudicaros en el concepto que ella pueda tener de vos, no ejerzo contra vos ningun género de agresion, y por consecuencia de nada tengo que satisfaceros: en una palabra, y prescindiendo de otras graves razones que tengo para no empeñarme con vos en un duelo, os declaro que no me batiré; que si me provocais en público, vuestra será la culpa de lo que inmediatamente suceda; y en fin, que yo no daré, por mi parte, ningun motivo de disgusto á esa señora.

—Os batireis mal que os pese.

—Espero que si la amais como merece ser amada, y reflexionais vos mismo, por amor suyo evitareis todo cuanto pueda hacer que de ella se hable desfavorablemente: concluyamos, pues, porque esta conversacion es ya demasiado inconveniente: haced lo que os parezca; pero tened en cuenta que vuestra y solamente vuestra será la responsabilidad del escándalo que pueda sobre-

venir: por casualidad, vuestro carruaje ha llegado muy cerca de mi casa; hacedme el favor de mandar que paren.

—En buen hora, Mr. de Portmontier.

Y el marqués de Alpuente mandó parar.

El lacayo abrió la portezuela y el marqués de Portmontier bajó.

—Hasta mañana, querido mio, dijo el marqués de Alpuente dándole la mano.

—Hasta mañana, señor marqués, dijo Portmontier, y se alejó metiéndose en una gran casa inmediata.

El marqués de Alpuente estuvo asomado á la portezuela hasta que desapareció el de Portmontier.

—A dar vueltas hasta las doce, dijo el marqués, que estaba de un humor de los diablos; á las doce á casa de la señora duquesa viuda de Chatillon.

VIII.

A las doce Pepa, profundamente abstraida, tomaba té en su gabinete.

Esperaba al marqués de Alpuente, y le esperaba con ansiedad.

Temia que la conversacion de los dos marqueses acerca de ella, estando como lo estaban los dos, locamente enamorados, hubiese producido un suceso inmediato, á pesar de su recomendacion á Portmontier para que fuese prudente hasta lo infinito.

Si despues de la media noche el marqués de Alpuente no iba á verla, habia que temerlo todo.

A pesar de sus años y del estado á que le habian conducido los excesos y las pasiones, el marqués de Alpuente era un enemigo formidable por su valor, por su sangre fria, por su destreza en las armas.

Bajo este último punto de vista, Pepa no sabia lo que era el marqués de Portmontier, aunque le creia bravo.

Pero la bravura no basta.

La larga experiencia del marqués podria darle una inmensa ventaja sobre Portmontier.

Esto, y no más que esto, era lo que afligia á Pepa; porque habia llegado al fin á amar, y amaba con toda su alma y con tanta más fuerza cuanto más habia tardado en sentir la influencia del amor.

IX.

Agonizaba, pues, Pepa.

Tomaba maquinalmente el té, y cada carruaje que sonaba le parecia el carruaje del marqués.

Se animaba; pero el carruaje pasaba, y Pepa volvia á desalentarse.

Al fin uno se detuvo, y poco despues un criado dijo á la puerta del gabinete:

—El señor marqués de Alpuente.

Pepa sintió una inmensa alegría.

Nada podia haber sucedido, porque no habia habido tiempo para nada.

El marqués entró en el gabinete, sombrío, cetrino, colérico, y sin quitarse el sombrero se sentó frente á Pepa.

—Y bien, ¿qué significa esto? dijo Pepa de una ma-

nera tranquila, pero afectando extrañeza; ¿qué te sucede, mi querido Baltasar?

—Lo peor que puede suceder á un hombre: amar á una mujer: resumir en ella todos sus deseos, todas sus necesidades, todas sus esperanzas, su vida entera: yo soy un insensato, y debia haber escarmentado, haber comprendido que el amor es una cosa vana, una fascinacion de loco, en que no puede ni debe creerse: yo he incurrido por tí en un amor estúpido: estoy enfermo, esta es la verdad, y enfermo de una manera incurable; envenenado, y con un veneno que no tiene antídoto: estoy furioso y dispuesto á todo; á todo cuanto puede estar dispuesto un hombre que tiene en las venas sangre de demonio.

—¿Pero á qué viene este aluvion de palabras, de gestos y de maneras intolerables, Baltasar? dijo sériamente Pepa; ¿qué hay que justifique nada de esto? ¿qué ha sucedido?

—Me has hecho traicion, olvidándote de quien soy yo, desconociendo la locura del amor que siento por tí, atreviéndote de una manera insensata á provocarme, sin meditar en las consecuencias, causando en mí unos celos que me trasportan de furor.

—¡Celos! ¿y de qué? ¿por qué?

—Ese Portmontier, ese niño con rostro de dama, ese nécio que se atreve á disputarme lo que constituye mi vida entera, ese presuntuoso á quien tú alientas: ese, ese es la causa de mis celos y de mi furor.

—Tú estás loco, Baltasar, y tu locura te hace insoportablemente grosero: vas á dar lugar con tus insufri-

bles excentricidades á que yo deje de amarte, á que comprenda la insensatez de unirme á un hombre que hasta tal punto me ofende.

—¡Se quiere un rompimiento! exclamó el marqués descompuesto de cólera; ¡se arrostra por todo; se me provoca como si yo fuera despreciable, débil, impotente! ¡no se miden bien las consecuencias de lo que yo haga desesperado! en buen hora: descorreré, ó mejor dicho, rasgaré la cortina que encubre lo que verdaderamente eres: sabrá todo París, el mundo entero, lo que somos los dos: me arrojaré contigo al abismo, y suceda lo que quiera: si no me amas, el terror te obligará á respetarme, más que á respetarme, á engañarme: y tienes tanto talento para la mentira, que mintiendo por miedo me harás el más feliz de los hombres: te anuncio que mañana mato á tu hermoso marqués de Portmontier.

—¡Pobre niño! dijo con desden Pepa.

—Veo que empiezas á engañarme: ya lo sabia yo: ¡pobre niño! es decir, pobre estúpido, á quien yo no puedo amar: ¡ah! la vieja aventurera gastada á quien vuelve loca el amor del adolescente, el amor impetuoso é irreflexivo de un jovenzuelo de mejillas sonrosadas. Ve preparando, Pepa, una corona de rosas blancas para tu hermoso jóven: encarga á un ilustre poeta un epitafio sentimental, de esos que en una sola frase encierran un poema.

Pepa soltó la carcajada más expansiva del mundo.

El marqués, sorprendido por aquella carcajada, la miró con asombro.

—¿Qué, no continúas, Baltasar? sigue; estás delicioso: ¡yo que lo habia tomado por lo sério! vamos, como todo se pega, me he inficionado algo con tus rarezas, con tus originalidades: ¡ah, pobre corazon mio, sentenciado á un dolor sin consuelo por la muerte miserable, espantable, conmovedora, del hermoso, del adorado marqués de Portmontier!

Y Pepa lanzó otra carcajada, pero tan franca, tan natural, tan llena, que el marqués se aturdió.

—Expliquémonos, dijo al fin: ¿es posible que yo me haya engañado? los celos lo ven todo nègro, y lo interpretan muy mal todo: yo he creido ver la felicidad del hombre amado en el semblante de Portmontier cuando estaba contigo en el palco.

—El pobre Portmontier tenia la cara de un suicida, dijo Pepa riendo siempre; el pobre chico ama de una manera insensata; mi desden, desden que tú conoces demasiado, le ha puesto á punto de levantarse la tapa de los sesos: ¿por qué no evitarlo? un disparate de tal especie daria lugar á interpretaciones desfavorables para mí, y convertiria en mi enemiga á la duquesa de Chatillon: es necesario saber hacer la vida, Baltasar; he sufrido demasiado, y ahora que por fin ocupo una posicion respetable, es necesario no comprometerme: debes esperar tranquilamente los sucesos, confiar en mí: yo te juro que dentro de muy poco tiempo tú estarás perfectamente tranquilo, Mr. de Portmontier no se suicidará, y nadie tendrá nada que decir de mí.

—Eres la maga maravillosa que me embriaga, que

hace de mí cuanto quiere hacer: yo no sé; pero una palabra tuya me tranquiliza, me hace feliz.

—Felicidad delante de la cual no pasaria ni una sola nube si tú fueses más razonable.

—¡Si no te amara tanto, Pepa! pero, en fin, estas son tormentas de verano, que truenan mucho y dan por resultado refrescar á la atmósfera: yo vine cargado de electricidad, por decirlo así, y me voy perfectamente satisfecho; más enamorado y más feliz que antes; dejemos en paz al señor marqués de Portmontier. Adios: me separo de tí sin pedirte perdon, porque comprendo que no le necesito: hasta mañana, hija mia.

—Duerme bien, sueña conmigo, Baltasar.

—Haré cuanto me sea posible por pasar una noche agradable.

Y el marqués salió, bajó, despidió su carruaje, y tomó el camino de la Cité.

Un cuarto de hora despues, pasaba por el puente de Waterlóo.

X.

El marqués iba á pié, y como quien dice, de tapadilla, á visitar á la señorita Eloisa, á la dama de mostrador de la tienda de azabaches, porque temia que sus criados cometiesen una imprudencia, y por ella llegasen á oidos de Pepa aquellos amorcillos.

El marqués evitaba esto, porque, engañado por Pepa, creyéndose adorado por ella, temia una tempestad de celos si Pepa sabia su intimidad con la señorita Eloisa.

Pepa lo sabia, sin embargo, y no habia sobrevenido la tempestad.

Al marqués le hubiera contrariado mucho el conocimiento de esto.

Entre tanto, daba expansion á la viciosa actividad de su alma con la intimidad pagada á peso de oro de la señorita Eloisa.

El marqués la habia conocido de una manera puramente incidental.

A causa del luto de Pepa, el marqués habia comprendido cuán bien debia contrastar con su blancura un aderezo de buen gusto y de azabache legítimo.

Se informó de dónde podria encontrarle, y le encaminaron á la Cité, á la tienda donde servia de señorita ó dama de mostrador Eloisa.

Cuando la vió el marqués la codició.

Eloisa tenia la garganta gruesa, hermosa, blanca, provocadora; más provocadora por un collar de azabache de un gusto exquisito.

El semblante de Eloisa era incitador, de una hermosura un poco enérgica, y en la cual, lo que faltaba de distincion y de delicadeza, sobraba de una voluptuosidad de cierto género, que sin llegar á la imprudencia, provocaba fuertemente.

Era una muchacha perfectamente confortable, como hubiera dicho un inglés.

Se comprendia además que no era una conquista ni fácil ni barata.

Ella servia para atraer compradores de esos que pagan sin regatear; era una admirable maniquí para

que se comprendiese perfectamente el efecto de los prendidos de azabache, y á su vez la tienda servia á Eloisa de un admirable lugar de exposicion.

El marqués y ella no tardaron en comprenderse, ni en intimar de una manera un poco más estable de lo que habia creido el marqués.

Eloisa era una beldad en toda la fuerza de su juventud, y á más de esto una doctora consumada respecto al galanteo productivo.

El marqués se habia dicho despues de haber conocido á Eloisa: aún vivo: esta muchacha llena completamente el lugar de la querida; Pepa me embriaga; el mismo dia en que me case con ella arranco de su mostrador á Eloisa, la monto una casa conveniente, y me entrego á una vida de felicidad completa.

XI.

El marqués no dejaba de ir ni una sola noche al modesto cuartito del piso quinto de Eloisa, despues de haber hablado una hora con Pepa en su magnífico gabinete.

Aquella noche iba mucho más contento que otras el marqués á ver á Eloisa.

Y es que nunca parece tan bello el sol como despues de una tormenta.

Cuando pasó el marqués por el puente de Waterlóo, sonaba la una en el reló de Nuestra Señora.

No reparó en un hombre que marchaba lentamente, y al cual dejó muy pronto atrás.

Aquel hombre era Antolin, que por su parte conoció perfectamente al marqués.

—Me alegraré mucho de que te hayas cansado de tu entretenida y no tardes en volver.

Antolin se hubiera alegrado si hubiera sabido lo que esperaba al marqués en casa de Eloisa.

Era uno de esos sucesos á que están expuestos todos los que pagan el amor de una muchacha.

Eloisa tenia un amante del corazon, es decir, un jóven estudiante de cuarto año de medicina, hijo de unos pobres labradores del departamento del Sena, que hacian un gran sacrificio dando á su hijo dos francos diarios para estudiar en París.

Con esta pension, claro es que Héctor, que así se llamaba el estudiante, debia ser un bohemio, en toda la extension de la palabra, de estos que necesitan la alianza con una muchacha enamorada que sepa ganarse la vida.

Héctor, gracias al amor y á la hermosura de Eloisa, era un bohemio bien vestido, bien mantenido y bien cuidado, que podia permitirse algunos gastos extraordinarios.

Desde que el marqués intimó con Eloisa, Héctor se convirtió en un bohemio opulento: tuvo reló de oro y cadena, y en su porta-monedas, en vez de algunos miserables francos, pudo llevar algunos napoleones de oro.

Esto fué fatal; porque Héctor pudo regalarse con los fuertes vinos de España, que le gustaban mucho, y que como es sabido, se suben formidablemente á la cabeza, especialmente á la de aquellos que, no estando acostumbrados á beberlos, los tratan con algun atrevimiento.

Eloisa no habia engañado á su amante del corazon: por el contrario; habia sido con él leal hasta lo inverosímil: le habia pedido permiso para contraer relaciones con el marqués de Alpuente.

—Es un señor muy rico, un millonario, un americano (para sacar partido de una muchacha de vida alegre parisien, los españoles tienen que decir que son americanos; porque, por repetidos desengaños, las tales ninfas temen como al fuego á los españoles, porque los creen miserables, por la sola razon de que no se dejan explotar); con ese buen señor, continuaba Eloisa, saldremos de miseria en poco tiempo; porque es expléndido, magnífico: dos años de sacrificio, amor mio, y cuando tengamos un capital, yo seré madama de Fonteville y exclusivamente tuya: la felicidad tiene su precio, queridito mio, y es necesario no darle puntapiés á la fortuna cuando viene á buscarnos con las manos llenas de oro.

Héctor Fonteville otorgó un completo voto de confianza á Eloisa, y tuvo desde el momento tanto dinero como nunca habia esperado tener.

Este dinero, sin embargo, producia cierto sabor amargo á Héctor, que amaba de veras á Eloisa, y por lo mismo sentia celos.

Se veia obligado además á dolorosos y humillantes sacrificios, como el de esperar á que el marqués se fuese para subir al cuarto de Eloisa, ó el de esconderse si el marqués llegaba cuando él estaba en la casa.

Los que mantienen relaciones con este género de muchachas cometen una imprudencia cuyas consecuencias son incalculables.

Todas ellas tienen un amante, al que adoran, de malas costumbres, de mala educacion, completamente desprovistos de decoro: pero hombres, al fin, que sienten la influencia de las pasiones, y que un dia, en un momento inesperado, traen sobre el imprudente que paga una situacion inconcebiblemente dificil y peligrosa.

XII.

La noche en que el marqués iba más contento que nunca á ver á su pequeño amor, como él le llamaba, Héctor Fonteville se habia presentado completamente borracho en casa de Eloisa: la habia declarado que su amor y su decoro no le permitian continuar tolerando sus vergonzosas relaciones con el viejo.

Eloisa se permitió hacer algunas observaciones, y Héctor la pegó.

Habia bebido demasiado Jerez.

Los vecinos, sin embargo, no se habian apercibido del disgusto de los amantes, que continuaba sordamente, que se prolongaba.

Llegaba la hora en que acostumbraba ir el marqués.

En vano Eloisa procuró reducir á la prudencia á Héctor: en vano, cuando vió que esto no era posible, quiso asegurar por dentro la puerta para que el marqués, que poseia una doble llave para la puerta de la casa y para la del cuarto, no pudiese entrar, evitando de este modo una colision, cuyas consecuencias no era fácil preveer.

Héctor declaró que queria espantar al viejo, y que le espantaria.

Eloisa, golpeada, dominada, aterrada, se vió reducida á esperar temblando á que sobreviniese el marqués.

XIII.

En efecto, á la una y media sonó una llave en la puerta de la habitacion de Eloisa, y poco despues apareció el marqués.

Al ver el marqués á Héctor, que adelantaba hácia él de una manera insolente, sucedió lo que no podia ménos de suceder, atendido el carácter de Alpuente.

Adelantó ciego de cólera hácia Héctor, y le golpeó con el baston.

Sobrevino un escándalo.

Gritó Eloisa, acudieron los vecinos, y por una parte el marqués, temeroso del escándalo, y por su parte Héctor, previendo, á pesar de su embriaguez, la intervencion de la policía, escaparon.

Los dos tenian llave de la puerta de la casa.

Héctor, más cuerdo y más jóven, llegó el primero abajo, abrió la puerta, y escapó dejándola abierta.

El marqués salió furioso, obligado á huir por temor al escándalo, pero jurando tomar venganza de Eloisa y de su amante.

XIV.

Ciego de cólera, dando vueltas en su imaginacion á horribles proyectos, en paso rápido, adelantando maquinalmente, llegó al puente de Waterlóo, y se aventuró por él.

Nadie se veia en el puente.

La noche era densamente oscura; habia algo de niebla, y los pocos reverberos cuyo gas ardia, apenas producian una débil luz.

Otro hombre adelantó marchando naturalmente por el otro extremo, en direccion opuesta á la que llevaba el marqués.

Aquel hombre era Antolin.

A la mitad del puente, Antolin y el marqués se encontraron.

Lo que sucedió fué cosa de un momento.

Antolin estaba seguro de que nadie le veia; era fuerte, alto y robusto: el marqués flaco y débil.

Antolin cerró de improviso con él, le asió por la cintura y le volteó, lanzándole por encima del parapeto del puente al rio.

Se oyó un grito de espanto, y luego el chasquido sordo producido sobre el agua con el cuerpo del marqués.

Despues nada: sólo el murmullo sordo de estas palabras que Antolin murmuró con voz ronca y terrible:

—Nadie, no hay nadie; no me ha visto nadie; no tengo necesidad de tomar un baño.

Y siguió, salió del puente, y se perdió entre las calles de la Cité.

XV.

Al dia siguiente, los periódicos de la tarde daban esta noticia:

«Mr. Héctor Fonteville y la señorita Eloisa Sommet han sido arrestados por vehementes indicios de asesinato sobre un extranjero ilustre: don Baltasar de Ariza, marqués de Alpuente y grande de España, ha sido sacado esta madrugada del Sena, cadáver ya, por los barqueros del puente de Nuestra Señora.

Los vecinos de la casa número 45 de la calle Coq-Heron han dado queja al maire del distrito del grande escándalo que anoche dieron los mencionados Fonteville y Sommet, recibiendo de una manera agresiva al marqués de Alpuente, que mantenia relaciones de cierto género con la señora Sommet, é iba á visitarla en altas horas.

El marqués y Fonteville, amante tambien de la Sommet, se encontraron juntos en casa de ésta, se dieron de bastonazos, y salieron irritados á la calle al mismo tiempo.

Se supone, con fundamento, que más fuerte y más jóven el de Fonteville que el marqués, le arrojó al rio: porque nada induce á sospechar que el marqués se haya suicidado, y se tienen los graves antecedentes de la colision habida entre los dos en casa de Sommet.

Nunca nos cansaremos de recomendar la prudencia á los adoradores de estas silfides peligrosas.»

Cuando Antolin leyó esto en un café del boulevard de la Magdalena, dijo para sí:

—¡Magnífico! la opinion pública se extravía; ni hecho de encargo hubiera salido mejor: que se desenreden como puedan de la culebra que se les ha enroscado la señorita Sommet y el caballero Fonteville: por lo ménos, doce años de trabajos forzados: entre tanto, Mr. Antolin Pereira toma mañana el camino de Liverpool.

Y tras esto, Antolin pidió una copa de ron.

CAPÍTULO XII.

En que los personajes que nos quedan van marchando á su situacion definitiva.

I.

Magdalena supo con dolor la catástrofe de su padre.

Por más que el marqués no hubiese hecho nada para conquistar el afecto de su hija, Magdalena no podia ménos de deplorar aquella desgracia, y de ver en ella algo que no habia visto la policía francesa, porque no podia verlo.

Para Magdalena, que conocia el empeño de su padre por Pepa, y que habia vislumbrado la inteligencia de ésta con Pánfilo de Veracruz, era indudable que el crímen que habia matado á su padre habia sido premeditado con una horrible sangre fria, y que las dos personas que habian sido presas eran instrumentos de que se habia valido Pepa de una manera indirecta, por medio de Pánfilo de Veracruz.

La habia confirmado en esta sospecha el aturdimien-

to con que Veracruz le habia contestado cuando ella le habia dicho que veia una premeditacion en el asesinato de su padre.

—Los amantes de estas entretenidas, habia contestado Veracruz, son por lo general unos miserables capaces de todo: el marqués era violento: se sabe que habiendo encontrado en casa de su querida al amante íntimo, le dió de golpes: le habrá tenido miedo, y hé aquí la causa indudable de la desgracia del marqués: este es un hecho aislado fatalmente sobrevenido: el jurado verá lo mismo que yo veo, porque esto es lo que se desprende del hecho, y condenará á esos dos bribones. Yo habia dado al marqués algunos consejos que desgraciadamente desoyó: esto es lamentable; pero la irreflexion del marqués ha sido la única causa de ello: lo repito, yo no veo premeditacion alguna.

Pero dijo de tal modo estas palabras Veracruz, que Magdalena no pudo tener duda alguna de que aquel asesinato habia sido premeditado por Veracruz y Pepa.

—Los ingleses me vengarán de tí, pensó Magdalena.

Y en seguida dijo á Veracruz:

—Estoy enferma, amigo mio; los médicos me habian aconsejado fuese á vivir algun tiempo á la costa, y el asesinato de mi padre me decide á salir por algun tiempo de París: muy pronto parto para el Havre: ¿quiere usted acompañarme?

—¡Y cómo no, Magdalena! dijo Veracruz; ¿puedo yo acaso vivir separado de usted?

—A más de eso, dijo Magdalena, en París, como en España tendríamos que cubrir las apariencias: el luto

por mi padre dilataria nuestro enlace, y tengo una verdadera ansiedad por que se verifique.

—Por su hijo de usted sin duda, dijo Veracruz tristemente.

—Por mi hijo y por usted: ¿cómo no ha de conmoverme un amor que tanto espera y tanto sufre? yo no soy de mármol, y no he podido ménos de interesarme por usted. En el Havre nos casaremos de secreto, y durante el año del luto viajaremos por Italia y por Alemania: prepárelo usted todo para que marchemos lo más tarde dentro de ocho dias.

Magdalena tuvo talento bastante para engañar á Veracruz, que salió contentísimo con las gratas esperanzas de poseer dentro de poco tiempo á Magdalena.

II.

A la media hora, Magdalena salió á pié, cubierta con el velo de su sombrero, tomó un carruaje y se fué á la prefectura, donde permaneció hablando reservadamente con el prefecto durante una hora.

Cuando salió de la prefectura, se valió para volver á su casa de las mismas precauciones de que la hemos visto valerse en otra ocasion.

Todo estaba preparado: Veracruz era hombre perdido, como veremos más adelante.

III.

Por su parte, Pepa estaba contentísima. Con la muerte del marqués se habia librado de un grave compromiso.

Nadie podia ya revelar los misterios de su vida de infamia; porque aunque Veracruz los conocia, estaba gravemente interesado en ocultarlos.

Por otra parte, Pepa estaba resuelta á deshacerse de Veracruz en el momento que éste le inspirase recelo.

La muerte del marqués fué una fortuna para Mr. de Portmontier.

En cuanto fué una cosa pública la muerte del marqués de Alpuente, Pepa recibió á Portmontier de la manera más expansiva del mundo.

—Líbreme Dios, le dijo, de alegrarme de la desgracia del marqués de Alpuente; y sin embargo, amigo mio, esa desgracia, sin quererlo yo, es para mí una fortuna: el marqués de Alpuente era un obstáculo demasiado grave para mí; yo no habia amado nunca, no comprendia lo que era el amor, creia que un casamiento no era más que un compromiso de mi posicion, un medio para que no se extinguiese en mí mi familia, y estaba decidida á casarme sin amor con el marqués de Alpuente, como sin amor me casé con el duque de Chatillon primero, y despues con el banquero Céspedes: pero al conoceros, Arturo, sentí por primera vez el amor, y comprendí lo desgraciada que seria uniéndome á otro que á vos.

—Y sin embargo, duquesa, dijo Portmontier, me habeis puesto en el caso de pensar en la muerte como en el único recurso que me quedaba para sufrir el horroroso martirio de no ser amado por vos.

—¡Ah! vos no conocíais al marqués de Alpuente: yo habia contraido con él un empeño formal, porque, os lo repito, no amaba, no habia amado nunca, no comprendia

el amor: me era indiferente unirme á ese ó al otro, y la posicion del marqués, lo ilustre y lo antiguo de su casa, y lo cuantioso de sus rentas, le hacian un partido de todo punto recomendable; por otra parte, el pobre marqués me amaba con delirio, y su amor me conmovió: pero este mismo amor del marqués me hizo temblar cuando comprendí que yo os amaba con toda mi alma: el marqués hubiera hecho desde el momento en que yo os hubiera distinguido lo que hizo anoche: abandonarse á sus celos, provocaros, producir un escándalo, comprometerme, violentándoos á vos, que lo sé bien, sois capaz de todos los sacrificios por no causarme el más leve disgusto: hé aquí por qué yo, aunque os amaba, me mostraba con vos altiva y casi casi grosera: en esto os daba una gran prueba de amor; no queria comprometeros, no queria producir una situacion que hiciese imposible nuestro enlace; porque si vos hubiérais muerto por mí en duelo á un hombre con quien sabia todo el mundo que yo tenia empeñado un grave compromiso, nuestro enlace, por una razon de decoro, hubiera sido imposible: ahora es distinto, Arturo; ahora puedo deciros sin temor que os amo, prometerme á vos, aseguraros que sólo vuestra muerte ó la mia puede impedir nuestra union: sin embargo, es necesario cubrir las apariencias: el mundo tiene siempre abiertos los ojos para ver y la lengua siempre dispuesta para murmurar: es necesario no dar ocasion á que se diga que yo estoy impaciente por marido; que apenas muerto el hombre con quien todo el mundo me creia dispuesta á casarme, le reemplazo: esto no nos favoreceria á ninguno de los dos: si permaneceis en París, Arturo, no podreis

conteneros, ireis á donde yo vaya, me mirareis enamorado, satisfecho, como que teneis la seguridad de mi amor; yo no podria mostrarme indiferente, y publicaríamos lo que debe permanecer oculto durante algun tiempo. ¿Por qué no vais á hacer una visita á Italia? podríamos encontrarnos pasado un poco de tiempo en Roma, en Turin ó en Venecia.

—¿Quereis que marche mañana, señora?

—Sí, eso es, mañana: me escribís, nos ponemos de acuerdo, y dentro de un mes voy yo á encontraros; viajamos juntos, protegidos por el incógnito, durante seis meses; al cabo de ellos volvemos á París, vos antes y yo despues, y á la vuelta de seis meses nos casamos sin que nadie tenga nada que murmurar.

—En buen hora, duquesa, dijo Portmontier: la perspectiva de un viaje con vos de incógnito por Italia y Alemania es para mí encantadora: mañana me despido de vos y de mi prima.

—Así os quiero: la docilidad del hombre á los consejos de la mujer, es la mejor prueba del amor.

—Permitidme, sin embargo, una pregunta para que nada absolutamente me inquiete: ¿si el marqués no hubiera muerto, os hubiérais casado con él sin amarle, sólo por cumplir el compromiso que con él teníais empeñado? ¿hubiérais consentido en mi desesperacion y en mi muerte?

—Anoche aún vivia el marqués, y sin embargo, al veros desesperado, á punto de adoptar una resolucion terrible, lo olvidé todo, rompí dentro de mi voluntad con el marqués; os dije que os amaba, y me prometí á vos.

—¡Ah! perdonadme, señora; no veais en la pregunta que os he hecho más que el exceso de mi amor: soy completamente feliz, y me apresuro á complaceros para hacerme digno de esa felicidad. Adios, María Josefa; voy á prepararlo todo para marchar mañana á la tarde.

Y el marqués de Portmontier salió ébrio de alegría.

Habia en aquella alegría algo de infame; porque involuntariamente el marqués de Portmontier se alegraba de la muerte desastrosa del marqués de Alpuente.

IV.

Pepa entretanto sonreia con una satisfaccion íntima.

—Héme aquí, dijo, completamente redondeada: mi historia está sepultada en un abismo, cubierta por cadáveres mudos; mi fortuna es inmensa; tres veces mayor que la de Arturo: mis padres se han reconciliado: me aman mucho más que yo les amo á ellos, porque por más que hago, como no estaba acostumbrada á tener padres, me pesan un poco: sin embargo, yo les enloqueceré de tal modo, que por un exceso de amor me trasmitirán sus títulos y su herencia, y me encontraré marquesa de Abades, duquesa de Santaren, dos veces grande de España, con una renta propia de más de veinte millones, con una gran juventud y con una gran hermosura, é interesantísima además por mi historia pública, por mis sufrimientos, por mi martirio, en una palabra: yo podia aspirar en el terreno de lo positivo á mucho más que á Arturo, que al fin no tiene más que seis millones de renta: sin embargo, me casaria con él aunque fuese un po-

bre diablo: no le engaño cuando le digo que al amarle he amado por la primera vez de mi vida; lo que sentí por Julian fué un sueño de niña: un error, lo que padecí cuando me creí enamorada de mi primer marido: era entonces muy jóven y muy inocente; hoy es distinto; tengo treinta y tres años, lo conozco todo, lo sé todo, lo he sufrido todo: la vida es para mí un libro candente impreso con caractéres rojos, en el que leo la verdad; no me engaño, no; Arturo es mi gran compensacion, y ha podido ser mi gran castigo; los que afirman que la infamia no puede producir más que remordimientos y dolores, son unos pobres diablos estúpidos: ¿se puede ser más infame que lo que yo lo he sido? ¿cómo he llegado á la riqueza, á una inmensa riqueza, y á la brillantísima, á la deslumbrante posicion en que me encuentro colocada? por un camino de sangre, pasando de un crímen á otro, atravesando el presidio, deslizándome junto al patíbulo, dejando en él á un amante extrangulado.

La imaginacion de Pepa, al decir estas palabras, se fijó en un paquete cerrado y sellado que guardaba en uno de sus muebles, al lado de sus joyas favoritas.

Aquel paquete contenia el pañuelo blanco que habia cubierto en el cadalso el semblante de Chopito en el momento de la extrangulacion: el pañuelo ofrecido como un recuerdo de amor del ajusticiado á Pepa, por mano del verdugo, en el cual habia quedado impresa una terrible mancha de sangre.

Pepa no habia podido desprenderse de aquel recuerdo.

El funesto pañuelo se habia adherido á ella, repre-

sentando el espectro de Chopito y la época más infame de la historia de Pepa.

Una palidez sombría cubrió el semblante de ésta al recordar aquel pañuelo.

Se pasó la mano por la frente, hizo un esfuerzo, y lanzó de sí aquel recuerdo.

—Es necesario, dijo, que yo sea completamente feliz, y lo seré: el hombre se alimenta del hombre; no es mia la culpa de lo que he hecho; el remordimiento es una locura; conmigo se han cometido grandes infamias; yo, siendo infame, no he hecho otra cosa que defenderme.

V.

En aquel momento anunciaron á la duquesa de Chatillon, que iba á dar el pésame por la muerte del marqués de Alpuente á Pepa.

Ésta hizo esperar algun tiempo á su amiga artificial, la duquesa de Chatillon.

El tiempo que esperó Virginia, le invirtió Pepa en vestirse de negro, esto es, en cubrirse de un luto tambien artificial.

Las dos extrañas amigas hablaron largamente del marqués. Pepa tuvo lágrimas que verter, y la duquesa de Chatillon consuelos que prodigar.

Aquellas lágrimas y aquellos consuelos eran una mentira infame.

Mientras lloraba Pepa á nombre del marqués, pensaba en Arturo.

Mientras la duquesa consolaba á Pepa, calculaba lo

que podia producirla el casamiento de aquella con su primo, casamiento que habia previsto.

De lo que resultaba, que aquellas lágrimas y aquellos consuelos tocaban á un ridículo repugnante; porque ninguna de aquellas dos altas bribonas engañaba á la otra.

Las dos se veian el alma perfectamente al descubierto, y sin embargo, obedeciendo á una convencion social, sostenian la farsa.

¡Mentira, mentira, y todo mentira!

Sólo habia un sér inocente que se engañaba de buena fé creyendo dignas y nobles á aquellas dos mujeres.

Este sér era Arturo de Fontenoy.

CAPÍTULO XIII.

Continuacion del anterior.

I.

Era una hermosa mañana.

Estamos en el Havre, á la orilla del mar.

Entre los buques surtos en bahía, hay una magnífica fragata á hélice de guerra, sobre cuya popa ondea agitado por la brisa el pabellon azul sembrado de estrellas de la Union anglo-americana.

Aquel buque es admirable: convida á que se le visite.

II.

Una hermosa mujer morena, con cabellos y ojos negros, está asomada al balcon de una fonda situada en el puerto del Havre.

Junto á la mujer, mirando con un anteojo la fragata de guerra, hay un hombre blanco, pálido, hermoso, pero con una hermosura que nos atreveremos á llamar lúgubre.

Entrambos estaban vestidos de luto.

Ella era Magdalena, marquesa ya de Alpuente, por la muerte de su padre: él era Pánfilo de Veracruz, que llevaba luto por el marqués de Alpuente, en honor de Magdalena.

III.

—¡Es extraño! decia Pánfilo de Veracruz; á no ser por el pabellon izado en esa fragata, por el traje de sus oficiales y por las camisetas azules de su tripulacion, á juzgar por su aspecto, yo la creería inglesa: los buques de guerra anglo-americanos son Clippers de muy poca obra muerta, largos, estrechos, con las baterías casi á flor de agua y de ancha guinda: tienen algo de piratas, y están construidos para correr.

—No se puede deducir nada de los anglo-americanos, dijo Magdalena: he visto una multitud de dibujos de buques suyos, y no se parecen entre sí: y por cierto que los hay de formas rarísimas: recuerdo á uno de vapor que no era otra cosa que un cilindro de hierro terminado en sus dos extremos por puntas agudas, y muy semejante á una lanzadera.

—Pues afirmo que esa fragata es de pura construccion inglesa; pero tiene usted razon, Magdalena; los anglo-americanos lo hacen todo, pero con más perfeccion que en ninguna otra parte: la industria en los Estados-Unidos ha llegado á una altura incalculable: ellos están á la cabeza de la mecánica, de la manufactura, de la construccion de todo género: ¿no ha visto usted nada anglo-americano?

—No, contestó Magdalena, y desearia verlo.

—Pues aprovechemos la ocasion: no sabemos el tiempo que esa fragata permanecerá en el puerto: ¿quiere usted que vayamos á visitarla, Magdalena?

Si Veracruz no hubiera estado distraido, observando la fragata con los anteojos, no hubiera podido ménos de notar la invencible expresion de alegría que se pintó en el semblante de Magdalena al expresar Veracruz el deseo de visitar la fragata anglo-americana.

Pero aquella expresion de alegría pasó con la rapidez de un relámpago.

—No me he embarcado nunca, contestó Magdalena, y tengo al mar un miedo invencible.

—¡Oh! pues la mar está magnífica, llana como un lago: aunque estuviese algo picada, yendo conmigo no debia usted de tener recelo alguno: ¿cómo habia yo de exponer á que pereciese un tesoro que tantos sacrificios me cuesta?

—¡Ah! pues si no hay peligro, me decido: un buque de guerra es para mí muy curioso, una novedad: temo, sin embargo, marearme.

—¡Ah! no, no puede ser; cuando más, una ligera incomodidad; conviene tambien que se vaya usted acostumbrando: ya hemos convenido que cuando nos casemos iremos á la isla de Cuba, á donde me llaman negocios de grande interés.

—Me decido, Angulo, contestó Magdalena, como si cediese por dar gusto á Veracruz: voy á ponerme un sombrero.

IV.

Poco despues, una hermosa chalupa tripulada por dos marineros, y á cuyo timon iba el mismo Veracruz, llevaba bajo una pequeña toldilla, sobre almohadones, á Magdalena, que habia tenido que fingir miedo al entrar, porque se habia embarcado muchas veces.

La chalupa se deslizó por entre los buques anclados en el puerto, y se dirigió al fondeador de la fragata al parecer anglo-americana.

Llegaron, pidió Veracruz en inglés permiso para subir á bordo, se lo concedieron, arriaron un silloncito para subir á Magdalena, y cuando ésta estuvo á bordo, Veracruz subió con la agilidad de un marino por la escala, asiéndose á los guarda-mancebos.

V.

En el momento en que Veracruz estuvo á bordo, se puso pálido como un cadáver, y se arrepintió de su deseo de visitar la fragata en obsequio de Magdalena. La disposicion interior del buque, sus carronadas, el aspecto de su tripulacion, á pesar de sus camisetas azules, el acento de los marineros, todo era puramente inglés.

Veracruz disimuló, sin embargo, y saludó en inglés finísimamente á uno de los oficiales que habia adelantado para hacer los honores del buque á los visitantes.

—¿Qué será esto? dijo para sí Veracruz: ¿por qué se disfraza un buque de la Gran Bretaña?

Se oyó entonces un tambor que tocaba á llamada.

La chalupa que habia llevado hasta allí á Veracruz y á Magdalena, recibió de uno de los oficiales del buque la órden de largarse, dada en buen francés.

—¿Qué significa esto, caballero? dijo Veracruz; ¿por qué despedís la chalupa en que hemos venido?

—Porque es inútil, dijo gravemente el oficial: vos os quedareis á bordo, y esta señorita será conducida á tierra de una digna manera: estais en la Gran Bretaña, á bordo de uno de sus buques de guerra: mirad.

Al toque de llamada habian empezado á salir del entrepuente soldados con uniforme encarnado.

Al mismo tiempo, del alcázar de popa, rodeado de sus oficiales, salió un personaje, indudablemente lord, con gran uniforme de capitan de navio.

La tropa entre tanto se formaba sobre cubierta constituyendo un batallon de marina.

La tripulacion habia ocupado sus puestos de maniobra.

Al pabellon de la Union habia sustituido el de la Gran Bretaña.

VI.

Veracruz miró en torno suyo de una manera terrible.

El lord comandante de la fragata adelantaba hácia él trayendo en la mano un retrato en fotografía.

—Sé que hablais perfectamente el inglés, dijo el lord cuando hubo llegado entre sus oficiales á Veracruz.

—Si por cierto, milord, contestó Veracruz.

—Creo que me conoceis mucho, dijo el comandante.

—No recuerdo, milord, contestó Veracruz.

—¿Y por qué decis milord cuando me hablais?

—Simplemente porque teneis semblante de lord.

—Un dia, á la altura del Cabo de Buena Esperanza, un negrero, el representado en este retrato, dió auxilio á una chalupa en que se habian salvado algunos náufragos de una fragata de la Gran Bretaña: entre aquellos náufragos iba lod Morland, comandante de la fragata *Telis* que habia naufragado: lord Morland soy yo, como vos sois el representado en este retrato: leed el respaldo que á ese retrato ha puesto el almirantazgo.

—Comprendo, milord, dijo de una manera altiva Pánfilo de Veracruz; yo os salvé entregándoos á los quince dias de haberos tomado á bordo á una fragata noruega que encontré sobre mi rumbo: en agradecimiento de lo que por vos hice, vos, ó alguno de vuestros oficiales salvados por mí con vos, me mirásteis lo bastante para poder obtener un retrato mio: en buen hora: si yo os hubiera dejado perecer no existiria este retrato.

—Observad que este retrato es fotográfico, dijo el lord: este retrato se ha obtenido en la factoría de Mozambique por agentes del gobierno británico: no podeis tacharme de desagradecimiento: en nombre mio y de mis oficiales salvados conmigo, recibísteis hace cinco años de sir Wast, comandante de la corbeta de la Gran Bretaña *Esperanza*, veinte mil libras esterlinas y dos excelentes rewolvers para que os defendiéseis de mí si un dia

nos encontrábamos vos sobre un barco negrero, yo sobre un buque de su majestad británica: vos aceptásteis las veinte mil libras, señal de nuestro agradecimiento, y los dos rewolvers, prendas del reto que el capitan inglés hacia al capitan corsario: nada os debo: os encuentro á bordo de la fragata *Nereida*, y os arresto cumpliendo las órdenes del almirantazgo, Pánfilo de Veracruz.

VII.

Magdalena no podia ocultar su contento, á pesar de que su contento era una imprudencia.

—¡Ah! exclamó Veracruz; me ha vendido usted, señora; ha tenido usted bastante astucia para engañarme, y me ha entregado á mis enemigos los ingleses: no importa: de Sierra-Leona se vuelve; y áun dado caso de que por ser yo quien soy los ingleses me maten, usted sentirá mi venganza; yo se lo aseguro.

—Llevadle, dijo el lord á algunos marineros que estaban detrás de Pánfilo de Veracruz; llevadle y aseguradle bien.

Los marineros, forzudos, agigantados, se apoderaron del corsario, y llevándole casi en peso, desaparecieron con él bajo el entrepuente.

VIII.

El lord asió de la mano á Magdalena, y la llevó á la cámara de popa, donde estaba servido un refresco.

—Tranquilizaos, señora, la dijo en mal español, pero

de una manera inteligible: sé hasta qué punto era formidable para vos ese infame.

—Sin embargo, caballero, dijo Magdalena; á pesar de la razon que me asiste, hay algo que me repugna fuertemente en lo que acabo de hacer.

—Contra hombres de ese género, señora, todo es lícito: á mí me repugna tambien haber disfrazado mi equipaje y haber izado en la popa de la *Nereida* el pabellon anglo-americano; pero hemos librado á la humanidad de un mónstruo, y haciéndolo hemos cumplido con nuestro deber.

—Lo creo así, caballero, lo creo así, dijo Magdalena, y nadie mejor que yo sabe hasta qué punto ese hombre es infame; y sin embargo, si ese hombre es ejecutado, tendré un remordimiento; criminal ó no, será una sangre que caerá sobre mi conciencia.

—Ese hombre, señora, no será ejecutado; no puede probársele haber hecho resistencia á los cruceros de su majestad británica, aunque se sabe que ha echado algunos á pique: pero una cosa es saber y otra probar: verdaderamente lastima que un tan gran marino, un hombre tan bravo, sea tan miserable.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que va á ser de ese hombre?

—Tengo órdenes de llevarle á Lóndres; en Lóndres se le pondrá á la vergüenza afeitada la cabeza, la barba y las cejas durante algunos dias; despues le conduciré á Sierra-Leona, y le dejaré en tierra abandonado á sí mismo, obligado á huir de los habitantes salvajes de aquella tierra inhospitalaria.

—Me ha dicho que de Sierra-Leona se vuelve.

—Por milagro, señora: de mil criminales á los que la Gran Bretaña entrega á los peligros de Sierra-Leona, se salva uno por milagro: es muy justo que estos terribles salvajes de la civilizacion vayan á habérselas con aquellos formidables salvajes de la naturaleza: es muy justo que los que han hecho de la sangre humana oro, se encuentren abandonados á sí mismos entre feroces antropófagos.

—¡Oh! entonces esa terrible condena va más allá del patíbulo, exclamó Magdalena palideciendo.

—Todo es poco, señora, para reprimir la audacia y la avaricia de esos corsarios que, á pesar de Sierra-Leona, se multiplican de dia en dia, haciendo infecundos los humanitarios esfuerzos de la Inglaterra: nada puede hacerse, ó muy poco, contra grandes marinos que montan excelentes buques admirablemente tripulados, que huyen siempre y que se valen de todo género de recursos. Un dia avisté yo un negrero; este mismo que afortunadamente hemos aprehendido: me favorecia el tiempo, le gané el barlovento, y me fuí sobre él al abordaje: ¿sabeis lo que hizo, señora? arrojó al mar doscientos negros y me obligó á ponerme en marcha y á arriar las chalupas para socorrer á aquellos infelices; entretanto, y maniobrando de una manera admirable, se me largó, haciendo imposible toda persecucion.

—Perecerian muchos de aquellos desgraciados.

—¡Ah! no, señora: ni uno solo: los negros en el agua aguantan más que una rata de sentina.

—¿Y qué haceis, milord, de los negros á quienes salvais?

—Los llevamos á nuestras colonias, donde trabajan por un tiempo dado, pero libres.

—¡Ah! yo creia que los devolviais á su pátria.

—No; los civilizamos, y esto es infinitamente mejor.

IX.

Lord Morland, despues de haber hecho tomar algunos refrescos y algunas conservas á Magdalena, la condujo en su chalupa al Havre, saltó con ella en tierra, la acompañó hasta el hotel, donde Magdalena á su vez le obsequió, la dejó una certificacion de haber sido aprehendido Pánfilo de Veracruz, cuyo retrato acompañaba á la certificacion, sobre el puente de la fragata de la Gran Bretaña *Nereida*, y se volvió á bordo.

X.

Dos horas despues la *Nereida* levaba anclas y se hacia á la mar.

Magdalena permaneció en un balcon del hotel hasta que se perdió en el horizonte el humo de la chimenea de la *Nereida*.

Luego escribió la carta siguiente, que mandó al instante al correo:

«Mi queridísimo Andrés: es adjunta la certificacion del comandante de la fragata de guerra inglesa *Nereida*, con el retrato de Santiago Rodriguez de Angulo, que prueba que éste no era otro que el negrero corsario Pánfilo de Veracruz, y que ha sido aprehendido á bordo de la *Nereida* por lord Morland.

Acabo de ver desaparecer en el horizonte á la *Nereida*, que lleva consigo á Inglaterra á ese infame.

El prefecto de París me habia avisado de que apareceria en las aguas del Havre una fragata de á setenta con pabellon anglo-americano; que procurase llevar á ella engañado á nuestro hombre, á fin de que pudiese ser preso á nombre de Inglaterra; porque el tal buque no seria otra cosa que una fragata de guerra inglesa, disfrazada con la bandera de la Union.

Esta mañana la *Nereida* apareció en bahía: es un hermosísimo buque: yo le celebré, y Veracruz, engañado y por complacerme, me propuso que fuésemos á visitarle: fuimos, é inmediatamente al pabellon de la Union sustituyó el pabellon británico, y Veracruz fué preso.

Se me ha quitado un horrible peso del alma: Veracruz es cosa concluida: los ingleses le llevarán á Sierra-Leona, donde perecerá.

Por la adjunta certificacion, los infames de esa que no se atrevian á entregarte nuestro hijo por temor á Veracruz, cuando se convenzan de que nada tienen ya que temer, te lo entregarán.

Esta tarde me vuelvo á París, donde espero con ánsia tu contestacion.

Tuya, siempre tuya y enamorada.—Magdalena.»

En efecto, aquella tarde, Magdalena se puso en marcha para París.

CAPÍTULO XIV.

De cómo no hay que confiar mucho en Sierra Leona.

I.

Habia pasado un año.

La situacion de nuestros personajes era la siguiente:

Magdalena y Andrés, á quienes habia sido entregado su hijo, habian reconocido á éste y le habian legitimado por su casamiento.

A consecuencia del asesinato del marqués de Alpuente, y por vehementísimos indicios de culpabilidad, Héctor Fonteville habia sido sentenciado á doce años de trabajos forzados, y á ocho Eloisa Sommet.

Como sabemos, estos pobres diablos eran completamente inocentes.

Las coincidencias los habian perdido.

El jurado tuvo la conviccion del crímen, y á falta de pruebas, le bastaron los indicios vehementes para pronunciar la condena.

II.

El marqués de Portmontier era completamete feliz, casado con Pepa, que por cesion de sus padres, era ya marquesa de Abades y duquesa de Santaren.

Comian entonces el pan de la boda.

La felicidad del amor satisfecho habia aumentado la hermosura de Pepa.

Todos envidiaban al afortunado marqués de Portmontier.

Sobre ser su esposa un fenómeno de hermosura, era la representante de dos títulos ilustres, y poseedora de una renta fabulosa.

La ágria duquesa de Chatillon estaba contentísima y orgullosa con ser dos veces parienta política, por su primero y tercer esposo, parientes ambos de la duquesa.

Sabia, es cierto, el misterio de la vida de Pepa; pero qué la importaba: Pepa habia acabado de pagar sus deudas, y de sus manos pasaba un rio de oro á las de la duquesa.

Virginia, por no infamarse, se veia obligada á guardar el infame secreto de la farsa de la rehabilitacion de Pepa.

La situacion de nuestros personajes parecia, pues, definitiva.

La parte de infamia que á cada uno de ellos cabia, estaba perfectamente cubierta bajo una brillante apariencia.

¿Qué tenian que temer?

Nada.

La ley, respecto á ellos, tenia puesta una venda, y el único sér que podia haber quitado aquella venda á la ley, Pánfilo de Veracruz, debia haber perecido en Sierra Leona.

III.

Antolin Pereira habia hecho en el brik-barca *Veracruz*, construido ocho meses antes en Liverpool, dos viajes felicísimos, de la costa de Guinea á la isla de Cuba.

Viajes que habian dado por resultado la venta de mil doscientos negros á mil pesos cada uno: es decir, una suma de catorce millones de reales, de los que diez constituian la ganancia.

IV.

Antes de que fuese votado al agua el brik-barca *Veracruz*, á quien en honor de Pánfilo habia puesto este nombre Antolin, éste recibió la siguiente carta, fechada en Lóndres, en la cárcel del almirantazgo:

«Mi querido Antolin: Ha llegado el momento de que yo conozca si eres ó no hombre de corazon.

Afortunadamente los plazos del brik-barca están satisfechos, y más afortunadamente aún, por una casualidad, tengo dos millones en el Banco de Holanda, para retirar los cuales es adjunto el documento necesario.

Lo demás se lo ha llevado el diablo.

La infame marquesa de Santorcaz me ha vendido,

llevándome con una astucia infernal á una fragata inglesa disfrazada con el pabellon anglo-americano.

Fuí demasiado torpe: la facha del buque decia bien claro lo que era.

¿Pero quién habia de creer que la orgullosa Inglaterra se disfrazase con el pabellon de sus irreconciliables enemigos por prender á un hombre á quien tenian ojeriza?

Esto es inconcebible.

La verdad es que he sido preso á bordo de la *Nereida* por un ilustre lord á quien yo salvé neciamente de una muerte segura junto al Cabo de Buena Esperanza, y vendido por la única mujer á quien he amado con toda mi alma, y á quien ahora aborrezco con todo mi odio.

Las infamias se multiplican, Antolin, y sólo me falta que tú cometas tambien la infamia de abandonarme.

No lo espero.

Tú dirás cuando recibas esta carta: ¿cómo diablos Pánfilo en poder de los ingleses ha podido hacer que esta carta llegue á mis manos?

Es, querido Antolin, que la suerte no se cansa de protegerme, aunque muchas veces se me haya mostrado contraria.

Lord Morland me trajo forzando la máquina de su barco y en muy poco tiempo á Lóndres, ansioso de presentar su presa al almirantazgo.

He sufrido los más groseros insultos. Se me han afeitado los cabellos, las cejas y la barba: me han puesto á la vergüenza en Ay-Market dentro de una jaula como á una fiera, se me ha arrojado lodo, tronchos y no

sé cuántas otras cosas: todo Lóndres ha venido á verme, y los diarios han contado mi historia á todo el mundo, llamándome ogro, bebedor de sangre humana, oprobio de la humanidad, mónstruo, y otro millon de lindezas.

Los pilletes de Lóndres me han aturdido durante quince dias con sus gritos, y creo que no ha quedado una sola humanitaria lady que no haya venido á ver al Canibal, al antropófago hispano-americano.

Debo ser muy fuerte cuando no he estallado de cólera.

Sin embargo, cuando me retiraban de la exposicion pública, encontraba yo en la cárcel del almirantazgo una gran compensacion.

A los tres dias de haber sido expuesto, y como á las nueve de la noche, se abrió la puerta de mi calabozo, y en vez del llavero záfio, agigantado, torvo y taciturno, una especie de cíclope, antiguo marinero, encargado inmediatamente de mi custodia, entró una chica deliciosa, verdadero tipo excitante y delicada hermosura de la mujer inglesa.

Mis Enriet, hija del viejo conserje de la cárcel del almirantazgo, de la que está enamorado hasta la locura mi tremendo guardian Tompson.

Mis Enriet habia tratado siempre á la baqueta hasta que yo fuí preso, á Tompson, abusando de él como de un esclavo miserable, valiéndose de él como de una bestia de carga; tiranizándole, en una palabra.

Tompson seria capaz por mis Enriet de dar de puñaladas al primer lord del almirantazgo, sin acordarse del plano inclinado.

Mis Enriet me vió antes de que me rapasen, y la po-

bre chica, que sólo tenia diez y seis años, que no habia amado nunca, se enamoró de mí á la inglesa; es decir, con toda su alma y con todos sus sentidos.

Si ella pudiera manejar á su padre como maneja á Tompson, me hubiera sacado de la cárcel y se hubiera fugado conmigo.

Pero esto es imposible.

Sir Pierry es un Argos, y preso que cae en su poder no sale de sus garras sino por una órden del almirantazgo.

Mis Enriet se me presentó ruborosa, bellísima, con un cabás en la mano, en que traia algunos excelentes fiambres: me dijo que yo la habia causado una gran compasion, y que venia á traerme algo mejor que el infame alimento que da á sus presos la humanitaria Inglaterra.

En una palabra, mi querido Antolin, me he encontrado con un amor de todo punto suculento en el fondo de mi encierro, y te confieso, que curado del amor de la marquesa de Santorcaz, á causa de la negra averia que me ha causado, el vacío que dejó en mi corazon el amor de la marquesa le ha llenado completamente Enriet, que á su vez está loca por mí.

A ella debo, no sólo algunos momentos de envidiable felicidad, sino tambien los medios de escribirte, y la seguridad de que mi carta llegue á tus manos.

La pobrecilla sabe que dentro de poco seré conducido á Sierra Leona; llora y se desespera, y no la consuela otra cosa, sino la certeza de que tú irás á Sierra Leona por mí, me salvarás, y ella y yo volveremos á vernos.

A la verdad, yo no estoy ni puedo estar tranquilo:

Sierra Leona es terrible; y lo más probable es que antes de que tú puedas ir allá con trescientos ó cuatrocientos buenos camaradas, se hayan regalado conmigo aquellos amables antropófagos.

Bien sabe Inglaterra lo que hace enviando á Sierra Leona á los africanos á quienes echa el guante.

Por lo mismo, Antolin, en cuanto recibas esta carta, no esperes á que esté terminada la construccion del brik-barca; fleta un buque cualquiera de gran porte y muy marinero, busca trescientos ó cuatrocientos demonios, y ponte en demanda de Sierra Leona, desembarca, paga bien á los caribes, trae para ellos fusiles y pólvora, ofréceles mucho más si me buscan y me entregan á tí, y si has llegado, como puedes llegar, salvo contratiempo, antes que el buque que me conduzca, me he salvado.

Véame yo libre, y te juro que me han de soñar los ingleses.

Todo lo que añadiese á esta carta seria inútil: conoces mi situacion, eres mi amigo, me debes mucho, y espero que serás agradecido.

Adios; hasta la vista: estoy seguro de que harás lo que puedas para que esta tenga lugar cuanto antes.—Pánfilo de Veracruz.»

V.

Antolin recibió esta carta en Liverpool, la leyó, sacó un fósforo, le encendió, quemó la carta, y con el mismo fósforo encendió su pipa.

Despues se hizo cargo de que no habia recibido tal

carta, y no se movió de Liverpool hasta cuatro meses despues, en que el brik-barca, completamente armado, fué botado al agua.

Inmediatamente Antolin, valiéndose del documento que le habia enviado Veracruz, retiró del Banco de Holanda dos millones de reales, con los que hizo su primer viaje á la costa de Africa.

Hizo el segundo con igual fortuna, como ya hemos dicho, y ocho meses despues se encontró dueño de catorce millones en la Habana.

VI.

Acometióle entonces á Antolin algo que era muy extraño en él: una especie de remordimiento por haber abandonado á Veracruz.

Y es que el dinero modifica á las gentes.

Antolin queria, como era natural, que su riqueza no tuviese en el fondo el amargo sabor de la traicion hecha á Veracruz, á quien en realidad estimaba, y á quien debia todo lo que tenia.

Al principio cedió á la tentacion de alzarse con el santo y la limosna, como suele decirse.

Prescindió de Veracruz, y se decidió á obrar por su cuenta, valiéndose de los elementos que Veracruz le proporcionaba.

Esto era cometer un robo y un asesinato.

Antolin los cometió en la intencion, irritado por la sed del oro.

Pero una vez satisfecha esta sed, se arrepintió de haber hecho traicion á Veracruz.

—Vamos, dijo una noche en que le molestaba demasiado aquella especie de remordimiento; tal vez, aunque ha pasado un año, sea tiempo aún: yo creo que Pánfilo tiene al lado un diablo que le favorece, y es muy posible que haya logrado entenderse con aquellos animales feroces: fletaré mi brik-barca como buque mercante, armado en corso, bajo la bandera española, y aunque los ingleses se me echen encima, no importa; porque no encontrarán á bordo una sola piel negra, y llevaré en regla mis papeles: si encuentro á Pánfilo y me reconviene por lo que he tardado, con decirle que he intentado muchas veces acercarme á la costa, y que los cruceros ingleses me lo han impedido, estoy á cubierto: la verdad es que Pánfilo merece que se haga algo por él, y es necesario hacerlo.

VII.

Ocho dias despues, el brik-barca *Veracruz*, con patente de corso y con cien hombres bravos de tripulacion y un cargamento de fusiles y municiones, consignado como objeto de cambio de marfil y otros productos de Africa, se hacia á la vela desde el puerto de la Habana.

CAPÍTULO XV.

De cómo los ingleses hicieron de Veracruz un nuevo Robinson.

I.

Un año antes, la fragata crucero de la Gran Bretaña *Nereida* fondeó un dia en una solitaria ensenada de Sierra Leona.

Se oyó el redoble del tambor, formó la tropa de marina sobre cubierta, los marineros ocuparon sus puestos y apareció por la grande escota del entrepuente, entre soldados, Pánfilo de Veracruz.

Uno de los oficiales leyó entonces en alta voz la sentencia del tribunal del almirantazgo, que condenaba al negrero corsario hispano-americano Panfilo de Veracruz á ser puesto en tierra y abandonado en Sierra Leona.

Poco despues, Pánfilo, con un contramaestre, bajó á una chalupa tripulada por seis marineros que estaba atracada al costado de babor de la fragata.

II.

La chalupa se separó del buque, y un cuarto de hora despues embistió en tierra.

Veracruz saltó á ella solemne, tranquilo, inmenso.

—Señor contramaestre, dijo, decid á vuestro comandante que dé en mi nombre las gracias á sus excelencias los lores del almirantazgo, porque en vez de traerme aquí, donde es posible haga fortuna, no me han ahorcado: ¿pero qué diablos es eso, señor contramaestre, con qué haceis cargar á esos buenos marineros?

Cuatro de estos habian sacado de la chalupa un largo y enorme baul-maleta y adelantaban con él hácia los gigantescos baobás, que constituian el principio de una inmensa selva, que orlaba sombría la ensenada, á poca distancia de la rompiente de las olas.

El contramaestre saltó tambien en tierra y siguió con Veracruz á los marineros que conducian el baul-maleta.

Estos llegaron á la espesura, y se internaron algunos pasos en ella.

Dejaron entonces en tierra el gigantesco baul-maleta, y el contramaestre les mandó que se retirasen y esperasen en la playa junto á la chalupa.

Cuando estuvieron solos, el contramaestre dijo á Veracruz:

—El noble lord Morland me ha encargado de deciros que á pesar de que recibísteis de él veinte mil libras esterlinas, no puede olvidarse de que os debe la vida; que al prenderos, al sujetaros al fallo del tribunal del almi-

rantazgo, ha cumplido con un imperioso deber; pero que no se cree dispensado de hacer por vos lo único que le es posible hacer; proveeros de lo que ese baul contiene.

—¿Y qué contiene ese baul, señor contramaestre?

—Una tienda impermeable y tela y cuanto es necesario para construir otras tres: papel, tinta y plumas para que os distraigais si quereis escribiendo lo que os acontezca en Sierra Leona; dos pistolas rewolvers, un fusil rewolver con bayoneta, una caja con dos mil cápsulas, un machete y un hacha para hacer leña: en el fondo del baul hay latas de conservas, á lo ménos para dos meses; en la parte superior, ropa para mucho tiempo, y dos cajas completas homeopáticas con una instruccion en inglés; algunos libros, y entre ellos una Bíblia.

—¡Ah! dijo Veracruz ligeramente conmovido, expresad todo lo profundo de mi agradecimiento al noble lord Morland, y suplicadle me perdone las palabras inconvenientes que alguna vez le he dejado oir.

—Lord Morland hace demasiado, contestó el contramaestre, porque sólo tiene órdenes de dejaros completamente abandonado y sin recurso alguno en Sierra Leona: sin embargo, acordándose de que le habeis salvado la vida, y estimándoos en mucho, como buen marino y como hombre bravo, os deja medios para defenderos de las fieras y de los salvajes. La caza abunda, y sois un gran tirador: con las municiones que se os dejan podeis proveeros de alimentos durante mucho tiempo: á la parte Este de la ensenada hay excelente sal-piedra: procuraos la vida, y que Dios tenga misericordia de vos. Adios, pues.

—Hasta la vista, señor contramaestre, dijo Veracruz.

—Si os salvais, lo que es muy difícil, contestó el contramaestre, podreis ir libremente á Inglaterra, porque habreis cumplido vuestra condena: en ese caso, buscadme en Lóndres en la taberna del Gato Gris: retened mi nombre: me llamo mister Sunderson; en el Gato Gris os darán noticias mias: tendré mucho gusto en beber con vos una botella de gin y en fumar una pipa: ¡ah! me olvidaba deciros que en la maleta hay tabaco y pipas para un siglo, y de daros la llave: adios definitivamente, y buena suerte.

—Id con Dios, señor contramaestre; os ruego de nuevo que expreseis mi más ardiente agradecimiento á lord Morland.

III.

El contramaestre salió de la espesura, y Veracruz, que le habia seguido, le vió atravesar la playa, entrar en la chalupa y volverse á la *Nereida*.

Esta, que no habia apagado su caldera, se hizo inmediatamente á la mar.

Veracruz permaneció inmóvil, viendo con un terror frio alejarse aquel buque, temiendo si le haria traicion Antolin y no vendria á buscarle.

Si Antolin no venia, lo más probable era que en algunos años no viese otro buque Veracruz.

IV.

Aún no era el mediodia.

Veracruz abandonó la inútil contemplacion del buque

que se alejaba, y se decidió á prepararse un asilo seguro para la noche.

Entró de nuevo en la espesura, y abrió la maleta.

Era enorme, y en ella encontró Veracruz algo más de lo que habia dicho el contramaestre: esto es, dos ollas y dos grandes tarteras de hierro, un rollo de cuerda como de cien brazas, una pequeña red para pescar, una caja surtida de anzuelos y cabos; cuanto se necesitaba, en fin, para proveerse fácilmente de alimentos en el mar.

Pero, ¿y agua potable?

En África suelen andarse muchas leguas sin que se encuentre un rio ó un arroyo.

V.

Veracruz sacó la tienda y la armó.

Era pequeña; como de dos varas en cuadro y dos de altura, cuadrada con armadura de hierro, y de excelente y fuerte lona impermeable.

El fusil rewolver rayado y las pistolas rewolvers eran excelentes, de una de las mejores fábricas inglesas; el machete y el hacha excelentes.

El machete tenia un cinturon, y en el cinturon dos cartucheras, una para cien cápsulas de fusil, y otra de veinticuatro para rewolvers.

Veracruz se ciñó el machete.

El hacha tenia asegurada á sus dos extremos una correa con hevilla, para poder llevarla á la espalda.

Entre las ropas encontró Veracruz algunos zapatos

fuertes, tres pares de polainas de cuero, y dos sombreros de marino, de fieltro barnizado.

Las ropas se componian de camisas y calzones de hilo, camisetas de lana azules, pantalones exteriores de lienzo crudo rayados, pañuelos, toallas, y gran número de medias.

Lo primero que hizo Veracruz fué probar el fusil, disparando á un arbusto á gran distancia.

La delgada rama del tamarindo á que Veracruz habia apuntado, fué cortada por la bala.

El fusil era de ocho tiros, y podia cargarse con suma rapidez.

Los rewolvers eran de seis.

—¡Ah! ¡magnífico! dijo Veracruz; juro no emplear ninguna de estas dos mil cápsulas como no sea en los amables habitantes de esta hermosa tierra, si me olfatean y vienen á buscarme; trabajo les mando si quieren celebrar un banquete conmigo: no estamos del todo mal; pero lo primero es procurarnos un lugar donde dormir sin miedo á los tigres y demás gente *nonc sancta*.

Veracruz fijó la vista en un baobá gigantesco, cuyas ramas se entrelazaban.

Sacó el rollo de cuerda, le anudó de trecho en trecho, ató una piedra al extremo de la cuerda, la tiró con gran fuerza, haciéndola pasar por encima de la rama más baja, y el extremo cayó por el otro lado.

Veracruz aseguró la cuerda por medio de un lazo á la rama, y trepó de nudo en nudo con una agilidad y una fuerza portentosa.

Al encontrarse arriba, lanzó un grito de alegría.

Entre los brazos del baobá podia construirse una vivienda segura.

Los brazos eran gigantescos.

Llevaba el hacha á la espalda, y empezó á trabajar en el momento, haciendo cortes para asegurar maderas, poner provisionalmente sobre ellas la tienda y tomarse tiempo para construir una especie de barraca sólida.

VI.

Al oscurecer, Veracruz habia asegurado en aquellos cortes maderas que habia cortado de árboles más pequeños, que subia á la cruz del baobá valiéndose de la misma cuerda por la cual trepaba á él.

La tienda estuvo puesta antes de que oscureciese, á una inmensa altura, entre las ramas del baobá, y en tal disposicion, que no se la veia desde abajo.

Veracruz abrió una de las latas, y encontró un excelente buey condimentado con patatas.

Hizo fuego, calentó lo que hubo menester en una tartera, comió, guardó sus utensilios en la maleta, la dejó provisionalmente allí porque llena como estaba no podia moverla por su gran peso, trepó á su nido, recogió la cuerda, y procuró dormir para estar descansado al dia siguiente.

VII.

Pero la situacion era demasiado terrible para que Veracruz pudiese dormir.

Además de esto, le aquejó una sed horrible, aterrándole.

Si al dia siguiente no encontraba agua, todos los buenos oficios de lord Morland para con él serian inútiles.

Debia morir de sed, viendo ante sí la inconmensurable masa de la impotable agua del Océano.

Veracruz pasó una horrible noche de sufrimiento y de terror.

Apenas fué de dia, se descolgó del baobá.

Tenia hambre, y no se atrevió á comer por temor de que lo que comiese aumentase su sed.

Ceñido el machete, el hacha á la espalda, los rewolvers á la cintura y el fusil al hombro, llevando en los bolsillos todas las cápsulas que le cupieron, á más de las que habia en la cartuchera, emprendió su viaje de exploracion hácia el Norte, á lo largo de la costa.

Anduvo rápidamente hasta el medio dia, superando rocas, viéndose obligado algunas veces á abrirse paso entre la maleza con el machete, y al fin se detuvo extremecido de alegría.

Habia oido un rumor sordo: el del derrumbe de agua.

Adelantó hácia donde el rumor sonaba, y encontró un grueso arroyo de agua límpida, que saltando por entre las rocas iba á caer al mar.

Llenó su sombrero de agua, y bebió, pero con prudencia, sin satisfacer por completo la sed que le devoraba: por intervalos.

Luego examinó el lugar en que se encontraba.

Era una pequeña ensenada escondida entre dos montañas.

Rocas basálticas orlaban el pequeño seno.

—Aquí, dijo Veracruz, puedo hacer un escondite seguro, y hasta cómodo; y sobre todo, fuerte. Un ejército de salvajes no puede conmigo, sin que sea necesario gastar ni un solo tiro: con establecer un depósito de piedras en la parte superior de una de esas rocas y arrojarlas por la escarpadura, no podrá subir nadie: por la noche podrá suceder que haya necesidad de algun disparo; pero cuando hayan caido tres ó cuatro, los demás no se atreverán á subir: en fin, ya esto es otra cosa; tengo decididamente suerte: bien ha podido suceder que hubiese muerto antes de encontrar agua; ahora lo que importa es proveernos de ella para la noche.

Veracruz partió á la carrera, siguió cuando no pudo sostener esta á gran paso, hizo en tres horas el camino, que á causa de las interrupciones de la maleza le habia costado al ir nueve horas, subió al baobá, desarmó la tienda, bajó, se la cargó á la espalda, despues de haber comido, y se volvió á la pequeña ensenada junto á la cual habia encontrado el agua.

Trepó con trabajo á una de las rocas más escarpadas y á puestas del sol tenia armada en ella su tienda.

VIII.

Aquella noche, cansado, rendido por la fatiga, se durmió.

Al amanecer, emprendió la tarea de trasladar al lugar que habia elegido para establecerse, y en pequeñas y có-

modas cargas, el contenido del voluminoso baul-maleta, lo que consiguió en dos dias.

El trasladar la maleta vacía, que áun así era pesada, fué lo que le costó gran fatiga y un esfuerzo casi increible el ponerla en lo alto de la roca, tirando de ella con una cuerda.

IX.

Veracruz no habia destruido ó abandonado la maleta, porque vacía podria servirle de cama bastante cómoda, y en las circunstancias en que se encontraba, se veia obligado á aprovecharlo todo.

X.

La roca que habia elegido Veracruz era gigantesca, avanzada sobre la ensenada, y muy escarpada por la parte de tierra.

Para trepar á ella se habia visto obligado Veracruz, las primeras veces, á extremar su fuerza y su agilidad de marino.

Despues á uno de sus dentellones habia asegurado la cuerda, lo que le permitia subir á ella con facilidad.

XI.

En los dias siguientes Veracruz hizo algunos reconocimientos.

Encontró hácia el lugar que le habia indicado mister Sunderson las grandes salinas, y se proveyó de sal.

—Estoy salvado, dijo; los bisontes y los búfalos abundan dos leguas tierra adentro; con mis anzuelos, estoy seguro, no sólo de obtener buen pescado, sino tambien de obtener aves: con quince dias de caza al año, y convirtiéndome en cazador, carnicero y salador, tengo provisiones bastantes y variadas; las bananas, las piñas, los cocos y las plantas tuberculosas me harán el oficio del pan: podrá suceder que los salvajes den cuenta de mí si sobrevienen, ó que un tigre, un leon ó un rinoceronte me devoren ó me despedacen: sin embargo, mucho peor hubiera sido que me hubieran dejado sin recurso alguno.

XII.

La roca que habia elegido Veracruz estaba socavada en su parte superior.

En ella, con maderas revestidas de una greda fuerte, hizo Veracruz una vivienda muy sólida y de bastante extension, chata y convexa, de manera que el viento no podia arrebatarla, y cubierta de pizarras que la defendian de los furiosos aguaceros de la estacion de las lluvias.

Veracruz hizo una escala, que recogia cuando habia trepado á su habitacion.

En un resalte, delante de esta, habia apilado multitud de gruesas piedras, que sin dejarse ver podia arrojar por la escarpadura, haciendo imposible el acceso á los que pretendiesen trepar por ella.

Veracruz se habia propuesto economizar sus cápsulas cuanto le fuese posible.

XIII.

Habian pasado dos meses, y Veracruz habia ya hecho una verdadera fortaleza de su cabaña.

Lo primero que se encontraba, una vez en lo alto de la roca, era una fuerte y doble empalizada, sujeta con vejucos, rellena de tierra y piedras, aspillerada, con una estrecha abertura para entrar, que se cerraba por dentro con un madero labrado, asegurado por maderos atravesados.

Habia un espacio de veinte pasos hasta la puerta de la cabaña, cerrada del mismo modo y aspillerada.

En el interior Veracruz habia construido un pequeño departamento para almacen de carne de búfalo salado y prensado entre piedras.

Con la grasa del búfalo habia obtenido combustible para hacer luz de noche, valiéndose de la tela de una camisa para la torcida.

Habia matado muchos búfalos, de los cuales sólo habia aprovechado la lana, con la cual y con la tienda, ya inútil, se habia provisto de un lecho muy cómodo.

A los dos meses, pues, de un trabajo ímprobo, Veracruz se habia colocado en una situacion de ócio.

Tenia provisiones frescas y saladas, ricas frutas de las que produce por sí misma la vigorosa vegetacion de África, buenos pescados, agua pura y excelente; comodidades, en fin.

No tenia otra cosa que hacer que condimentarse la comida, en lo que empleaba poco tiempo.

Leía, escribia ó dormia. Cuando salia se alejaba poco para poder retirarse á su fortaleza.

Vegetaba, en fin: pero se aburria, estaba desesperado.

Su pensamiento se fijaba alternativamente en solas cuatro ideas.

En la marquesa de Santorcaz, contra la cual su aborrecimiento crecia de instante en instante por haberle entregado á los ingleses; en los ingleses que le habian conducido á Sierra-Leona; en Enriet que habia embellecido su encierro en la cárcel del almirantazgo, cuya hermosura juvenil y brillante y cuyo amor recordaba con delirio, y en el infame Antolin, que sin duda le habia abandonado.

Algunas veces disculpaba á Antolin diciéndose:

—Es posible que los cruceros ingléses le hayan impedido acercarse á Sierra-Leona; pero ha tenido mil medios para que los ingleses no hubiesen podido impedírselo; ¿por qué no ha fletado un buque bajo el pabellon de los Estados-Unidos, que tanto respetan los ingleses, y con el rol en regla? puede tambien haber naufragado; ¡quién sabe! Me cuesta trabajo creer que me haya hecho traicion: le conviene unirse á mí, porque unido á mí puede hacer mucho más dinero que solo: además de eso, Antolin sabe que yo soy agradecido y leal, y que si me salvara podia esperarlo todo de mí.

XIV.

Llegó la estacion de las grandes lluvias, de las grandes tempestades, y Veracruz se vió obligado á no salir durante un mes de su albergue.

Como se habia mantenido constantemente de la pesca y de la caza, como tenia buenas salazones y buenos tubérculos, mantenia casi intactas las cajas de rica conserva inglesa que conservaba para regalarse alguna vez.

Apenas habia gastado cien cápsulas.

Lo que le mortificaba era la sobriedad con que se veia obligado á gastar el tabaco por temor de que se le concluyese, y Veracruz era un fumador formidable.

Habia leido ya todos los libros; sus impresiones eran siempre las mismas: un dia se parecia constantemente al otro, y su diario, incluyendo el estado del mar y de la atmósfera, sólo le ocupaba algunos minutos.

El ócio y la inaccion le aburrían y contrajo un atrevidísimo proyecto, el de construir una canoa bastante capaz para contener provisiones para algunos dias, y lanzarse á la mar á muerte ó á vida.

XV.

Lo atrevido del proyecto no era ciertamente la construccion de la canoa: esta podia hacerse en algunos dias sobre una quilla labrada en madera fuerte con el hacha, sirviéndola de costillas gruesas mimbres; de casco, cañas aseguradas por vejucos; y de carena, una excelente resina que arrojaban naturalmente de sí una especie de pinos.

Lo monstruoso del proyecto era arrojarse al mar, al terrible Océano, en una embarcacion tan débil.

Pero ¿á qué no se atreve un desesperado, cuando es tan valiente como Veracruz?

Apenas concebido el proyecto, se puso á ejecutarlo.

Embistió con un árbol de caoba, le cortó, invirtió en labrar de él una gran quilla de una pieza quince dias de un trabajo ímprobo, y á los tres meses tenia una magnífica lancha que hubiera asombrado en Europa al ver que se la habia construido sin más herramienta que una hacha y un machete, careciendo absolutamente de hierro, de veinte piés de eslora, cinco de manga y cinco de puntal, con cubierta, pozo para el agua, y almacen de provisiones; con mastelero, entena y vela, hecha con el lienzo de la tienda, embreada, y con cabos fuertes hechos con vejucos.

Veracruz estaba orgulloso de su obra.

La lancha tenia el gran defecto de tener el timon fijo, pero Veracruz contaba con los remos para dar direccion á su buque.

No era esto sólo.

Veracruz se encontraba sin fuerzas para botar al agua aquella especie de gigantesca cesta embreada, con figura de buque.

No se desanimó.

Hizo un azadon de madera, y como habia construido cerca del rebalaje su embarcacion, socabó la arena, en lo que invirtió ocho dias; hizo una especie de dique, dejando al aire la embarcacion, sobre sus estacas, estableció una amarra, quitó progresivamente las amarras por la parte de popa, y la embarcacion, en la cual habia ya puesto Veracruz agua y provisiones para dos meses, quedó á flote, pero con muy poco fondo, tocando en él, y muy inclinada sobre la banda de babor.

Veracruz saltó dentro, y esperó la subida de la marea.

Cuando sobrevino esta, cogió los dos remos que estaban á proa, y bogó hácia la salida de la pequeña ensenada.

Una vez fuera, dejó los remos, maniobró con la vela, y aprovechando un fresco viento de tierra, se hizo á la mar.

—¡A la ventura de Dios! dijo.

Y luego, mirando á la roca donde habia quedado su albergue, añadió:

—Ahí te quedas para otro desgraciado.

Y el pequeño buque siguió avanzando mar adentro con viento favorable.

XVI.

Pero Veracruz comprendió muy pronto que su proyecto de atravesar el Océano en aquella feble embarcacion era una insensatez.

A más de la poca resistencia del barco, carecia de carta y de instrumentos, y lo más probable era perderse en la inmensidad del Océano.

—Y bien, dijo Veracruz; desistamos de ese primer proyecto, cuya locura sólo puede disculpar mi desesperacion; pero para buque de cabotaje mi navío sirve demasiado: yo veo la tempestad antes de que amenace, y puedo ampararme á tierra: necesito, sin embargo, construirme un pequeño cabrestante, que llevaré á bordo, y del cual me valdré para varar mi barco: antes de dos horas llegaré á la ensenada donde me dejó la *Nereida*,

Una mujer salió de entre la espesura.....

me abrigaré en una de sus escalas, pasaré allí la noche, y despues construiré mi pequeño mecanismo.

XVII.

Veracruz maniobró para seguir costeando, y á la puesta del sol llegó á la ensenada donde le habia dejado la *Nereida*, arrió la entena, rizó la vela, cogió los remos, y se metió en un barranco, donde el agua estaba tranquila como un estanque.

XVIII.

Una bandada de cisnes negros se habia dejado caer sobre la playa.

Estas aves eran grandes y de una carne muy sabrosa.

—De los ochos tiros instantáneos de mi fusil, dijo Veracruz, puedo aprovechar lo ménos cuatro; tengo sal y puedo aumentar mis provisiones con un buen artículo: ¿por qué no he de hacerlo?

Y apuntó, disparó los ocho tiros y mató tres cisnes.

Saltó en tierra, estableciendo una amarra que sujetó la resalte de la roca, y se dirigió al lugar donde habian caido los tres cisnes.

Pero apenas habia llegado á ellos, cuando oyó grandes alaridos y una forma roja y negra, una mujer, salió de entre la espesura, y adelantó corriendo hácia el lugar donde se encontraba Veracruz.

Este cargó precipitadamente de nuevo su fusil.

Dentro de la espesura, y acercándose rápidamente,

se oian, no ya gritos, sino ahullidos, y poco despues aparecieron siguiendo á la mujer, que continuaba corriendo hácia las rocas de la playa, cuatro negros atléticos con taparrabos blancos tres de ellos, y otro con taparrabo encarnado, y un paño del mismo color en la cabeza á manera de venda.

Todos ellos traian arcos, y se detuvieron un momento al ver á Veracruz.

Este apuntó, y dió en la cabeza á dos de ellos sucesivamente, y los otros dos, el de lo encarnado y otro, retrocedieron metiéndose de nuevo en la espesura y lanzando alaridos espantosos, á los que contestaron más lejos otra multitud de alaridos.

Veracruz no se detuvo ni áun á recoger los cisnes: no habia tiempo que perder.

Los gritos que se oian y que se acercaban representaban una multitud de hombres.

Partió á la carrera y ganó las rocas del barranco donde habia dejado su barco, soltó la amarra, saltó á bordo, tomó los remos y bogó hácia el centro de la ensenada, armó la vela, aprovechó el viento y se alejó rápidamente de la playa.

Todo esto sucedió muy á tiempo.

Quinientos ó seiscientos salvajes gritaban, ahullaban, manoteaban en la orilla del agua, y muchos otros buscaban con un verdadero frenesí entre las rocas.

Las flechas que disparaban no alcanzaban á Veracruz; pero por divertirse sin duda, les enviaba de cinco en cinco minutos un disparo, que heria ó mataba á uno de aquellos demonios.

Al fin el barco, impelido por un viento muy fresco, puso fuera del alcance de los disparos de Veracruz á los salvajes, y Veracruz aferró la escota para dejarse llevar por el viento y esperar á que cerrase la noche y ganar de nuevo la costa.

XIX.

No tardó la noche en cerrar.

La costa estaba envuelta por la bruma.

Un fresco Sudeste enmarama más y más el barco.

La mar era gruesa.

Veracruz conoció que su barco era más fuerte que lo que habia creido, y esta prueba, que habia hecho contra su voluntad, le animó, se consideró libre.

Su barco era muy á propósito pàra una navegacion de cabotaje.

Siguiendo á lo largo de la costa, hácia el Occidente, tomando tierra en alguna playa solitaria, podia dejar atrás á Sierra-Leona, llegar á un establecimiento europeo, y entonces estaba salvado.

El vigor de Veracruz se redobló con la esperanza.

XX.

Salió la luna llena, clara, brillante, cayó el viento, y la mar se hizo llana.

Una ligera brisa impelia el barco.

Veracruz calculó que se encontraba á seis millas de

la costa, y maniobró con la vela y con los remos para acercarse á ella.

Dos horas despues sobrevino una calma completa.

Veracruz se dejó arrastrar lentamente por la marea, aferró la vela, y se metió bajo la cubierta de su barca para tomar algun alimento y algun reposo.

El espacio que habia quedado libre en el barco, entre el depósito de agua que estaba á popa y el de provisiones á proa, era muy pequeño, apenas de dos varas de extension.

XXI.

Al ir á entrar Veracruz en el depósito de provisiones tropezó con un cuerpo humano, y oyó un débil grito de espanto.

—¡Ah, diablo! dijo Veracruz; esta debe ser la salvaje que huia de los otros: al pasar me pareció jóven y hermosa; pero no podia yo suponer se amparase en mi barco: veamos si me entiende.

Veracruz, por su largo trato con los negros, comprendia perfectamente su idioma, si es que puede llamarse idioma la especie de tagalo que hablan los habitantes del África septentrional.

—¿Por ventura, dijo en aquel idioma bárbaro, la hija de las selvas tiene miedo?

—Mitsam ha sido arrebatada de las cabañas de sus padres; Mitsam es descendiente de Manú, del grande espíritu: el poderoso y el creador Manú es padre de los padres de Mitsam: el gran Manú protegerá á su hija.

La voz de la jóven tenia un timbre dulce, puro, encantador; pero dejaba conocer el miedo.

—Mitsam, dijo Veracruz, ha sido protegida por su grande abuelo: Mitsam ha encontrado un hermano en un hombre de otras playas, descendiente tambien de un grande y poderoso espíritu criador.

—¿Cómo se llama ese espíritu?

—Dios.

—¿Y qué quiere decir Dios?

—El nombre de Dios es un misterio que nadie puede descifrar.

—Dios será fuego como Manú: no hay más señor que Manú, el que brilla resplandeciente, y su esposa Manuatú, que mientras él duerme muestra á la tierra, su hija, su frente pálida.

—Manuatú vela reflejando en la mar, dijo Veracruz: ¿por qué la doncella nieta del gran Manú no quiere que el hombre blanco vea su hermosura á la luz pálida de la gran Manuatú?

Y asió de las manos á Mitsam, que se dejó conducir, y salió con ella sobre cubierta.

XXII.

Mitsam era intensamente negra y excesivamente jóven.

Bajo la especie de túnica de percal encarnado que la cubria desde los hombros hasta más abajo de las rodillas, se dejaban ver unas formas admirables.

No estaba descalza como lo general de los salvajes;

sino que sus pequeños piés calzaban una especie de mocacines de piel de búfalo, orlados con abalorios de colores vivos.

En la cabeza tenia una sarta de corales: en la garganta un collar de corales tambien, y brazaletes de lo mismo.

Dentro del tipo africano, tenia una grande hermosura, y singularmente sus ojos enormes, negrísimos, brillantes, eran magníficos.

—Dios ó el diablo, dijo Veracruz, me envian una admirable compañera: el gran sultan pagaria por esta muchacha un tesoro: de seguro, en el haren de su sublime majestad, hará muchos años que no ha vivido una negra tan hermosa.

Y luego dijo alto:

—¿Tiene hambre el lucero de la noche?

—Sí, contestó Mitsam: tengo hambre y sed.

Veracruz se metió bajo la escotilla, entró en su almacen, tomó una lata de carne inglesa, y del algibe sacó una olla de agua, con lo cual salió otra vez sobre cubierta.

Mitsam bebió con ánsia, mientras Veracruz abria la lata.

Mitsam, satisfecha su sed, volvió á su tenaz y absorta contemplacion de Veracruz.

El corsario estaba realmente buen mozo.

Tenia los cabellos muy largos y naturalmente rizados, y la barba crecida, negra y sedosa, lo que hacia contrastar la pálida blancura de su semblante.

Su mirada, que devoraba los encantos negros de Mit-

sam, se infiltraba como un tósigo en el alma vírgen de la africana.

Estaba sin sombrero, y la ligera brisa que de nuevo se habia levantado, agitaba sus cabellos.

Tenia puesta una camiseta azul y un pantalon rayado, sujeto por un cinturon-cartuchera, del que pendia el machete.

La luna, la mar, el leve movimiento del barco, la frescura de la brisa, daba á este cuadro un efecto dulce, poético, casi fantástico.

XXIII.

Mitsam comió con ánsia el buey gordo inglés con patatas y con un placer indecible, á pesar de que estaba frio.

Veracruz la dejó que satisfaciese su hambre.

En pocos minutos, Mitsam habia comido la mitad del contenido de la lata: unas tres libras de carne.

Veracruz la dejó comer, y cuando hubo concluido comió á su vez, arrojó la latá al mar, lavó á Mitsam las manos, se las lavó él mismo, la llevó á la popa, y se reclinó junto á ella.

—Padre Océano, dijo Veracruz, es muy posible que tengas envidia de mí; no te irrites y nos hagas envidioso una mala pasada; yo y mi pobre barco de mimbre reconocemos tu omnipotencia y te suplicamos humildemente nos dejes en paz: si en vez de este cascaron tuviese yo á mis piés el brik-barca de Liverpool, que ya debe ser conocido tuyo, te insultaria y te provocaria:

¡infame Antolin! sabe Dios si á estas horas estará cinglando con rumbo á Cuba y con seiscientos ó setecientos hermanos de raza de mi hermosa compañera.

—¿Qué hablas que no te entiendo? dijo Mitsam.

—Estoy suplicando al gran lago amargo que no se irrite y turbe nuestro amor, dijo Veracruz estrechando las manos de Mitsam.

—¿Y qué es amor? dijo Mitsam posando una mirada candorosa en Veracruz.

—Todos los que viven sobre la tierra conocen el amor, dijo Veracruz, que gozaba imponderablemente con aquella situacion, la primera grata en que se habia encontrado despues de sus amores en el calabozo de la cárcel del almirantazgo con Enriet.

Mitsam, como africana, era tan hermosa como la blanquísima y rubia Enriet; tan pura y tan cándida como ella, y con todo el encanto indefinible de una naturaleza primitiva y vírgen.

El único indicio de civilizacion que se encontraba en Mitsam era su túnica de percal inglés encarnado, muestra patente de la actividad inglesa, que lleva á todas partes los productos de su industria.

Indudablemente aquella tela habia constituido parte del precio de algunos séres humanos convertidos en esclavos; porque si los ingleses oficialmente como nacion persiguen la trata, individualmente se les encuentra fomentándola en las factorías.

Verdad es que Inglaterra declara hijos espúreos suyos á los inhumanos ingleses que se establecen en la costa de África y especulan con los indígenas.

XXIV.

—El lenguaje del amor, continuó Veracruz, es comun á todas las gentes; por medio de él se comprenden sin hablar los que tienen la piel negra, roja, amarilla ó blanca.

—¿Y cómo pueden entenderse sin hablar las gentes? dijo la cándida Mitsam.

—Como nos estamos entendiendo nosotros: tú eres negra como la noche cuando Manuatú reposa con Manú, y yo soy blanco como la luz del alba: y dime tú, vírgen de los bosques, hermosa sobre todas las hermosuras, ¿junto á mí no te olvidas de que estás separada de tus padres, de que tu cabaña está solitaria y silenciosa; de que los tuyos lanzan por tí gritos de venganza; de que te creen prisionera é insultada por sus enemigos? ¿no te parece por mí, esta piragua más hermosa que tu bosque, que tu pradera, que tu rio, que el canto y la danza de tus doncellas y las palabras dulces de tus guerreros que te quieren por esposa? ¿no sientes que tu sangre arde, que tu pecho se levanta á impulsos de una vida más dulce, más hermosa que la que has sentido hasta ahora?

Mitsam bajó los ojos, los volvió á alzar, tembló poderosamente, y envolvió á Veracruz en una mirada de fuego.

—¡Ah, sí! dijo Veracruz: el amor une al hombre y á la mujer, cualquiera sea la diferencia de raza de los dos, y los convierte en un solo sér creador: el amor es el grande espíritu de fuego del gran Manú: Dios.

—Tus palabras son suaves como el zumbido del viento de la noche en los tamarindos, dijo con la voz trému-

la Mitsam: tus ojos brillan como el fuego del gran Manú: es verdad; junto á tí me olvido de todo, de mis padres, de mi cabaña, de mis hermanos, de los infames guerreros enemigos de mi padre, que han penetrado astutos en nuestras cabañas, arrastrándose como las serpientes, y han robado á mi padre, al poderoso Kamo, la alegría de su vida, su hija Mitsam: me parece que tú lo eres todo para mí, y si me dijeran: vas á volver á tus cabañas, pero no le volverás á ver á él, yo no querria volver.

—¿Te ama mucho tu padre, Mitsam? dijo Veracruz, que habia concebido un audaz proyecto.

—Yo soy la vida de mi padre, dijo Mitsam.

—¿Y si yo te llevase de la mano á tus cabañas, me miraria tu padre como á su hermano querido?

—Mi padre te pondria sobre su cabeza y te daria cuanto tiene; hasta su corazon, si lo pedias.

—¿Y los que te pretenden, al verme amado por tí, no querrian exterminarme?

Veracruz conocia demasiado la vehemencia de las pasiones de los africanos.

—¿Quién se atreveria, dijo Mitsam, á ser enemigo, ni áun con el pensamiento, del extranjero con quien Mitsam volviese entre los suyos asida de la mano?

—¿Dónde están tus cabañas? dijo Veracruz.

—Cuando Manuatú haya escondido su hermosa faz, blanca y pálida como la tuya; cuando Manú haya levantado sobre el gran lago su frente de fuego, verás allá por la parte donde Manú desaparece una alta montaña azul: al pié de esa montaña viven mi padre y mis hermanos.

—¿Cómo se llama tu tribu?

—La tribu de Kamo.

—¿Tu padre es, pues, el cacique?

—Todo aquello que ve la mirada de águila de Kamo es suyo, es mio, contestó Mitsam con un orgullo que nos atreveremos á llamar régio.

Todos los reyes, sea cualquiera su civilizacion, tienen algo de comun entre sí.

Mitsam tenia mucho de reina en su soberbia, en la indómita altivez de su mirada.

Veracruz comprendió que debia ser prudente, que debia respetar aquella extraordinaria princesa de una pequeña monarquía africana, desconocida, perdida en Sierra-Leona, para encontrar una proteccion más y más fuerte entre aquellos idólatras, á quienes no podia llamarse salvajes, porque el salvaje, propiamente dicho, no existe.

Desde el momento en que se organizan los hombres en sociedad, con jefe, con leyes, con costumbres, sea cualquiera la rudeza de su organizacion, no se les puede considerar como salvajes.

XXV.

Ni lo son los habitantes del África septentrional.

Lo mortífero, lo inhospitalario del magnífico país que habitan, los aisla, hace imposible su conquista, y por consecuencia la colonizacion de la culta, de la sábia Europa.

Llega á sus costas la industria europea; pero sin imprimirla un solo rasgo de carácter.

Lo único europeo que ha penetrado allí, son algunas telas, algunas baratijas, el fusil y la pólvora.

En vano los misioneros han ido á perecer en aquella region abrasada.

Ellos continúan siendo, con ligeras modificaciones, lo que han sido, lo que serán siempre: una raza bravía y poderosa; pero sin historia, sin tradicion, gobernada cada tribu por un señor despótico, por el más fuerte ó por el más astuto: reconociendo una divinidad, pero bajo una forma idólatra y supersticiosa; sintiendo la naturaleza por las impresiones, y poetizándola con su vivísima inteligencia; sin monumentos, porque no puede haber monumentos donde no hay historia; sin adelantos de ningun género; devorándose los unos á los otros, no existiendo más ley, ni más principio, ni más legitimidad que la fuerza.

Y sin embargo, la raza africana perdida en pequeños grupos, á la orilla del mar y en las márgenes de los grandes rios, es una gran raza primitiva, apasionada, enérgica, inteligente, fuerte, impresionada por la potente poesía de la naturaleza.

XXVI.

Mitsam, pues, era un magnífico indivíduo de esta raza poderosa, y habia impresionado fuertemente á Veracruz.

—¿Quién sabe? dijo, he tenido la fortuna de que esta reina negra se enamore de mí, cuando ha podido suceder muy bien que yo le fuese fuertemente repulsivo; por ella, por su amor, puedo aspirar á todo entre los suyos: la

cuestion es acomodarse á sus costumbres, y esto no me será difícil: estoy cansado de nuestra vieja civilizacion, en la cual me veo obligado á luchar con elementos mucho más fuertes, mucho más contrarios que los que puedo encontrar en los Estados, por decirlo así, de Mitsam: respetémosla; no aventuremos nada.

XXVII.

—Cuando haya venido el dia, la dijo Veracruz, cuando hayamos visto la gran montaña azul, yo llevaré mi barco á tierra, é iremos en busca de los tuyos.

—Los mios te tendrán por padre cuando vean que me has salvado, como yo te tengo por mi vida.

—Pues bien; estás fatigada, has sufrido mucho; ven y reposa.

Veracruz la llevó bajo cubierta y la acomodó en su lecho.

Despues, rendido tambien, pero sin poder entregarse al descanso, subió á la cubierta para constituirse en guardia.

XXVIII.

El viento se hizo favorable á los intentos de Veracruz, permitiéndole acercarse á la costa.

Las noches en aquella latitud son muy cortas, y á las dos, segun pudo calcular Veracruz por las estrellas, empezó á amanecer.

Estaba á dos millas de la playa de una inmensa ensenada orlada por una vegetacion gigantesca.

Sobre aquella vegetacion, en el centro de la ensenada, se alzaba una altísima montaña azul, cónica, que debia estar algunas leguas de la costa.

El tiempo seguia favoreciendo á Veracruz.

Bajó, y encontró despierta ya á Mitsam, con la cual subió sobre cubierta.

Al ver Mitsam la ensenada y la lejana montaña, extendió los brazos hácia ella, lanzó un grito de alegría, se volvió á Veracruz, le miró enamorada, y le abrazó llorando.

—Cuando Manú haya llegado allí, y señaló al centro del azul y diáfano firmamento, mi padre y mis guerreros te llamarán su hijo y su hermano en el *tata* (1) de nuestra tribu: ¿no ves allí las cabañas de nuestros vigilantes guerreros junto á la espuma de las aguas?

Mitsam señalaba el centro de la curva ensenada, en la cual nada veia más que los gigantescos árboles, lo que probaba que la vista de Mitsam era infinitamente de más alcance que la de Veracruz, á pesar de que éste poseia una vista de águila.

—Nada veo, dijo Veracruz.

—¡Sí, sí! yo veo las blancas cabañas entre las rocas, y delante de ellas, sobre la arena, las piraguas; pero no veo ni un solo guerrero; tampoco veo las rocas en la pradera: ¡ah, sí, ya sé! es que mi padre los ha reunido á todos para ir detrás de sus enemigos los de Kansú, que me arrebataron sorprendiendo silenciosamente mi cabaña.

---

(1) Templo, lugar de consejo, córte, por decirlo asi, de la tribu.

XXIX.

Veracruz sintió una viva contrariedad: era posible que el padre de Mitsam, al alcanzar á los de la tríbu de Kansú, ó por vencido, ó vencedor por no haber encontrado entre ellos á Mitsam, abandonase para siempre, siguiendo en busca de su hija el litoral hácia el Oriente, el lugar donde habia establecido sus cabañas.

Parecia demostrarlo el haberse llevado sus vacas.

XXX.

—Dirige tu piragua hácia allí, dijo Mitsam: si junto á las aguas no han quedado guerreros, encontraremos por lo ménos los ancianos, las mujeres y los niños dentro de la selva, en nuestras cabañas.

Veracruz, algo desalentado, maniobró y enfiló al centro de la ensenada.

Poco despues de la salida del sol, el barco tocaba en tierra.

Veracruz le amarró á una de las estacas que los de la tríbu tenian, sin duda para varar sus grandes piraguas.

Habia un centenar de ellas; y una flotando en un pequeño seno, sujeta á tierra por una amarra de vejuco, mayor que un bergantin de gran porte y tan fuerte, como que estaba fabricada de una pieza, con el tronco de un baobá.

Dentro de aquella piragua cabia perfectamente, y como si hubiera sido una lancha, el barco de Veracruz.

XXXI.

Esta gran canoa estaba labrada prolijamente, aunque con adornos bárbaros.

En su proa, sobre el tajamar, se enroscaba una especie de serpiente, con una semejanza de rostro humano, y sobre lo que podia llamarse su cinta, hasta la borda, se veia una especie de friso de animales extraños, de remedos de la forma humana, entrelazados con adornos rudos, en un relieve prominente.

En un mástil habia una verga ruda, y en la verga una ancha vela semejante á una estera de junco.

Veracruz contempló con placer aquella piragua.

—Es de mi padre, la mia, dijo Mitsam; la tuya, desde ahora.

—¡Oh, sí; la mia! exclamó Veracruz; es un hermoso buque con las mejores condiciones marineras del mundo. ¿Y por qué no han de ser marineros prácticos unos hombres inteligentes, que están luchando siempre con un bravo Océano? y en ese barco hay clavazon, herraje: díme, Mitsam, ¿quién ha hecho esta hermosa piragua?

—Un dia, me acuerdo yo apenas, se acercó á tierra una piragua muy grande, muy grande, en la cual venian muchos hombres blancos como tú: aquella piragua habia sido maltratada por las aguas del gran lago; los hombres que venian en ella, que eran muchos, hablaron con mi padre, y le dieron muchos fusiles y un cañon que está allá en nuestras cabañas, y muchas telas, y otras cosas buenas que aquí nunca se habian visto, y mi padre

les dijo que bajasen á tierra y que cortasen los árboles que quisiesen; ellos hicieron un suelo de tablas muy grande que se levantaba desde el agua con unos enormes maderos que daban vueltas, y con aquellos maderos y unas cuerdas muy gruesas, sacaron del agua la gran piragua, y trabajaron mucho tiempo en ella. Y habia un gran árbol baobá, solo, como un viejo á quien han abandonado sus hijos, y el cacique de los blancos dijo á mi padre:—Con este arbol, los mios te harian una piragua con la que pudieses atravesar el gran lago salado y llegar allí de donde nosotros venimos.—Y mi padre les dijo:—Pues echad abajo el árbol, y si me construis una buena piragua, yo os daré cuantos colmillos de elefante quepan en ella. —Los blancos hicieron la piragua y nuestros guerreros la labraron todas esas figuras.

—¡Ah, ya! dijo Veracruz; algun buque anglo-americano á quien obligó alguna grave avería á arribar sobre esta playa: indudablemente me encuentro en esa piragua con una corbeta Clipper á la que falta el aparejo que estos bárbaros no hubieran sabido manejar, ni por otra parte, el buque anglo-americano podia desprenderse de cabos para armar un buque de tres palos al cacique de Kamo; la antigua entena ha sido sustituida por una malísima verga, y las velas, podridas por el tiempo, se han sustituido con un tejido de junco: yo haré una verdadera entena, y con la tela que tengo haré una vela, un foque de proa y otro de mesana: ¡ah! la fortuna se embriaga para protejerme: con mi cesta de mimbre era una insensatez pretender cruzar el gran Océano: en esta especie de corbeta, la temeridad se reduce á audacia: ¡ah! bien

idos sean los guerreros de la tribu de Mitsam: ¡ah! no volverán: todo respeto con ella es inútil, aquí nos hemos quedado solos los dos.

—¿Por qué estás tan silencioso? dijo Mitsam cuando Veracruz hubo llegado á este punto de su pensamiento.

—Estaba pensando en una cosa, vida de mi vida.

—¿En qué? preguntó Mitsam.

—En que es inútil nos internemos para buscar las cabañas de tu padre: tu padre se ha ido en busca tuya con todos los de la tribu; no volverá tan pronto, porque seguirá en tu busca no encontrándote: que toda la tribu ha marchado, lo prueba el que se han llevado las vacas.

—¡Y es verdad! dijo tristemente Mitsam.

—¿Y qué importa? dijo Veracruz; ¿estando yo á tu lado, no es como si estuvieran contigo tu padre y todos los tuyos?

—Es verdad, dijo Mitsam; á tu lado estoy contenta, nada me falta; y luego, ¡quién sabe! puede ser que mi padre, á pesar de lo que yo creo, te recibiese mal.

—¿Y no tiemblas, sólo al pensar que tu padre me matase?

—¡Ah, sí!

—Pues bien, no nos expongamos á una prueba peligrosa; huyamos de aquí en esa hermosa y grande piragua: huyamos cuanto antes.

—Sí, huyamos; yo moriria si tú murieses, y mi padre es un leon.

XXXII.

Veracruz puso enseguida manos á la obra, y entró en algunas cabañas.

Encontró en ellas redes admirables fabricadas de filamentos de juncos, de un precioso trabajo: cuerdas del mismo género, remos.

Ayudado por Mitsam, botó al agua una de las pequeñas piraguas, trepó á la gran canoa, asiéndose á sus relieves, ató una cuerda al mástil para bajar y subir por ella á bordo, y embarcó redes, cuerdas, remos; examinó la gran canoa: la cubierta estaba perfectamente construida á la europea, perfectamente clavada: bajo ella, en una especie de entrepuente, habia un saloncito con literas; más allá, una cámara pintada y ornamentada; á proa un buen algibe; bajo el entrepuente, una sentina espaciosa á la que no pudo bajar Veracruz, porque estaba llena por el lastre.

Aquel lastre era muy rico, porque se componia de colmillos de elefante; debia haber muerto una gran cantidad de estos hermosos animales, atendiendo á aquel inmenso acopio de marfil.

Veracruz encontró dos anclas, tres timones de repuesto, y dos grandes cadenas.

Inmediatamente fué á donde habia dejado su barco, le desamarró, entró en él, vino junto á la gran canoa, y empezó á trasbordar á ella, ayudado por Mitsam, todo lo que su barco contenia.

Cuando esto estuvo hecho, dijo á Mitsam:

—Es necesario que nos alejemos cuanto antes de aquí; tu padre puede volver, y no debemos confiarnos de las intenciones que respecto á mí pueda contraer: ¿no moririas tú si yo muriese, luz de mi vida?

—¡Oh! si mi padre te matase, yo aborreceria á mi padre, dijo Mitsam.

—Pues bien, esperemos á que se levante el viento para apartarnos de aquí, dijo Veracruz, porque sólo reinaba una débil brisa, con la cual la canoa, á causa de lo imperfecto de su vela, hubiera avanzado con suma lentitud.

Pero en vez de levantarse viento, aquella débil brisa cesó.

Veracruz se aterró vagamente.

Su práctica de marino le decia que se habia echado encima una calma que probablemente duraria algunos dias.

No podia alejarse mucho de la ensenada, ni áun contando con navegar al remo en su pequeño y ligero barco.

Esta era una nueva contrariedad que se cruzaba ante Veracruz.

El padre de Mitsam con los suyos podia volver de un momento á otro.

Veracruz adoptó un término medio.

Hizo entrar á Mitsam en la canoa, la desamarró, y el reflujo arrastró lentamente la canoa hácia el centro de la ensenada.

Veracruz, si sobrevenia algun incidente, contaba con defenderse desde la canoa.

Habia adherido por un cabo su barco á la canoa, y esta le arrastraba consigo.

—Pero me olvidaba, dijo Veracruz; si vienen les dejo medios para que me aborden en las canoas que quedan en la playa; ¿por qué dejar esas canoas?

Veracruz largó una de la anclas de la gran canoa, que aferró sobre poco fondo, y dejando en la canoa á Mitsam, saltó á su barco y se volvió á tierra.

Llevaba su hacha á la espalda.

De los arbustos y de la parte baja de la selva, cortó una inmensa cantidad de ramaje.

Despues, como las piraguas eran muy pequeñas y muy ligeras, á propósito para ser manejadas por un solo hombre, fué cargando con ellas y poniéndolas sobre el ramaje.

Todas las piraguas formaron una inmensa pila, entre las chozas que estaban en la playa.

Mitsam miraba aquello con terror desde la canoa: empezaba á comprender que el hombre blanco era un infame: empezaba á arrepentirse de haberle amado.

Veracruz entre tanto hacia fuego, y le prendia á aquella inmensa pila.

Muy pronto se levantó la llama, que creció hasta hacerse gigantesca.

Despues, Veracruz fué incendiando cabaña por cabaña.

Por último, puso fuego á la parte baja de la selva.

Mitsam se aterraba más y más.

Aquel hombre le parecia demasiado terrible.

Veracruz volvió á su barco, y con él á la canoa,

sobre cuya borda, inclinada y anhelante, Mitsam fijaba una mirada de espanto en las cabañas de su tribu que ardian.

—¿Por qué has hecho eso? dijo á Veracruz.

—Aun cuando vuelvan, contestó éste, antes de que haya cesado la calma, no tendrán piraguas para venir á acometernos.

—Vendrán á nado, dijo Mitsam.

—Eso seria terrible de noche; pero por lo mismo, yo he encendido un fanal que no se apagará tan pronto; la inmensa hoguera de la selva durará dias y dias, meses, é iluminará el mar con la fuerza de Manú: ¿no me amas, Mitsam? ¿no soy yo para tí, padre, madre, hermano, familia?

Mitsam vaciló de nuevo: de nuevo la fascinaba, la embriagaba Veracruz.

—Sí, tú solo, dijo la jóven: ¿qué me importa todo lo demás?

Y se arrojó en sus brazos delirante de amor.

XXXIII.

A la puesta del sol, Veracruz se convenció de que la calma seria larga.

El reflujo separaba la canoa de tierra, porque Veracruz habia levado el ancla; pero el flujo á su vez debia aproximarse hasta donde hubiese un fondo á propósito para anclar.

—No importa, dijo Veracruz, tendrán que venir á

nado; la borda es alta y difícil de superar, y ella y yo nos defenderemos.

XXXIV.

Veracruz y Mitsam pasaron una noche de amor.

Mitsam no amaba ya nada en el mundo más que á Veracruz, y bendecia á los guerreros de la tribu Kansú que la habian robado, y de los cuales habia logrado escaparse, para encontrar un refugio en el barco de Veracruz.

Durante toda la noche, la llama rugiente, roja, atronadora del incendio, que por momentos crecia, se extendia, avanzaba hácia el interior como una inundacion de fuego, é iluminó el mar de una manera clarísima.

De tiempo en tiempo, Veracruz subia á la cubierta y examinaba la playa.

Esta continuaba desierta.

Amaneció, y nadie apareció en la playa.

El incendio era ya formidable: rugía como el Océano agitado por el huracan, en una extension inmensa.

Una negra nube de humo nublaba el cielo, y aquel mar de fuego ondulaba, bramaba, parecia amenazar su destruccion universal.

Mitsam, sin embargo, veia todo aquello de una manera indiferente; no tenia ojos, ni oidos, ni voz, ni vida más que para Veracruz, que se impacientaba á su vez porque la calma continuaba, daba indicios de continuar durante mucho tiempo.

Pasaron dos noches y dos dias.

El incendio de la selva protegia á Veracruz.

Los de la tribu Kamo debian verse obligados á esperar á que el incendio avanzase hácia el interior, dejando reducidas á cenizas algunas leguas cerca de la playa, para poder volver á su ensenada.

Tal era el incendio, que su calor llegaba casi sofocante á la canoa.

En la playa hubiera sido imposible permanecer sin morir.

En algunos dias, no podia llegar Kamo con los suyos, si era que el incendio no les habia alcanzado y les habia exterminado.

Sin embargo, al oscurecer del tercer dia, Veracruz dijo á Mitsam, que estaba reclinada con él en la popa de la canoa oyéndole hablar, enamorada y feliz:

—Alzate, Mitsam, tu tribu llega; por la playa se ven correr hombres armados que lanzan feroces alaridos.

En efecto, algunos centenares de hombres, mujeres y niños medio desnudos, bravíos, salvajes, avanzaban á la carrera viniendo de la parte del Este.

Muchos de aquellos hombres llevaban fusiles, otros arcos y armas enastadas.

Cuando llegaron al lugar donde sólo quedaban las cenizas de las cabañas, lanzaron horribles gritos; se volvieron hácia la canoa que estaba en el centro de la ensenada á una gran distancia de tierra, blandiendo sus fusiles, sus arcos, sus armas y aullando de una manera infernal.

—¿Ves aquel que tiene en la mano un fusil y en la cabeza tres plumas de buitre? dijo extremecida de terror

Mitsam; aquel es Kamo, mi padre: mira, señala á los otros la canoa, su vista de águila nos ha distinguido; mira, mira, arroja el fusil, se echa al agua, nada, tras él se arrojan todos los guerreros de la tribu: ¡oh, llegarán, llegarán, nos matarán!...

—¡Ah, no! dijo Veracruz; ni uno solo subirá á la canoa, yo te lo aseguro.

Y bajó rápidamente, tomó la caja de cápsulas y el fusil, y volvió sobre cubierta.

Un cuarto de hora despues, al reflejo del incendio se veia ya cerca de la canoa la cabeza coronada con tres plumas de buitre, unos robustos hombros y unos membrudos brazos que nadaban.

Era el cacique Kamo: venia muy delante de los otros.

Mitsam, avanzada sobre la proa, miraba con espanto adelantar á su padre.

Sonó una detonacion detrás de Mitsam, y un momento despues Kamo se hundió en el mar.

Mitsam nada dijo; permaneció en la proa dominada por un terror infinito.

Sonaron sucesivamente disparos.

Mitsam no veia, no oia.

Sin embargo, con una rapidez verdaderamente aterradora, Veracruz disparaba sus ocho tiros, cargaba inmediatamente, volvia á disparar.

Cada disparo de Veracruz sumergia á un hombre.

Al fin, los negros que quedaban, aterrados, retrocedieron, se alejaron nadando con todas sus fuerzas, ganaron la playa, y se sentaron con los niños, los vie-

jos y las mujeres que no se habian arrojado al agua, cerca del sitio donde habian estado sus cabañas.

Poco despues se levantaron, y empezaron un baile singular.

—¡La danza de muerte! exclamó Mitsam levantándose rígida de sobre la proa, y adelantando lentamente hácia Veracruz.

Cuando estuvo cerca de él, le echó los brazos sobre sus hombros, y le dijo mirándole con trasporte:

—Tú no has muerto: el gran Manú ha guardado tu vida, y yo soy feliz.

La infame Mitsam se olvidaba por el amor de un hombre á quien apenas conocia, de su padre, de sus hermanos; de aquellos con quienes habia vivido hasta entonces, muertos por Veracruz.

XXXV.

Este continuó velando toda la noche.

Toda la noche estuvieron danzando, sin tomar descanso más que por pequeños intervalos, los hombres, las mujeres, los niños y los viejos de la tríbu.

Entre el sordo rugido del incendio de la selva, se oia, proviniendo de la playa, una cadencia monótona, un canto lúgubre que acompañaba á la danza.

XXXVI.

Amaneció.

Toda la tríbu se puso en círculo alrededor de un anciano.

La primera línea de aquel círculo la formaban los viejos; la segunda los guerreros de más edad; la tercera los guerreros más jóvenes; la última, en fin, las mujeres y los niños.

Todos estaban sentados sobre la arena.

—Están en consejo, dijo Mitsam.

El viejo del centro hablaba manoteando.

Cuando dejaba de accionar, lo que demostraba que habia dejado de hablar, uno de los guerreros accionaba de la misma manera enérgica: lo que queria decir que estaba en el uso de la palabra.

Así permanecieron hasta la salida del sol.

Cuando el sol salió, todos se volvieron al Oriente y se prosternaron.

Mitsam, vuelta tambien al Oriente, se prosternó y oró, entonando á media voz un sencillo cántico.

Veracruz tenia fija la vista en la playa, en la tríbu prosternada.

Esta se levantó al fin, casi al mismo tiempo que Mitsam.

La jóven adelantó hácia la proa, y permaneció en ella de pié.

Los de la tríbu, mirando á la canoa, levantaron tres veces los brazos en alto, sin armas, y tres veces los volvieron á bajar inclinando la cabeza.

—Piden que los escuchemos en paz, dijo Mitsam á Veracruz.

—Hazles entender, dijo corsario, el que estoy pronto á escucharlos; pero que venga uno solo.

Mitsam trasmitió por señas la voluntad de Veracruz

á los de la tribu, é inmediatamente uno de los guerreros sin armas, adelantó, se arrojó al mar y avanzó á nado.

La distancia era muy larga, la canoa estaba anclada, la calma continuaba.

Veracruz recogió la amarra de su barco, la atracó á la canoa, y bajó con Mitsam; puso en franquía su barco, cogió los remos, y salió al encuentro del guerrero, que nadaba con vigor, encontrándole en la parte media en la distancia que existia entre la playa y la canoa.

El guerrero saltó dentro.

Era un negro magnífico: traia en la cintura una piel curtida de tigre que le llegaba hasta medio muslo, mocacines de piel de búfalo, y en la cabeza un cendal blanco bastante súcio.

Habia dejado todas sus armas, y apenas estuvo dentro del barco, se prosternó ante Mitsam, que de pié y altiva, tenia todo el aspecto de una reina.

Junto á ella, asido á su mano, estaba Veracruz.

—Levántate, Ratomós, dijo Mitsam; levántate y habla.

—Yo veo sobre las aguas al gran Manú, que mira á su nieta Mitsam, tan resplandeciente como él, dijo Ratomós; nada sucede en el cielo, en el mar ó en la tierra sin la voluntad del gran Manú; él envia las grandes lluvias y las grandes tempestades; él da la vida y él da la muerte; cuando su dedo señala una cabeza, el rayo la hiere; el gran Kamo ha sido señalado por el terrible dedo de Manú; señalados han sido tambien tus hermanos; tú eres la última de la raza de Kamo; ven á sentar-

te en el *tata* de tus mayores; ten compasion de tu tríbu, porque está escrito en las estrellas, que el dia en que el último de los Kamos desaparezca de entre nosotros, la tríbu será destruida.

—Ratomós, dijo Mitsam con acento grave; la voluntad del gran Manú se cumple: sin el que tengo asido de la mano, Mitsam hubiera perecido, envilecida y devorada por los eternos enemigos de su raza, los de Kansú: él es mi esposo, y yo no iré al *tata* de mis padres sino con él.

—Guerrero, dijo Veracruz, escucha las palabras que vas á oir de los lábios del hombre blanco: yo soy hijo de un grande espíritu que me protege y que ha sepultado en las aguas á los que pretendian exterminarme con la poderosa Mitsam: ella es mi esposa porque el grande espíritu lo ha querido: tú irás y dirás á los ancianos de la tríbu: Mitsam y su esposo os llaman.

Tras esto, Veracruz asió los remos, bogó y llegó á la gran canoa, en la cual entró con Mitsam, dejando en el barco á Ratomós.

—Vete en mi piragua, dijo á éste Veracruz, y trae contigo á los ancianos de la tríbu.

Ratomós asió los remos, y bogando con una pujanza prodigiosa, llegó á la playa y saltó en tierra

El barco de Veracruz fué varado por los guerreros jóvenes de la tríbu, que se constituyó de nuevo en consejo, permaneciendo así más de una hora.

Al fin, el barco fué lanzado al agua, y entraron en él seis ancianos con Ratomós, que los condujo á la canoa de Mitsam.

XXXVII.

—Nada receles, dijo Mitsam á Veracruz, que miraba con una amenazadora inquietud á los ancianos que se les acercaban: ellos te respetarán porque eres mi esposo, y porque está escrito que cuando hayan perecido los Kamos perecerá su tribu: ellos te reconocerán por su señor, y tu voluntad se obedecerá como se obedecia la voluntad de mi padre.

Poco despues, los seis ancianos reconocian en nombre de la tribu y por señor de ella, como esposo de Mitsam, á Pánfilo de Veracruz.

CAPÍTULO XVI.

De cómo Veracruz se hizo señor de un pequeño reino salvaje.

I.

Durante algunos dias, la tribu entera no se ocupó de otra cosa que de la reconstruccion de las cabañas.

El incendio de la selva continuaba extendiéndose hácia el interior.

Para procurarse maderas, los de la tribu tenian que ir algunas leguas por la costa hácia el Este, y hacer grandes balsas que traian á remolque de la piragua.

El mar habia arrojado los cadáveres de los hombres que Veracruz habia muerto, y habian sido enterrados entre las rocas de una pequeña ensenada.

Veracruz se habia hecho construir una cabaña muy cómoda y muy fuerte.

Le obedecian todos, y Mitsam le amaba con más intensidad á medida que pasaba el tiempo.

II.

El incendio se habia extinguido al fin, pero no habia durado ménos de un mes.

Un espacio inmenso habia quedado desmontado, cubierto de cenizas y de maderas carbonizadas.

Cuando Veracruz se internó con Mitsam y con los de la tríbu hasta el pié de la montaña azul, encontraron reducidas á pavesas las cabañas de la tríbu; pero entre ellas se hallaron hachas, armas y otros utensilios de hierro que eran muy necesarios, y un cañon de bronce desmontado que era completamente inútil.

III.

Veracruz se desesperaba.

Mitsam ejercia sobre él alguna influencia, é iba empalideciendo de dia en dia, gastándose, convirtiéndose en un hastío profundo.

El pensamiento de Veracruz estaba en Europa, y si hubiera dispuesto de medios bastantes para construir un gran buque, hubiera hecho trabajar en él á toda la tríbu.

Pero esto era impracticable: con la gran canoa del cacique, á la que Veracruz habia provisto de una excelente vela, se podia costear hácia el Occidente, buscando un establecimiento europeo; pero habia que arrostrar grandes peligros, exponerse á funestas eventualidades, y los peligros que ya habia corrido, habian hecho muy prudente á Ver[illegible]uz.

Allí estaba seguro.

Los enemigos de la tribu Kamo habian contraido un terror supersticioso al saber que un hombre blanco, hijo de un grande espíritu, era cacique de la tribu Kamo y esposo de Mitsam, y que él solo habia exterminado á Kamo y á otros muchos de los guerreros más fuertes de la tribu.

Impulsados por este terror, se habian alejado.

Nada, pues, amenazaba á Veracruz.

Mitsam le amaba; los ancianos le tenian por sábio y le respetaban; los guerreros por bravo y le temian.

IV.

Veracruz, esperando siempre que con el tiempo aportase un buque á la ensenada, no se olvidaba de procurarse para aquel caso una riqueza efectiva.

Los elefantes abundaban: se les veian en grandes tropas en las praderas, á donde iba á cazarlos con su tribu Veracruz.

Muy pronto en medio de las cabañas hubo un inmenso depósito de marfil, cuyo valor no conocian los indígenas, porque muy de tiempo en tiempo, con intervalos de muchos años, solia aparecer una gran canoa, como ellos la llamaban; esto es, algun buque arrojado por la tempestad á aquella costa brava.

De estos buques procedian los fusiles, las telas y la pólvora que dejaban en recompensa de los servicios que los de la tribu les prestaban, muchas veces por miedo á la numerosa y bien armada tripulacion de estos buques.

Pero Veracruz sabia, por lo que le decian los de la tríbu, que podian pasar muy bien veinte años, y aún más sin que apareciese una gran canoa.

V.

Habian pasado cinco meses desde que Veracruz, por su union con Mitsam, habia sido reconocido como señor de la tribu.

Veracruz pensó en establecerse definitivamente por si no le era posible salir de allí, y mejorar de situacion valiéndose de sus conocimientos: por ejemplo, podia trasformar las cabañas en casas, creando los materiales cuyos principios se encontraban por todas partes en aquel rico suelo.

A vuelta de algunos ensayos, Veracruz logró obtener excelente cal y excelentes ladrillos, y empezó la construccion de una buena casa.

Los de la tríbu se asombraban, y tenian á Veracruz por sábio, por más sábio cada dia.

Veracruz se habia dicho:

—Si con el tiempo encuentro una mina de hierro, estoy salvado: construiré un buque que asombrará en Europa, cuando sepan cómo se ha construido, y me llevaré á Lóndres mi tríbu entera, para reirme de los ingleses.

Pero por más que exploraba, no encontraba la ansiada mina.

Habia encontrado, en cambio, azufre, y esperó llegar á obtener pólvora, lo cual hubiera sido ya un inmenso

adelanto: como que hubiera podido convertir su tríbu en un pequeño ejército invencible, auxiliado por un cañon de á diez y seis, lo que le hubiera permitido dominar á las salvajes tríbus inmediatas, y avanzar con ellas por tierra hácia los establecimientos europeos de la costa de África.

VI.

Todos los dias, en cuanto amanecia, Veracruz lanzaba una ansiosa mirada al mar, y permanecia explorándole mucho tiempo, antes de ir á la caza del elefante ó á sus exploraciones en busca de mineral.

Una tarde estaba recostado con Mitsam sobre la musgosa cumbre de una inmensa roca, y lanzó un grito de alegría.

En el horizonte, al Occidente, habia aparecido un punto blanco.

Mitsam le habia visto tambien, y exclamó ébria de contento:

—¡Una gran canoa! Dios quiera que venga á la ensenada, y pueda trasladarnos á tu hermosa tierra.

VII.

¿Por qué pronunciaba Mitsam el nombre de Dios?

Habia sucedido el extraño fenómeno de que un impío, un miserable con el alma ennegrecida por el crímen, y en la cual se revolvian horribles proyectos puesto

que sólo ansiaba volver á Europa para vengarse, hubiese convertido á una idólatra.

El amor habia sido el elemento de conversion para Mitsam.

Veracruz la habia hecho todo lo cristiana que le habia sido posible, haciéndole conocer los misterios de la religion de Jesús.

Pero ambos habian guardado un profundo secreto, y la tribu ignoraba esto; porque Mitsam continuaba adorando en la apariencia al sol y á la luna.

VIII.

El punto blanco aumentaba, dejando al fin conocer á Veracruz un buque de gran porte.

Aquel buque navegaba bien: se comprendia que no lo impulsaba á la costa la necesidad de reparar una averia.

Era además la estacion favorable.

Veracruz bajó rápidamente de la roca con Mitsam, convocó á los de la tribu, y les dijo:

—En el horizonte se ve una gran canoa: seria muy beneficioso para nosotros el que aportase aquí: nos daria á cambio de colmillos de elefante fusiles, pólvora, telas, y tal vez algun cañon, con lo que seriamos mucho más fuertes y podriamos ir contra nuestros enemigos, y quitarles sus mujeres, sus hijos y sus rebaños: procuremos, pues, que esa gran canoa se acerque á nosotros: subid á la gran roca cuantas maderas podais, y ponedlas fuego: que la hoguera dure toda la noche.

IX.

Al oscurecer, una inmensa hoguera ardia en la cumbre de la roca, desde la cual Mitsam y Veracruz habian visto aparecer el buque.

La noche cerró lóbrega, y el buque quedó perdido en las tinieblas.

Pero de improviso, en el punto donde debia suponerse al buque, apareció una luz.

—Indudablemente, dijo Veracruz á Mitsam, nos observan con los anteojos, y ya habrán visto, al resplandor de la hoguera, que hay aquí un europeo: probemos.

Y Veracruz hizo seña con su sombrero al buque de que se acercase.

Poco despues apareció otra luz más alta: luego otras dos.

—Es un barco de tres palos, dijo Veracruz: han puesto un farol en el tope de cada uno de ellos, lo cual es una contestacion favorable, amada mia: estamos salvados; pero la impaciencia me devora.

—Ratomós, añadió Veracruz dirigiéndose al guerrero; allí vienen hermanos mios; hijos, blancos como yo, del grande espíritu.

—Bien venidos sean, si vienen de paz, dijo con recelo Ratomós, y si no ha de acontecernos por ellos alguna desgracia.

—¿Y qué desgracia puede sucederos siendo yo vuestro señor? ellos os mirarán como hermanos.

El buque entre tanto avanzaba.

Las luces se veian de una manera mucho más perceptible.

Veracruz mandó que se encendiesen otras hogueras á lo largo de la ensenada.

Toda la tribu iba de acá para allá, furiosa, ansiosa porque llegase el buque, que seguia avanzando.

Empezó á amanecer.

El buque estaba ya cerca.

Cuando el dia se hizo claro, el buque entraba en la ensenada.

Era un magnífico brik-barca con doce cañones por banda.

Disparó un cañonazo, é izó el pabellon anglo-americano.

Veracruz saludó con el sombrero, y exclamó:

—¡Mi brik-barca! ¡es Antolin!

X.

El brik-barca ancló en el centro de la ensenada, y arrió su gran chalupa, á la que bajaron seis remeros y cuarenta hombres cargados con fusiles.

Un cuarto de hora despues, Antolin Pereira saltaba en tierra, y se arrojaba en los brazos de Veracruz.

—¡Ah, cien truenos, esclamó, cien rayos y cien tempestades! este es el dia más grande de mi vida: por fin te encuentro, maldito.

Veracruz lloraba y no podia contestar, dominado por la emocion.

—Llora, hijo, llora: desahógate, es muy natural, dijo

Antolin: lo ménos que tú creias era que yo te habia hecho traicion y que tus huesos se iban á quedar aquí.

—He sufrido mucho, me he desesperado mucho, dijo Veracruz pudiendo al fin dominar su emocion; pero estamos faltando á estos buenos amigos que te miran con asombro y no quitan ojo de nuestro brik-barca. Ancianos, guerreros, amigos mios, añadió Veracruz dirigiéndose á la tribu entera que estaba agrupada en torno suyo; nada temais: este blanco que me abraza es hermano mio: esos blancos que están en la gran canoa me obedecen como vosotros me obedeceis: esa gran canoa es mia tambien: vosotros continuais siendo mi tribu, la tribu de la amada de mi alma: con nosotros partireis la fortuna: Antolin, hé aquí mi esposa, añadió señalándole á Mitsam.

—Lo ménos que dan por esa en Cuba, dijo Antolin, son mil y quinientos pesos fuertes; porque si no me engaño, está en estado interesante.

—¿Qué dice? preguntó Mitsam á Veracruz.

—Dice que eres muy hermosa, y que te ama porque sabe que eres mi alma.

Antolin comprendia el lenguaje de los africanos de la misma manera y por la misma causa que Veracruz.

—Reina, dijo, alégrate de haber amado á mi hermano: te estoy viendo resplandecer, brillar, y ser envidiada en otros lugares ménos solitarios y ménos bravíos que este: yo os saludo, famosos guerreros, sábios ancianos que amais y respetais á mi hermano, el hombre blanco: yo traigo para vosotros aguardiente de caña, collares, telas y qué sé yo que otras cosas que os van á volver locos de

alegría: pero en cambio, amigos mios, matad uno de esos hermosos terneros, á fin de que yo coma una poca de carne fresca.

Algunos negros, á una seña de Mitsam, partieron hácia donde estaban las reses.

—Voy á hacer desembarcar á la gente, Pánfilo, dijo Antolin: vienen los pobres ansiosos de pisar tierra: llevamos cuatro meses mortales á bordo; se nos han acabado las conservas, se nos ha averiado la harina, y el agua ha andado por las nubes.

—Que desembarquen sin armas, dijo Veracruz.

—Ya lo oyes, Hoyo, dijo Antolin volviéndose á su contramaestre, que habia venido con él en la chalupa: que desembarquen los muchachos, y que no se quede más que la guardia. Mira, que se traigan los cajones que teniamos preparados para el rescate del capitan si era necesario: ea, listos; en seguida á lo que se ha mandado, y que no parezca acá por el mundo un fusil más que los que vienen en los cajones.

La chalupa viró y se volvió al brik-barca.

—Vamos, Pánfilo, ¿qué te parece de nuestro caballo de palo?

—Magnífico, Antolin, magnífico.

—Pues mira, aunque ha costado cerca de tres millones, ya le tenemos en casa: entre buscarte y aprovechar el viaje, allá están en Cuba dos mil ochocientos bozales, que se han vendido muy bien; yo he llevado las cuentas en regla, y cada cual tenemos lo que nos corresponde.

—No hablemos ahora de eso, Antolin.

—Vamos, hombre, no te desagradará saber que tienes

unos veinticinco milloncejos de reales: echa el susto del cuerpo, hombre, se acabó: lo que ha sucedido ha sido un sueño: tú estás ya á bordo: un viaje como otro cualquiera, un poco más largo: y oye, con tus vasallos se puede hacer un buen negocio; desde antes de saltar en tierra los estoy filando, y son magníficos: ¿cuántos son, Pánfilo?

—Entre viejos, hombres, niños y mujeres, trescientos.

—Seis millones de reales, dijo Antolin.

—¿Cuánta gente traes á bordo? dijo Veracruz.

—Como ahora no he venido á cargar, sino decididamente á buscarte, aunque tuviera que revolver el África, me he traido trescientos hombres, todos hombres de mar, de lo más rico que se encuentra en los puertos de los Estados-Unidos: catalanes, asturianos y gallegos todos: el que más y el que ménos es capaz de irse á Europa en cualquiera de esas piraguas: un ejército, chico, un ejército; hace cinco dias se echó encima una fragata de su majestad británica y se empeñó en que habia de visitarnos, á pesar de que yo habia largado el pabellon anglo-americano: y como yo traia mi roll en regla, y venia legítimamente abanderado bajo el pabellon de los Estados-Unidos, la dejé venir; pero mientras llegaba su excelencia el lord inglés, en su gran chalupa con su gran toldilla, mandé la maniobra á los cien muchachos del equipaje, puse en las bandas en órden de combate á los artilleros, y los otros ciento veinte hombres con sus fusiles-rifles y sus cartucheras y sus armas como en un barco de rey, formados en la cubierta con su tambor á la cabeza: cuando el lord llegó, le tuve los cordones de los guarda-mancebos con arreglo á ordenanza; en cuanto

subió por la escala, le solté un cañonazo de á sesenta y ocho orilla de las orejas, lo que le hizo dar un respingo; el tambor batió marcha, los que estaban formados sobre cubierta presentaron las armas, y los muchachos que estaban en sus puestos de maniobra, soltaron un *hourrah* y un viva á la reina de Inglaterra. El lord entró con respeto en el brik-barca.

—¿Hablais el inglés? me dijo.

—Sí, señor excelentísimo; ya podeis juzgarlo, le respondí en buen inglés.

—Este no es un buque de guerra, me dijo.

—Tanto da, le contesté; porque este buque, aunque no tiene tantos cañones como la fragata que monta vuecencia, tiene patente de corso por los Estados-Unidos.

—Este buque es negrero, me dijo el lord.

—No, señor excelentísimo, le contesté; baje vuecencia al entrepuente, á la sentina, y en todo el barco no encontrará más negro que mi ayuda de cámara y mi piloto que andan gordos y relucientes y contentos por estar á mi servicio.

—Veámoslo, sin embargo, dijo el lord.

Y bajó al entrepuente con dos de sus oficiales que le acompañaban. Nada encontró; pero le pareció muy bien el barco: le llevé á la cámara, le ofrecí un refresco, tomó un sorbo de ron, y me dijo:

—¿En qué se emplea este hermoso buque?

—En estudiar la costa septentrional del África, le contesté.

—No comprendo bien, dijo.

—La costa del África septentrional está sin explotar,

milord; abundan en ellas las maderas ricas, y hay una gran riqueza de marfil: bueno es saber cuáles son sus mejores puertos, sus mejores lugares de produccion.

—¿Y para qué llevais tanto equipaje?

—Diré á vuecencia: anclo en una hermosa ensenada, salto en tierra; si encuentro naturales bravíos, los halago dándoles telas de vivos colores, fusiles, pólvora, balas, baratijas de vídrio, y en cambio, ellos me ayudan en la caza del elefante, recojo una buena cantidad de marfil, zarpo, y continúo mi exploracion, hasta que me vuelvo con un rico cargamento legítimo á los Estados-Unidos ó á Europa, donde realizo una buena ganancia, no tan rica como si llevara ochocientos negros á Cuba ó á los Estados del Sur; pero en cambio más segura.

—Veamos vuestro roll, me dijo el tenaz lord.

Le presenté mis papeles.

—Este buque se llama *Veracruz,* me dijo. ¿Tiene algo de comun con el famoso Pánfilo de Veracruz, deportado por nuestro almirantazgo á Sierra-Leona?

—No, señor, le respondí: este buque se llama *Veracruz* como podia llamarse Liverpool, ó Martinica, ó Cuba, ó Santo Domingo, ó Botany Bay, ó Vírgen de los Ángeles, ó Invencible...

—¡Oh, oh! ¡Invencible!

—Creo, señor excelentísimo, que armado y tripulado como está, podria muy bien tomar el barlovento á cualquier buque de guerra.

—Pues bien, patron, me dijo el lord, por lo mismo que este buque es magnífico y por el nombre que lleva, me inspira sospechas, y os intimo tomeis la vuelta de Europa,

en la inteligencia de que os iré convoyando, y de que si desobedeceis os vereis obligado á tomarme el barlovento, ó me obligareis á que yo os lo tome.

—¿Y cómo te has compuesto, Antolin? dijo Veracruz.

—De una manera muy sencilla, hermano: durante la noche solté todos los trapos, maniobré de lo lindo, y me largué: al amanecer no quedaba ni señal de la fragata real británica: tú no sabes cuánto me he afanado yo por encontrarte, y si no me lo agradeces, eres un infame: ¿pero qué diablos de cascaron de nuez es ese que se balancea sobre su amarra, Pánfilo? dijo Antolin.

—Ese es un barco que yo he construido: quilla de caoba, costillas de mimbre, cascaron de vejuco...

—Eres todo un hombre, Pánfilo, y hubiera sido lástima que te hubieses quedado aquí: ¡y sabes que es muy hermosa esa reina negra! ¿la quieres tú, Pánfilo?

—Creo que sí, hombre, creo que sí: cuando no tuve duda de que un buque venia en nuestro socorro, sentí algo amargo, la idea de abandonar á esa pobre niña, que ha sido para mí un ángel, y que tiene un hijo mio en las entrañas.

Mitsam iba cabizbaja al lado de Veracruz, sin comprender ni una palabra de la conversacion de Antolin y de Pánfilo, porque hablaban en español.

Detrás de Mitsam iba la tribu entera.

—¿Y por qué abandonarla? dijo Antolin; es una mujer tan buena como cualquiera, y mejor que muchas, y comprendo que la debes el haberte salvado: ahí detrás viene una chiquilla que me está á mí gustando desde que la ví, y me parece que yo tambien la gusto á ella: á mí las mu-

jeres negras me vuelven loco: quien no ha tenido amores con una negra, no sabe lo que es una mujer: yo creo que Adan y Eva fueron negros, y que los que somos blancos nos hemos blanqueado por el clima, como se blanquean la seda y el lino: desde que salté en tierra me ha acometido un magnífico proyecto.

—Sí, un proyecto como tuyo, dijo Veracruz; que nos apoderemos de estos pobres indígenas y los vendamos en Cuba.

—No, hombre, no; con Cuba no quiero nada; donde yo he hecho mucho es en la Martinica: ¿para qué queria yo tantos millones tuyos sin emplearlos en algo? he comprado en la Martinica una grande hacienda, y nos vendrán muy bien todos estos para labrarla: haremos un ensayo de la colonizacion libre africana en América.

—He aquí que por milagro has tenido en toda tu vida un buen pensamiento, dijo Veracruz; pero este pensamiento es de muy difícil realizacion, Antolin: los africanos son sedentarios y desconfiados por instinto: costará mucho trabajo embarcar á la tribu entera, áun mediando la influencia de Mitsam y la mia; sin embargo, lo intentaremos.

—Si no se les convence, una noche los acometo con nuestro equipaje, los ato, y los embarco.

—No te se ocurren más que infamias, Antolin; á estas pobres gentes las debo yo demasiado; no merecen que se les pague tan mal.

En aquel momento los marineros del *Veracruz* empezaban á saltar en tierra, y los indígenas con desconfianza se agrupaban y murmuraban.

Algunos se dirigian á sus cabañas en busca de sus armas.

XI.

—¿Por qué desconfian los de la tribu? dijo Veracruz á Mitsam.

—Creen que te vas á prevaler de la fuerza, dijo Mitsam; la gente que sale de la gran canoa es más que la gente de la tribu.

—Pero vienen sin armas, dijo Veracruz.

—Desconfian tambien de mí, contestó Mitsam, y me miran hostilmente; la imprudencia consiste en que tu gente ha desembarcado sin armas.

—Quedan nuestros cañones, dijo Antolin que formaba grupo con Mitsam y Veracruz; si esos locos intentan algo con nuestra gente, hago una señal, y ya vereis lo que se arma.

XII.

Unos doscientos hombres habian desembarcado en la playa, delante de las cabañas.

Estos hombres llevaban sombreros de fieltro negro barnizado, con el nombre de la *Veracruz* en una cinta de metal, camisetas azules, grandes corbatas negras, pantalon crudo rayado de azul y blanco, y no iban desarmados, puesto que llevaban pendientes de los cinturones un rewolver y un puñal de abordaje.

Se habian formado en la playa, á las órdenes del

contramaestre, como hubiera podido formar la tripulacion de un buque de guerra.

Antolin habia organizado casi militarmente el equipaje de la *Veracruz*.

XIII.

Los negros habian salido de sus cabañas armados, quien con un fusil, quien con arco, y estaban agrupados, teniendo delante de sí sus ancianos y sus guerreros más respetables, que conferenciaban con calor.

—Todo eso, dijo Antolin, se deshará en cuanto yo mande á las chalupas que bajen á tierra los cajones de regalo que traemos y se repartan entre esa buena gente.

—Que nadie se mueva ahora, dijo Mitsam; recelarian si las chalupas se separasen de la playa y empezaria un combate que debemos evitar: dejadme, que yo los apaciguaré, y los haré comprender que nada tienen que recelar.

Pero antes que Mitsam fuese á su encuentro, ya los ancianos y los guerreros adelantaban hácia ella, hácia Veracruz y Antolin.

Al frente venia Ratomós.

Mitsam los esperó.

Los ancianos y los guerreros llegaron.

—¿Por qué ha salido tanto hombre blanco de la gran canoa? dijo con altivez Ratomós: ¿qué intentan contra los hombres negros de la tríbu de Kamo? A nosotros nos han dicho nuestros sábios que los hombres blancos que moran

allá al otro lado del gran lago son ambiciosos, traidores y crueles.

—¿Te atreverás tú á desconfiar de mí? dijo Veracruz á Ratomós.

—Tú eres el esposo de Mitsam, nuestro cacique, y no podemos desconfiar de tí, dijo Ratomós.

—Pues si no teneis que desconfiar de mí, nada teneis que desconfiar de la gente que ha salido de la gran canoa, porque me obedecen mucho más ciegamente que vosotros.

—¿Que te obedecen? ¿pues qué, acaso te conocen?

—Yo soy un gran cacique allá en la tierra de los blancos, situada en las lejanas playas que se extienden por la parte por donde se oculta el gran Manú: esa gran canoa es mia: si yo mando matar á uno de esos hombres que han salido de la gran canoa, los otros hombres lo matarán, sin que él oponga resistencia: yo soy un gran cacique que el mar y el viento arrojaron en vuestra tierra, y que he tenido la gran fortuna de que Mitsam me ame y sea mi esposa: si nada teneis que temer de mí, nada temais de esa gente, que es mia, que ningun daño os hará, y con la cual venceremos á nuestros enemigos.

Ratomós, los ancianos y los guerreros se tranquilizaron, y fueron á tranquilizar á los demás de la tribu, que entraron de nuevo en sus cabañas, dejaron las armas, y volvieron á aparecer, formando corros que hablaban animadamente, pero sin hostilidad.

XIV.

Cuando Antolin hizo traer del brik-barca algunos grandes cajones que fueron abiertos en el centro de las

chozas de la tribu, en lo que podia llamarse su plaza, en el centro de la cual estaba el *tata*. ó gran cabaña del consejo; cuando hombres, mujeres, viejos y niños, vieron aparecer piezas de telas de algodon de vivos colores, cintas, plumas teñidas, abalorios y una multitud de bujerías de quincalla ordinaria, lleno de la cual venia un gran cajon; cuando se dió á cada guerrero, á cada hombre, un buen fusil y un machete con su cinturon de cuero charolado, la desconfianza desapareció por completo, y se estableció la mayor inteligencia entre los blancos y los negros.

Para acabar de afirmar esta inteligencia, se le ocurrió á Mitsam la idea de un gran banquete, y á esta idea debieron su muerte muchos carneros.

Aquel dia fué un gran dia: los principales de la tribu, y por último todos, habian visitado con admiracion el brik-barca, que era magnífico.

Veracruz habia quedado completamente satisfecho de él.

Al bajar al entrepuente, Antolin le habia dicho en inglés:

—¿No te parece que cabe aquí muy bien toda la tribu de tu mujer? no hay uno solo de deshecho; los he examinado bien, y hasta los viejos sirven.

—Tengo un pensamiento infinitamente mejor, Antolin: ¿qué te parece de esta ensenada?

—¡Magnifica!

—Voy á señalarla en la carta con el nombre de ensenada de Veracruz de África.

—¿Y para qué eso?

—Voy á fundar aquí una factoría de primer órden: ¿no crees que este es un buen chasco que se da á los ingleses? han dejado en Sierra Leona para que perezca á un africano, se salva, y al salvarse funda una nueva factoría de negros.

—¿Y qué elementos puede tener aquí una factoría, Veracruz?

—¡Magnífico! pretendo establecer lo que se llama la caza del negro: ó soy cacique ó no lo soy por mi casamiento con la reina de esta gente: si soy cacique, puedo, por consecuencia, declarar la guerra á mis vecinos, hacérsela, y degollar á sus prisioneros, y comérmelos ó venderlos, segun mi arbitrio.

—¡Pero si esto está casi por completo despoblado!

—¡Ah! no lo creas: más allá de la montaña azul, á ocho ó diez leguas de la costa, hay grandes tribus, que no nos costarán más trabajo que el perseguirlas: porque en cuanto oigan el primer cañonazo, creerán que nos ayuda el grande espíritu, tratarán con nosotros, y ellos mismos, para que los dejemos en paz, irán á buscar á otras tribus los negros que les pidamos.

—Me va pareciendo el plan excelente: esto es ascender de negrero á factor; es decir, á fabricante de esclavos; pero hay que trabajar mucho para conseguir el objeto, para lograr tener una buena factoría.

—Te aseguro que dentro de seis meses se habrá hecho todo eso: he descubierto una arcilla con la cual se hace un excelente ladrillo: he obtenido cal y admirable arena: en fin, bien puedes notar si está adelantada la casa que habia empezado á construir, creyendo que no

me seria posible salir en mucho tiempo de este apartado rincon del mundo: si solo hubiera construido una casa bastante cómoda, con la tripulacion y con los negros haré en poco tiempo una factoría admirable: ¿tú traerás en el buque carpinteros?

—Cuatro, excelentes.

—Bien, magnífico; mañana me dejas en tierra doscientos hombres, y con los otros ciento te vas á la ciudad del Cabo y me traes, bien contratados, un maestro de obras, algunos albañiles, herreros y carpinteros con la herramienta necesaria, y cargas todo el hierro que pudieres; de esta noche no pasa el que yo haga los planos de mi factoría.

—¿Pero formalmente insistes en tu proyecto? ¿para qué necesitamos una factoría, estando ahí las factorías de la costa del Congo y de Guinea? Esta ensenada está demasiado lejos, y no seria fácil acreditarla.

—¡Ah, no! no pienso vender aquí ni trasladar de aquí á Cuba ó al Brasil mis prisioneros: lo que quiero es crear la explotacion de Sierra Leona, y vender mis negros á las otras factorías, sólo por quemar la sangre á los ingleses.

XV.

Al dia siguiente desembarcaron armados doscientos hombres, que se acomodaron en chozas que les cedieron los naturales, y el brik-barca, mandado por Antolin, se hizo á la vela para la ciudad del Cabo; Veracruz hizo el plano de una gran factoría.

Alrededor de una gran casa cómoda, distribuida á la europea, pero que sólo debia constar de un piso, marcó un ancho espacio, al cual venian calles rectas formadas por casas aisladas.

Cada casa de estas podia contener cómoda y espaciosamente una familia negra, con establo para algunas vacas.

Más cerca de la playa, Veracruz diseñó grandes espacios cuadrilongos, á los que llamaba sus almacenes.

Y por último, delante de estos almacenes, un pequeño muelle.

XVI.

El pensamiento de Veracruz fué acogido con entusiasmo por los guerreros de la tribu.

¿Qué les importaba á ellos que sus compatriotas fuesen presos, reducidos á la esclavitud y deportados?

Sus compatriotas eran sus enemigos.

Sujetarlos á vasallaje por medio del terror, dominarlos, era hacer á la tribu Kamo la tribu reina de Sierra Leona.

XVII.

Se empezaron con actividad los trabajos.

A los quince dias de su partida, la *Veracruz* volvió trayendo á bordo unos ciento cincuenta constructores de todo género, y cuatro piezas de á diez y seis de campaña, con veinticuatro caballos para arrastrarlas.

Un establecimiento civilizado en África, la ciudad del Cabo, prestaba todos los medios necesarios para establecer una colonia negrera en Sierra Leona, y la ciudad del Cabo es inglesa.

Pero los ingleses, humanitarios y perseguidores de la trata de negros en el mar, son negreros en la costa de África.

XVIII.

Unos quinientos hombres blancos y toda la tribu trabajaban asíduamente en la construccion de la colonia.

Ménos el hierro, que se traia de la ciudad del Cabo, los magníficos materiales abundaban; esto es, la piedra, la madera, el ladrillo, la cal y el yeso.

Algunas fraguas trabajaban de contínuo.

Los aserradores y los carpinteros no cesaban.

El brik-barca hacia frecuentes excursiones algunas leguas hácia el Oriente, y venia cargado de troncos de caoba.

No podian ser más de lujo las armaduras, las puertas y tinglados.

El país daba gratis aquella rica madera.

XIX.

Pasaron dos meses.

Los almacenes, esto es, los depósitos de prisioneros, capaces para contener mil negros bien guardados, con

fuertes encierros construidos alrededor de un gran patio, en cada uno de los cuales cabian veinte personas, estaban ya construidos.

Pero Antolin no habia llevado más que unos veinticinco mil duros, y como habia que pagar á todos los europeos, dentro de poco debia faltar dinero.

Era, pues, necesario empezar la explotacion.

Un dia al amanecer, Veracruz con Mitsam, con todos los hombres de combate de la tribu y con las dos terceras partes de la tripulacion del brik-barca, constituyendo todo unos quinientos hombres, con cuatro piezas de artillería, municionadas cada una con cien tiros, se puso en marcha para el interior.

XX.

Durante algunas horas marcharon constantemente sobre la selva incendiada, de la cual sólo quedaban acá y allá algunos gigantescos troncos carbonizados.

Doblaron al fin la vertiente occidental de la gran montaña azul, y descubrieron una gran pradera.

A poca distancia vieron las cabañas y los rebaños de una gran tribu.

Veracruz estableció en una pequeña altura su batería, y rompió el fuego de cañon sobre las cabañas.

Aterrados los de la tribu de tan brusca acometida, dieron á huir abandonando sus chozas y sus rebaños.

Veracruz adelantó, llegó á las cabañas, y sólo encontró en ellas algunos viejos que no habian podido huir.

Veracruz los reunió y les dijo:

—Vengo de paz: si he destruido algunas de vuestras cabañas, ha sido para demostraros lo que puedo, y que contra mí es inútil toda resistencia, porque el gran Manú me proteje: id á los bosques y decid á vuestros guerreros que vengan á tratar con el hombre blanco, nieto de Maniatú y protegido por Manú, y que si se negasen á ello, los perseguirá y los destruirá con todo su poder.

Al dia siguiente, todos los guerreros de la tríbu de Datar, que así se llamaba aquella cuyas cabañas habia ocupado Veracruz, estaban en el *tata* alrededor de Veracruz, de Mitsam, de Ratomós, y de algunos ancianos y guerreros de la tríbu Kamo.

El cacique de Datar, que se llamaba Karú, se prosternó ante Veracruz como ante una divinidad.

Los guerreros de la tríbu Datar se prosternaron tambien y pidieron misericordia.

Veracruz les dijo:

—Si no me reconoceis por vuestro señor, os destruiré, no quedará uno solo de vosotros á quien no envuelva la negra y eterna sombra.

Karú y los guerreros volvieron á humillarse ante Veracruz.

—¿Cuántos prisioneros teneis? les preguntó Veracruz.

—Tantos como dias tiene el año, desde la una estacion de las grandes lluvias, á la otra estacion lluviosa.

—Me los entregareis.

—Tuyos son, invencible cacique, contestó Karú.

—Envia á tus guerreros para que vengan con ellos y me los entreguen.

Karú dió esta órden á algunos de sus guerreros que partieron.

—Si quieres conservar mi amistad, me entregarás por cada tres veces que la gran Maniatú mi abuela, deje ver de lleno su hermoso semblante, un número igual de prisioneros, y cuatro doncellas y cuatro mancebos de los más hermosos de tu tribu cada año, y cada año cuatrocientos colmillos de elefante: yo en cambio te daré un fusil, pólvora y balas para cada uno de los guerreros.

—Si me dieras uno de esos rayos con que has destruido mis cabañas, dijo Karú, ansiando poseer un cañon, y adiestrases á mis guerreros en su uso, yo te daria diez veces, ciento más de lo que me pides.

Veracruz se informó de que algunas leguas al interior habia grandes tribus, y que abundaban el marfil y las pieles de búfalo.

Veracruz concluyó su tratado con Karú, y aquella misma tarde le fueron entregados trescientos negros, hombres, mujeres y niños, todos de buena edad y de buena venta, prisioneros de Karú, con los cuales llegó á su factoría al amanecer del dia siguiente.

XXI.

El brik-barca embarcó á aquellos desdichados, y llevando por lastre la enorme cantidad de marfil que de antiguo habia en la tribu Kamo, se hizo á la vela para las factorías europeas de la costa del Congo.

XXII.

Un mes despues, el brik-barca volvió trayendo nuevecientos mil reales, precio de los negros en primera venta, y quinientos mil producto del marfil, vendido á bajo precio para salir pronto de él: total, un millon cuatrocientos mil reales.

La naturaleza y la humanidad habian sido robadas.

La infame explotacion empezaba dando magníficos resultados.

Además, el brik-barca habia traido á bordo otros doscientos obreros, atraidos por el ofrecimiento de una buena ganancia.

XXIII.

Ocho dias despues de la vuelta del brik-barca, el cacique Karú vino con cuatrocientos prisioneros, cada uno de de los cuales venia horriblemente cargado con colmillos de elefante.

Traia además seis hermosas doncellas ricamente ataviadas al uso del país, y seis jóvenes robustos negros, todos de la tribu de Datar, como presente particular suyo á Veracruz.

Las seis doncellas y los seis jóvenes no fueron embarcados.

Se les consideró como hijos de la tribu Kamo.

XXIV.

La colonizacion mixta europeo-africana se desarrollaba.

Antolin fué el primero que se enamoró de una negra, y eligió una de las seis doncellas que habia regalado el cacique Karú á Veracruz.

Este se encerró con su antiguo contramaestre en una de las habitaciones bajas de su casa, ó más bien de su palacio, que estaba ya casi concluido, y le dijo:

—Te se ha llenado el ojo con la negra hermosura de Erma; pero te advierto que no lo tomes esto á broma: me he propuesto llevar adelante mi colonizacion; desarrollarla en grande; hacer de modo que dentro de algunos años, Veracruz de Sierra Leona sea un gran puerto del Atlántico, una verdadera ciudad, que producirá la creacion de poblaciones en el interior, ó lo que es lo mismo, un pequeño reino, que sabe Dios hasta qué punto podrá crecer con el tiempo.

—¿Y qué diablos vamos á hacer con eso? dijo Antolin: tú estás loco: que hayas construido este palacio y los almacenes, lo entiendo: que explotemos esto hasta que lo agotemos, lo que sucederá dentro de un par de años, lo entiendo tambien, porque esto puede producir una millonada; pero estarse aquí, preferir esto á Europa, es lo que no entiendo ni puedo entender.

—Aquí seremos reyes, y en Europa no seremos más que millonarios: además, dentro de muy poco tiempo, nada echaremos aquí de ménos de lo que hay en Euro-

pa; porque lo habremos importado todo, hasta la religion, á esta tierra feracísima: ya hay roturado un inmenso terreno que se labrará y se hará productivo: á estos salvajes les gusta demasiado el pan que no conocian, y yo les he hecho comprender lo útil de la agricultura: estableceremos algunas industrias que nos serán necesarias, tales como el cultivo del algodon, del lino y del cáñamo, y el curtido de pieles y las conservas de carnes y pescados: esto es riquísimo, Antolin: atrayendo colonizacion europea por el interés de una gran ganancia, cruzaremos la raza negra con la magnífica raza inglesa, y á la vuelta de cincuenta años, sabe Dios si existirá aquí una nacion civilizada, que nosotros tendremos la gloria de haber fundado.

—Lo que tú quieres es poder decir á tus enemigos los ingleses: me dejásteis en Sierra Leona para que pereciese, y yo me he multiplicado, os he burlado. Pero tú no conoces que puede Inglaterra enviar á esa hermosa ensenada un par de navíos y hacer polvo todo esto en cinco minutos.

—Inglaterra proteje todos los establecimientos en la costa de África como en cualquier parte del mundo, que sea un rico centro productor, donde se obtengan mercancías á cambio de otras mercancías: si yo establezco grandes plantíos de algodon, no sólo se olvidará Inglaterra de que soy un negrero deportado, sino que me reconocerá como rey de este pequeño reino, me enviará un cónsul, me llenará de honores y de títulos, y será mi aliada: Inglaterra no ve más que desde el punto de vista de la industria y del comercio; te aseguro que

nada nos faltará aquí: ni buenos licores, ni buena mesa, ni buen tabaco, ni hermosas mujeres blancas: como que tenia yo pensado enviarte á Europa á que te trajeras un par de docenas de costureras de Lóndres, de Dublin y de Edimburgo, que si se las sabe conquistar no se negarian á venir.

—¡Ah! de ese modo...

—Por supuesto, hombre, por supuesto: y si te gusta la música y el espectáculo, construiremos un gran teatro, y nos traeremos todos los años la mejor compañía de ópera que ande por el mundo: con pagarles triple, los tendriamos; ¿no van á Cuba y á los Estados-Unidos? ¿pues qué más da? vendrian aquí tambien con tal de que se les pagase.

—Sin música me paso yo y me he pasado siempre: en fin, siendo así como tú dices, que aquí tendremos buen ron, buen tabaco, buena carne y buenas muchachas blancas y negras, me decido: me establezco y me caso con Erma.

—Cuenta con que Erma es mi vasalla, y con que la he de hacer justicia contra tí si das lugar á ello.

—Bueno, bien, hombre; pero se me ocurre una cosa: en vez de llamar á esta ciudad Veracruz de Sierra Leona, debiamos llamarla ciudad de los Piratas.

XXV.

Antolin se casó segun las costumbres de los naturales con Erma, y hubo grandes fiestas á la usanza del país.

El ejemplo de Antolin fué contagioso.

El piloto de derrota se enamoró de otra negra y se casó tambien.

A los pocos dias, las seis jóvenes que habia llevado Karú, y que como negras eran hermosisimas, habian encontrado marido entre la tripulacion del *Veracruz*.

Los negros eran los que no encontraban ventaja.

No tenian blancas con quienes casarse.

Pero extinguido el ódio entre la tribu Datar y la tribu Kamo, se hicieron muchos casamientos entre individuos de las dos tribus.

XXVI.

Veracruz estableció para régimen de su colonia, y como única ley, la ordenanza de marina, lo que le constituyó en un rey absoluto.

Faltaban las leyes relativas á la familia, y las tomó de los naturales, por una razon de política y porque eran severísimas.

La mujer ó el hombre que cometiesen adulterio, tenian entre los naturales la pena de ser quemados vivos.

Veracruz suavizó esta pena determinando que los adúlteros fuesen fusilados y quemados despues.

Del mismo modo atemperó en un tanto la pena de los fratricidas y de los incestuosos.

Las costumbres del país determinaban que se les cortasen las manos, se les quemasen los ojos y se les arrancase el corazon.

Dejó en pié todo esto, pero con la prévia circunstancia de haber sido fusilado antes el criminal.

Permitió la poligamia, porque así lo habia encontrado establecido.

Un hombre podia tener cuantas mujeres pudiese alimentar.

El derecho de progenitura, que coarta la potestad paterna, no se reconocia entre los naturales.

El padre podia dejar su choza, sus redes, sus armas, sus piraguas, sus rebaños; es decir, cuanto poseia, á cualquiera de sus hijos, dejando á los otros completamente desheredados.

Veracruz modificó tambien esta ley.

Determinó que el padre pudiese legar la mitad de sus bienes á cualquiera de sus hijos; pero con la expresa condicion de que la otra mitad se dividiese por partes iguales entre los restantes.

Las mujeres al casarse debian ser dotadas por su padre.

A falta de éste, por sus hermanos, por el cacique, padre legal de toda la tríbu.

La doncella que se prostituia, era arrojada de la familia por el padre; de la tríbu por el cacique, y las otras tríbus no la acogian.

Veracruz elevó á ley esta costumbre.

Al ladron, si restituia, se le azotaba durante tres dias á la hora de la salida del sol y se le arrojaba de la tríbu; si no restituia, se le cortaban las orejas.

Tambien dejó Veracruz vigente esta costumbre.

Al incendiario se le castigaba con la pena de los parricidas; al calumniador, con la pena del ladron.

Estaba permitido el duelo, pero por causas justas y mediante la autorizacion del cacique.

Todos los de la tribu menores de veinte años, debian aprender á leer y escribir.

Para dentro de cierto número de años, el que no supiera leer ni escribir, pagaria un tercio más de contribucion al señor.

El señor tenia derecho á la tercera parte de los productos de la tierra, de la pesca, de la caza ó de la industria.

Sólo el señor podia juzgar y sentenciar.

Para tratar de los asuntos graves, se creó un consejo compuesto de doce de los ancianos mayores en edad, que deliberarian con el señor.

Veracruz respetó la religion de los naturales, pero para sí, para su familia, para los europeos que estaban en la tribu y para los que sobrevinieren, estableció una capilla católica.

Para servir esta capilla, invitó á cuatro misioneros católicos de la órden de Capuchinos que residian en la ciudad del Cabo.

Uno era español, otro portugués, otro italiano y otro irlandés.

Todos hablaban perfectamente el dialecto de los naturales.

XXVII.

No lo habia hecho esto Veracruz por ser religioso.
Era un infame que no tenia creencia alguna.
Lo habia hecho por una tendencia civilizadora.
Su objeto era hacer crecer su colonia hasta conver-

tirla en un grande establecimiento completamente montado á la europea.

Antolin lo habia comprendido bien.

Lo que queria era humillar á los ingleses, diciéndoles un dia: hé aquí lo que ha hecho un hombre á quien habeis dejado abandonado en Sierra Leona para que perezca.

XXVIII.

Pasó un año, y al cabo de él no fué ya una tribu salvaje, sino una verdadera y bella poblacion la que aparecia en el centro de la grande ensenada.

Se habia trabajado constantemente, se habia aumentado por los ofrecimientos de los buenos salarios la parte europea de la poblacion.

Habia unos dos mil marineros, que eran en tierra soldados, y constituian un pequeño ejército con cuatro baterías de á seis piezas de á diez y seis.

Quinientos negros, jóvenes, fuertes, robustos, instruidos por Veracruz, formaban la vanguardia de este ejército.

Habia además tres mil europeos constructores establecidos definitivamente en la colonia por las grandes ventajas que les daba Veracruz.

Se habia construido un hermoso muelle, en el cual se habian armado cuatro baterías de á sesenta y ocho.

En cada una de las dos puntas de la ensenada habia otras dos baterías y una caserna.

En el gran cuerpo de las baterías del muelle, se leia

en enormes letras: Ciudad de Veracruz de Sierra Leona.

En este cuerpo de guardia habia un asta de bandera, y esta, que se izaba cuando Veracruz se presentaba en el puerto, era roja con una grande águila roja con las alas desplegadas en el centro.

Sobre el dique, en dos gradas de madera, se veian dos grandes fragatas en construccion.

Veracruz queria tener marina.

XXIX.

Todo era allí actividad.

Fuera se roturaban terrenos, se hacian grandes plantaciones de algodon, se cultivaban el arroz, el cáñamo y el lino, gracias al encauzamiento de unos grandes manantiales que habia encontrado Veracruz á media legua de la ensenada.

El trigo y el maiz ocupaban una grande extension de terreno.

Alrededor de la poblacion habia hermosas huertas, en que se habian plantado árboles frutales indígenas y legumbres europeas, que se daban admirablemente.

Los misioneros trabajaban con demasiado celo.

Habian convertido á muchos indígenas.

Pero esto se veia con sobrecejo por los naturales, que se habian aumentado con los de otras tríbus que habian acudido, impulsados de una parte por el terror de ser hechos prisioneros, y por otra por la novedad y el mejor estado que se gozaba en aquel establecimiento casi europeo.

La tribu entera de Datar se habia venido á Veracruz y la habia aumentado, aumentando las construcciones.

Más de mil familias de otras tribus habian acudido tambien sometiéndose á Veracruz, y pidiendo cada cual un campo para cultivarle.

La colonia, no sólo se costeaba ya para sí misma, sino que tambien producia.

No bastando ya el brik-barca *Veracruz* para el tráfico, Veracruz habia comprado otras dos fragatas, y muy pronto, concluidas las dos que estaban en construccion, Veracruz podia esperar ya sin cuidado una visita de los ingleses, por más hostil que fuese esta visita.

XXX.

Pero el rey Veracruz, que así podia llamarse ya, Pánfilo I, por decirlo así, empezó á probar las amarguras del mando.

Le fué necesario crear una policía y añadir estas leyes á su código:

«Todo el que murmurare del señor de la tribu, por la primera vez será azotado delante del *tata* y puesto en un encierro durante quince dias; por la segunda vez se le declarará prisionero, se le embarcará y será conducido á las factorías, donde se le venderá.

Los que se reunieren fuera de las habitaciones de la tribu, en lugares solitarios, haciéndose sospechosos, sufrirán las mismas penas establecidas en la ley anterior.

Todo el que tomare las armas y se declarare en abierta rebelion, sufrirá la pena de los parricidas.

El que se ausentare sin licencia del señor y sin que se conozca el objeto de su ausencia, cuando volviera será asimismo considerado parricida.

El que despues de cerrada la noche se le encontrare fuera de su casa, sin causa grave, será azotado y preso durante ocho dias.»

XXXI.

Veracruz se vió obligado á promulgar estas leyes, á poner su ejército blanco sobre las armas, y á declarar soldados á todos los europeos que formaban parte de la colonia, porque habian empezado á notarse sordos síntomas de insurreccion por parte de los naturales.

Esto provenia de varias causas.

Los misioneros exageraban su celo y obligaban á los niños de las familias que no habian querido convertirse á ir á la escuela católica.

Se habia obligado á todos á vestir una especie de uniforme que sólo se diferenciaba por los colores.

Este uniforme era el traje de los marineros del *Veracruz:* sombrero de paja, camiseta, cinturon, pantalon rayado y zapatos.

Los marineros llevaban en el sombrero cinta negra, la camiseta azul, y el pantalon rayado de azul sobre blanco.

Los empleados en la construccion naval, ya carpinteros, ya herreros, ya calafates, llevaban la cinta del sombrero negra y azul, la camiseta á grandes listas azules y negras, y el pantalon blanco.

Los constructores civiles, por decirlo así; esto es, los albañiles, los aserradores y los carpinteros, llevaban la cinta del sombrero azul, la camiseta negra, y los pantalones azules.

Los negros indígenas llevaban: los ancianos, cinta roja y blanca en el sombrero, camiseta á anchas listas negras y blancas, y pantalon rayado de rojo sobre blanco: los casados llevaban esta misma alternativa de colores, pero en sentido horizontal las rayas, y los mozos y los niños, cintas, camiseta y pantalon blanco.

No habia más mujeres que las indígenas, y para estas se habia adoptado el pintoresco traje de las montañesas escocesas.

No habia más diferencia sino que las doncellas no llevaban nada en la cabeza, y las casadas llevaban una toquilla á la escocesa tambien.

La aristocracia, el rey, los ministros; esto es, los doce ancianos del consejo, el general en jefe, á saber; Antolin, los tres médicos y los tres cirujanos de los tres buques; el farmacéutico, los pilotos, los jefes de construccion y los doscientos marineros de la guardia particular de Veracruz, así como todos los oficiales del ejército y de la armada, vestian completamente de rojo; de tal modo que parecian cangrejos, y sólo se diferenciaban en las divisas, que eran á la española, y en la calidad de las telas.

Veracruz llevaba bordada en la cinta del sombrero, en oro, una especie de corona, la camiseta estaba tan recargada de bordaduras, que parecia de brocado; grandes charreteras, tres entorchados y tres galones en la boca

manga de la camiseta; galon de oro en el pantalon y en el cinturon de seda, en que habia bordados tambien tres entorchados; dos magníficos rewolvers de seis tiros, con culatas de marfil; y un hermoso sable dorado; y en la mano un baston de marfil con puño de oro, y en él un grueso brillante.

Veracruz, con su larga cabellera naturalmente rizada, su barba entera y su relumbrante traje, estaba magnífico.

Mitsam, esto es, la reina, parecia una especie de sultana egipcia, cubierta de oro, perlas y diamantes, y no se dejaba ver más que en palanquin con pálio, llevada en hombros de cuatro esclavos magníficamente vestidos, y rodeada de esclavas, ataviadas tambien de una manera ostentosa.

Delante y detrás de ella iban, escoltándola, marineros de la guardia especial de Veracruz, completamente armados.

Mitsam se habia hecho soberbia, y no podia sufrir que los indígenas no se inclinasen respetuosamente á su paso, sin atreverse ni áun á mirarla.

Si alguno por descuido no lo hacia, era instantáneamente castigado con excesivo rigor.

Veracruz, que todo lo debia á aquellos pobres indígenas, al considerarse el rey se habia hecho tirano.

Como todos los tiranos, habia tenido miedo, y su miedo le obligaba á ser duro y cruel.

Habia montado su palacio con un lujo excesivo, le tenia rodeado de centinelas, y no permitia se dejase acercar á él á ningun indígena.

Cuando salia iba siempre rodeado de europeos que no permitian que ningun negro se acercase á él.

El rango de rey imprime carácter, y todos los reyes se parecen, ya desciendan de reyes, ya los haya elevado la fortuna, el talento y la audacia.

Y es que todas las soberbias se parecen.

XXXII.

Los indígenas estaban profundamente disgustados: más que disgustados, sordamente coléricos.

Todo pesaba sobre ellos.

Les causaba envidia todo aquel lujo de la aristocracia, por decirlo así.

El rey convertia su sudor en oro; los misioneros les apretaban á la conversion; los europeos, para los cuales las leyes eran una letra muerta, los trataban con desprecio, corrompian á sus mujeres y sus hijas, y lo que sobre todo no podian tolerar, no se les permitia que á la proximidad de la estacion de las grandes lluvias sacrificasen prisioneros al gran Manú y se los comiesen, manjar al que estaban muy acostumbrados y les era muy sabroso.

Alguna vez, en un profundo valle ó en una quebrada, la policía se habia encontrado algunas y algunos de ellos regalándose con un prisionero que habian hecho de contrabando.

Se les habia preso, se les habia pasado por las armas delante de los restos del prisionero medio devorado, y se les habia quemado despues.

Esto, en vez de escarmentar á aquellos caribes, los habia irritado.

Veracruz empezó á tener demasiado miedo.

La poblacion negra conspiraba sordamente: se sentia la conspiracion, pero no podian cogerse los hilos.

La astucia africana burlaba el recelo de Veracruz.

Los europeos empezaban á inquietarse y á mostrar miedo.

La poblacion indígena se aumentaba con el advenimiento de nuevas tríbus.

Y sin embargo, los naturales se mostraban humildes, sumisos, serviciales; más aún, contentos, y ponian buena cara á los misioneros y los escuchaban.

XXXIII.

Un dia dijo Antolin á Veracruz:

—Muchacho, me parece que va llegando la hora de que nos preparemos á levar el ancla y á largarnos de aquí con buen viento: por más que tú hayas soñado, los sueños son sueños: á nadie más que á tí podia ocurrírsele domesticar una manada de tigres: querer que ellos dejen de ser antropófagos, quitarles de la cabeza y del corazon la creencia del gran Manú, impedir que le sacrifiquen víctimas humanas y querer traerlos al cristianismo y á la civilizacion, es lo mismo que pretender que aprenda diplomacia un rinoceronte: la noche ménos pensada se levantan en silencio, nos sorprenden, nos degüellan, se nos comen; porque son más que nosotros y cada uno de ellos necesita para almorzar un europeo: el gran guerrero

Ratomós, en quien tienes tanta confianza, y que reza contigo el Padre Nuestro y el Ave María, y el Credo, y dice que ama al prójimo, es capaz de comerse él solo, y sin tomar aliento, siete projimos y alguna prójima: para hacer boca empezaria por tí y por Mitsam, á quien aborrece de muerte.

—Creo que tienes razon, Antolin, dijo Veracruz.

—Gracias á Dios que yo tengo razon alguna vez.

—¿Y qué hemos de hacer? no se me ocurre el medio.

—¿Qué? convertirlos en dinero, y los que no puedan venderse, porque ya son viejos y no sirven para nada, meterlos en los almacenes y pegarles fuego.

—Me cuesta mucho trabajo renunciar á mi proyecto.

—Tu proyecto es un disparate: bien saben los ingleses lo que hacen dejando á los negreros en Sierra Leona: todos los establecimientos que han podido hacerse en la costa de África los han hecho: esta es, en verdad, una hermosa ensenada; pero está demasiado lejos, no se haria negocio, y seria necesario irse de aquí de aburrido: sigue mi consejo, Pánfilo: mañana debemos cargar las tres fragatas con todo el marfil y todo el ébano que tenemos.

—Haz lo que quieras.

—Me alegro de que no te obstines y no seas imprudente: cuando yo vuelva ya estarán armadas las otros dos fragatas: una noche nos armaremos todos, hasta los grumetes, ocupamos las calles, y los cazamos: morirá alguna gente, porque estos, cuando se desesperan, son terribles: despues del combate nos quedarán tres mil ó cuatro mil útiles para la venta, y trescientos ó cuatrocientos viejos y viejas: los cuatro mil caben perfectamente en los cinco

barcos; despues pegamos fuego á la poblacion para que los del interior no se aprovechen de ella, y dejamos al mar el encargo de destruir poquito á poco el muelle: ajustemos la cuenta de lo que vale lo que nos llevamos: unos cuatro millones el marfil y el ébano; luego, cuatro mil piezas de ébano vivo á tres mil reales chico con grande: veamos.

Y Antolin sacó su cartera y multiplicó.

—Doce millones, dijo, y cuatro, diez y seis; y cinco que ños darán por los cinco barcos, veintiuno, y diez y seis que tienes en el banco de la Habana, treinta y siete: deduzcamos de esto media docena de millones para dar una gratificacion á los muchachos blancos que queden vivos; un par de milloncejos para mí, si no me lleva el demonio, por autor del pensamiento, por lo que he trabajado y por lo que he hecho por tí, que no me parece mucho: te quedan veintinueve millones, ó lo que es lo mismo, millon y medio de renta, lo que te has divertido y lo que has mandado durante dos años, la burla que has hecho á los ingleses: la hermosa Mitsam que se alegrará mucho de lucir sus ojos y sus diamantes en Europa, sin contar con Enriet que te adora, y á la que tú adoras, porque siempre me estás hablando de ella, y las otras dos niñas, á saber: la marquesita de Santorcaz que te vendió, y la buena Pepa que te obligó á matar al marqués de Alpuente que era un buen sugeto.

—Me decido, Antolin.

—Lo que quiere decir que tienes mucho miedo; me alegro, y me alegraré mucho más cuando nos hayamos hecho á la vela con la proa vuelta á Europa.

XXXIV.

Al dia siguiente por la tarde, el brik-barca y las dos fragatas con cargamento de ébano y marfil, se hicieron á la vela para la ciudad del Cabo.

Esto no hizo sospechar á los naturales, porque aquellos viajes eran frecuentes.

Veracruz activó la conclusion de las dos fragatas que estaban en el astillero.

CAPÍTULO XVII.

La infamia de las infamias.

I.

Habia pasado próximamente un mes.

Era una noche lóbrega y tempestuosa.

Bramaba el Océano impulsado por el vendabal, y la gran Maniatú se andaba por otros hemisferios, dejando á oscuras á Veracruz de Sierra-Leona.

Una completa cerrazon hacia más oscura la noche.

Antolin aún no habia vuelto.

En los tres barcos habia llevado próximamente dos mil hombres: cuando más habian quedado disponibles tres mil en la colonia; y estos tres mil velaban, porque las circunstancias se habian hecho graves.

No habia tenido lugar una sola muestra de insurreccion.

Y sin embargo, Veracruz habia preso gran número de guerreros influyentes, empezando por Ratomós, y habia exagerado la represion.

Esto, en vez de cortar el mal, lo habia exacerbado.

A los indígenas les bastaba para entenderse una mirada, una palabra al pasar.

Lentamente, y con una paciencia y una constancia verdaderamente africanas, habian logrado ponerse de acuerdo acerca del dia y del momento de la insurreccion.

Habia llegado el equinocio, y la señal debia darla el vendabal.

La primera noche oscura y tempestuosa que sobreviniese, poco despues de haber oscurecido debia ponerse mano en la grande obra por todos, chicos y grandes.

II.

Al fin, el vendabal les dijo: levantaos.

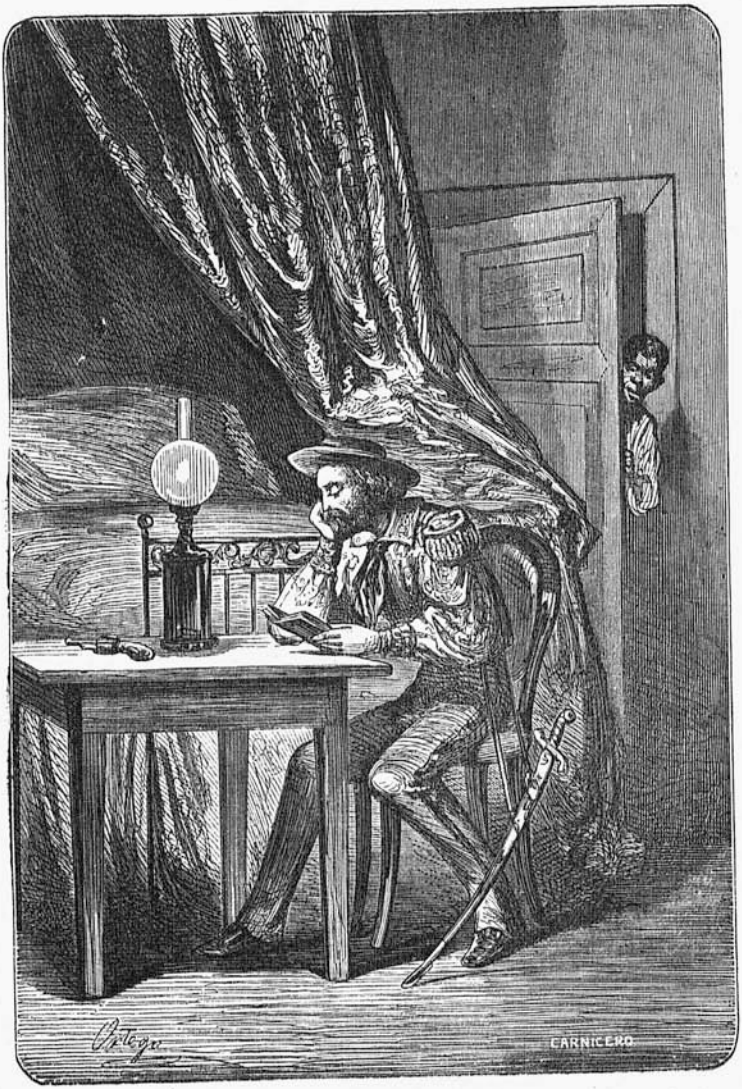
El momento no podia ser más oportuno.

Se habian abierto las cataratas del cielo en torrentes de lluvia, y las rondas, que como de costumbre habian salido al oscurecer, se habian visto obligadas á ponerse á cubierto.

Pero el temporal no impidió á los indígenas salir de sus casas.

Uno á uno se fueron reuniendo, constituyéndose en grupos armados, invadiendo las calles, acercándose silenciosos, envueltos en la sombra, á la casa que Veracruz llamaba su palacio.

Los doscientos hombres de su guardia particular, reforzados por otros doscientos, habian retirado sus centinelas; pero estaban sobre las armas y velaban dentro del palacio.



..... y apareció una cabeza negra y horrible.

Veracruz leia en su cuarto de dormir, poco distante de las habitaciones de Mitsam.

Lo que leia, por entretener su vela cuidadosa, eran los viajes del capitan Marryat, uno de los libros que le habian dejado para que se distrajese en Sierra-Leona.

Se abrió silenciosamente á sus espaldas una puerta, y apareció una cabeza negra y horrible, tras la cual entró sin ruido, un cuerpo membrudo.

Aquel hombre llevaba un hacha en la mano.

Adelantó, se detuvo, y miró sombriamente y como un tigre á Veracruz.

Este no le habia sentido; continuaba leyendo.

Otro negro con otra hacha apareció en la puerta, y adelantó hasta donde estaba el primero.

Entraron despues otros dos.

Eran los cuatro hombres destinados á conducir el palanquin de Mitsam.

Los únicos hombres de la tríbu que vivian en el palacio, y que Veracruz creia completamente fieles.

Habia, además de la tríbu, en el recinto del palacio, diez y seis doncellas negras, que servian á Mitsam, y en las cuales se tenia tambien la mayor confianza.

Los cuatro hombres cambiaron entre sí silenciosamente algunos gestos significativos.

En aquel momento se oyó un agudo grito de mujer: un horrible grito de muerte, que partia de las cercanas habitaciones de Mitsam.

Veracruz se levantó, se volvió, vió á los cuatro negros, y con una rapidez infinita asió la silla en que habia estado sentado para valerse de ella como de un escudo;

se desciñó uno de sus rewolvers, disparó casi simultáneamente cuatro tiros sobre aquellos hombres, que retrocedieron, vacilaron y cayeron.

Veracruz habia herido á cada uno de ellos en el pecho.

Saltó por cima de ellos, y corrió á las habitaciones de Mitsam. A nadie encontró en ellas más que á Mitsam y á su pequeño hijo degollados en su lecho.

Debia haber habido lucha, porque el niño estaba aún poderosamente asido por el brazo izquierdo de Mitsam, y las piernas de esta estaban fuera de la cama.

Habia además en sus hermosos ojos, que aún no habia empañado la muerte, una terrible expresion de fiereza y de combate.

Aquello debia haber sido obra de las diez y seis fidelísimas doncellas.

Veracruz rugió de dolor y de rabia, y salió rápidamente de las habitaciones de Mitsam.

De improviso sonó un estampido de fusil, luego otro y otro, é instantáneamente se generalizó el fuego, y se hizo nutrido y contínuo alrededor del palacio.

Veracruz salió al patio, en una de cuyas galerías habia cien hombres formados.

Estos hombres se veian á la luz de los faroles que de trecho en trecho alumbraban las galerías del patio.

—¿Qué haceis aquí con esta gente, Wilians? dijo colérico Veracruz al que mandaba los cien hombres.

—En cada ventana de la casa hay cuatro fusiles, mi comandante, contestó tranquilamente Wilians, que tenia todas las trazas de filibustero: estorbaríamos: no he te-

nido tiempo de hacer otra cosa más que la de formar la gente, é iba á buscaros cuando habeis venido.

—Mi mujer y mi hijo han sido degollados por esas infames negras, y yo he estado á punto de ser asesinado: un hombre á cada una de las puertas del patio: cuando salga una de esas miserables, bayonetazo: ocho hombres conmigo.

III.

Veracruz, con aquellos ocho hombres, registró el palacio, sable en mano.

En la primera habitacion en que entró, que estaba iluminada por una lámpara como todas las del palacio para el caso probable de una sorpresa, encontró á cuatro de las doncellas, que se replegaron dando alaridos á un rincon.

Veracruz se lanzó sobre ellas á cuchilladas, á estocadas, y los ocho marineros que le acompañaban las acabaron de matar á bayonetazos.

Las otras doce fueron de igual modo despedazadas donde las encontraron.

El fuego seguia cada vez más nutrido.

—Nada hay aquí ya que defender, dijo Veracruz saliendo al patio; id, que abandonen las rejas y las ventanas, que se reunan delante de la puerta.

IV.

Diez minutos despues los cuatrocientos hombres estaban formados en columna delante de la puerta principal.

El fuego continuaba.

Los indígenas disparaban sobre el palacio.

—Abrid la puerta y á la bayoneta, dijo Veracruz.

La puerta se abrió, y la columna, compacta, terrible, se disparó, por decirlo así, en la plaza, la atravesó, y ganó una de las avenidas, escapando casi sin ser sentida.

Los negros notaron que no se les contestaba del palacio, se animaron y le asaltaron, trepando por las rejas á las ventanas.

V.

Cuando no encontraron á nadie más que á Mitsam y á su hijo degollados, á las diez y seis doncellas hechas pedazos y á los cuatro hombres espirantes, exhalaron su rábia en alaridos espantosos, se cebaron en los cadáveres de Mitsam y de su hijo, rompieron los muebles, y pusieron fuego al palacio.

Eran unos seis mil, mujeres, jóvenes y viejos.

La mayor parte llevaban fusiles; los otros hachas y palos.

Nuevos en las insurrecciones armadas, se habian ido todos sobre el palacio; se habian concentrado.

Se entretuvieron mucho además en destrozar los muebles y en incendiar el edificio, y dieron tiempo á Veracruz á que los sitiase en su mismo palacio, poniendo un cañon en cada una de las avenidas de la gran plaza, en medio de la cual se alzaba el palacio.

Cuando salieron despues de haberlo incendiado, re-

cibieron el fuego á metralla de las piezas y el de la fusilería.

Las llamas, que se habian levantado rápidamente envolviendo el palacio, los ponian al descubierto.

El vendabal favorecia al incendio, y la luna le avivaba.

Empezó una batalla heróica.

Los sitiados se lanzaban á las avenidas, y eran barridos por la metralla.

Caian, sin embargo, muchos europeos.

Habia asaltos que se rechazaban á bayonetazos, con grandes pérdidas de una y otra parte.

En vano se les gritaba que se rindiesen: sabian que les esperaba la muerte, y querian morir combatiendo.

Era aquel un pueblo heróico, dominado por el número, por la situacion y por las armas.

Un pequeño pueblo que se habia insurreccionado ansiando su independencia, y al cual una tiranía, como cualquiera otra, ametrallaba.

VI.

El combate duró toda la noche.

Al amanecer no quedaba en estado de resistencia ningun indígena. Todos estaban heridos ó muertos. Las mujeres, los viejos y los niños, daban horribles alaridos y pedian gracia.

Parte de las fuerzas de Veracruz entraron en el recinto sitiado, se apoderaron de las mujeres, los viejos y los niños que no habian sido heridos, y los llevaron á lo que

Veracruz llamaba sus almacenes; esto es, á los encierros.

Despues se fueron levantando del campo de batalla los heridos que podian ser curados, que pasaban de dos mil.

Cuando Veracruz veia un herido gravemente en el pecho ó en la cabeza, decia:

—Dejadle; ese no necesita más.

Cuando encontraba uno con un miembro roto, decia:

—Este no sirve para la trata: echadlo al monton.

Y los cadáveres, y los moribundos, y los mutilados, eran arrojados en horribles pilas de carne humana, que bullian, que gemian, que se agitaban como uno de esos mónstruos informes de muchas patas que vemos en un sueño fatigoso.

VII.

—Es necesario que se cuide bien á los heridos, decia Veracruz; cada uno vale tres mil reales: echad fuera esos viejos que no sirven para nada: traedlos aquí á la playa, donde están hacinados los montones de leña.

Veracruz estaba loco de furor.

Aquellos caníbales se habian atrevido á pretender conquistar su independencia, y habian ofendido su soberbia.

Habian matado á Mitsam y á su pequeño hijo, y Veracruz los adoraba.

No habia para él venganza bastante contra aquellos infames.

VIII.

—Trasladad aquí, en los carros, á los que están allá, dijo á su gente.

Los cadáveres, los moribundos y los inutilizados fueron traidos del lugar del combate á la playa, y arrojados sobre los enormes montones de leña.

Los viejos y las viejas, que por débiles no servian para ser vendidos, estaban allí para presenciar el horrible espectáculo.

Veian á sus hijos, á sus hijas, á sus nietos, á sus pequeñuelos, sobre aquellos terribles montones de leña, hácia los que avanzaban los corsarios con las hachas encendidas para ponerles fuego.

Aquello era horrible, repugnante.

Y sin embargo, á todos aquellos europeos negreros, á aquellos bebedores de sangre humana, parecia muy bien este espectáculo, y les hubiera divertido mucho si no les hubiera costado á los unos pérdidas dolorosas, á los otros toda una noche de combate.

Los montones de leña y de séres humanos se convirtieron en hogueras.

Por algun tiempo, de todas aquellas hogueras salia un alarido inarticulado, pavoroso. Despues, nada, nada más que un humo negro y denso, y un nauseabundo olor á carne quemada.

Por último, cuando los infelices que habian presenciado el espectáculo de la miserable muerte de sus parientes estaban de tal manera transidos de dolor y de espan-

to que nada sentian, Veracruz dijo con voz ronca á sus satélites:

—¡Matadlos á todos y arrojadlos á las hogueras!

En vano los cuatro misioneros, que habian intercedido inútilmente antes, procuraron interponer su influencia en favor de aquellos desgraciados, y áun llegaron al generoso extremo de asir á cuantos pudieron para prestarles la inviolabilidad de su carácter.

Veracruz se atrevió á todo.

Hizo que sus gentes apartasen de allí á viva fuerza á aquellos buenos sacerdotes, y empezó la matanza.

Matanza horrible sobre ancianos y ancianas, que, sin embargo, morian sin quejarse. Eran á lo ménos quinientos.

Muertos los unos, moribundos los otros, fueron arrojados á las hogueras.

Veracruz revolvió en torno suyo su mirada feroz, buscando nuevas víctimas que sacrificar á su venganza. Sólo encontró europeos tan feroces como él, y las hogueras, en que todavía chirriaba alguna carne.

Los negros que quedaban podian ser curados y vendidos.

¿Y qué más venganza que reducirlos á la esclavitud?

Habian perecido hasta las mujeres casadas con los europeos, porque todas, inclusa Erma, la hermosísima mujer de Antolin, habian amado más la independencia de su tríbu que á sus maridos. Habian tomado parte en la insurreccion, y habian perecido en ella.

IX.

En la colonia no quedaban más que unos quinientos europeos: más de doscientos habian sido muertos en el combate, y heridos más de trescientos. De ellos murieron cincuenta y tantos, y más de la mitad de los restantes fueron amputados.

El temporal habia cedido; habia cesado la lluvia, y se habia despejado el cielo como á las doce del dia.

Veracruz mandó abrir una ancha zanja, y en ella fueron sepultados los muertos europeos.

Cuatro dias despues, apareció un buque por el extremo oriental de la ensenada: era la *Veracruz*. Apareció luego la *Magdalena*, y una hora despues, la *Galana*, que así se llamaban las dos fragatas que habia comprado Veracruz. Las otras dos que acababan de ser construidas y que estaban ancladas en el puerto, vírgenes aún del alta mar, se llamaban *Mitsam* y *Antolina*.

Como á las cuatro de la tarde, anclaron la *Veracruz*, la *Magdalena* y la *Galana*, y algunos instantes despues, sus comandantes, uno de los cuales era Antolin, saltaron en tierra.

Veracruz los esperaba.

—Ya está hecho el negocio, dijo; se insurreccionaron y yo los he barrido de sobre la tierra.

—Bien hecho, dijo Antolin.

—Me han matado á Mitsam y á mi hijo.

—¡Bah! no le hace; una historia más.

—Han matado á tu mujer.

—Pues lo siento: era hermosísima y robusta, y me hubieran dado por ella quinientos pesos en la factoría; pero supongo que te habrás quedado con una buena partida.

—Dos mil, que se están curando.

—¿Y á qué has matado tantos? has debido cuidar más de ellos: esto es peor que si hubieras tirado con balas de oro: si yo hubiera estado aquí, me quedo lo ménos con cuatro mil: ¡seis millones perdidos por irreflexion! esto es una atrocidad: no lo entiendes, amigo Pánfilo; pero espero que te quites tu bordado traje de rey, que ya no hace al caso: te has destronado á tí mismo, matando á todos tus vasallos: esto es muy singular.

—¿En cuánto has realizado el ébano y el marfil?

—En cinco millones; pero á plazo de noventa dias.

—No importa: en cuanto los heridos estén curados, nos hacemos á la vela.

—Gracias á Dios que volveremos á Europa, si Dios quiere llevarnos á buen salvamento: me iba yo ya fastidiando terriblemente de Sierra-Leona y de mujeres negras.

X.

Durante quince dias se prepararon conservas de carne y de pescado, y al cabo de ellos, curados ya todos los heridos, fueron embarcados en el brik-barca y en las cuatro fragatas. En ellas se embarcaron las piezas de artillería, el hierro existente, las herramientas, cuanto podia ser útil.

Despues se incendiaron todos los edificios; y á la luz de la inmensa hoguera, producida por la colonia, aprovechando un fresco viento Sudeste, levaron anclas y se hicieron á la vela para la ciudad del Cabo, al oscurecer de un hermoso dia de Setiembre.

Veracruz habia robado al África algunos millones, y dejaba tras sí la destruccion y el incendio.

CAPÍTULO XVIII.

La vuelta á Europa.

I.

Seis meses despues, miss Enriet, que atravesaba muy de prisa una de las callejuelas del cuartel de San Pablo, en Lóndres, sintió que la llamaba una voz conocida que la hizo extremecer.

Se volvió y dió un grito de alegría.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo, ¿tú, á los cuatro años, cuando yo te creia muerto, cuando de llorar tengo los ojos de un azul más claro?

A quien decia esto Enriet era á Veracruz, que se habia detenido delante de ella, con el aspecto y el traje de un completo gentleman.

—Sí, vida mia, contestó Veracruz; tus compatriotas no pueden conmigo; me enviaron á Sierra Leona para que pereciese, y me he venido de ella trayéndome algunos millones: he llegado hoy mismo, y en cuanto me he provisto de tarjetas, he ido á ofrecer mis respetos á su excelencia el primer lord del almirantazgo; me ha dicho

algunas palabras secas, y me ha anunciado que si vuelvo á ser cogido en el tráfico, se me ahorcará: he vuelto á ofrecerle mis respetos, y me he ido á buscarte á tu casa. Pero entremos en esta taberna, Enriet; la niebla se va haciendo densa é insoportable; tenemos que charlar por todo lo que no hemos charlado en cuatro años.

Entraron en la taberna, se sentaron, y Enriet pidió *beafteĥ* con patatas.

Veracruz pidió *gin*.

—¿Cómo es esto? dijo Veracruz, ¿tienes apetito á estas horas, Enriet?

—¡Ay! dijo la jóven; apetito, no, ¡hambre! ayer comí un poco de pan y queso: hoy, pan solo.

—¿Cómo es eso, Enriet? pues tu traje es elegante, y casi rico.

—Ahí se explica que no quede para comer: si no fuese vestida de este modo, mistriss Trapler no me recibiria en su taller de corsés; á más de eso, tengo una persona á quien mantener, á quien no se le puede decir «no hay,» porque grita y se pone terrible.

Veracruz palideció densamente, y miró de una manera amenazadora á Enriet: ésta se sonrió como un ángel.

—Ya me ha dicho tu padre, dijo Veracruz con un acento que hacia temblar levemente una cólera concentrada, que no tenia hija alguna; que una que se habia llamado hija suya se habia conducido indecorosamente y la habia puesto en la calle; que no sabia de ella, ni queria que se le hablase de ella.

—¿Nada más te ha dicho mi padre?

—Nada más.

—¿Y cómo has sabido que yo vivia en el barrio de San Pablo? porque tú sin duda has venido por aquí á buscarme.

—Me lo dijo un empleado de la cárcel mediante un vaso de *gin* y una guinea.

—Es verdad, dijo Enriet, comiendo con muy buen apetito, sonriendo siempre, y mirando enamorada á Veracruz: la madre naturaleza es terrible, y dice la verdad, sin que haya medio de evitar que la diga: ella dijo al autor de mis dias que yo era madre; y como legal y socialmente no habia sido autorizada para ello, mi severo progenitor me asió de la mano, me puso en la puerta de la cárcel, y me dijo:—No volvais más, á no ser que os traigan presa por algun delito: tomad veinticinco libras esterlinas que, segun mi fortuna, os corresponden, y mudad de apellido: no os conozco: id con Dios.

—Y bien, dijo Veracruz, el hombre que causó tu compromiso, debió salir al frente.

—Estaba muy lejos, muy lejos; yo no sabia de él; no esperaba volver á verle, y...

—¿Has abandonado á tu hijo y has escuchado á otro hombre?

—Caballero, tengo hambre y frio; vivo en un chirivitil lóbrego; trabajo desde que se ve hasta que no se ve: todo, para vestir medianamente, para tener medianamente alimentado á mi amor, á mi consuelo.

—¿Tu amor?

—Sí; un pequeño amor de tres años y medio que se os parece como vuestra fotografía; pero que es como yo, blanco y rubio, y tiene, como yo, los ojos azules.

—Vamos, vamos al momento, dijo Veracruz.

—Aún no he satisfecho mi hambre: mi Eduardo no se impacienta, porque aún no tardo: hoy hemos salido antes del taller porque la niebla ha hecho que se acabe la luz más pronto; mistriss Traplernos dará á fin de semana algunos peniques ménos por los minutos que hemos dejado de trabajar hoy: ¡Oh! es muy exacta mistriss Trapler.

—Tú no volverás allí, dijo Veracruz.

—¿Y qué he de hacer? ¿quién ha de alimentar á mi pequeño amor?

—Su padre: soy rico; te amo: sólo por tí he venido á Lóndres: quiero que me sigas, que partas tu vida conmigo: quiero descansar á tu lado.

—¿No me encuentras pálida y flaca?

—Me pareces una divinidad; más que una mujer, una criatura toda espíritu, toda alma.

—¡Ah! eso ha acabado de quitarme el hambre, dijo Enriet; marchemos, sí, vamos en busca de nuestro hijo, que no duerma más en aquel zaquizamí espantoso: ¡cuánto he sufrido! ¡cuánto he llorado! ¡cuánto me he desesperado!

Y Enriet se arregló la manteleta, se levantó y se asió del brazo de Veracruz, que antes de salir arrojó sobre la mesa una guinea.

II.

Recorrieron algunas callejas lóbregas, y en el fondo de una sin salida, Enriet tiró de un cordon, abrió una

puerta que correspondia á un espacio sumamente oscuro, encendió un fósforo, y con el fósforo un cabo de bujía puesto en una palmatoria de bolsillo.

Apareció un pasadizo estrecho, empedrado, súcio, largo, larguísimo, interminable. Las paredes eran negras y el techo resquebrajado, grieteado, húmedo.

Enriet cerró la puerta, y dijo á Veracruz:

—Sígueme.

A pocos pasos llegaron á la entrada de una escalera empinadísima.

Enriet pasó.

—¡Ah! ¿vives en el interior? dijo Veracruz.

—Más que en el interior, en lo profundo: dejaremos atrás ocho escaleras y tres patios, y revolveremos cinco ó seis veces antes de llegar á mi tabuco.

—¡Oh, qué miseria! dijo Veracruz.

—Cuando no se gana más que un scheling y hay que vestir, y calzar y mantener al amante, no se puede vivir en un palacio: ¿y qué importa? ya lo he olvidado todo; ya ha salido el sol.

Y la pobre chica, que apenas tenia veinte años, se puso á cantar como un ruiseñor.

III.

Iba muy deprisa.

La tardaba sacar de aquel infierno á su hijo.

Todo allí respiraba miseria, insalubridad.

Parecia imposible que de aquel centro saliese una criatura tan bella, tan elegante, tan espiritual como

Enriet, como parecia imposible que un ángel saliese del infierno.

Al fin, Enriet, despues de algunas revueltas, se detuvo junto á una puerta completamente franca, por la cual salia un humo ácre y un olor nauseabundo.

Dentro se oia el llanto desapacible y tenaz de dos chiquillos, y la voz desdentada de una vieja que decia:

—No hay que impacientarse, queriditos; las patatas estarán pronto asadas.

—Supongo que tú no vivirás aquí, dijo Veracruz deteniendo por el traje á Enriet: aquí termina el callejon y no hay otra puerta.

—Cuando se paga un scheling de alquiler al mes, no puede obtenerse el lujo de vivir sin vecinos: yo tengo mi gabinete particular.

—¿Y es alguno de esos dos que lloran nuestro hijo? exclamó Veracruz.

—Nuestro Eduardo no tiene esa voz de becerro; es más delicada que todo eso: pero entremos, entremos.

Entraron.

Veracruz se encontró en un espacio irregular, de poca extension, húmedo, súcio, completamente lleno de húmo, hasta el punto de que no se veian las paredes. Este humo salia de un monton de paja que se requemaba en una chimenea. En medio de este humo se veia una figura encorvada, seca, harapienta, desgreñada, vieja; un sér miserable, una especie de bruja que acariciaba, para que callasen, á dos chiquillos medio desnudos.

—¡Qué humo, tia Edwins! ¡qué insoportable humo! se va á ahogar mi hijo, ó tal vez se haya ahogado ya, ex-

clamó Enriet, con esa agresividad de las madres contra todo el que incomoda á sus hijos.

Y se lanzó por una pequeña puerta que habia en un ángulo.

—Estoy preparando la cena á mis nietos, dijo la vieja; no todos somos tan ricos como vos, señorita Enriet, para tener cocina económica y lamparilla de alcohol; y gracias á que me ha dado esta poca de paja el colchonero del primer patio: yo no sé si podrán asarse las tres patatas que me ha dado de limosna el tio James Tok. ¡Ah! pero ¿con quién estoy yo hablando? creia que estaba aquí la señorita Enriet, y me encuentro con todo un señor.

Enriet salió con un hermoso niño dormido en los brazos, se echó fuera y Veracruz la siguió.

—Es mucha la miseria que hay en Lóndres, caballero, dijo la tia Edwins, inclinada sobre sus patatas, sin notar la salida de Enriet y de Veracruz; eso sí, en San James, y en Picadilly, y en Coven-Garden, y qué sé yo dónde más, mucho lujo, hermosas tiendas, grandes carruajes, la gloria, el dinero; y los tontos que vienen á nuestro Lóndres se deslumbran con todo eso y creen que aquí nadie se muere de hambre: mirad; mi hija Fanny, que es una hermosa muchacha, eso sí, y mi yerno Peters, que es un honrado muchacho, se matan trabajando: pero esta es muy mala estacion: los fósforos se humedecen con la niebla y se inutilizan: nadie compra números del *Messager*, porque nadie quiere leer cuando no se ven los dedos de las manos á dos dedos de las narices: esto es morir; teniamos cuatro hijos y ya no quedan más que dos: los otros dos se han muerto de hambre y de frio... pero

¿con quién hablo yo?... se ha ido con el caballero; y parecia rico: ya se lo decia yo: señorita Enriet, la miseria es muy mala consejera: no digais eso; la honra está en relacion con el bolsillo; la virtud se pone tísica cuando no se la da de comer, y muere; ya resbalareis: ha resbalado: precisamente cuando una chica es hermosa, hace muy mal en sacrificarse. Y bien: tendrá dinero; se irá de aquí, pero nos dará algo; es muy generosa, muy buena; un ángel.

IV.

La tia Edwins habia oido unas fuertes pisadas producidas por unos piés calzados con enormes zapatos, á juzgar por su ruido.

Un hombre alto se habia detenido en la puerta y habia dicho:

—¿Sois la tia Edwins?

—Sí, ¿y qué? ¿por qué lo preguntais?

—Porque no me gusta perderme y andar de acá para allá cargado, y esta casa es un laberinto.

—¿Y qué os importa, amigo mio?

—Yo soy de la taberna de la Rosa de Irlanda, que está ahí á la vuelta: una jóven costurera que llevaba un niño en brazos, y á quien acompañaba un caballero, ha dejado en la taberna una libra esterlina y vuestras señas, á fin de que se os traiga buena cena para tres personas y dos niños, leña y mantas para la cama.

—Pues dadme la libra esterlina, dijo la tia Edwins, y

yo gastaré de ella lo que sea conveniente; no estamos para despilfarros.

—Hazaña seria sacar del bolsillo de mistriss Macloire, mi ama, una libra esterlina que se le ha entregado para que la convierta en carne, pan, pescados, cerveza, mantas y leña; podemos dar las mantas y la leña porque tenemos huéspedes.

—Bien, dijo la tia Edwins: nos daremos un buen dia; nos regalaremos; nos abrigaremos por dentro y por fuera: esto no sucede siempre: id y volved cuanto antes, que no vayais á perderos y lleveis todo eso á otra parte... ¡ah! suprimid la cerveza y reemplazadla con gin... ¡ah! todavía; si vuestra ama usa el tabaco, que os ponga un poco en un papel: tengo muy cargada la cabeza.

—¡Ah! bien; os traeré una buena racion de exquisito rapé portugués, que es el que usa mi ama. Adios; vuelvo al momento.

V.

Al dia siguiente, por la mañana, Peters, que no habia madrugado tanto como otros dias, porque habia cenado muy bien y habia bebido mejor, recibió de manos de un indivíduo de la policía una carta dentro de la cual venian cinco billetes del Banco inglés de cincuenta libras esterlinas cada uno.

La carta á que habian venido adjuntos estos billetes, estaba escrita con una preciosa letra y decia lo siguiente:

«Mi buen Peters: os he oido decir muchas veces, desesperado por la miseria, que con cien libras podriais es-

tablecer una fábrica de fósforos y vivir cómodamente y con ahorros. Os envio doscientas cincuenta libras. Esta carta os la entregará un agente de policía que no me conoce ni sabe donde vivo. Quiero evitarme el que me deis las gracias. Sed feliz.—Enriet.»

—Resbaló y cayó, dijo la vieja; pero por lo visto ha caido sobre oro, sobre mucho oro: la da vergüenza de que sepamos que se ha prostituido y no quiere exponerse á que yo la diga: ¿lo veis? vuestra virtud estaba tísica y ha sucumbido: en cambio vos y vuestro hijo, que estábais un poco flacos, os pondreis gordos: esto es mejor; vaya, sí señor, mucho mejor; con ser buenos no se adelanta otra cosa que morirse de hambre.

Peters, que era un buen muchacho, sostuvo con su madre política una polémica defendiendo á Enriet, y salió para ponerse en busca de ella, como hubiera salido en busca de un ladron que le hubiese robado.

El agradecimiento se ve obligado muchas veces á valerse de la policía,

Los comisarios nada pudieron decir á Peters, porque á pesar de lo que se decanta la buena vista y el buen olfato de la policía inglesa, el que sabe perderse en Lóndres, se pierde.

Una prueba de ello es que, á pesar de la energía de las leyes inglesas, abundan en Lóndres los ladrones que la policía no puede prender.

VI.

Peters, obstinado á la inglesa, es decir, con una obstinacion á toda prueba, se fué á ver al respetable Mr. John

Makinson, conserje de la cárcel de New-gatte, padre de Enriet.

Este le oyó como si no le oyera, y despues de que Peters hubo acabado, guardó silencio como si nada hubiera oido.

Peters insistió.

—Necesito encontrar á vuestra hija para expresarle mi agradecimiento, y evitar que crea que yo he recibido su beneficio de una manera indiferente: la mano de Enriet ha sacado á una familia de su tumba, y ya comprendereis que esto debe agradecerse: el desagradecimiento es la más repugnante de las faltas: casi, casi, es un crímen que debia estar previsto por las leyes: porque quien no besa la mano benéfica que le ha sacado de la miseria...

—Sois un impertinente, dijo con frialdad Mr. Makinson.

—Os pido mil perdones, mi respetable señor, si os incomodo, dijo Peters vivamente picado; pero yo creia que debia complaceros sobre manera saber que vuestra hija es benéfica: creo además, que merece respeto el hombre que sabe ser agradecido.

—Indudablemente, contestó Mr. Makinson, la beneficencia es muy bella, y mucho más bello el agradecimiento; tanto más, cuanto esas grandes virtudes están en descanso, y apenas pasan fugitivas y como avergonzadas entre nosotros: pero os repito que sois un impertinente, y que nada de lo que me habeis dicho me importa un cabello; yo no tengo hija, no he tenido nunca hija: si alguna bribona os ha dicho que lo es, ha mentido; yo tengo saldadas todas mis cuentas, ¿lo entendeis? y me

estais haciendo gastar con vuestra equivocacion una cantidad excesiva de tiempo inútil. Estoy á vuestras órdenes.

Y se puso á hojear el gran libro de registro de la cárcel.

Peters salió sordamente indignado, y tuvo que resignarse á no poder expresar su agradecimiento á Enriet.

VII.

Esta, que sabia demasiado lo que podia esperar de su padre, no pensó ni áun siquiera en darle noticias suyas.

Vivia con Veracruz y con su hijo en la fonda del Leopardo Negro, en la mejor habitacion, en una habitacion verdaderamente confortable.

Habia cambiado de nombre, se llamaba Elisabeth Veracruz, porque con arreglo á las costumbres inglesas habia tomado el apellido de su marido.

Veracruz habia contraido con ella lo que entre los ingleses se llama casamiento presbiteriano; se habia trasladado á Escocia, se habia presentado á caballo en Glascow llevando á Enriet á la grupa, á un herrador que vivia en una de las entradas de la ciudad, y llenas las formalidades legales, esto es, expresada la mútua voluntad de contraer matrimonio, el herrador habia entregado un acta firmada de este suceso á Veracruz, con la cual, tan legítimamente casados como cualquiera otros, Veracruz y Enriet, se habian vuelto á Lóndres, á la fonda del Leopardo Negro.

Era, pues, punto ménos que imposible encontrar á Enriet por las indicaciones de Peters.

VIII.

Una vez casada Enriet, creyó que su situacion respecto á su padre habia cambiado, y fué á verle y le vió sorprendiéndole.

Se habia anunciado como una señora que necesitaba verle para hablarle de un asunto importante.

Mr. Makinson creyó que se trataba de algun preso y la recibió.

Al verla no dió señal alguna de haberla reconocido.

—Me he casado, dijo Enriet, que estaba pálida y llorosa.

Mr. Makinson la miró friamente de una manera que parecia decir: ¿qué me importa á mí que os hayais casado ó no?

—Mi marido, dijo Enriet, es el hombre por cuyo amor me arrojásteis de vuestra casa: yo he sido pura y leal á mi amor: yo he alimentado á mi hijo con el fruto de mi trabajo: ha vuelto, me ha buscado, se ha casado conmigo, es millonario; sois viejo, yo os amo, podeis descansar á nuestro lado.

Mr. Makinson no contestó.

—Ved, señor, que Dios perdona, dijo llorando Enriet.

Mr. Makinson pudo haber contestado: Dios no es inglés.

Pero no contestó una sola palabra.

Se puso á hojear su gran libro de registro, como habia hecho con Peters.

—¡Conque no hay esperanza! ¡conque no me perdonais! dijo desesperada Enriet; ¡conque no quereis conocer y abrazar á vuestro nieto!

—No comprendo nada de lo que me habeis dicho, contestó al fin tranquilamente Mr. Makinson: os habeis equivocado viniendo á New-gatte, cuando sin duda os dirigiais á Bedlan.

—Bedlan es el hospital de locos.

—Si no teneis más que decirme, añadió Mr. Makinson, os suplico me permitais entregarme á mis imprescindibles ocupaciones.

—Bien, yo sé lo que debo hacer, dijo desesperada Enriet.

Y salió.

IX.

Poco despues, Mr. Makinson recibió un atento recado del alderman del distrito, que le suplicaba se presentase sin pérdida de tiempo en su despacho.

Mr. Makinson se puso su frac azul, su chaleco blanco y su pantalon negro, y se presentó al alderman.

—Tomad, Mr. Makinson, le dijo éste dándole un paquete de papeles de color gris.

—¿Y qué es esto? dijo Mr. Makinson sin tomar el paquete.

—Esto es una indemnizacion de cinco mil libras en billetes del Banco.

—No recuerdo que yo deba ser indemnizado, dijo Mr. Makinson.

—Vuestra hija... dijo el alderman.

—¡Ah! os habeis equivocado, caballero, dijo el terrible inglés: eso debe corresponder á otro Mr. Makinson: hay muchos Makinson.

—Mr. Jhon Makinson, conserje de la cárcel de New-gatte, Lóndres, dijo el alderman consultando una nota: ¿no sois vos éste?

—Verdaderamente; yo soy el que decís, contestó Mr. Makinson.

—Pues para vos es esto, dijo el alderman, que tenia aún en la mano los billetes; para vos me lo ha entregado vuestra hija.

—Pues ved ahí en lo que consiste la equivocacion, dijo con su eterna calma Mr. Makinson: consultad vuestro registro civil, puesto que pertenezco á vuestro distrito, y os convencereis de que Mr. Jhon Makinson de New-gatte, Lóndres, no tiene hija alguna.

—Es cierto; mis Enriet Makinson salió de la familia por prostitucion, dijo el alderman.

—Estoy seguro de que se le entregó cuanto la correspondia, repuso Mr. Makinson.

—Es cierto, contestó el alderman.

—Ved, pues, cómo yo no tengo hija alguna, dijo Mr. Makinson: permitidme que me retire.

—Un momento: miss Enriet, que ha cambiado de nombre, y se llama Elisabeth Veracruz por su marido, se ha rehabilitado, y pretende que la admitais otra vez en vuestra familia.

—Quien salé de mi casa por la ventana no vuelve á entrar por la puerta, dijo Mr. Makinson: mi pobre hija Enriet murió; yo no conozco á esa miss Elisabeth Veracruz.

—Ella me ha encargado que si no aceptais estas cinco mil libras, las distribuya entre cinco jóvenes que se encuentren en la misma situacion en que ella se ha encontrado.

—Ese es un asunto de todo punto indiferente para mí, dijo Mr. Makinson: estoy á vuestras órdenes, caballero; adios.

Y salió.

X.

La reconciliacion de Enriet con su padre era lo único que retenia en Lóndres á Veracruz.

Cuando Enriet se convenció de que esta reconciliacion era imposible, partieron para París, á donde, sin saberlo Enriet, llamaba un perverso instinto de venganza á Veracruz.

CAPÍTULO XIX.

Un convenio entre dos bribones.

I.

Veracruz, con Enriet y con su hijo, acompañados de Antolin Pereira, se acomodaron en las principales habitaciones del hotel de Straburgo, calle de Saint-Honoré.

Desde el momento, Veracruz y Antolin se pusieron á investigar lo que era de la marquesa de Santorcaz y Alpuente y de la duquesa de Portmontier, marquesa de Abades, duquesa de Santaren; esto es, de Pepa.

Habia heredado ésta el título de su padre por su muerte, cuyo luto llevaba aún, porque habia acontecido algunos meses antes; y el de su madre, porque ésta se habia encerrado en un convento, y habia cedido su título y sus bienes, excepto una fuerte pension que se habia reservado, á Pepa.

II.

Estaba ésta muy considerada y completamente de moda en París.

Aquella hermosísima naturaleza estéril se habia hecho al fin fecunda, y la descendencia de Arturo de Fontenoy, duque de Portmontier, estaba representada por dos hermosísimos niños.

La vieja duquesa de Chatillon, vizcondesa de Aigueblen, habia acabado de olvidarse de la superchería que habia rehabilitado á Pepa, de la infamia de la condena de ocho años de trabajos forzados por vehementes indicios de complicidad en el asesinato del duque de Chatillon, su primer marido, y sólo se acordaba de ello cuando necesitaba alguna fuerte suma, que Pepa le entregaba de muy buena voluntad en la apariencia.

Pero la vieja solterona, con la que á pesar de su título y de su fausto, que representaba una gran riqueza, nadie se habia atrevido, empezó á hacerse sentir á Pepa como una sanguijuela insaciable.

Su tren era uno de los mejores de París; sus criados numerosos; su mesa espléndida; su guarda-ropas y su guarda-joyas riquísimos.

Habia reconstruido casi por completo su viejo palacio, y renovado su mobiliario.

Todo esto cargaba sobre la fortuna de Pepa.

—Prima, decia con una frecuencia aterradora la duquesa de Chatillon á Pepa cosas por este estilo: he visto casa de Demaure un aderezo de esmeraldas y de rubíes de una belleza y de un gusto exquisito, y le dan bastante barato, porque es de difícil salida: su precio es el de su coste, doscientos mil francos, y es lástima no aprovechar esta ganga: ¿por qué no le compras tú? te sentaria muy bien: ¡y qué son para ti doscientos mil francos!

nada, Rostchild te tiene envidia, y se alegra mucho de que no te dediques á la banca: por fortuna suya esto seria indecoroso para tí: el jueves hay gran recepcion en las Tullerías.

Al dia siguiente, Pepa, que habia comprendido la exigencia indirecta de la duquesa de Chatillon, la enviaba el aderezo de esmeraldas y rubíes.

Otras veces, lo que se vendia barato, lo que era una lástima no adquirir, era una quinta que su dueño quemaba vendiéndola en quinientos mil francos.

Pepa llamaba secretamente á su notario, y éste compraba para la duquesa de Chatillon la quinta, cuyos títulos de propiedad enviaba Pepa á su amable prima política.

Alentábase ésta con las complacencias de Pepa, y las exigencias crecian hasta hacerse intolerables.

La duquesa de Chatillon, apoderada de un secreto infame, habia abierto una enorme brecha en la inmensa fortuna de Pepa.

Esta habia empezado á alarmarse y á pensar en el medio de deshacerse de aquel insaciable bandido que amenazaba con no dejarla ni una sola gota de sangre en las venas.

La infamia explotaba á la infamia.

III.

Pero estas explotaciones son muy peligrosas.

Por secretamente que se hubiesen hecho todas estas cosas, aparecian los resultados.

Sabia todo el mundo que por la época de la rehabilitacion de Pepa, y de su casamiento con el duque de Portmontier, la duquesa de Chatillon tenia en tan mal estado su fortuna que se servia para sus carruajes de caballos alquilados y hacia algunos meses que no pagaba su servidumbre.

Cuando se debe á los criados, estos se encargan de decir á todo el mundo que su amo no tiene un céntimo, que vive de trampa, y esto no puede perdonarlo el mundo; no porque á nadie le importen las trampas agenas, porque el entrampado es un sér que no puede dar y de quien todo el mundo teme verse comprometido por un avance desesperado.

Es muy incómodo tener que decir á uno que pide dinero: Lo siento mucho; nadie sabe lo que sucede en cada casa; me veo precisado á hacer economías; no puedo desprenderme ni de una sola pieza de cien sueldos.

El que se arruina es un verdadero pária en medio de nuestra civilizacion utilitaria: un sér de quien huye todo el mundo.

Los apuros del que tiene en mal estado sus negocios se aumentan por la desconfianza general.

De repente, la servidumbre de madama de Chatillon se vió sorprendida de una manera agradabilísima.

Al mayordomo se le habian pagado todos sus atrasos.

La modista y los abastecedores habian sido satisfechos.

Se habian comprado algunos hermosos caballos.

Los carruajes, que se habian puesto algo antiguos, habian sido sustituidos por los de la moda última.

Los muebles y las tapicerías se habian renovado.

El cocinero recibia quinientos francos diarios para la mesa.

Esto era una trasformacion que nadie se explicaba.

—¡Ah! decian algunos, con la tenacidad de la envidia que ve con rábia que un caido se levanta: la de Chatillon quema sus naves para vivir dos meses más: de seguro ha vendido los diamantes que tenia en el Monte de Piedad y lo poco que le quedase de sus tierras hipotecadas: esta es una de esas reacciones que preceden á la muerte.

Pero los diamantes fueron desempeñados y pagadas las hipotecas.

La duquesa de Chatillon se habia redondeado por completo.

La envidia se mordió los codos de rábia.

Y como es una bestia feroz que puede ser destruida pero no vencida, se lanzó á averiguar de dónde provenian los medios que habian sacado de su pantano de miseria á la duquesa de Chatillon.

Si ésta hubiera sido jóven y hermosa, la envidia hubiera apelado á sabiendas á la calumnia, y hubiera inventando un inglés, un príncipe ruso, ó un mulato habanero á quien la de Chatillon arruinaba: un Creso estúpido oculto para el mundo bajo la hipocresía de la forma.

Pero la duquesa de Chatillon era vieja, fea y antipática, y la envidia, para satisfacer su voracidad, no incurre jamás en el absurdo.

Absurdo hubiera sido suponer que un amante millo-

nario, oculto en la sombra, se hubiese convertido en la Providencia enamorada de madama de Chatillon.

Pero la envidia, como todos los hambrientos, es muy perspicaz, muy ingeniosa: buscó algo alrededor de la duquesa de Chatillon que justificase su cambio de fortuna, y de investigacion en investigacion, dió al fin con una presidiaria rehabilitada por la influencia y por la conducta respecto á ella de la duquesa de Chatillon.

Aquella presidiaria era la duquesa de Portmontier, dos veces viuda, millonaria por su segundo marido, millonaria por su padre, millonaria por su madre.

Se habia encontrado la solucion del logogrifo.

El inglés, el príncipe ruso, el americano que no habian podido ser, se realizaban en las tres veces millonaria duquesa de Portmontier.

Aunque todo esto no hubiera sido más que una calumnia, la envidia la hubiera considerado como un hecho, y hubiera acabado por creerlo y por quedar tranquila.

Estas murmuraciones no habian llegado, á pesar de que eran la comidilla del alto círculo parisiense, á los oidos de ninguna de las tres personas que eran víctimas de la murmuracion.

¡Así es el mundo! sonrie y adula á los ricos, y á espaldas de estos los desuella.

Sucede que un hombre calumniado no puede explicarse ciertos actos, ciertas pequeñeces, alguna palabra misteriosamente intencionada, y se afana en vano por comprender la causa.

Hay ciertas frialdades, ciertas frases, cierta conduc-

ta, cierta atmósfera fria y hostil en rededor de una persona á quien la calumnia ha herido, que esta persona no puede comprender, sino cuando un oficioso anónimo ó un amigo nécio le dicen: de tí se afirma esto.

Las calumnias que no producen otra consecuencia que la murmuracion, deberia desearse que fuesen ignoradas por las personas á quien ataca.

Saberlas es desesperar: porque la calumnia es la herida de un puñal envenenado que no puede curarse.

Un enemigo terrible, monstruoso, que crece cuando se le ataca, y que adquiere tanta más fuerza cuanto con más fuerza se le ataca.

La calumnia es la grande infamia que se burla impune de la víctima á quien devora, y que, aceptada de buena fé por la fácil opinion pública, se hace invencible.

En las Bienaventuranzas debia comprenderse la siguiente:

«Bienaventurados los que son calumniados, porque de ellos es el reino de los cielos.»

¡Ah, sí, los cielos! entre el cielo y la tierra hay un abismo infinito.

IV.

El duque de Portmontier notó, porque no podia ménos de notarlo, el cambio absoluto que se habia operado en la fortuna de la duquesa de Chatillon.

Pensó, como todos, en que aquel cambio podia provenir de Pepa, y esto le causó un dolor agudísimo, porque la amaba, porque la habia creido digna y pura, por-

que habia contraido por ella una pasion ardiente y exclusiva.

Pepa le amaba con toda su alma: era el único hombre que habia amado.

El duque de Portmontier cerró los ojos á la suposicion que habia hecho buscando la causa del cambio de fortuna de la duquesa de Chatillon, y atribuyéndolo á la rehabilitacion de Pepa.

Si hubiera insistido mucho en esta suposicion, se hubiera vuelto loco.

V.

Antolin Pereira era un buen indivíduo de policía, por más que su nombre no constase en las listas de policía de París.

Tenia un ánsia voraz de dinero, y aunque estaba rico, quiso aumentar su riqueza con algunos millones, y volvió la vista á Pepa.

Ya sabemos que Pepa era la que habia obligado á Veracruz á producir el asesinato del marqués de Alpuente. Pero desde este punto de vista no podia vislumbrarse la manera de explotar á Pepa, por falta de pruebas, y porque á haberlas podido presentar como una condicion amenazadora á Pepa, hubiera sido comprometer á Veracruz.

A pesar de esto, Antolin, sin duda por un instinto semejante al de las aves de rapiña, fijó su mirada en la duquesa de Portmontier, y encontró junto á ella á la duquesa de Chatillon.

Para Antolin, como pueden recordar nuestros lectores, no era un misterio que la rehabilitacion de Pepa se habia comprado por algunos millones á la duquesa de Chatillon.

Antolin se dedicó á averiguar si la fortuna de la duquesa de Chatillon estaba en armonía con el dinero que habia recibido de Pepa, y se encontró con que habia un exceso de muchos millones.

No habia, pues, que averiguar más.

Era indudable que la duquesa de Chatillon explotaba á la duquesa de Portmontier, valiéndose para ello de la posesion de un grave secreto.

VI.

Antolin habia encontrado su negocio.

Esperó á Pepa en los Campos Elíseos, á donde solia ir sola en carruaje y pasear á pié, y con un disfraz de mendigo para que los criados que acompañaban á Pepa nada sospechasen, se acercó á ella, la dió un papel semejante en la forma á una de esas cartas que los mendigos de cierta clase presentan á los transeuntes para pedir limosna, y Pepa, que habia reconocido á Antolin á pesar de su disfraz, leyó en aquel papel lo siguiente:

«Tengo que hacer á usted, señora duquesa, una proposicion importantísima. Vivo en la calle de Saint-Honoré en el hotel de Strasburgo, primer piso, número cuatro.—Estaré allí mañana desde las doce del dia hasta las cuatro de la tarde.»

Pepa guardó el papel, dió, para disimular, una pieza de cinco francos á Antolin, y pasó.

Al dia siguiente, á las doce, Pepa, envuelta en un pañolon, echado sobre el rostro el tupido velo de su sombrero, entraba en la habitacion donde la esperaba Antolin.

VII.

Pepa se levantó el velo y se quitó el sombrero.

Estaba hermosísima.

—Parece mentira, dijo Antolin; pareces más jóven; por tí no pasa un solo dia.

—Es que soy feliz, dijo Pepa.

—¿Quieres un poco de ron? le tengo excelente; Jamaica legítimo.

—No le bebo ya, dijo Pepa.

—Vamos, has cambiado completamente.

—Tengo hijos.

—¡Quién lo hubiera creido! ¡hijos tú, que has corrido tanto por el mundo sin contraer esa enfermedad!

—¿Y Veracruz? dijo Pepa.

—Don Santiago Perez de Angulo está en París, hecho todo un buen mozo, casado con una inglesa, con un hermoso niño, y con una renta de más de tres millones.

—¿Y continúa usando el nombre que tuvo en España?

—¿Y por qué no? allí no se piden cuentas á los ministros, y la tormenta ha pasado. Por lo demás, nadie conoce á don Santiago Perez de Angulo, sino como un hombre político importante, más ó ménos bribon. Vera-

cruz y yo estamos del otro lado, con la sola diferencia de que yo, para redondear mis negocios y retirarme, necesito algun dinerejo: cuando le tenga, me voy á mi Galicia, hago una casa en Villagarcía, sobre una roca, para que el mar me arrulle mientras duerma, me caso con la chica que más me guste, y doy fondo.

—Sin duda, el negocio importante que me ha traido aquí es ese dinero que necesitas, dijo Pepa.

—Cabalmente, hermosa: pero no creas tú que voy á imponerte condiciones; se trata sólo de proponerte un negocio.

—Veamos.

—¿Cuánto te saca todos los años tu prima política, la duquesa de Chatillon?

—¡Oh! acabará por arruinarme, dijo Pepa; se prevale de mi situacion; me está pesando sobre el alma esa mujer: mi marido empieza á hacer preguntas á mi notario, lo que indica que sospecha: te daria lo que quisieras porque me librases de mi prima, Antolin.

—Vamos, ¿será mucho pedir cuatro millones de reales?

—No, cuenta con ellos; te los traeré mañana.

—Entonces puedes contar con que tu prima hace el viaje.

—Cuidado, Antolin, cuidado; no cometas una imprudencia.

—¡Bah! pues qué, ¿soy yo algun novato? y además, suceda lo que quiera, tú no puedes verte comprometida: ¿quién sabe si yo te conozco ó no?

—Dices bien: nadie sabe que he venido aquí: mis

criados me creen en la Magdalena: he entrado por una puerta, he salido por otra y he tomado un carruaje de alquiler.

—¡Magnífico! dijo Antolin; se conoce que lo entiendes.

Pepa se puso de pié y fué á tomar su sombrero.

—Espera, dijo Antolin: un momento: ¿sabes tú si está en París la marquesa de Alpuente y de Santorcaz?

—Sí, dijo Pepa poniéndose el sombrero: en París precisamente no; pero cerca del pueblecito de Poissy ha construido un palacio, y vive en él con su marido y su hijo.

—Gracias, Pepa; puedes irte cuando quieras; no te acompaño, porque fuera una imprudencia.

—Espérame mañana con el dinero, dijo Pepa echándose el velo: adios.

Aquellos dos infames se dieron las manos, y Pepa salió.

VIII.

Al otro dia, á la misma hora, volvió trayendo á Antolin los cuatro millones en billetes del Banco de Francia.

Antolin puso aquellos billetes en el mismo Banco, y se preparó á poner en camino, como él decia, á la duquesa de Chatillon.

CAPÍTULO XX.

Un asesinato audaz.

I.

Antolin, al oscurecer de aquel mismo dia, se puso á espiar la casa de la duquesa de Chatillon.

Era esta, como hemos dicho, un antiguo y destartalado palacio, enclavado entre otras casas que se alzaban en los ángulos de su planta irregular.

La entrada principal, reconstruida á la moderna, correspondia á la calle de San Denis.

Las cocheras á la de Thevenot.

Por último, á lo largo de la de Deux Portes corria la tapia del jardin, en la cual habia un postigo, y junto al postigo la ventana de un pabellon.

Antolin se fijó en este postigo.

La calle de Deux Portes era solitaria, y los reverberos se apagaban á la una de la noche.

Antolin esperó esta hora, se deslizó á lo largo de la tapia, llegó al postigo y se embebió en él.

Cuando se cercioró de que no sonaba ruido alguno en la calle, salió del hueco del postigo, llegó á la ventana del pabellon, y llamó.

Si respondian desde adentro, podia salir del paso con cualquier pretexto y prescindir del postigo, buscando su entrada en la casa por otro lado.

Pero nadie contestó por más que Antolin llamó con fuerza repetidas veces.

—No hay nadie, dijo; pero esto no prueba que el pabellon no esté habitado: los criados de casa grande suelen recojerse más tarde que sus amos: volveré otra vez.

Antolin se fué á pasear á la ventura, y estuvo dando vueltas dos horas por París al paso de un transeunte, y observando si era seguido por un gendarme ó por un agente de policía.

Se convenció de que no, y á las tres de la mañana volvió á la oscura calle de Deux Portes, y llamó de nuevo y con más fuerza á la ventana del pabellon.

Tampoco respondió nadie.

—Por esta noche, dijo, el pabellon está abandonado: veamos.

Entonces se dirigió al postigo, sacó una ganzúa envuelta en un pañuelo, y la desenvolvió.

Esta envoltura era una precaucion.

El pañuelo retorcido que habia rodeado la llave, debia evitar que la llave al caer sonase si era necesario arrojarla para prevenir un registro en el caso de ser seguido por haberse hecho sospechoso á la policía.

Una ganzúa es un cuerpo de delito que produce por sí mismo algunos años de presidio.

Antolin metió la ganzúa en la cerradura, y el postigo se abrió.

—¡Diablo! dijo Antolin deteniéndose: por aquí entra y sale alguien: no están echados los cerrojos, y el postigo tiene tres por falta de uno: atencion.

Antolin habia reconocido rápidamente, pasando la mano por su parte interior, la hoja del postigo.

Volvió á cerrar, y se puso en acecho á alguna distancia, envolviendo de nuevo con su pañuelo la ganzúa, dispuesto á ponerse en marcha en el momento en que sonasen pasos, y en direccion contraria á ellos.

Pero dieron las cuatro, las cinco y media, y nadie pasó por la calle de Deux Portes.

A las seis ménos cuarto rechinó una llave en la cerradura del postigo, se abrió éste, salió un hombre que volvió á cerrar, y silbando una copla de vaudeville se alejó hácia la calle de Montorgueil.

II.

A Antolin le era de todo punto necesario saber por qué habia salido á aquella hora por el postigo aquel hombre.

Sin duda habia de por medio una historia de amor.

¿Pero quién era la heroina de la historia?

La duquesa de Chatillon no era la única mujer que vivia en la casa: tenia cuatro doncellas, y á más de esto, habia en su servidumbre algunas criadas.

Era necesario saber á qué atenerse.

Antolin se puso en seguimiento de aquel hombre.

De repente se detuvo.

—Es una imprudencia, dijo; traigo la cara que Dios me ha dado.

Como que sólo se habia propuesto hacer un reconocimiento.

—Mañana será otra cosa, dijo Antolin.

Y dejó de seguir á aquel hombre, que continuaba silbando su copla de vaudeville.

Pero no cometió la imprudencia de volver á su hotel de la calle de Saint-Honoré, cuya puerta cerrada debia obligarle á valerse del cordon del portero.

Hay que temer á los porteros de París, que tienen algo de polizontes, y con mucha frecuencia figuran de una manera terrible en las instrucciones criminales.

Antolin esperó á que fuese de dia dando vueltas por París.

Apareció al fin el dia nublado y lluvioso.

Antolin se metió en una taberna y almorzó muy despacio.

Luego se metió en un billar, propuso una partida y jugó hasta las once del dia, perdiendo quince francos.

A aquella hora salió, tomó un carruaje de alquiler, y se volvió á su casa.

El portero le dió los buenos dias sonriendo é inclinándose cortésmente.

Entre tanto decia para sí:

—Este señor ha pasado la noche fuera.

Antolin salió á poco.

En una peluquería tomó una gran peluca rubia; en

una perfumería, pomada blanca de jazmin; en una droguería, hollin depurado.

Por último, compró unas narices al natural admirables en una tienda de caretas.

Con todo esto oculto en los bolsillos se volvió á su casa.

Al oscurecer, entre dos luces, á la hora en que aún no se ha encendido el gas de la portería ni el de las escaleras, Antolin pasó por delante del portero, envuelta casi por completo la cara en una ancha bufanda.

—Ese señor, dijo para sí el portero saludándole al pasar, debe ser de tierra muy cálida; no hace frio para tanto.

Antolin se fué á la Puerta de San Martin, donde se estrenaba un drama nuevo, y á donde debia concurrir Veracruz con Enriet.

Antolin llevaba el billete de un asiento de orquesta, inmediato á los que debian ocupar Enriet y Veracruz.

Vestia un paletó gris; llevaba corbata blanca, y gran cuello de camisa, alfiler de brillantes, frac, chaleco y pantalon negro, guante blanco, gran caña de Indias y sombrero *gibus*.

Estaba completamente desfigurado.

Su nariz era prominente y colorada; su color moreno oscuro; su cabellera rubia y voluminosa; las cejas rubias y pobladas, una especie de cejas de guarda-polvo que caian sobre unas gafas verdes: aparecia más grueso, y tenia toda la facha de un honrado y rico fabricante del otro lado del Canal, de esos que una vez en su vida van á pasearse por París.

Un cuarto de hora despues, llegaron Enriet y Veracruz, y éste se sentó al lado de Antolin.

III.

De tiempo en tiempo, Veracruz miraba á Antolin, como quien pretende dirigir la palabra á una persona, y no lo hace por temor de incurrir en una impertinencia.

—Este pillo no me ha conocido, dijo Antolin: señal de que estoy admirablemente desfigurado: cuando él no reconoce mi disfraz, es imposible que la policía lo reconozca.

Al fin, Veracruz dijo á Antolin:

—¿Estais seguro, caballero, de tener el número de este asiento?

—Ved si gustais, dijo Antolin desfigurando completamente la voz y con marcado acento inglés, dejando ver su billete á Veracruz.

—Es extraño, dijo Veracruz; yo creia que ese billete le tenia un amigo mio: una equivocacion sin duda del despacho.

—Puede ser.

—Dispensadme.

—Gracias.

IV.

Durante la representacion, que fué muy larga, Antolin y Veracruz hablaron, ya en francés, ya en inglés, acerca de la pieza y de los actores, sin que Veracruz reconociese á Antolin.

Antes de las doce, Antolin, fuera ya del teatro, se dirigia á la calle de Deux Portes.

Llegó y se puso en observacion del postigo.

A las doce y media llegó al postigo un hombre, le abrió, entró y cerró.

Antolin se despegó de su apostadero, se fué á los Tres Hermanos Provenzales, donde tomó un gabinete, encargando que si llegaba una señora cubierta por un velo y por un pañolon azul oscuro, la acompañasen hasta aquel gabinete.

La señora no podia ir, porque no existia, y no fué.

A las tres, Antolin llamó.

—¿No ha venido esa señora? le dijo al camarero.

—No, señor, nadie ha venido, contestó éste.

—Algun suceso imprevisto, alguna contrariedad, dijo Antolin: dadme la lista, si gustais.

V.

Antolin, que era gloton, cenó con muy buen apetito por valor de treinta francos.

A las cinco de la mañana pidió la cuenta, pagó y salió.

A las cinco y media estaba en su apostadero de la calle de Deux Portes.

A las seis se abrió el postigo y salió el hombre: pero se alejó en silencio, dejando conocer en su manera de andar, en un no sé qué que sólo hubiera podido apreciar un observador profundo, que iba de muy mal humor.

Antolin se puso en su seguimiento, y al entrar en la calle de Montorgueil se acercó á él.

El desconocido, al notar la aproximacion de Antolin, dió un paso de costado, se volvió bruscamente, y se puso en guardia de box.

—¡Ah! es inglés, dijo Antolin, y añadió en voz alta hablando en inglés: no temais, amigo mio, no temais; no se trata de un ladron, ni mucho ménos: soy un fabricante de navajas de afeitar de Tames Strehet, núm. 115, Lóndres: acabo de salir de cierta parte, no he encontrado un solo agente de policía á quien preguntar, soy nuevo en París, me he perdido, y os suplico me indiqueis por dónde iré bien á la calle de San Víctor.

Antolin habia nombrado una calle diametralmente opuesta á aquella en que se encontraban, y distantísima.

El acometido se tranquilizó.

No podia suponerse que un ladron inglés comprometiese el decoro de Inglaterra robando en París.

—Dispensad, dijo el otro; me habeis puesto en cuidado: pero eso es natural, y no debeis ofenderos: es muy tarde, ó por mejor decir, muy temprano; no conozco á París: sólo hace seis meses que vine al Circo Olímpico; soy artista; trabajo exclusivamente en el trapecio; me llamo James Gutz, y estoy á vuestras órdenes.

—Pero como no conoceis bien á París, dijo Antolin, no puedo utilizar vuestro buen propósito, que os agradezco, sin embargo: no importa; hemos hecho conocimiento de una manera extraordinaria, me sois simpático, y nada impide que pasemos juntos algunas horas, hasta que salgan á sus puestos los carruajes públicos, cualquiera de los que me llevará á mi casa.

—Hace frio, dijo lacónicamente mister James poniéndose en marcha.

—A esta hora, dijo Antolin, las tabernas empiezan á abrirse para aprovechar el consumo de aguardiente de los obreros que se levantan muy temprano: una taberna, si os parece, seria muy buen fondeadero.

—¡Una taberna! dijo James, sí, estoy aburrido, beberé, me embriagaré; la embriaguez alegra: ¿pero dónde está esa taberna?

—La encontraremos muy pronto sobre nuestra marcha, dijo Antolin; esta especie de establecimientos abunda mucho en París, segun he oido: marchemos.

A algunos pasos de allí, al volver la esquina de la calle de Tiqueton, encontraron abierta la taberna de la Rosa de Lion.

Dentro ardia la estufa, y algunos obreros, al parecer albañiles, comian un pedazo de pan remojándole con aguardiente, y sostenian una alegre charla en caló.

James Gutz y Antolin atravesaron la primera sala, y entraron en una pequeña habitacion donde sólo habia una mesa frente á la puerta, y sobre la mesa un pico de gas encendido.

Una muchacha fresca, viva, y más de lo que convenia descarada, vestida con cierta coquetería incitante, se presentó á servirles.

—¿De qué podemos disponer, señorita? la preguntó Antolin en mal francés.

—Hay idiomas de carnero, manos de idem...

—Permitid, dijo Antolin: ¿qué se entiende por idioma de carnero?

—La lengua, señor.

—¡Ah! es cierto; perdonad.

—Hay vaca asada y en salsa; riñones esparrillados y salteados; truchas, salmon y anguilas.

—¿Y nada más?

—Pues qué, ¿no hay bastante? dijo con viveza la jóven.

—Indudablemente, respondió Antolin: traed de todo eso, salsa picante y mostaza: ¿y qué podremos beber?

—Vinos y licores franceses y extranjeros de primera calidad, contestó la sirviente.

—¿Qué vino español teneis?

—Jerez y Valdepeñas.

—Dos botellas de Valdepeñas, una de Jerez, otra de ron para concluir: traedlas todas á la vez; me gusta ver las botellas en batalla.

—¡Ah! ya se conoce que sois sibarita, inglés legítimo, contestó con viveza la jóven enseñando á través de su sonrisa sus hermosos dientes: voy á serviros al momento.

Y salió.

—El Valdepeñas y el Jerez serán tan malos, dijo para sí Antolin, que podrán embriagar á un toro: dentro de media hora mi inglés charlará como una cotorra.

VI.

Entre tanto, James Gutz, sentado de costado en una silla, apoyada la espalda en la pared y con la cabeza inclinada, estaba profundamente pensativo, y á todas luces del humor más negro del mundo.

Llevaba un pequeño sombrero gris, y paletó, chaleco y pantalon grises tambien.

Al cuello una ancha corbata negra anudada con cierta elegante negligencia.

Era jóven, como de veinticuatro años, blanco, sonrosado, con hermosos ojos azules, con gran cabellera rubia, hermoso con toda la fuerza del buen tipo inglés; alto, robusto, admirablemente configurado: una especie de Apolo de Belvedere, aunque un tanto vulgar.

Habia algo de sórdido en la expresion de sus hermosos ojos azules.

Antolin le contemplaba profundamente.

—Sin duda sois víctima de alguna grave contrariedad, dijo Antolin: estais triste y preocupado.

—¡Ah, no! contestó el jóven; es mi carácter; padezco con mucha frecuencia de spleen.

—Vino en el spleen, dijo vivamente Antolin: Noé merece el agradecimiento de la humanidad, porque encontró el antídoto más seguro del humor negro: aquí tenemos ya con que hacer boca.

La sirviente acababa de entrar con una bandeja en que venian cuatro botellas y algunas copas; puso la bandeja sobre una mesa, y descorchó una tras otra las botellas.

—Valdepeñas legítimo y exquisito, dijo: Jerez admirable; nos los envian directamente; no nos valemos de comisionistas, que son unos pillos y comprometen el crédito de los establecimientos: el ron es Jamaica de primera calidad: no os lo servirian mejor en la taberna Inglesa; perdonad: pero esta es la verdad: todos saben que en la

Rosa de Lion se trata bien á los parroquianos: voy por los idiomas: ya vereis; los puede comer el arzobispo.

Y salió saltando.

VII.

Antolin llenó de Valdepeñas las copas mayores.

El inglés bebió con ánsia: se comprendia que deseaba embriagarse.

Antolin volvió á llenar las copas, y el inglés volvió á beber.

—Es lástima, dijo para sí Antolin paladeando el vino: este Valdepeñas no ha estado en la Mancha; es un pésimo Borgoña adulterado y de muy poco cuerpo: no importa: á vino flojo muchas botellas; hacedme el favor, señorita, dijo en voz alta á la sirviente que acababa de entrar con otra bandeja en que venian una tartera humeante, mostaza, salsa picante y un trozo de uno de esos enormes panes largos de familia que entero hubiera ocupado todo el largo de la mesa: hacedme el favor de traerme otras cuatro botellas.

—¡Ah! ya sabia yo que os habia de gustar: es exquisito.

Y salió, volviendo á poco ratò con otras cuatro botellas, que descorchó una tras otra, acompañando su operacion con una charla incoherente, pero llena de gracia y de volubilidad.

VIII.

Quedaron de nuevo solos Antolin y James Gutz.

Antolin hizo plato á su jóven compañero, y llenó de nuevo las copas.

James bebió con placer, y se puso á comer con apetito.

Lo sombrío de su semblante se iba despejando.

—Sois muy amable, dijo el inglés.

—Soy vuestro amigo, contestó el bribon; os encuentro sumamente simpático.

Y Antolin comia muy bien, á pesar de que dos horas antes habia cenado hasta la saciedad en la taberna Inglesa.

IX.

—Sin disputa os sucede algo, dijo Antolin viendo que James empezaba á achisparse; algo que os es muy fastidioso, y que sin duda proviene de una mujer: á vuestra edad sólo se padece por las mujeres; cuando yo era jóven he sufrido mucho por ellas; un corazon extremadamente sensible y deplorablemente confiado; ellas son el diablo: nacen viejas, y calculan como un negociante de mala fé: creedme, jóven, enviad las mujeres á paseo; aceptadlas en su verdadero valor, y no acepteis pagarés falsos: habeis tenido suerte en encontrarme; yo os instruiré y os haré hombre: las mujeres deben ser un objeto de explotacion, amigo mio; nunca una sanguijuela que se nos agarra, y que cuando está llena se despega de nosotros: á las sanguijuelas se les corta con unas tijeras por la mitad para que suelten la sangre, pero rara vez la sanguijuela mujer se deja arrebatar la sangre que nos ha chupado: están asociadas con el diablo, y nosotros somos unos imbéciles: las queremos más, cuanto son más malas. Bebed; para el amor y contra el amor, vino; el vino es el gran espe-

cífico, la panacea universal: no hay desgracia que no se anegue en vino: la desgracia de las desgracias es no tener dinero para el medicamento heróico cuando estamos dados á los diablos: la imposibilidad de beber es una especie de muerte rabiosa que no deseo á mi mayor enemigo: la felicidad consiste en las ilusiones; si estas han muerto en vos, buscadlas en el fondo de una botella de Champagne; si estais demasiado enfermo y no las encontrais en la primera, las encontrareis en la segunda; será muy raro que tengais que buscarlas en la tercera: cuando las hayais encontrado, no podreis ménos de exclamar agradecido: ¡Viva el Champagne! él es la beneficencia, la caridad, la gloria, la vida: es aromático, dulce, confortable; su embriaguez es suave y dorada: es un filtro mágico: nos vuelve á la juventud y hace que nos parezcan hermosas las viejas; por grande que sea el nublado que oscurecia nuestra imaginacion, su vapor divino le desvanece: ¡viva el Champagne! Es un poco caro; pero no importa: cuando hayamos establecido el vacío en todas esas botellas, vaciaremos cuatro de Mohet imperial.

—Sois muy amable, repitió el jóven.

Y bebió de nuevo.

—El Valdepeñas es un vino duro, continuó Antolin: es bravo, á la española, y produce una alegría algo densa: este vino debe usarse para las grandes catástrofes; por eso lo he pedido yo; porque me parecia que os íbais á pique.

—¡Ah! soy muy desgraciado, dijo el inglés; un demonio se ha apoderado de mí.

—¿Y qué es el amor más que un diablo disfrazado?

—¡Amor, amor! ¿se puede acaso amar á una vieja?

El vino habia puesto ya al jóven en la situacion de las grandes expansiones.

—¡Ah! ¿es una vieja la que os atormenta? dijo Antolin; ¡ya! una vieja tacaña: no conozco mónstruo más horrible que una vieja avara que pretende hacer su esclavo por algunos céntimos á un buen mozo: me parece que estoy viendo á vuestra harpía; rostro hombruno, nariz roma, frente estrecha, ojos pequeños y grises, boca ancha y lívida, un laberinto de arrugas, gran peluca rubia que se queda sobre un velador, pescuezo descarnado y rugoso, huesos y pellejo, voz áspera y palabra estúpida.

—¿La conoceis? exclamó con asombro el jóven.

—No, amigo mio, no, dijo Antolin: ¿cómo quereis que yo la conozca, si acabo de tener la complacencia de hacer vuestro conocimiento?

—Habeis hecho su retrato.

—Pues aún me falta algo: esperad: esa mujer duerme con pendientes de brillantes, con collar de brillantes, perfumada hasta hacerse insoportable, en un lecho de virgen con colgaduras de encaje blanco, cogidas por ramilletes de flores contrahechas: es una especie de bicho asqueroso recostado entre flores.

—¡La conoceis! ¡no tengo duda de ello!

—Conozco el tipo: esa es la vieja solterona aristócrata y avara que se enamora en el Circo y paga su amor con una pension mezquina.

—¡Ah! voy á morir de repugnancia, dijo el inglés: se paga muy mal á los artistas, se les reduce á una condicion precaria; es necesario aceptar los diez francos por

dia que nos ofrece la senectud que aún no ha renunciado al amor: ¡ah! ¡esto es horrible! ¡la duquesa de Chatillon me matará!

—¡Ah! esperad: ¡es la duquesa de Chatillon vuestro verdugo! dijo Antolin afectando una sorpresa que no sentia, porque desde mucho tiempo antes sabia que la amante del jóven era la duquesa: ¡oh! jamás se acaba de aprender: ¿quién habia de adivinar que la castísima, la severa, la intransigente señorita Clementina de Prevaux, duquesa de Chatillon, vizcondesa de Aiguebleu, la virtuosa, seria una de esas bribonas que en medio del misterio son lo contrario de lo que aparecen en el mundo? es verdad que la virtud de la señorita de Prevaux era la ágria virtud de las feas; una virtud antipática, pero siempre una virtud: debeis haberos equivocado, jóven; debeis haber tomado un nombre por otro: el mundo que todo lo huele, no ha olido nada bajo este concepto en la duquesa de Chatillon.

—¡Ah! porque el mundo no está á la una de la noche ni media hora antes de amanecer junto á un postigo de la calle de Deux Portes, dijo el jóven con acento lastimero.

—Basta, amigo mio, basta, os creo: supongo que ningun interés teneis en calumniar á la virtuosa duquesa de Chatillon, que pertenece á una multitud de sociedades benéficas.

—Y mata de asco y de hambre á sus amantes.

—¡Ah! la hipocresía, la infamia y la miseria por todas partes: fiad en las apariencias; respetad al gran ladron, al gran asesino, á la gran prostituta, porque vuestra

mirada inocente no alcanza á ver á través de su gran manto de hipocresía su podredumbre: ¡ah! y luego dicen: los grandes cómicos escasean: los Molieres, y los Talmas no se repiten! ¡ah, no! todo consiste en que los grandes cómicos están fuera del teatro; porque la comedia del mundo produce más que la comedia de bastidores: ¡que el arte ha muerto! mentira: nuestra época es completamente artística: todo consiste en que el arte ha cambiado su manera de manifestacion: ¡ah! me habeis asombrado, me habeis maravillado, me habeis aturdido, jóven: embistamos con esta vaca asada que huele muy bien: envolvamos en algo craso la crasitud del espíritu social de nuestra época: arrojemos vino y más vino sobre el repugnante manjar que nos hace tragar la moralidad hipócrita de nuestro tiempo: os compadezco, jóven, os compadezco; sois devorado por una serpiente.

—¡Millonaria, caballero, millonaria! y en vano pretendo que me haga rico, que me ponga en posicion de abandonar el trapecio: voy enfermando; una tos seca que de tiempo en tiempo me acomete, me alarma: cuando trabajo me acometen vértigos; voy sintiendo miedo; ¡y el público aplaude á James Gutz! ¡imbéciles! un dia James Gutz, en medio del estruendo de un aplauso, irá despedido por un volteo á estrellarse contra las galerías, como el pobre Jhon Tompson! ¡ah! y todo porque no puedo arrancar á esa maldita vieja un millon de francos.

—Alegraos, jóven, dijo Antolin con un profundo acento de conmiseracion: me habeis inspirado un grande afecto y una gran lástima, y me decido á haceros feliz. Pasado mañana podreis abandonar el trapecio á otros infelices;

porque pasado mañana tendreis cuarenta mil francos de renta.

—¡Ah! vos... caballero... vos... exclamó descompuesto de emocion James: sois millonario, sois filántropo; habeis tenido compasion de mí: ¡será posible! me libertais al mismo tiempo del trapecio, de las argollas, de la percha, de la cuerda, y sobre todo, de la duquesa de Chatillon: ¡ah! ¡sois un ángel!

—Angel, no; médico, lo cual no es una misma cosa.

—¡Pero millonario y benéfico!

—Benéfico, sí; millonario, no.

—Entonces ese millon de francos que me habeis ofrecido...

—Os le daré envuelto en un pequeño papel.

—¡Ah! ¡en un pequeño papel!

—Dentro del cual habrá unos polvos blancos y brillantes que valen... ¿quién sabe? acaso toda la fortuna de la duquesa.

—Explicadme, porque no comprendo...

—¿No habeis oido hablar nunca de ciertas medicinas que hacen se vuelvan locos por las personas que se las dan los que las beben?

—¡Ah, sí! comprendo, dijo con alegría James.

—Indudablemente la duquesa os ofrecerá todas las noches algun licor.

—¡Oh, sí! vinos, pastas, fiambres...

—Vos debeis ser algo prestidigitador.

—¡Oh, mucho!

—Os será, pues, muy fácil poner en el líquido que be-

bais la duquesa y vos el medicamento que yo os dé sin que la duquesa lo conozca.

—Facilísimo: ¿y debo yo tambien beber?

—¡Oh! sí, amigo mio, sí; despues de que hayais bebido, la duquesa creerá ver en vos un Dios, y vos una diosa en la duquesa.

—Entonces, dijo sencillamente James, lo que me ofreceis es mágico.

—Algo de eso, amigo mio, algo de eso; pero guardad profundamente el secreto.

—¡Oh! por lo que me conviene.

—Indudablemente la duquesa, que no ha querido casarse con nadie, ansiará casarse con vos, y del Circo Olímpico pasareis á la alta Cámara. Os voy á servir salmon.

—¡Ah, no! amigo mio, no; con la promesa que me habeis hecho he perdido completamente el apetito: no puedo beber ni comer más: soy feliz, y necesito reposar, quedarme á solas con mi felicidad: si os parece, nos retiraremos.

—¿Y por qué no? no hemos de estar aquí toda una eternidad.

X.

Antolin llamó, pagó y salió con James de la Rosa de Lion.

Era ya muy de dia.

Antolin se veia obligado á sostener al inglés, que apenas podia tenerse de pié.

—Con tal que con la borrachera no se le olvide lo que hemos hablado, dijo para sí Antolin: todo tiene su pró y su contra; pero no importa: si no acude á la cita que yo le daré, ya sé dónde puedo encontrarle: en llegando al boulevart, le meto en un coche y le envio á su casa. ¡Eh! ¡mister James! añadió en alta voz; oid lo último que tengo que deciros: buscadme esta noche á las doce en el puente de Arcole.

—Iré, respondió James.

—A las doce, esta noche, puente de Arcole; no lo olvideis, dijo Antolin pronunciando estas palabras al oido del jóven con el acento de un demonio, con uno de esos acentos que nunca se olvidan.

—Puente de Arcole, á las doce, respondió James de una manera tal, que Antolin dijo para sí:

—No lo olvidará.

XI.

Llegaron al boulevart, Antolin metió en un coche al inglés, éste dió las señas de su casa al cochero, y el alquilon se alejó.

XII.

Antolin se metió en una droguería.

Detrás del mostrador habia un despachante mofletudo, con uno de esos semblantes á través de los cuales se adivinaba un alma fria y sórdida.

—La conciencia de este hombre, dijo para sí Antolin,

no vale más de mil francos: es una gran cosa conocer á las personas; se obra sobre seguro.

Y saludó cortésmente al droguero.

Este contestó con una sonrisa fria y un saludo más cortés.

—Amigo mio, dijo Antolin al droguero: soy muy desgraciado.

El droguero se puso en guardia, y miró profundamente á Antolin.

—Las ratas me han declarado la guerra; tengo un pequeño jardin en el Marais, y en el jardin un invernadero: yo adoro á las flores; esos mónstruos no dejan cebolla que no roen; estoy aterrado: dadme cuatro dragmas de arsénico blanco para exterminar á mis enemigas.

Antolin habia sacado entre tanto su cartera, y de ella un billete de mil francos, que mostró al droguero.

—Lo siento, caballero, dijo éste algo aturdido; pero no tengo el cambio de ese billete.

—En vuestra tarifa, dijo con audacia Antolin, debe leerse: una dragma de arsénico blanco para matar ratas, doscientos cincuenta francos.

Antolin hablaba tan bajo, que nadie podia oirlo más que el droguero, suponiendo que hubiese gente en la trastienda, y fijaba en él una mirada de tigre á través de los vidrios verdes de sus gafas.

—Esperad, dijo el droguero tomando el billete y guardándolo en un cajon.

—Supongo que no tendreis vuestro arsénico en la trastienda, dijo roncamente Antolin.

—Le tengo aquí, al alcance de mi mano, contestó friamente el droguero.

—Pues concluid pronto, dijo Antolin.

El droguero tomó de otro cajon un pequeño papel, abrió un cajon de la anaquelería, metió en él la mano, puso algo en el papel, le envolvió y cerró el cajon.

Despues entregó el papel á Antolin.

Este le desenvolvió y examinó su contenido.

Habia en él lo ménos seis dragmas de arsénico blanco.

—Sois un hombre de honor, dijo Antolin envolviendo de nuevo el arsénico: no robais á vuestros parroquianos: gracias.

—Servidor vuestro, caballero, contestó el otro.

Antolin salió murmurando:

—Este hombre pagará sin duda bastante contribucion para ser jurado: ¡oh, magnífico! la tragi-comedia del mundo: y los papanatas creerán que este Mr. Mofletes es un hombre de bien.

Y tomó un carruaje que á la sazon pasaba vacío.

El droguero se habia quedado tan tranquilo como si hubiera vendido una libra de raíz de malvavisco.

XIII.

Antolin se hizo llevar todo el dia por el carruaje de este al otro monumento; de esta á la otra biblioteca.

Al oscurecer comió en un restaurant del Temple y despues se hizo conducir á la Opera Italiana.

Al dar las doce en el reló de Nuestra Señora, Antolin

decia á James Gutz en el puente de Arcole, dándole el arsénico:

—Id y sed feliz: mañana iré á buscaros casa de la duquesa de Chatillon; porque estoy seguro de que no saldreis de ella.

—Pues adios y hasta mañana, que os demostraré mi agradecimiento, dijo el inglés.

Y estrechando la membruda mano de Antolin, se alejó.

—Hemos concluido, dijo éste.

Y se quitó rápidamente la peluca, los anteojos y las narices postizas, arrojándolo todo al rio.

Era la noche muy oscura: el puente estaba completamente solitario, y nadie pudo ver la maniobra de Antolin.

Luego sacó del bolsillo interior de su paletó un frasco que contenia un líquido; empapó en aquel líquido un pañuelo, se lavó, y pañuelo y frasco fueron al rio.

Volvió á su casa, se hizo abrir por el portero, y cuando hubo pasado, el portero dijo:

—Este señor es muy alegre; se ha estado de broma dos dias.

CAPÍTULO XXI.

La faz intima de una mujer virtuosa.—El elixir de amor.

I.

Hay que confesar que Antolin sabia hacer un negocio y valerse de buenos agentes.

No hay agente mejor que aquel que no sabe lo que hace, ni á quién sirve, ni por qué le sirve.

James Gutz era bastante ignorante, supersticioso é interesado.

Creyó de buena fé todo lo que le dijo Antolin, lo que hace el elogio de éste en cuanto á su perspicacia para conocer á las gentes, y llevaba en su bolsillo la muerte creyendo que llevaba la felicidad.

II.

Llegó á la calle de Deux Portes y al postigo del jardin de la duquesa.

Abrió, volvió á cerrar, y adelantó, á pesar de la os-

curidad, de una manera segura, como quien conocia bien el terreno por donde adelantaba.

El jardin era extenso.

Nada se veia á causa de la profunda oscuridad de la noche.

El inglés llegó á otra puerta, la empujó, y la puerta se abrió en silencio, como si sus goznes hubiesen estado dados de aceite.

El estar aquella puerta abierta, indicaba que la duquesa habia vuelto ya del teatro y que se habia recogido.

El inglés subió por una estrecha escalera, sobre cuyos peldaños, cubiertos por una alfombra, apagaban el ruido de los pasos.

En esta escalera, el lujo servia á la prevision, á la hipocresía.

Una escalera de servicio alfombrada, es un indicio de mala especie para todo el que tiene alguna experiencia.

III.

Al fin de la escalera, el inglés recorrió un pasadizo alfombrado tambien.

Empujó á su extremo una puerta que se abrió sin ruido, atravesó una habitacion oscura, levantó un portier, y entró en un ancho y magnífico gabinete.

Dentro de él se aspiraba un ambiente tibio y perfumado.

Las paredes, ricamente entapizadas, estaban cubiertas en gran parte por bellos paisajes, por aguadas, por

pequeñas obras de arte que debian haber costado muy caras.

Del techo, pintado á la flamenca, pendia una lámpara de tres bombas, cuya luz estaba amortiguada.

Bajo la lámpara habia un gran velador de maqué legítimo de la China, y sobre el velador, en una gran bandeja de plata cincelada, habia un servicio completo de fiambres, pastas, vinos y licores.

Junto á este servicio, otro bello servicio de té.

El gabinete tenia tres grandes vanos cubiertos por magníficos portieres de seda, en que estaban estampados los grandes escudos de la duquesa de Chatillon.

Por el uno de los vanos habia entrado James.

El que estaba á su frente era el de un balcon que daba á la calle de San Denis.

El tercero comunicaba con un salon de confianza; y frente á él, en el cuarto lado del gabinete, habia una chimenea de bronce dorado sostenida por cariátides.

Sobre la chimenea, estátuas que servian de candelabros, un magnífico reló y un gigantesco espejo de Venecia.

Sobre el pavimento, constituyendo una preciosa obra de arte, una alfombra de Aubusson.

Y los confidentes, los sillones, los secreters, las rinconeras, sobre cada una de las cuales se veia un gran jarron de porcelana de Sevres, de maqué de la China, como el velador.

IV.

Entre esta elegante y sencilla riqueza, sentada en un sillon, junto á la chimenea encendida, envuelta por

una blanca bata de noche, estaba la duquesa de Chatillon.

Como para sus doncellas se habia recogido, se habia quitado la peluca, sustituyéndola con una preciosa cofia, que á pesar de su elegancia dejaba conocer la redondez de su cabeza calva.

Clementina era un espectro horrible, ataviada como una hermosa jóven de diez y siete años, en el elegante misterio de su alcoba, y por lo mismo más fea, más repugnante.

A pesar de esto, James adelantó; la cogió una descarnada mano, y se la besó con pasion.

La duquesa retiró con enojo la mano.

—Me tienes muy disgustada, dijo; has estado esta noche muy torpe; has hecho muy mal los equilibrios, las planchas y los volteos.

—Estaba enfermo, dijo dulcemente James, sentándose en un taburete á los piés de la duquesa.

—¡Enfermo! tenias miedo; las galerías se han echado sobre tí, han tosido, se han reido: esto me avergonzó; me avergüenza el recordarlo; me parecia que se reian de mí, porque te amo.

—¡Ah! por tí no me he esforzado; por evitarte un momento de terror: si hubiera querido trabajar bien, me hubiera caido: cada dia ponen más alto el trapecio; esta noche estaba á una altura espantosa; si el trapecio me despide, soy hombre muerto.

—Un artista no debe acordarse nunca de la muerte, para él no existe, pertenece á la gloria.

—¡Ah, no, no! tú estás irritada conmigo por otra ra-

zon, Clementina, por otra razon que no comprendo: te has enojado conmigo muchas veces porque he trabajado con demasiado atrevimiento.—Te vas á matar, me decias, y yo no quiero que mueras.—Yo te agradecia mucho tu cuidado; tú estás disgustada conmigo: ¿por qué ese disgusto, amada mia?

—¡Desvergüenza! ¡amada tuya! ¡que tú me amas! dijo bruscamente Clementina: lo que tú amas es mi dinero; eres un bribon sin pudor, no tengo duda de ello; á quien tú amas es á una muchachuela descarada que esta noche estaba detrás de mi palco en el Circo, y que exclamaba á cada momento:—¡Ah, James! ¡James mio! está enfermo, está enfermo, está torpe y se va á matar.

—¿Qué culpa tengo yo que una muchacha cualquiera haya dicho eso?

—Decia James mio.

—¡James suyo... James suyo! no conozco ninguna mujer, excepto tú, que tenga derecho á decir eso.

—Era una muchacha robusta, ordinaria, colorada, con los lábios que parecia le iban á brotar sangre; con unos ojazos azules muy desvergonzados: ¡y pensar que pueda hacerse traicion á una dama por una perdida semejante! no te conozco, te desprecio, vete, no vuelvas.

Clementina retiró su sillon, dejando sentado á alguna distancia de ella sobre el taburete á James Gutz.

—¡Ah, qué ingrata eres, Clementina! dijo suspirando James: mientras yo, pensando en tí, te procuraba una sorpresa agradable, tú me pagas enojándote por una suspicacia que no tiene fundamento alguno.

—¿Y qué sorpresa me has preparado? dijo con curiosidad Clementina.

—Una pequeña sorpresa que estoy seguro que te agradará: mira.

Y el jóven sacó una cartera, y de ella su retrato en fotografía de cuerpo entero y desnudo.

—¡Ah! exclamó Clementina levantándose y mirando el retrato á la luz de uno de los candelabros que estaban puestos sobre la chimenea; es un hermoso retrato: te se parece mucho: ¿quién le ha hecho, James?

—Mr. Cousi; ese fotógrafo belga que está de moda, y del cual hacen tantos elogios los periódicos.

VIII.

Mientras Clementina examinaba el retrato, James se habia levantado, se habia acercado al velador, habia destapado una botella de vino blanco y habia echado en ella los polvos que poco antes le habia dado Antolin.

Esta operacion habia pasado desapercibida para la duquesa.

Ambos estaban relativamente de espaldas.

James cubria con su cuerpo la botella.

La tapó, se separó del velador, y se acercó sonriendo á Clementina, que continuaba mirando el retrato.

—¡Qué hermoso eres! dijo la duquesa: tus formas son más puras, más mórbidas, más correctas que las de la mejor estátua del Louvre. ¡Oh! cuántas de las concurrentes al Circo deben estar apasionadas de tí!

—¡Oh! ¿qué importa eso? contestó James: yo te amo á tí sola: que tengan paciencia esas señoras.

—Bribonzuelo, exclamó enternecida Clementina: harás de mí lo que quieras.

—Reconciliémonos, dijo el inglés yendo al velador y tomando la botella, en la cual habia echado los polvos.

—Sí, bebamos: ese es un vino español que se llama Manzanilla, y que me han regalado haciéndome de él grandes elogios; no lo he probado aún; queria probarle contigo.

James dió una copa á Clementina, que bebió.

—Este vino sabe mal, dijo haciendo un gesto de repugnancia que la hizo aparecer más fea.

—¿Mal? dijo con extrañeza James.

—Sí, mal, contestó volviendo á beber Clementina.

Habia bebido más de la mitad de la copa.

—Es extraño, observó el jóven tomando su copa y bebiendo; en efecto, añadió cuando hubo bebido más de la mitad: sabe muy mal.

—Tiene esto un sabor incitante, dijo la duquesa acabando de beber lo que le quedaba en la copa.

—En efecto, un sabor fuertemente excitante, dijo el inglés.

Y acabó de beber su copa, tomó la de la duquesa, las puso ambas sobre el velador, y fué á sentarse á los piés de Clementina.

IX.

—Nuestra reconciliacion está hecha, y no debemos indisponernos más, dijo Clementina.

—Eres demasiado celosa, respondió James.

—Es que te amo mucho; que cada dia te amo más: esta noche mi amor es ya pasion; y es que he sufrido, es que he creido que me engañabas.

—Eso es el mal sabor del vino, respondió James.

—¿Cómo el mal sabor del vino?

—Sí, el mal sabor del vino: yo creo que tambien te amo más.

—No te entiendo, dijo la duquesa.

—Ese vino sabe mal sin duda por unos polvos que yo he puesto en la botella mientras tú mirabas mi retrato.

La duquesa se puso pálida.

—¿Dices que el vino que hemos bebido estaba preparado con unos polvos? exclamó Clementina con ansiedad.

—Sí, yo deseaba que me amases con toda tu alma; amarte yo con todo mi sér: y un amigo mio, á quien dije deseaba que una mujer me amase con pasion, me dió esos polvos, unos polvos mágicos, maravillosos, que hacen que dos personas que hayan bebido de un líquido preparado con ellos se adoren para siempre.

X.

Un pensamiento terrible pasó por la imaginacion de la duquesa.

—¡Ah, infame! exclamó; te estorbaba, ¡ansiabas librarte de mí! ¡me has envenenado y has tenido el impío placer de decírmelo!

—¡Envenenado! exclamó James con un acento imposible de dar á conocer.

A u lieron dos doncellas á me lio vestir.

—¡Sí, has puesto arsénico en mi vino!

—¡Arsénico! exclamó Gutz: yo he bebido tambien.

—¡No, tú no has bebido! te basta con que muera yo. ¡Ah, miserable! te comprendo: estabas dispuesto á presenciar mi agonía, á robarme despues; ¡ah! ¡no escaparás!

Y con una rapidez infinita corrió á la puerta por donde Gutz habia entrado, dió vuelta á la llave, la quitó de la cerradura y la lanzó por debajo de la puerta.

—¡Ah! eso no puede ser, dijo Gutz; tú estás loca: aquel hombre no puede tener interés alguno en que mueras tú, en que muera yo.

La duquesa habia tomado la botella de Manzanilla, y miraba con ojos extraviados, terribles, el fondo de la botella, en que habia un sedimento blanco.

XI.

Dejó la botella sobre el velador, corrió al boton de un tirador de campanilla, y llamó con fuerza y con insistencia.

Estaba aterrada, y le importaba poco que su servidumbre viese en su gabinete un hombre.

Acudieron dos doncellas á medio vestir.

La duquesa asió la botella que estaba en el velador, salió rápidamente y cerró por fuera la puerta del gabinete que correspondia al salon de confianza.

—¡Pronto, pronto, que llamen á Mr. Demaure; que avisen á otros dos ó tres médicos; que vayan en busca de la policía! ¡He sido envenenada por un infame! ¡Aquí,

aquí está la prueba del delito! añadió mostrando la botella que tenia en la mano á las doncellas, que estaban estupefactas: ¿pero qué haceis? ¿no ois que estoy envenenada? ¡que vayan al instante á buscar á los médicos y al comisario! ¡que me den agua caliente y aceite! ¡dicen que esto es bueno!

Poco despues la casa estaba en movimiento, y el mayordomo habia acudido con gran parte de la servidumbre.

—¡Allí, en aquel gabinete está el miserable, el asesino! ¡entrad, aseguradle bien! ¡que no pueda escapar por el balcon!

El mayordomo abrió la puerta del gabinete, entró en él con cuatro lacayos, y vió con asombro que la duquesa tenia en su habitacion y á aquellas horas un hermoso jóven que estaba muy lejos de parecerse á un ladron ó á un asesino.

Los criados le aseguraron, á pesar de su resistencia, y de que protestaba de una manera enérgica contra el tratamiento de que se veia objeto.

—Si la duquesa está envenenada, gritaba, yo lo estoy tambien; yo he bebido del vino que ha bebido ella; ¿por qué me maltratais?

XII.

Entre tanto, la duquesa bebia agua caliente y aceite, gritaba, improperaba á Gutz, le importaba poco que supiesen lo íntimo de sus relaciones con él.

Temia perder la vida, y no reparaba en la honra.

XIII.

El comisario llegó el primero.

Esta clase de gentes están siempre á disposicion de quien las necesita.

Se apoderó de Gutz, le puso esposas, y le colocó entre dos gendarmes.

Los envenenadores son séres terribles, y hay que tomar respecto á ellos grandes precauciones.

XIV.

Los médicos llegaron cuando Clementina y Gutz empezaban á sentir los primeros efectos del envenenamiento.

Gritaba y se desesperaba Clementina, y Gutz, aterrado y desesperado, gritaba tambien.

La servidumbre estaba consternada.

Mr. Demaure y dos colegas suyos que habian llegado despues que él, examinaron la botella y declararon que aquel vino contenia arsénico en cantidad bastante para causar la muerte.

Declararon al comisario que James Gutz estaba tan envenenado como la duquesa, y pidieron que se le soltase.

Perdido el envenenador, porque no podia suponerse que mister James Gutz se hubiese envenenado á sí mismo, era necesario encontrar el autor del delito, y la servidumbre fué detenida.

Se habian dado inútilmente eméticos á la duquesa y á James Gutz.

Los médicos dijeron al comisario que la catástrofe era inevitable.

El comisario se apresuró á empezar el interrogatorio, y preguntó á la duquesa.

Esta respondió que no sabia otra cosa sino que habia sido envenenada por James Gutz.

Respecto á éste, dijo que no le conocia, que le habia encontrado sin saber cómo en su gabinete escondido debajo del velador; que se habia sentido envenenada por una copa de vino que habia bebido, que habia tenido la serenidad de aparentar que no habia visto bajo del velador al asesino; que habia cerrado las puertas del gabinete y habia llamado á su servidumbre para que asegurasen á aquel hombre, llamasen á los médicos y avisasen á la policía.

XV.

Gutz dijo francamente que era amante de la duquesa; que habiendo salido disgustado de su casa porque se creia poco amado de ella, habia tenido un encuentro con un compatriota suyo antes del amanecer; que no conocia á su compatriota, habia almorzado mucho y bebido con él en la taberna de la Rosa de Lion; que habia hecho una completa confianza de su situacion amorosa á su compatriota, y que éste le habia ofrecido unos polvos, por medio de los cuales, bebiendo un licor preparado con ellos, la duquesa y él llegarian á amarse de una manera

excesiva; y que, en efecto, aquella misma noche, á las doce, su compatriota le habia dado aquellos polvos en el puente de Arcole; que se le habia olvidado el nombre de su compatriota; que era muy moreno, que tenia la nariz grande, colorada como por la erisipela, los cabellos largos, encrespados y de un rubio rojizo, las cejas enormes, gafas verdes, sombrero de fieltro negro, paletó gris y baston grueso de caña de Indias.

XVI.

Leyóse esta declaracion á la duquesa, para que en vista de ella dijese si conocia á aquel inglés, ó de no, si presumia quién podia tener interés en haberla envenenado.

La duquesa declaró que no conocia á aquel inglés, y que no podia sospechar de nadie, porque no creia tener enemigos.

Despues pidió se avisase á su prima política la duquesa de Portmontier y á su marido, de la situacion en que se encontraba y de que deseaba verlos.

XVII.

El comisario envió á la taberna de la Rosa de Lion á uno de sus delegados para comprobar la declaracion de James Gutz.

En efecto, la muchacha de la taberna declaró que en la mañana de aquel dia habia servido á dos ingleses, á quienes no conocia, pero cuyas señas convenian con las que se la habian indicado.

XVIII.

Pepa y el duque de Portmontier se apresuraron á ir á casa de la duquesa de Chatillon.

Cuando Clementina los vió junto á sí, hizo llamar al comisario.

En este momento, ya los médicos le habian dicho que se preparase á recibir los auxilios espirituales, porque no habia esperanza.

Clementina rugia de dolor y de rábia.

—Señor comisario, dijo, me habeis preguntado antes si podia yo sospechar de alguna persona á quien pudiese atribuirse el infame asesinato de que soy víctima: os respondí que no; queria tener delante de mí á la persona que tengo la seguridad de que me ha asesinado: esa persona está aquí fingiéndose consternada, cubriendo su semblante con un dolor hipócrita; porque esa persona es la duquesa de Portmontier.

—¡Yo! ¡Ella! exclamaron á un tiempo Pepa y el duque de Portmontier, irritada Pepa, indignado el duque.

—¡Sí, ella! exclamó con energía la duquesa; pero direis, ¿qué interés puede tener la duquesa de Portmontier en el asesinato de la duquesa de Chatillon? ¡Ah! lo voy á revelar todo; yo voy á morir; ¿qué me importa lo que se diga de mí? ¡quiero que la guillotina me vengue! ¡quiero que la guillotina haga al fin justicia de esa infame! ¡ah, sí! ¡es una infame! que entren aquí todos, quiero que todos oigan lo que voy á declarar, para que lo cuenten á todo el mundo.

—Esa desdichada está loca, dijo con una sangre fria admirable Pepa.

—¡Protesto de todo lo que aquí se haga en daño nuestro! dijo con energía el duque de Portmontier.

—Señor duque, dijo Mr. Demaure, que estaba á la cabecera de aquella mujer que iba á morir; perdonad, pero mi deber es declarar que la señora duquesa de Chatillon no ofrece síntoma alguno por el que pueda deducirse que está loca.

—Y mi deber, señor duque, dijo el comisario, es hacer que entren aquí cuantos se encuentren en la casa.

—Pido que conste mi protesta, dijo el duque de Portmontier.

—Constará, señor duque, respondió el comisario.

Y á seguida hizo entrar en la alcoba de Clementina á toda su servidumbre.

XIX.

Clementina miraba de una manera horrible á Pepa, que se mostraba pálida y sombría.

El duque de Portmontier tenia el aspecto de un hombre enérgico que se ve obligado á contener su cólera.

Cuando todos estuvieron allí, ménos los médicos que cuidaban en otra habitacion de James Gutz, la duquesa de Chatillon, dominando los agudos dolores que la causaba el envenenamiento, dijo con rostro y voz espantosos:

—Todos saben que la duquesa de Portmontier fué complicada en el asesinato de su primer marido, mi primo el

duque de Chatillon: fué juzgada y sentenciada á ocho años de trabajos forzados: cuando cumplió su condena se fué á España, y algunos años despues casó en ella con un rico capitalista que fué asesinado: nadie supo quién fuese el autor de este asesinato; pero la duquesa de Portmontier, á causa de este asesinato, y por un testamento previsor, heredó la inmensa fortuna del asesinado, y ya millonaria, volvió á París. Con ella vino, ó poco antes que ella, un grande de España, el marqués de Alpuente, que, enamorado de ella, aspiraba á su mano. El marqués de Alpuente negoció conmigo la manera de rehabilitar á la duquesa de Portmontier y de hacerla aparecer como una interesante víctima de un error del jurado: yo estaba arruinada, próxima á ser devorada por mis acreedores; recibí de la duquesa de Portmontier dos millones y medio de francos, y me presté á una innoble farsa. Por mi influencia la presidiaria fué rehabilitada. Poco despues, el marqués de Alpuente, cogido en un miserable lazo, fué arrojado al Sena, del que se sacó su cadáver. Era otro instrumento que la duquesa de Portmontier rompia. Por último, esa miserable, enriquecida por una sucesion de crímenes, rehabilitada por una bajeza, por una infamia, llegó á ser duquesa de Portmontier, por su union con Mr. Arturo de Fontenoy, á quien sedujo. Despues, no me importa decirlo, yo, prevalida del secreto que poseia, he rehabilitado mi fortuna con el dinero de la duquesa de Portmontier: rehabilitacion por rehabilitacion; pero sin duda la duquesa ha querido cortar ese rio de oro que de sus manos pasaba á las mias, y ha preparado una intriga diabólica de que he sido víctima: yo acuso de mi

muerte á la duquesa de Portmontier: que los encargados por la sociedad del cumplimiento de las leyes, exclarezcan este crímen y venguen mi muerte y la del desdichado James Gutz. ¡A la guillotina con la envenenadora!

XX.

Clementina se dejó caer rendida, exhausta, moribunda, sobre el lecho, y empezó á lanzar horribles alaridos de dolor.

Aquello alcanzaba á lo supremo de lo horrible.

—Retiro mi protesta, señor comisario, dijo el duque de Portmontier.

Pepa miró de una manera ansiosa, infinita, á su marido.

—Ya no os conozco, la dijo éste: todo ha concluido entre nosotros.

Y salió vacilante, conteniendo á duras penas el llanto que se agolpaba á sus ojos.

—Señora, dijo á Pepa el comisario; sobre vos pesa una acusacion terrible, y me veo obligado á arrestaros.

CAPÍTULO XXII.

La Providencia.

I.

La duquesa de Chatillon y James Gutz murieron.

Empezó á instruirse el proceso sobre este doble envenenamiento.

Pepa estaba detenida en una de las habitaciones de la consergería de la cárcel de la Fuerza, como reo acusado de aquel doble crímen.

El escándalo se habia apoderado de París, y no se hablaba de otra cosa.

El proceso habia arrojado una luz sombría sobre la historia de Pepa.

Se habia probado que despues de haber extinguido su condena, á su vuelta á España habia sido querida de un tal Chopito, ladron y asesino, que habia sido ajusticiado por el asesinato de una señora, en cuya casa la duquesa de Portmontier servia como cocinera.

Que nada habia resultado contra ella á consecuencia de aquel asesinato, y habia seguido sirviendo al viudo de

la asesinada, con el cual se casó un año despues, el mismo dia y á la misma hora en que ajusticiaban á Chopito, su antiguo amante.

Se supo que á los pocos meses, el segundo marido de la duquesa de Portmontier habia sido asesinado en la calle, y que ella habia heredado una fortuna de más de cien millones.

Se puso de manifiesto que la rehabilitacion de la duquesa de Portmontier de su condena de presidio habia sido un negocio inmundo, por consecuencia del cual se arrestaron algunos funcionarios públicos que en aquel negocio habian intervenido.

Se probó que la duquesa de Portmontier habia prometido su mano al marqués de Alpuente, y que éste habia sido asesinado.

Pero ninguno de los crímenes que se unian á la historia de Pepa podian recaer sobre ella, por absoluta falta de pruebas, y áun de indicios, y se la puso en libertad.

El autor del envenenamiento de la duquesa de Chatillon y de James Gutz habia quedado envuelto en el misterio.

No habia podido encontrarse aquel inglés moreno, de nariz inflamada por la erisipela, de gran cabellera rubia y de gafas verdes que habia almorzado con James Gutz en la taberna de la Rosa de Lion.

La policía, demasiado práctica, habia visto en él un gran bandido disfrazado, que habia cortado su pista antes de que nadie se pusiese sobre ella.

II.

Pepa, al ser puesta en libertad, intentó un supremo esfuerzo de seduccion sobre el duque de Portmontier, que se habia mostrado completamente ageno á ella durante su arresto.

Pidió un carruaje antes de salir de la cárcel, y se trasladó á casa del duque de Portmontier, entrando en ella, ni más ni ménos, con el mismo aspecto que si hubiera vuelto de un paseo.

Sus habitaciones estaban en órden, pero desiertas.

Llamó, y se le presentó el mayordomo del duque.

—¿Por qué no han acudido mis doncellas? preguntó con la mayor naturalidad Pepa.

—Las ha despedido el señor, contestó el mayordomo.

—Y el señor ¿no está en casa?

—No, señora: se ha ido á cazar.

—¿A dónde?

—No lo ha dicho.

—¿No se sabe cuándo volverá?

—Tampoco.

—Bien, dijo Pepa; buscad al momento doncellas que me sirvan.

III.

El mayordomo salió.

Poco despues volvió con una carta.

—El señor, dijo, ha vuelto: sabe que vuecencia está en casa y me ha dado esta carta para vuecencia.

Pepa leyó lo siguiente:

«Señora: nuestra separacion es de todo punto necesaria: he entablado ante el tribunal eclesiástico mi demanda de divorcio. Mientras ésta se sentencie podeis vivir en mi castillo de Blés. Podeis llevaros con vos vuestro guarda-ropas, vuestro guarda-joyas y vuestros carruajes. Sed feliz si podeis. Adios.—Arturo.»

—¡Ah! me ama todavía, dijo Pepa; me voy á su castillo de Blés; no tardará él en buscarme.

Y dirigiéndose al mayordomo que permanecia allí, le dijo:

—Búscame dos muchachas á propósito para ser doncellas mias y que quieran hacer un viaje: me voy á Blés: que se preparen algunos criados y que enganchen el coche azul: se necesitará un faeton para conducir mi equipaje, porque, como sabeis, para Blés no hay ferro-carril: esto al momento.

IV.

Una hora despues, dos lindas jóvenes se habian presentado á Pepa: eran sus nuevas doncellas, que empezaron desde el momento á hacer su equipaje.

Al abrir un secreter, donde tenia algunas joyas de valor, Pepa vió un objeto muy envuelto en un papel. Le desenvolvió y encontró un pañuelo blanco ordinario, en el cual habia una mancha redonda, oscura, casi negra; una mancha de sangre, antigua. Pepa se extremeció y se puso pálida.

Aquel era el pañuelo con que el verdugo habia cubierto el rostro á Chopito en el patíbulo.

—¡Ah! ¡la Providencia! exclamó Pepa, apretando en sus manos convulsas el terrible pañuelo: ¡creo que todo ha concluido para mí!

CAPÍTULO XXIII.

Continúan los manejos de Antolin.

I.

Antolin se guardó muy bien de decir á Veracruz ni á nadie, su negocio en servicio de Pepa.

Veracruz le habia hablado de aquel inglés extraño que habia ocupado en la Puerta de San Martin el lugar que él debia haber ocupado.

—¡Ah, diablo! respondió Antolin; cuando fuí á entrar en el teatro noté que habia perdido mi billete y dije: alguien le habrá encontrado y será capaz de ocupar mi puesto; si eso es así y lo veo, me irritaré y podrá sobrevenir una disputa cuyo resultado no se puede prever; seamos prudentes; buen provecho haga el billete á quien se lo haya encontrado.

No se habló más de esto.

—¿Dónde diablos has estado dia y medio, Antolin? dijo despues Veracruz á su amigo.

—He tropezado en una inglesa, mi querido Pánfilo, y he encallado, le respondió Antolin: gracias á que á las

treinta y seis horas he podido ponerme á flote: la vida es corta y es necesario aprovecharla.

Veracruz, que estaba muy preocupado, no preguntó más acerca de esto á Antolin.

A los dos dias, Veracruz le dijo:

—Mira lo que dice aquí.

Y le señaló una columna de un diario.

Antolin tomó el periódico, y leyó:

«Un suceso gravísimo, de esos que están marcados por una espantosa originalidad, conmueve y áun puede decirse que aterra en estos momentos á París. La duquesa de Chatillon ha sido envenenada, y envenenado tambien se ha encontrado en las habitaciones de la duquesa al célebre gimnasta del Circo Olímpico James Gutz: ambos murieron á las pocas horas de haber tenido la policía noticias de este doble crimen. La difunta duquesa acusó, antes de morir, de su envenenamiento á la bella y estimada duquesa de Portmontier, acerca de la cual hizo tales revelaciones, que la policía se vió obligada á arrestar á la duquesa de Portmontier, y se dice que el duque, su marido, ha entablado contra ella demanda de divorcio. El análisis químico del vino con que fueron envenenados la duquesa de Chatillon y mister Gutz ha demostrado que el envenenamiento se ha hecho por medio del arsénico blanco. Mister Gutz ha declarado que quien le dió el arsénico, haciéndole creer que eran unos polvos especiales que le procurarian el amor de la duquesa de Chatillon, era un compatriota suyo, de gran cabellera rubia encrespada, color moreno, nariz enrojecida por la erisipela, grandes cejas y gafas verdes. La policía ha creido

ver detrás de estas señas un gran bandido disfrazado, con el cual no se dará probablemente á no ser que, como no es de suponer, la bella duquesa de Portmontier sea la instigadora de este horrible crímen. Estaremos á la vista de los incidentes de este proceso para informar á nuestros lectores.»

—¡Diablo de Pepa! dijo Antolin como si hubiera sido completamente ageno á aquella historia: esta mujer es verdaderamente terrible, Pánfilo: ¿pero por qué habrá despachado á la otra?

—La estaba sacando un lado, dijo Veracruz, y si no la despacha, la arruina: ha hecho bien.

—Es decir que tú crees que Pepa ha hecho esto.

—Indudablemente; pero creo tambien que tendrán que soltarla, porque no la probarán el delito.

—¿Has sido tú acaso el inglés tras el cual la policía ha visto á un gran bandido, como dice este estúpido periódico? preguntó Antolin á Veracruz guiñándole un ojo.

—¿Cómo he de haber sido yo, imbécil, si, segun las señas que dan en el periódico, el inglés que se ha perdido es el mismo que se encontró el billete que tú perdiste y él utilizó? Y además, yo siempre hubiera contado contigo, como tú hubieras contado conmigo si Pepa te hubiera propuesto este negocio que ha debido pagar muy bien.

—Es verdad, dijo Antolin: yo no te hubiera guardado el secreto, como tú no me lo hubieras guardado.

—Pues te aseguro que tendrán que soltar á Pepa, convencidos de que es inocente, dijo Veracruz; porque cuando ella se propone tomar la espalda al Código, no hay

ojos humanos que la vean detrás de él; obra siempre de una manera indirecta, y sabe de quién se vale: es una gran mujer; yo me habia propuesto vengarme de ella por lo que nos obligó á hacer con aquel pobre diablo de marqués de Alpuente; pero la admiro y la perdono.

—Ya: la perdonas cuando la ves en manos del jurado, dijo Antolin.

—No es el jurado lo malo, contestó Veracruz; el jurado la absolverá; pero tales cosas ha revelado al morir la vieja duquesa de Chatillon, que el duque de Portmontier no podrá ménos de separarse de Pepa, y de separarse de una manera definitiva.

—Admiro la generosidad de tu perdon, Pánfilo: la perdonas cuando la ves infinitamente más castigada que lo que tú hubieras podido castigarla: viva la generosidad: esto es lo mismo que si un hombre al ver á su enemigo muerto, dijese: no quiero matarle; le perdono.

—Y lo terrible del caso es que Pepa adora al duque de Portmontier, y el duque de Portmontier la adora.

—Eso aumenta la generosidad de tu perdon; pero eso tambien da miedo: hay que creer en la Providencia, Pánfilo; casi casi estoy por irme á Roma y meterme fraile capuchino.

—La impiedad no sienta bien en nadie, Antolin, dijo Veracruz: es necesario que te des algunos paseos por Poissy.

—¡Ah, sí! á propósito de la Providencia: dices bien; tú quieres que nosotros seamos la Providencia que castigue á la marquesita de Santorcaz por el doble delito de no haberte amado y de haberte entregado á los ingleses:

en buen hora; pero la marquesita me conoce demasiado, y es muy lista.

—Válete de un medio indirecto, ó disfrázate.

—¿Qué es lo que hay que buscar contra la marquesita?

—Está enamorada como una loca del señor Andrés Peralta; pero el señor Andrés Peralta no lo está tanto de ella: hace con demasiada frecuencia visitas á París, y suele permanecer fuera de su casa de campo de Poissy noches enteras: si por efecto de su mala conducta sucediese una desgracia al señor Andrés Peralta, la hermosísima Magdalena no se consolará nunca.

—A mí no me gusta, Pánfilo, acometer de frente los negocios, porque un incidente imprevisto, una gota de sangre que cae en cualquier parte de nuestros vestidos, pueden ser un asidero por el cual la policía llegue á una prueba; y aquí, por quítame allá esas pajas, le suprimen á un individuo la cabeza, como si absolutamente no le hiciera falta para nada. Aquí es muy difícil obrar de una manera indirecta, porque los bribones de Francia no son tan listos ni tan decididos como los de por allá; se emborrachan cuando van á hacer un negocio; se venden los unos á los otros, y la policía juega con ellos.

—Eso significa que tú vales ménos que Pepa.

—Eso no, por vida de Neptuno; voy á ponerme en franquía, y pronto veremos si sirvo yo ó no sirvo para echar á pique al señor Andrés Peralta. Tú dices que viene con frecuencia á París...

—Sí, pero no sé más; hubiera necesitado descubrirme para saberlo, y prefiero valerme de tí: yo sirvo mucho para otra clase de negocios; para estos, que hasta cierto

punto son negocios pequeños, negocios de intriga y de acecho, me falta paciencia; tú eres muy á propósito para ellos, y además te divierten.

—¿Que si me divierten? diera yo cualquier cosa por haber sido el hombre de quien se hubiera valido Pepa para su negocio.

—Pepa no se hubiera valido nunca de tí.

—¿Pues de quién se valió, ó mejor dicho, quién lo hizo todo en el negocio del marqués de Alpuente? qué delgado y qué acabado estaba aquel pobre diablo: el arrojarle al Sena me fué tan fácil como me lo hubiera sido el arrojar una paja.

—Pepa sabe demasiado que es difícil que un mismo hombre salga bien de dos negocios negros; es necesario no cansar á la fortuna; y sobre todo, no exponer dos veces á un mismo hombre á que repare en él la policía.

—¡La policía! la policía no existe más que para los tontos: la policía no ve más que lo que la dejan ver: sus redes pescan á las sardinas; pero los tiburones las rompen; soy yo demasiado pez para que la policía pueda atraparme: me rio de ella y la hago la mamola en sus barbas: conque estamos al corriente: hay que observar al señor Andrés Peralta, y obrar en consecuencia de lo que suceda: voy á aparejar para levar ánclas y hacerme á la mar. Conque, adios, hasta que pueda traerte alguna noticia.

Antolin estrechó la mano de Veracruz, y se separó de él.

II.

Se puso á dar vueltas por los boulevares examinando los carruajes de alquiler.

Al fin se detuvo delante de una preciosa berlina que parecia hacer poco tiempo que habia sido entregada á la ignominia del alquiler: aún conservaba un arrogante escudo de nobleza en sus portezuelas.

Sus dos caballos eran bastante buenos.

El cochero dormia en el pescante.

Antolin le despertó, y le dijo en buen francés:

—A la primera tabernilla que encuentres en el bosque de Boloña.

Y se metió en la berlina.

Esta echó á andar con bastante rapidez, y se detuvo al fin delante de una linda casita de pinabete á la suiza, escondida bajo algunos corpulentos árboles, formando una composicion bellamente pintoresca.

Aquella casita era al mismo tiempo taberna y lechería.

Antolin bajó de la berlina, y dijo al cochero:

—Quiero beber contigo: tenemos que hablar de un negocio.

—Como gusteis, dijo el cochero dejando su fusta en el pescante y bajando.

Entraron en la taberna, se sentaron junto á una mesita muy limpia, y Antolin dijo al cochero:

—¿Qué quieres beber?

—Aguardiente, contestó el auriga.

—Traednos una botella de aguardiente, dijo Antolin á una muchacha que se habia presentado á servirles.

—Tu puesto es el boulevard de la Magdalena, ¿no es verdad? dijo Antolin.

—Sí, señor, contestó el cochero con marcado acento auberñés; mi carruaje está declarado de primera clase.

—Es muy bueno, dijo Antolin.

—Como que ha sido del vizconde de Autrefout, que quebró hace poco tiempo.

—¿A qué sociedad pertenece ese carruaje?

—A ninguna; es mio: yo tenia diez mil francos ahorrados, y los he invertido en ese carruaje y en sus caballos, que, como veis, son muy superiores á los de los otros carruajes de alquiler.

—Tú lo entiendes: el que por un franco puede ir con más decencia y más rapidez, aprovecha la ocasion: tú debes trabajar mucho.

—¡Oh! bastante, dijo el auberñés.

La muchacha sirvió en aquel momento el aguardiente.

Antolin llenó las copas y bebieron.

—¿Cuánto te produce tu carruaje todos los dias por término medio? preguntó Antolin.

—Veinticinco francos; pero de aquí hay que descontar dos francos diarios de cochera, cuadra y habitacion, que todo lo tengo junto en la barrera de Grenelle; tres francos y medio para manutencion y herraje de los caballos; un franco para luz y pequeñas reparaciones, y cuatro francos para comer, beber, fumar y vestir; poned por lo imprevisto doce francos diarios de gasto, el cinco

por ciento del capital y la contribucion, y vereis que apenas me quedan cinco francos de ganancia.

—Te capitalizo esos cinco francos al tres por ciento.

—De lo que resulta, dijo el cochero, un capital de...

—Un capital doble del que tenias.

—Trato hecho, dijo el cochero, y añadió para sí: he encontrado el tonto que entra en París todos los dias.

—Se entiende, dijo Antolin, que te compro tu licencia y que me traspasas la cochera, la cuadra, la habitacion y la librea.

—Convenido, dijo el cochero: me convierto en rentista; yo soy modesto; voy á darme el lujo de no hacer nada: ¿y cuándo vamos á finalizar el trato?

—En el momento en que lleguemos á tu habitacion: si no quieres beber más, marchemos.

—Cuanto antes, dijo el cochero.

Pagó Antolin, salieron, subió el cochero en el pescante, Antolin se metió en el carruaje, y una hora despues, éste paraba delante de una puerta cochera de un caseron aislado en la barrera de Grenelle.

Bajaron los dos del carruaje; el auberñés abrió la puerta de la cochera, metió en ella el carruaje, encendió la bujía de una de sus linternas, cerró la puerta, y por una escalera de mano subió á una especie de desvan encaramado junto al techo á teja vana, del cocheron.

En aquel desvan habia un camastro, un viejo armario, una mesa, una silla, y en dos rincones lóbregos un pequeño monton de cebada y otro mayor de paja.

—Vamos á concluir muy pronto, dijo Antolin: tú vas á salir de aquí con veinticinco mil francos para no

volver más, dejándome tu licencia, tu carrik, tu sombrero, y un recibo en que conste que has vendido tu carruaje y tus caballos y has traspasado tu licencia y este local á Mr. Próspero Laforje.

Antolin sacó de su cartera seis billetes de á cuatro mil francos y otro de mil y los puso sobre la mesa.

—Son legítimos, dijo Antolin.

—Ya lo veo, contestó el cochero.

—Pues extiende tu recibo, dijo Antolin.

El auberñés se guardó en el interior de sus vestidos los billetes, se levantó, abrió el armario, sacó de él papel y tintero, y extendió el recibo y lo firmó.

—Estamos al corriente, dijo Antolin leyendo el recibo, doblándole y guardándole en su cartera.

—Ya estás aquí de más, dijo Antolin: vete.

—Aún falta algo, dijo el cochero: no me habeis satisfecho el precio del tiempo que me habeis ocupado: son cuatro francos.

—¡Ah! es verdad, dijo Antolin; toma, y guárdate lo que sobra de propina.

Y le dió una pieza de cinco francos.

El auberñés se quitó su carrik y su sombrero, tomó de sobre el camastro una gorra de piel de nútria, y quedó con un paletó viejo, abrochado hasta el cuello, sin dejar señales de camisa, y un pantalon muy usado.

—¿Bajais á quedaros con la llave? dijo el cochero.

—No, contestó Antolin: déjala puesta por dentro y la puerta entornada.

—Pues adios, y prosperad, dijo el cochero.

Y yendo al boquete del desvan, desapareció por él.

Poco despues se oyó rechinar la puerta al abrirse y al volverse á cerrar.

III.

—Bien, dijo Antolin; esto es algo audaz; pero sin embargo, yo he sido en París, con otra cara y otras señas, Mr. Próspero Laforje, constructor de jaulas de pájaros: era viejo, cano, tenia la nariz encorvada y una venda sobre un ojo: volvamos á ser Mr. Próspero.

Antolin salió, cerró la puerta cochera, se metió en París, compró lo que necesitaba para convertirse en Mr. Laforje, volvió á su hotel de la calle de Saint-Honoré, buscó en un mueble los papeles que acreditaban á Mr. Laforje, y en un carruáje que despidió antes de llegar á su cocheron, se volvió á la barrera de Grenelle.

Entró en su nuevo establecimiento, desenganchó los caballos, les echó pienso, se subió al desvan, y empezó á trasformarse.

Media hora despues, se habia convertido en un cochero viejo, en un sér miserable y humilde, en un pobre diablo en toda la extension de la frase.

Se metió en una mugrienta cartera sus documentos, el recibo que acreditaba el traspaso que le habia hecho el cochero Juan Buding, y se fué con una andacia infinita á la prefectura de policía, á la seccion de carruajes públicos, donde tuvo que esperar dos horas para que le llegase su turno de ser despachado bajo la mirada de los polizontes, que nada vieron en él de sospechoso.

IV.

—He comprado á Juan Buding, cochero número quinientos sesenta, su carruaje y sus caballos, y he tomado en traspaso su cocheron, dijo con voz gangosa y mezquina Antolin al inspector de carruajes de alquiler: me ha costado demasiado caro: ese tunante de Juan Buding me ha dejado sin un céntimo: aquí están mi recibo, la licencia y mis documentos.

El inspector miró friamente aquellos papeles, puso en la licencia una nota, registró aquella nota en un libro y dijo á Antolin.

—Quince francos de derechos.

Antolin pagó.

—Estais al corriente, dijo el inspector.

—Aún no, caballero, dijo Antolin: la licencia marca mi puesto en el boulevard de la Magdalena, y me conviene mucho trasladarme á la estacion del ferro-carril del Este.

—Diez francos de derechos, dijo el inspector.

Antolin puso sobre la mesa diez francos, y presentó al inspector la licencia.

Este escribió en ella una nueva nota, que registró en el libro, y devolvió la licencia á Antolin.

—¿Se os ocurre más? dijo el inspector.

—Nada, sino demostraros mi agradecimiento, dijo Antolin haciendo una grosera reverencia: á vuestras órdenes, señor inspector.

Y salió.

Antolin quedaba registrado en los libros de la policía bajo esta fórmula:

«Próspero Laforje, dueño de carruaje público, cochero del mismo, berlina á la Dumont, con dos caballos, número quinientos sesenta; cochera, barrera de Grenelle, número 40; situacion, estacion del ferro-carril del Este.»

Antolin podia cocherear libremente por París.

Se volvió á su cochera, y examinó la casa en que estaba situada.

Constaba únicamente de piso bajo y superior.

Las ventanas estrechas y desmanteladas del piso superior, demostraban que correspondian á habitaciones de gente pobre.

En el piso bajo, á más del cocheron, sólo habia un taller de cajas de toda especie, inclusas las de muertos.

Por cima de una tapia que se apoyaba en la cochera, que se torcia en un ángulo, se veian grandes pilas de vigas y tablas, lo que demostraba que aquel era un depósito de maderas.

Este edificio estaba completamente aislado en medio de una pradera en que se levantaban algunos olmos viejos.

—Magnífico, dijo Antolin; este es un verdadero escondite; empecemos á trabajar. A las seis llega un tren en el que entran los que vienen de Poissy: son las cinco; tengo tiempo.

Entró, enganchó los caballos, que por la primera vez despues de muchos meses habian devorado un buen pienso, sacó el carruaje fuera, cerró la puerta, montó, y marchó á la estacion del ferro-carril del Este.

Presentó al celador del puesto su licencia, y el celador le colocó.

Su carruaje era el mejor de los cincuenta ó sesenta que allí habia, con mucha ventaja sobre ellos.

El inspector, por lo mismo, le colocó el primero, delante de la salida del desembarcadero de la estacion.

Poco despues llegó el tren de las seis.

Entre la gente que desembocaba, Antolin vió á Andrés Peralta, que venia vestido con suma elegancia.

Andrés vió el carruaje de Antolin, y encontrándole superior á los otros, se dirigió á él. Pero se le adelantó una jóven aldeana con dos niños y una gran balumba de cajas, y le dijo:

—Cochero, calle de San Antonio, número 93; de prisa, me están esperando.

—Sois tres, dijo Antolin, copiando admirablemente la grosería de los cocheros, y mi carruaje es de dos personas: además, no cabe en él todo eso que traeis.

Andrés esperaba, porque se habia encariñado con el carruaje. La aldeana no sabia qué contestar.

Desgraciadamente para Antolin, el celador que estaba cerca lo habia oido todo.

—Este caso está previsto en la tarifa, dijo; todo se reduce á que esta señorita pague franco y medio en vez de pagar un franco.

—Eso no importa, dijo la aldeana rehaciéndose: cochero, calle de San Antonio, número 93; de prisa, os daré propina.

—Cargad, dijo el celador á Antolin.

Andrés dejó de esperar, y se dirigió á otro carruaje.

Antolin abrió la portezuela de muy mal humor, metió dentro á la aldeana con sus hijos, y acomodó sobre sus rodillas y en el fondo del carruaje sus cajas.

Despues cerró la portezuela y se puso en marcha, haciendo sufrir su mal humor á los pobres caballos.

V.

Cuando hubo dejado á la aldeana con sus chicos y sus cajas, para no inspirar sospechas, se volvió á la estacion, en la cual estuvo haciendo el servicio hasta las doce de la noche, en que terminaba, y se volvió al cocheron.

Habia ganado quince francos; pero tuvo que pasarse la noche sin cenar, porque los figones de los alrededores estaban cerrados, á causa de lo avanzado de la hora.

Al amanecer almorzó en uno de ellos y se fué con su carruaje á hacer su servicio hasta las doce del dia, á la estacion.

A las doce, con nueve francos de ganancia, se retiró hasta las dos de la tarde, en que debia volver al servicio.

Durante aquellas dos horas, dió pienso á los caballos, comió, se aburrió, y á las dos volvió á su puesto para continuar aburriéndose.

Como su carruaje era el mejor, todos cargaban sobre él.

Las seis de la tarde le cogieron atravesando á París, conduciendo á un respetable señor y á su hija.

—No importa, dijo Antolin: no es de suponer que mi hombre haya regresado de París á Poissy y haya

vuelto á París: mañana será otro dia, y ya sé lo que debo hacer.

A las siete estaba otra vez en la estacion, aburrido y soñoliento.

De repente sintió que le daban con un baston en el hombro, y oyó una voz muy conocida que le decia:

—¡Eh, holgazan! despierta: calle de Saint-Honoré, hotel de Strasburgo.

—¡Calla! dijo para sí Antolin: es Veracruz: veamos si me conoce.

Y se inclinó de manera que la luz de la linterna le daba de lleno en el rostro.

—¡Ah! ¿sois vos, caballero? exclamó; perdonad; tengo una gran complacencia en serviros: ¿no me conoceis?

—No, dijo naturalmente Veracruz.

—Yo estaba en el boulevard de la Magdalena, y os he llevado muchas veces.

—Os equivocais, respondió Veracruz de la manera más natural del mundo; yo nunca he tomado carruaje en ese puesto.

—Dispensad, pero yo juraria...

—Vamos, vamos, dijo Veracruz entrando en la berlina: en marcha y de prisa.

—Este maldito, dijo Antolin arrancando, ha cometido la imprudencia de ir á Poissy; de seguro, aunque dice que no, y á pesar de su hermosísima Enriet, está enamorado de la marquesita.

Cuando llegaron, Veracruz dió cinco francos á Antolin y se entró en la casa sin esperar la vuelta.

—Hé aquí un buen parroquiano, dijo Antolin.

Y bajando del pescante, se entró en la portería y se puso delante del portero.

—Mr. Pitty, le dijo, sois el hombre gordo más honrado que conozco, y vuestra hija la señorita Carolina es la jóven más deliciosa de París. ¿Quereis hacerme el favor de una poca de agua y de llenar mi pipa? tengo una sed que me devora, y me he olvidado de comprar tabaco.

—Tú estás borracho, bribon, dijo indignado el grave Mr. Pitty sin conocer á Antolin: ea, vete ó cojo la escoba; me estás ensuciando el portal.

—Perdonad, señor, perdonad, dijo Antolin haciendo una mamola á Mr. Pitty; hasta la vista.

Y escapó ganando su pescante, porque indignado Mr. Pitty, se habia puesto en busca de su escoba.

—Hasta mañana no me ven el pelo en la estacion, dijo Antolin volviéndose á su cochera.

VI.

Al dia siguiente, al amanecer, Antolin volvió á su puesto.

—¿Dónde habeis estado anoche desde las siete? le preguntó el celador.

—Me tomaron por horas un caballero y su hija, y me han ocupado hasta despues de las doce.

—Bien, dijo el celador; me alegro de que hagais buenas ganancias.

—Gracias, contestó Antolin encendiendo su pipa.

El celador se metió en la estacion.

VII.

Dentro de ella habia uno de esos sargentos de gendarmes.

El celador se dirigió resueltamente á él.

—Mr. Coquard, le dijo, ¿no habeis reparado una singularidad?

—¡Ah! no, contestó el señor Coquard, pasándose blandamente la mano por su voluminoso abdómen; ¿y qué singularidad es esa, Mr. Musuar?

—Un cochero que llegó ayer con su licencia en regla, revisada por la prefectura.

—¿Con una berlina azul á la Dumont?

—Cabalmente.

—¿Con dos buenos bichos normandos?

—Exactísimo.

—¿El número quinientos sesenta?

—Eso es.

—Y bien; yo habia reparado en ese cochero porque tiene algo de raro; pero no habia visto en él nada sospechoso.

—Yo sí, dijo Mr. Musuar; por ejemplo: anoche se fué á las siete y no volvió.

—Le ocuparian.

—Nada hubiera tenido de extraño que al volver de vacío le hubiesen ocupado; pero, ¿creeis natural que, como me ha dicho, le ocuparan hasta las doce de la noche los viajeros que tomó en la estacion? el que llega de un largo viaje se mete á donde le esperan, ó en cual-

quier parte para descansar, y yo ví que el caballero anciano que con su hija entró en el carruaje del tuerto dijo á uno de los mozos de la estacion, que le seguia cargado con una gran maleta:—A mi casa, calle de Haute-Ville, número 50.—¿No os parece que es muy extraño que despues de esto, este señor se haya servido del coche del tuerto?

—Nada tiene de extraño si le llamaba algun gran negocio á otra parte, contestó el sargento.

—Sin embargo, esto es algo sospechoso.

—De todo puede sospecharse.

—Estoy seguro de que ese bribon se ha ido á su casa despues de haber dejado en la suya á los viajeros de la calle de Haute-Ville.

—Esperad; vamos á salir de dudas: ¡Longchamps!

Acudió un gendarme que estaba á alguna distancia.

—Id al número 50 de la calle de Haute-Ville y preguntad al portero si un caballero anciano, con su hija, que llegaron anoche á las siete por el ferro-carril del Este, volvieron á salir de su casa y ocuparon el coche de alquiler que los habia llevado; id.

VIII.

Tres cuartos de hora despues volvió Longchamps y dijo al señor Coquard, que se paseaba con el señor Musuar dentro de la estacion:

—El viajero que llegó con una señorita, anoche, al número 50 de la calle de Haute-Ville, es el señor conde de Aré y la señorita, su hija: pagaron el carruaje en

que fueron, que se retiró, y ni el señor conde de Aré ni su hija volvieron á salir.

—¿No os lo decia yo? dijo con aire triunfante á Mr. Coquard Mr. Musuar, tengo yo un ojo de lince, y sobre todo, desconfio de los tuertos: ningun tuerto es hombre de bien, creedlo: ese cochero es un bribon.

—Puede suceder que os haya contestado de una manera inexacta, por olvido.

—Se fué á su casa, estoy seguro de ello: ¿y por qué se fué á su casa, cuando es el cochero que más trabaja, porque su carruaje es el mejor del puesto? ¿creeis que estos tunos pierden ni un céntimo de ganancia? no los conoceis, Mr. Coquard: ese hombre es altamente sospechoso.

—Y bien, dijo el señor Coquard, las prevenciones nunca están de más; si ese tuerto, á pesar de vuestras sospechas, es un hombre de bien, nada se pierde con que se le vigile: quedad con Dios, Mr. Musuar; despues de lo que me habeis dicho, yo no cumpliria con mi deber, si no diese conocimiento de ello á la prefectura.

El sargento de gendarmes salió de la estacion y pasó junto al carruaje de Antolin que estaba fumando su pipa, harto ageno de que la policía se ocupaba de él.

El sargento ni áun le miró al pasar, porque la policía cuando teje una tela de arañas no mira á la mosca para quien la teje.

Al medio dia, todos los comisarios de París que habian ido á recibir la órden, recibieron la de que fuese vigilado el carruaje de alquiler, número quinientos sesenta.

IX.

A las seis del mismo dia, Antolin estaba en su puesto en la estacion y ante la puerta de salida del desembarcadero.

Habia quitado de la berlina, media hora antes, esa señal que indica que un carruaje de alquiler se encuentra á disposicion del público.

Llegó el tren, salieron los viajeros, y como la berlina de Antolin era la más decente, algunos se dirigieron á ella.

—¿No veis que está tomada? les dijo Antolin.

El celador, que no habia dejado de observarle, rondaba cerca del carruaje.

De improvisto, un caballero jóven adelantó hácia la berlina, y al ver que la faltaba el cartel, dijo:

—¿Está tomada, no es esto?

—¡Ah! ¡por vida!... dijo Antolin, me habia olvidado de poner mi veleta; no, señor, no está tomada, caballero, podeis hacerme el honor de ocuparla.

El caballero jóven entró en la berlina. Era Andrés Peralta.

—A la calle de Luis el Grande, número 32, cuanto de prisa puedas, dijo Andrés.

La berlina partió.

Poco despues, un gendarme á caballo siguió á lo lejos la berlina.

Esta tardó media hora en llegar á la calle de Luis el Grande.

El gendarme detuvo su caballo en la esquina de la calle de Luis el Grande, echó pié á tierra y dijo á un gendarme de á pié:

—Tenedme el caballo, compañero; vengo de observacion.

El de á pié tomó las bridas del caballo: el otro se deslizó á lo largo de la acera pasando de la manera más natural del mundo junto al carruaje que se habia detenido á la puerta de una gran casa.

Antolin permaneció á la puerta de aquella casa con su carruaje.

El gendarme dió la vuelta á la esquina, se acercó á ún hombre con blusa y garrote que apoyado en una pared junto á la puerta de una taberna fumaba su pipa, y le dijo tocándole bruscamente en un hombro:

—Volved la esquina á vuestra derecha y vigilad un carruaje que hay delante de la puerta del número 32; cuando el carruaje parta, seguidle.

—¿Y si corre mucho?

—Seguidle.

—¿Y si se mete en alguna cochera?

—Observad.

—Bien.

Y el tunante se irguió, empuñó su garrote, se deslizó por la pared de sobre su derecha, y torció la esquina.

El gendarme dió vuelta por otras dos calles, tomó su caballo de manos del gendarme de infantería, montó y se alejó.

X.

¿Cómo habia conocido el gendarme que el hombre de la blusa á quien se habia dirigido pertenecia á la policía secreta?

Por una señal convenida: por el garrote especial, nudoso y con regaton de hierro, y por la posicion en que este garrote se veia contra la pared.

Si el esbirro hubiera ido andando y hubiera llevado este baston debajo del brazo izquierdo, con el regaton hácia atrás, hubiera tambien comprendido que pertenecia á la policía secreta.

¿Qué podia haber creido el que hubiese visto que el gendarme hablaba con aquel hombre de mala facha que le habia mandado retirarse de la puerta de la taberna?

La policía secreta en París es perfectamente secreta.

XI.

El esbirro pasó haciendo el borracho junto al carruaje de Antolin, y vió á éste perfectamente, sin mirarle.

—Mucho será, dijo para sí, que á ese tuerto no se le pueda sacar el ojo sano sin dejarle ciego.

Y siguió haciendo eses y equilibrios hasta la otra esquina, donde estaba el gendarme de á pié que habia tenido su caballo al montado.

—Tened la bondad de quitaros de ahí, dijo el esbirro; vuestro uniforme os hace muy visible, y podeis poner sobre aviso á mi hombre.

El gendarme se alejó.

El esbirro fué á embeberse en el dintel de una puerta, en el cual se acurrucó.

Un borracho puede hacer, y hace, su cama en todas partes.

XII.

Antolin bajó del pescante y entró en la portería.

La portera estaba haciendo punto de malla: era vieja, y usaba anteojos.

Antolin se recostó en el marco de la puerta, y permaneció en silencio observando á la portera.

Esta levantó, por accidente, la cabeza, vió á Antolin y se puso de pié toda crispada.

—¿Qué quereis? dijo.

—Nada, respetable señora, nada; contestó Antolin: soy el cochero del carruaje en que ha venido un señor jóven que me ha mandado esperar; corre en la calle un viento muy desagradable, y he entrado aquí á ponerme á cubierto.

—A poco más os meteis en mi cuarto.

—¿Y qué hubiera tenido eso de malo? nada; por el contrario, hubiera probado vuestra amabilidad, y me hubiérais permitido darme un calenton en vuestro barreño. A pesar de mis guantes de lana, tengo las manos arrecidas: con vuestro permiso, señora.

Y Antolin se sentó, se quitó los guantes y puso sus manos sobre un barreño en que habia rescoldo de horno.

—Pues no podrán decir de vos que sois tímido, dijo la portera.

—Es que confio en la bondad que se pinta en vuestro semblante: vos sois muy buena, señora.

—¡Ah, sí! muy buena, dijo la portera sentándose y volviendo á coger su labor; así no lo hubiera sido, porque en este mundo en que vivimos, el que es bueno se fastidia.

—Es verdad, dijo Antolin; pero siempre se tiene la satisfaccion de la conciencia.

—Eso sí, eso sí; pero sirve de tan poco el tener la conciencia tranquila, que no merece ni áun la pena de incomodarse por ella.

—Vos sois desgraciada, señora; apostaria cualquier cosa sin temor de perder: vos habeis descendido.

—¡Oh! sí; teneis mucho talento: yo era cocinera; es decir, mujer del cocinero del conde de Betancour: ya sabreis quién es el conde de Betancour, un respetable señor, aunque muy poco consecuente y muy tacaño: cuando murió mi pobre Estéban...

La vieja se compungió y la salieron por los ojos dos lagrimones.

—¡Ah! ¿sois viuda? dijo Antolin; yo soy soltero.

Miró la portera de una manera singular á Antolin como diciendo:—¿Por qué este hombre me dice que es soltero al saber que soy viuda? ¿Cómo se atreve un cochero alquilon á levantar su mirada hasta mí?

Todo esto estaba compendiado en la mirada gris de la vieja.

—¿Qué ha de hacer un hombre más que permanecer

soltero, dijo Antolin cargando su pipa, cuando no encuentra una mujer á propósito para ayudarle á aumentar su capital?

La palabra *capital* cambió por completo la expresion de la mirada de la vieja.

—¡Oh! ¡y cómo están las mujeres, señora! continuó Antolin, ¡qué perdidas! ¡qué imposibles! os hago la justicia de no contaros en su número; vos sois otra cosa: en cuanto se os ve, se conoce que sois una excepcion.

En efecto, la portera parecia una lechuza.

—¿Con que vos sois hombre de capital? dijo la portera.

—¿Cómo os llamais, señora?

—Me llamo madama Lezard: y vos, ¿cómo os llamais?

—Yo me llamo Mr. Laforje.

—Y teniendo capital, ¿cómo sois cochero, Mr. Laforje?

—Porque mi capital, madama Lezard, está representado en una hermosa berlina con dos magníficos caballos, que está á la puerta, y que tengo el honor de ofreceros.

—Muchas gracias, Mr. Laforje.

—¿Y no teneis absolutamente familia, madama Lezard?

—Tengo dos ingratas sobrinas, á las que he criado, á las que he educado, por las que me he sacrificado: las dos, gracias á la buena educacion que me deben, han casado bien: la una con un portero de la Cour de Asises; la otra con el sepulturero mayor de San Gervasio: pero nada; hace diez años que ni las veo, ni las oigo, ni las entiendo: sin duda se han figurado que he muerto; y si no hubiera sido por Mr. Toutevene, conserge de esta

casa, que me ha dado la portería, no sé lo que hubiera sido de mí: afortunadamente las inquilinas son inquilinas de historia, y los amantes dan buenas propinas: se vive modestamente, y se pueden ahorrar unos mil francos por año.

—¿Y cuánto tiempo hace que ahorrais, madama Lezard? dijo Antolin.

—Unos doce años, mi querido Mr. Laforje.

—¡Ah! ¡doce mil francos! un capital ya respetable.

—Que me gana un cuatro por ciento en el Monte de Piedad.

—¿Y cómo es que siendo casi rica no habeis contraido un segundo matrimonio? ¿acaso por respeto á la memoria de Mr. Lezard?

—¡Ah, no! Mr. Lezard era un pillo: me abandonaba por las señoritas de Maville: gastaba todo lo que ellas le dejaban en vino y en tabaco, y me tenia casi desnuda y casi muerta de hambre: no os diré yo que me alegré cuando murió Mr. Lezard, porque al fin era mi marido; pero me quedé descansando; desde entonces he empezado á ser algo.

—Pues si la memoria de Mr. Lezard no ha influido en vos, ¿en qué consiste que os hayais mantenido viuda? aún sois jóven, y no careceis de gracias.

—¡Qué quereis! respondió suspirando madama Lezard, y mirando con cierta expresion que podriamos llamar de ternura á Antolin; hasta ahora no se me ha presentado nada que me convenga: no he querido ser la víctima de un libertino que pagase el amor de otras con mi dinero: la sociedad está muy corrompida, mi estimado

Mr. Laforje, y una mujer que se respeta debe pensarlo mucho antes de dar el paso trascendental de un segundo matrimonio.

XIII.

A este punto llegaba la extraña conversacion de Antolin y de madama Lezard, cuando se oyeron en las escaleras dobles pasos de hombre y de mujer, y el roce de un traje de seda.

—La señorita de Cannes y el señor á quien habeis traido en el carruaje, dijo madama Lezard reconociéndolos, como buena portera, por el ruido de sus pasos.

—Pues, adios, dijo Antolin; hasta la vista: tenemos que hablar sériamente.

Y Antolin salió, y ganó su pescante antes de que hubiesen desembocado por el pié de las escaleras los que bajaban.

—Me parece un buen marido este Mr. Laforje, murmuró la portera levantándose y presentándose á la entrada de la portería para saludar á la señorita de Cannes.

Pasó ésta, alta, esbelta, magnífica, envuelta en un abrigo turco y apoyada en el brazo de Andrés Peralta.

—Buenas noches, señorita, dijo la portera inclinándose al pasar la jóven.

—Buenas noches, María, contestó ésta con una voz de arcángel.

—A la Ópera Italiana, dijo Andrés abriendo la portezuela.

—Bueno, dijo para sí Antolin; ya sabemos dónde está

el sumidero de los millones de la marquesita de Santorcaz.

Y como hubiesen entrado en el carruaje Andrés y la jóven, se puso en marcha.

El esbirro saltó del vano de la puerta donde se habia colocado, se lanzó rápidamente, y aunque el carruaje le llevaba delantera y habia arrancado con ímpetu, le alcanzó.

De tiempo en tiempo, el carruaje de Antolin, por la aglomeracion de otros se detenia, y esto permitia descansar al esbirro.

Antolin no podia notar que era seguido, porque estaba descuidado, y porque el esbirro se cubria con el carruaje.

Al fin llegaron al teatro Italiano.

Cuando llegaron Andrés y la jóven, el esbirro estaba muy cerca, detrás del carruaje, entre sus ruedas, y oyó que Andrés decia á Antolin:

—Espera.

—¿Habré de esperar, ó volver á la salida? dijo Antolin.

—No te muevas de aquí, contestó Andrés, por si se nos ocurre salir antes de que se acabe el espectáculo.

—Muy bien, señor, contestó Antolin.

Andrés y la jóven se separaron del carruaje para entrar en el teatro.

El esbirro adelantó, se les puso al paso, y dijo á Andrés:

—¿Billetes de orquesta, caballero?

Entre tanto examinaba rápidamente á la jóven que iba con Andrés.

—Quítate de delante, tuno, dijo Andrés al ver la mala facha del esbirro, sin sospechar que hablando de aquel modo faltaba al respeto á la policía.

Pasaron.

El esbirro se estiró su blusa, se puso el garrote debajo del brazo, se rascó una oreja y exclamó:

—¡Calla! ¡la Cador, la del asesinato de la calle de los Inocentes! la bribona ignora que se la conoce, y se presenta descaradamente en público: ya se ve, nadie la conoce más que yo, yo no tengo más que dos ojos, y París es muy grande: ¿cómo se llamará ahora esa bribona? ¡ah! lo sabremos: vigilando á uno se ha cruzado otro: esto sucede todos los dias: han mandado esperar al carruaje; pero puede suceder que mientras yo me aleje salgan del teatro; no importa, delegaremos nuestra comision; veamos si hay por ahí algun compañero.

El esbirro miró en torno suyo con una mirada que se contraia y se alargaba como un olfateo.

Al fin partió en derechura hácia un hombre que se habia detenido á leer un papel debajo de un reverbero.

Aquel hombre vestia un enorme sobretodo gris, muy largo, que bajaba hasta la mitad de su pierna; un sombrero de castor con pelo, de ala ancha y abarquillada, con la capa redonda, guantes de lana, y pantalon negro. Tenia bajo el brazo una caña-roten con una voluminosa cabeza de polichinela de bronce por puño; una especie de maza de combate, y en el ojal de su leviton llevaba la cinta de la Legion de Honor.

—Buenas noches, Cosaco, dijo el esbirro de la blusa al esbirro del leviton.

Alzó éste la cabeza, y dejó ver un semblante rojizo, en fuerza de encendido, sus grandes ojos hundidos y penetrantes, su nariz vigorosamente desarrollada, y sus enormes y largos bigotes entrecanos, con ese entrecano del rubio pálido que tiene el aspecto del lino súcio.

—¿Qué hay, Corbacho? dijo Cosaco.

—Nada; vigila el carruaje público 560, que yo tengo que abandonar para un asunto importantísimo.

—Me alegro, dijo Cosaco, guardando el papel que habia leido á la luz del reverbero: no sucede nada, y estamos robando el sueldo al gobierno.

—Pues adios, y hasta luego, Cosaco.

—Buenas noches, Corbacho.

Y los dos polizontes se separaron.

Cosaco adelantó como distraido hácia los carruajes, y se hizo cargo del número 560.

Era imposible sospechar que perteneciese á la policía: con su leviton de un corte especial, con su Legion de Honor, con su semblante rudo y sus grandes bigotes entrecanos, parecia un antiguo soldado.

Cosaco desapareció.

Aunque Antolin hubiese reparado en él, no hubiera podido volverle á ver.

XIV.

Corbacho entre tanto se habia trasladado á la calle de Luis el Grande, al número 32, se habia entrado resueltamente en el portal, y se habia puesto delante de madama Lezard, que, sentada junto á su barreño,

seguia haciendo punto de malla, preocupada con el recuerdo de la conversacion que habia tenido con Antolin.

—Perdonad, señora, la dijo, si os incomodo.

Madama Lezard levantó la cabeza y puso muy mala cara al ver la mala facha de Corbacho.

—¿Qué se os ofrece? dijo con acento brusco.

—Vengo de Mazon, soy obrero de cristalería, y traigo una recomendacion del párroco para su sobrina la señorita Matilde de Bussy, que vive con su tia, calle de Luis el Grande, número 32, segundo piso de la derecha.

—Os han dado muy mal las señas, dijo madama Lezard tranquilizándose un tanto; en el piso segundo no hay derecha ni izquierda, es un cuarto solo; la señorita que vive en él no tiene tia ni prima, y no se llama Matilde de Bussy, sino Emilia de Cannes.

—Puede haber variado, porque la convenga, el nombre: la señorita Bussy es de mediana estatura, morena, graciosa, viva, con unos grandes ojos negros, y como de diez y ocho años.

—Pues os habeis equivocado; la señorita de Cannes tiene más de veinticinco años, es alta, hermosa, blanca, rubia y con ojos azules como una inglesa.

—¿Y no hay en la casa otra señorita cuyas señas convengan con las que os he dado?

—No, señor; todas las señoritas que hay en la casa son de mucha más edad.

—Perdonad; os he molestado á pesar mio; me importaba mucho encontrar á la señorita de Bussy; han equi-

vocado las señas; esto me contraría; puede ser que sea en el número 52.

—Puede ser; es fácil confundir un tres con un cinco.

—Adios, señora.

—Adios.

El esbirro salió diciendo para sí:

—Marieta Cador se llama ahora Emilia de Cannes: vamos á comprobar á la comisaría.

XV.

El esbirro rodeó algunas calles y se entró en una casa, á cuya puerta habia un farol.

Subió, y en el primer piso pasó por una puerta abierta á una habitacion, donde sentadas en banquetas habia algunas personas esperando.

En otra puerta habia un gendarme, como para impedir que nadie entrase hasta que le correspondiese.

Corbacho, con la gorra en la mano, llevando debajo del brazo el garrote con el regaton hácia atrás, se acercó al gendarme y le dijo:

—El señor comisario me ha mandado venir.

—Ya sois buena pieza, contestó el gendarme en alta voz.

Esta observacion del gendarme no tenia otro objeto que encubrir al esbirro y hacerle pasar por un tunante cualquiera.

—Yo no soy más que un muchacho algo travieso, contestó el polizonte.

—Ya os lo dirá el señor comisario, contestó el gendarme: pasad.

Corbacho pasó.

—Ese saldrá preso, dijo una criada á un viejo que parecia tendero.

—Nunca habrán preso bastantes de estos, contestó el viejo.

La moneda falsa habia pasado.

Corbacho atravesó otra pieza.

En aquella pieza habia dos oficiales de la comisaría con sus respectivos bufetes, y junto á la estufa dos gendarmes con la cabeza descubierta.

Sus sombreros estaban sobre la estufa.

Corbacho pasó como hubiera pasado un gato, sin hacer ruido, y con un aire particular en que habia algo de superioridad, algo de desden hácia los dos empleados y los dos gendarmes.

Él era superior á ellos; una de las múltiples garras de la mano secreta de la ley.

Abrió una mampara y entró en un despacho.

En él, sentado tras de una mesa, habia un hombre que por su aspecto y por su traje parecia persona decente.

Pero un mechon de cabellos rubios que le caia sobre la ceja izquierda le daba cierta expresion extraña, que, unida á algunos rasgos característicos, revelaba en aquel hombre la astúcia innoble y mal intencionada del zorro.

Una mujer de la clase media estaba de pié junto á la mesa y llorando.

—Tomad, la dijo el comisario dándola un papel en que habia escrito tres líneas y habia puesto un sello; esto cor-

regirá á vuestro marido, porque le demostrará que estoy informado de sus excesos: id tranquila.

La mujer salió llorando en silencio.

Corbacho adelantó hácia el comisario, gorra en mano, con su garrote debajo del brazo con el regaton hácia atrás.

—¡Ah! sois vos, dijo el comisario reconociéndole: ¿hay alguna novedad?

—Sí, señor; se me ha mandado vigilar el carruaje público, número 560.

—Y bien...

—El número 560 ha tomado en la calle de Luis el Grande, número 32, una jóven pareja, á los que ha conducido al teatro Itáliano, y ha recibido órden de esperar: Cosaco ha quedado vigilando el carruaje.

—¿Quién es Cosaco?

—Un condecorado; un inspector de *la invisible* que ha hecho la guerra de Argel.

—¡Ah! ya, sí, buen sugeto, dijo el comisario: ¿y por qué no habeis continuado vigilando el carruaje?

—Porque sobre la pista me ha saltado una pieza mayor que se habia perdido.

—¿Cómo se llama esa pieza?

—Marieta Cador.

—¡Ah, por Dios! dijo el comisario levantándose, dando vuelta á la mesa y poniéndose junto á la estufa, en que se apoyó: sois un empleado muy celoso y muy útil, Mr. Cretieu.

—Cumplo con mi deber, Mr. Bastian: mi empleo no carece de peligros; pero aquí se está mejor que en Tolon, á donde me echó una maldita letra de cambio: la hon-

radez es la mejor especulacion de un hombre que sabe vivir: como decíamos, Marieta Cador se llama Emilia Cannes; pero es necesario probarlo: ¿quereis un buen cigarro de la Habana, Mr. Bastian? añadió el polizonte presentando abierta y llena de cigarros al comisario una gran petaca de plata que habia sacado de debajo de su blusa.

El comisario tomó un cigarro, Corbacho otro, guardó la petaca, dejando ver, al entreabrir su blusa, una levita negra y un chaleco blanco, sacó de la estufa una astilla encendida, y los dos cigarros ardieron.

—¿Decís que hay que comprobar? dijo Mr. Bastian.

—Sí; Marieta Cador, hoy Emilia de Cannes, es la parte bella de la pareja que el número 560 condujo desde el número 32 de la calle de Luis el Grande al teatro de la Ópera Italiana; yo la reconocí cuando iba á entrar en el teatro: he dejado la vigilancia á Cosaco, he ido á la portería del domicilio de la Cador, y con un pretexto hábil he comprobado sus señas, y he sabido que se llamaba Emilia de Cannes.

—Comprobemos, dijo el comisario yendo á la mampara y abriéndola: Mr. Rival, traed el libro de registro.

XVI.

A poco entró uno de los oficiales que trabajaban fuera, cargado con un gran libro que puso sobre la mesa.

—Ved el número 32 de la calle de Luis el Grande.

Mr. Rival abrió el libro, le hojeó, y dijo:

—Mr. Beaucop, droguero, tienda de la derecha.

—Adelante; ese es un buen hombre.

—Madama Couslin, gorrera, tienda de la izquierda.

—Adelante.

—Mr. Meirac, abogado, primer piso.

—Adelante, adelante.

—Señorita Emilia de Cannes.

—Veamos su registro.

—Maestra de lenguas y de dibujo; soltera; veinticinco años; naturaleza, Perpiñan; estatura, alta; color, blanco; cejas y cabellos, rubios; ojos azules, boca pequeña, hermosa y simpática; una pequeña cortadura sobre la ceja derecha; buena conducta: procedencia, décimaquinta comisaría.

—Copiad ese registro é id inmediatamente á comprobarlo á la comisaría de su procedencia.

Mr. Rival cargó con el libro y se fué.

—Será muy posible, dijo Corbacho, que no podamos llegar á la identidad de la persona, y que no pueda probársela que ella es la Marieta Cador del asesinato de la mujer del notario Desnuyés, de la calle de los Inocentes.

—Terrible crímen, cuyo principal autor ha quedado en la sombra, envuelto en un profundo misterio: Mr. Desnuyés fué un héroe del crímen: murió sin comprometer á su cómplice: ¿pero cómo conoceis vos á esa mujer, Mr. Cretieu?

—Yo era entonces cobrador del Banco, de cuyo empleo me provino despues el compromiso de una letra falsa que me llevó á Tolon; mucho antes, entre mis letras al cobro, tuve una de diez mil francos contra la señorita Ma-

rieta Cador, artista que vivia calle del Temple, número 60: la ví, y francamente, me enamoró, porque es hermosísima: me pagó la letra, y yo procuré volver á verla; pero habia mudado de domicilio. La hubiera seguido valiéndome de los registros de la policía; pero por aquel tiempo aconteció el horrible asesinato de la calle de los Inocentes, y por la instruccion criminal supe que entre los papeles ocupados á Mr. Desnuyés, se habia encontrado una correspondencia amorosa firmada por la Marieta Cador, que constituia á ésta cómplice responsable en igual grado de criminalidad con Mr. Desnuyés del asesinato de su esposa. Poco despues me ví yo comprometido por una desgracia, por una imprevision, juzgado, y sentenciado á seis años de cadena. Despues se han aprovechado mis buenos conocimientos dándome una plaza en la policía. No habia olvidado á la Cador, y la buscaba: la hubiera buscado siempre por amor. Despues de pertenecer á la policía, la he buscado en servicio de la moral pública. Juzgad cuál seria mi sorpresa cuando la he visto salir de un carruaje que se me habia mandado vigilar y entrar en la Ópera del brazo de un jóven que me ha parecido extranjero, y español.

—¿Y cómo creeis que pueda llegarse á la identidad entre Marieta Cador y Emilia de Cannes?

—Por el testimonio del conserje del número sesenta de la calle del Temple; por el registro de la comisaría de aquel distrito; por la comprobacion de la manera de escribir de Emilia de Cannes con la de Marieta Cador. La comprobacion del registro del Temple y el interrogatorio al conserje del antiguo domicilio de la Cador,

debe hacerse al momento, de modo que pueda prenderse á la Cador al salir de la Opera.

—Mr. Topet, dijo Mr. Bastian abriendo la mampara, yendo luego á su mesa y escribiendo.

XVII.

El otro oficial de la comisaría entró y esperó las órdenes de su jefe.

Este escribió durante diez minutos; lo hacia con suma rapidez, y produjo una comunicacion de cuatro carillas.

—Llevad esto al señor comisario del cuartel del Temple, Mr. Topet; tomad un carruaje, corred cuanto podais; esto es muy urgente.

Mr. Topet salió.

El comisario se volvió junto á la estufa.

—¡Oh! si cogemos á esa bribona tenemos un ascenso, Mr. Cretieu, dijo el comisario.

—Mucho me temo que nada podamos hacer contra la Cador por falta de indicios.

—¿Pero estais seguro de no haberos equivocado?

—No debeis hacerme esa pregunta; yo no me equivoco jamás; veré yo á una media luz, al paso, y durante un segundo á una persona en la cual me haya fijado: no importa que pase mucho tiempo: yo conoceré á aquella persona si la vuelvo á ver: añadid á esto que yo me enamoré de la Cador.

—¿Y no os parece que podriamos prender á esa bribona?

—Seria exponerse á incurrir en el delito de abuso de autoridad, pero descuidad; si no cogemos á la Cador, cogeremos á la Cannes; se me figura que el jóven extranjero que la acompañaba es una víctima semejante á Mr. Desnuyés: yo no la pierdo ya de vista: es una caza digna de mí; os lo aseguro, es una caza difícil.

XVIII.

—¿Me permitis, Mr. Bastian? dijo asomando en la mampara entreabierta Mr. Rivat.

—Adelante, dijo el comisario: ¿traeis la comprobacion del registro?

—Tomad, dijo Mr. Rival dando un pliego al comisario.

—Gracias, dijo éste; volved á vuestro trabajo.

Mr. Rival salió.

El comisario abrió el pliego.

—En regla, dijo con un marcado despecho; convienen los registros y las fechas; es inútil, de todo punto inútil; los criminales están mejor documentados que las gentes honradas; consta que Emilia de Cannes pasó á la décimaquinta comisaría de la calle del Temple, 60, tercer piso, artista: ¿cómo pudísteis vos confundir estos nombres?

—La letra de cambio estaba girada contra la señorita Marieta Cador, á la vista: yo no pregunté en la portería ni me detuvieron, porque á los cobradores del Banco no los detiene nadie, su cartera es un buen pasaporte:

en el tercer piso respondieron al nombre de Marieta Cador.

—Podia estar encargada de pagar la letra: este es un embrollo, mi querido Mr. Cretieu.

—En todo caso conocia á la Cador, aunque yo no tengo duda de que son una misma persona.

—No tenemos otro recurso que la comprobacion de un escrito de la Cannes con otro escrito de la Cador.

—La comprobacion es fácil; esa mujer debe escribir á alguien: muy pronto tendremos una carta suya: ayudadme, Mr. Bastian; ved el registro del segundo piso del número 32 de la calle de Luis el Grande: la Cannes no debe vivir sola.

Mr. Rival fué llamado con el libro.

Consultando el registro, resultó que la señorita de Cannes tenia á su servicio á Antoinette Grifon, picarda, de diez y ocho años, morena, ojos negros, y cabellos negros naturalmente rizados.

—Basta, dijo Corbacho; no necesito más: voy á ponerme en operaciones: hasta la vista, Mr. Bastian.

—Hasta la vista, Mr. Cretieu.

Y Corbacho tiró su cigarro para que no viesen que salia fumando del despacho del comisario, y al pasar por la pieza inmediata dijo á uno de los gendarmes:

—Tomad vuestro sombrero y acompañádme como si me llevárais preso.

La invisible se rodeaba de precauciones.

Corbacho salió con el gendarme adherido, y con todas las apariencias de preso, por entre las personas que esperaban en la primera pieza.

—Preciso, dijo la muchacha dirigiéndose al viejo; ved cómo no me habia equivocado; se lo llevan preso.

—Necesariamente, dijo el viejo: tiene todas las trazas de un desertor de presidio.

—Pueden ustedes retirarse, dijo Mr. Rival apareciendo en la puerta; ha pasado la hora y se ha cerrado la audiencia.

Todos se levantaron, y salieron renegando de aquel pillo que habia entretenido tanto al señor comisario.

En cuanto á Corbacho, apenas hubo andado veinticinco pasos en la calle con el gendarme, le dijo:

—Retiraos; paseaos por donde querais un cuarto de hora, y volved á la comisaría.

CAPÍTULO XXIV.

El teje maneje de la invisible.

I.

Corbacho se volvió al teatro de la Ópera, buscó á Cosaco, y le encontró adherido á un guardacanton, envuelto en una penumbra.

Desde allí veia el carruaje 560.

Antolin dormia de veras: el aburrimiento le habia traido el sueño.

—¿Ha habido alguna novedad, compañero? dijo Corbacho á Cosaco.

—Sí, una novedad que me incomoda mucho; tengo los piés como el hielo; no los siento.

—¿No se ha movido de ahí el carruaje?

—No.

—Pues á entrar en calor: en el billar de la Estrella del Norte estará necesariamente el jóven Gamboise, un estudiante del cuarto año de medicina: lleva un sombrero peludo, gran cabellera ondeada, castaño claro, casi rubio, ojos negros y vivos, acento gascon, y se afeita: echadle

para acá: decidle que si no me encuentra en los alrededores de la Ópera, me encontrará en la barrera de Grenelle.

—¿Y nada más, compañero?

—Nada más; estais relevado.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Y se separó de Corbacho, que se pegó al mismo guardacanton á que habia estado pegado Cosaco.

II.

Un cuarto de hora despues, Corbacho vió que salian del teatro, y se dirigian al carruaje 560, Andrés Peralta y Emilia Cannes, ó la Cador.

Eran las diez de la noche.

Corbacho se deslizó por la sombra, y ganó la marcha al carruaje.

Este pasó junto á él poco despues, y le adelantó.

Corbacho dió de nuevo muestras de que era una especie de gamo.

Sin ruido, cubriéndose con la caja del carruaje, no dejó que éste le tomase ventaja.

Al fin, el carruaje se detuvo en el número 32 de la calle de Luis el Grande.

Salieron de él Andrés y la Cador, y Corbacho oyó, cubierto por el carruaje, que al pagar Andrés á Antolin le dijo:

—Ven á las cinco de la mañana para llevarme á la estacion.

—Con mucho gusto, señor, contestó Antolin; buenas noches.

Andrés y la jóven entraron en la casa.

Poco despues partió el carruaje.

Pero llevaba junto á sí, subido en el barrote de su parte posterior, á Corbacho.

III.

Muy pronto el carruaje empezó á rodar con suma rapidez por calles ya casi solitarias.

Entró en los arrabales y luego en la barrera de Grenelle.

Corbacho se dejó caer al suelo, y quedó envuelto por la oscuridad de la noche.

Antolin se dirigió al caseron aislado donde tenia su cochera.

Llegó á ella, bajó del pescante, abrió la puerta, metió dentro el carruaje, y volvió á cerrar.

—Es extraño, dijo Corbacho; los dos venimos á un mismo punto: ¿si conocerán los otros á ese? mientras desengancha los caballos y, como es natural, los piensa, tengo tiempo.

Se acercó al caseron, y con una llave, que sin duda era una ganzúa, abrió una puerta que estaba situada entre la cochera y el taller de cajas y ataudes.

Dentro del taller se oía un ruido sordo de un martillo que clavaba sin intermision.

Sin duda estaban concluyendo el estuche de un cadáver.

—Mal agüero, dijo Corbacho abriendo la puerta y entrando en un espacio tenebroso; andemos con cuidado, no sea que demos lugar á que preparen tambien nuestro último empaque.

Y cerrando la puerta por dentro, atravesó un espacio lóbrego, y entró en un pátio estrecho, sobre el que caia esa negra luz de la noche, que más que luz, es, por decirlo así, un sudario de sombra, bajo el cual son informes todos los objetos.

Al fondo del pátio se veia una luz turbia á través de las rendijas de una puerta, y se percibia un olor pesado, como el de carne quemada.

IV.

Corbacho llegó á aquella puerta, y tocó á ella con el regaton de su garrote.

—¿Quién anda ahí? respondió desde el interior una voz ronca y agresiva.

—*La invisible*, dijo Corbacho.

Se oyó el ruido sordo de unos zuecos sobre un pavimento terrizo.

Se abrió la puerta y apareció una especie de cíclope, un jayan cubierto por un carrik andrajoso, que en su orígen debió pertenecer á un elegante.

Este hombre, cuya voluminosa y áspera cabellera, que nacia casi inmediatamente sobre sus cejas, hacia aparecer su cabeza de un tamaño monstruoso, tenia el semblante torcido, sesgado; un ojo algo más alto que el otro; la nariz inclinada á la derecha; la línea de la boca

un poco vertical, y torcido el enorme cuello sobre el hombro derecho, más alto que el izquierdo: de hombro á hombro, dos piés.

El pecho, los brazos, las manos y los piés, de gigante: la expresion feroz y estúpida.

En su fisonomía se revelaba un grande instinto para el mal; pero no se encontraba un solo rasgo de inteligencia.

Una mujer huesuda, fea, con una de esas fealdades que pueden llamarse negras, larga, estrecha, cetrina, cortado el pelo, negro y espeso, como el de un soldado, envuelta en un vestido de lana descolorida, que habia venido á parar en un pardo súcio, estaba sentada junto á un barreño asando dos grandes pedazos de vaca, cuyo humo, grasiento y pesado, llenaba la habitacion, negra, irregular, que constaba de una sola pieza, en la cual habia dos camastros, uno pequeño y otro infinitamente mayor, un banco, algunas sillas desvencijadas, un armario de pino grasiento, una mesa grande, tambien de pino y tambien súcia, y otra mesa muy pequeña puesta junto al fogon, delante de un banco tan alto como ella.

En esta pequeña mesa habia, en un viejo candelero de hoja de lata, una vela de sebo que producia una luz impura, una cuchilla y algunas herramientas de córte, pedazos de huesos, y concluidos ya y revueltos, mondadientes y palillos para modelar el barro.

Entre esta mesa y la mujer que asaba, dormido y enroscado sobre el suelo, como un perro, habia un muchacho como de once á doce años, con una gorra de piel de nútria pelada en la cabeza, y vestido con andrajos, á

través de los cuales se veia por muchas partes la carne.

—Y bien, dijo con voz ronca el cíclope; ¿á qué vienes por aquí? otras veces traes un par de botellas de aguardiente; pero esta noche traes las manos vacías.

—¿Qué sabes tú, Rinoceronte? estúpido: algo mejor que aguardiente te traigo: y si no, verás como la Girafa se alegra y extiende la garra lo mismo que una garduña.

Y Corbacho sacó de entre su blusa un porta-monedas, de él una pieza de oro de veinte francos, la puso sobre la mesa, y la Girafa, que así se llamaba la mujer, extendió su largo y descarnado brazo, cogió la moneda, la examinó con recelo, como si hubiese temido que fuese falsa, y cuando se hubo convencido de que era buena, la guardó con ánsia entre sus harapos.

—¿Conque ha caido tela? dijo en ese lenguaje que se llama la galopesca ó de los galapos, especie de dialecto de convencion que se habla en las cárceles y en el presidio.

Decir ha caido tela, es lo mismo que decir hay negocio entre manos.

La conversacion que sigue se sostuvo en este dialecto, del cual dispensamos á nuestros lectores, porque para que la entendiesen seria necesario recargar el texto con una enorme balumba de notas.

V.

—Vaya si hay negocio, dijo Corbacho, y en grande; pero lo primero es lo primero: necesito al Titi.

Y dió con el pié al muchacho, que gruñó como un perro de mal génio á quien despiertan.

Se incorporó y dijo en caló frotándose los ojos con los puños cerrados:

—¿Por qué no me dejan sornar? malos mengues me lleven, ¡ahí es que vamos á tajelar!

O lo que es lo mismo: ¿por qué no me dejan dormir? malos demonios me lleven; ¡ah! vamos á comer.

Basta de caló y de galopesca.

—Chiquillo, dijo Corbacho, por ahora no se cena; haces falta en lo ancho: tienes que clavar los ojos en la cochera de al lado, y no dormirte.

—Ya; hay que hacerse el rabo del tuerto sin que éste sienta la cola: pues bueno, bien, se hará al reló.

Y Titi concluyó su frase con un chasquido lingual.

—¿Conoces tú al tuerto, borrego? dijo Corbacho.

—Le he visto y me he quedado con él: yo dije: no pasará mucho tiempo sin que te husmen; y al golpe, ya está aquí un respetable indivíduo de *la invisible;* un apreciable compañero: perdonad, Mr. Corbacho; he debido decir un sábio maestro.

Y repitió, guiñando un ojo y haciendo un insolente mohin, su chasquido lingual.

Por las palabras del muchacho, podia deducirse que aquella repugnante y originalísima familia era un sub-género de *la invisible*, ó de la policía secreta.

Más que esto: el lazo, la amarra, el puente, el medio de union de la policía secreta con los ladrones y demás canalla del bajo crímen.

—Me alegro de que estés ya en antecedentes, Titi: ¿qué has notado tú en ese hombre?

—No he notado, he olido; me parece un buen galopo.

—¿Le has observado?

—Anoche cenó patas de carnero y hocico de cerdo en el bodegon de la tia Pópoli; bebió vino, se hizo llevar café y tabaco del chiscon de los Chuanes, y se gastó cien sueldos, lo que prueba que es un galopo decente.

VI.

Corbacho permaneció en silencio y como meditando algunos segundos.

La tia Girafa se dedicaba á su asado.

Rinoceronte aguzaba mondadientes.

—Muchacho, dijo Corbacho sacando del bolsillo dos francos y dándoselos á Titi; toma y sé feliz.

—Muchas gracias, Mr. Corbacho, dijo Titi guardando los dos francos en el puño cerrado.

—A ganarlos, dijo Corbacho.

Titi se puso de pié y se estiró.

—¿Qué hay que hacer? dijo.

—Sal, vuélvete sombra, observa por las rendijas de la cochera si está en ella el tuerto: si está espérale, y si sale síguele: si no está, si ha salido ya, búscale; si entra en el bodegon de la tia Pópoli, entra tambien y cena: para eso llevas dinero: pero has de modo que no desconfie de tí, y si es posible que no repare en tí: observa con quien habla, y procura oir lo que dice: corre prisa; es importante: vete.

—Por el aire, dijo Titi descolgando una llave de la pared y saliendo.

VII.

Corbacho cojió una silla y se sentó junto al barreño, sobre el que extendió las manos.

—Hace frio, dijo.

—El invierno ha venido muy crudo, contestó la tia Girafa.

—Los pobres están muy mal, murmuró más bien que habló el tio Rinoceronte: no se hace un negocio que merezca la pena: ó los choros (1) se mueren de hambre, ó no se fian de nosotros: ya se ve; como siempre se ha de escapar uno de los presos, y ciertos hombres se escapan siempre que se les prende, habrán pensado algo sobre esto: la verdad es que yo me encuentro á Trescruces, y á Bocadito, y á Hierroviejo, y á otros muchos bien vestidos y gordos y siempre con la pipa llena y con una pieza de cien sueldos en el bolsillo, y les digo:—Sois unos canallas, no dais parte á nadie; en estando vosotros bien, aunque los demás se mueran:—Á lo que responden:—No se da un golpe; nadie se descuida y la silenciosa (2) nos pisa los talones: es necesario vivir del amor; porque á nadie encierran porque consuele á una vieja; esto no está previsto en el Código, y es más cómodo y más seguro.—Los bribones andan con la mosca sobre la oreja, y será necesario cambiar de rumbo: con dos francos que me da el gobierno por mi servicio, otro que

(1) Ladrones.
(2) La policía.

gano haciendo palillos, y cincuenta céntimos que gana Titi en la ferreteria del señor Constans, apenas hay para comer y pagar la casa: no puede incomodarse al sastre, ni al camisero, ni al zapatero, porque estos señores no se incomodan más que por quien les paga; no se puede beber vino ni fumar Marilan: hay que divertirse gratis en los Campos Elíseos como un papanatas de provincia, y esto fastidia; no se ahorra, en fin, no se hace capital, se agoniza.

—Pero se come magnífica carne de vaca, á kilógramo por cabeza: la Girafa acaba de asar medio buey.

—El buey cuesta caro: veinticinco sueldos kilógramo, contestó la Girafa: todo se va poniendo por las nubes: si esto sigue así habrá una revolucion.

—¡Ah! ¡una revolucion! exclamó Rinoceronte: me acuerdo de que se ganó muy bien en la del 48, sirviendo primero á Luis Felipe y despues á la República: pagaban bien los soplos, se bebia vino, se tenian las carnes cubiertas hasta con cierta elegancia; se iba al melodrama de la Puerta de Saint-Martin, se hacian expediciones á los alrededores, se vivia con más luz y con más aire: nos llamaban monsieur y madama Rinoceronte; el chico iba al colegio: éramos personas decentes: ¡una revolucion! ¡cuánto tarda una revolucion!

—¡Chist! dijo Corbacho poniéndose un dedo en la boca: dentro de la sombra hay sombra: la policía devora á la policía; cuidado con Cayenna: hay que dormir como las liebres, con un ojo abierto, y no levantar un pié para adelantar sino cuando se tenga muy en firme el otro: las paredes oyen, el viento escucha y va á contárselo todo

al gran padre de la invisible (1), que es un dogo: mucho ojo y achantarse (2) por la buena: toma estos cinco francos, Girafa, tráete tres de vino, cincuenta céntimos de aguardiente, y el resto salsa picante y pan tierno: poco pan, ¿entiendes? por cumplimiento: me convido á cenar con vosotros.

La Girafa se levantó, dejando ver su alta estatura, y tomó de una tabla en que habia algunos viejos platos, tres botellas que se metió debajo del brazo.

—¿Y cómo voy á salir? dijo: el chaval se ha llevado mi llave.

—Toma mi hermana, dijo Corbacho.

Y la dió su ganzúa.

La tia Girafa salió, arrastrando su harapienta falda, que parecia un sudario terroso manchado por la humedad de la tumba.

VIII.

Las mujeres estorban, dijo vivamente Corbacho: ¿qué negocios hay?

—En la calle de Helder, el Buho prepara un salto á un agente de Bolsa; en la de Chanoinesse se está haciendo una mina para la cueva de un canónigo de Nuestra Señora que tiene allí enterrado su gato: en la barrera de Cunete van bien los trabajos subterráneos: el volante no se oye aunque se pegue el oido á la tierra:

---

(1) El ministro de Policía.
(2) Callar, ser prudente.

dentro de ocho dias tendremos hermosas piezas de á cinco francos: el exterior es bueno, la parte interior admirable, el peso y el sonido: seria necesario cortarlas para conocerlas; cuestan caras: no se obtendrá más que un cuarenta por ciento; con el oro se gana más; pero es preferible la plata, porque se la mira ménos; los tenderos son terribles: dan cien vueltas á una pieza de veinte francos, la echan el diente y la pesan y la repesan: son muy ordinarios, han perdido de todo punto la educacion y la buena manera: os hacen perder media hora antes de cambiaros un luis: todo va bien: este mes recibiremos cada uno nuestros mil francos: la Girafa no sabe nada; antes era un buen garfio; pero desde que se emborracha no hay que contar con ella; pero es la madre de mi hijo, y hay que guardarle consideraciones: además, asa admirablemente el buey, y esto ya es algo: ¿ves que esos dos tasajos parecen requemados? no te fies, esa es la corteza; el interior está tierno, jugoso, exquisito: vale mucho la Girafa, y hay que conservarla: ¿qué tenias que decirme? no corre prisa, la Girafa tardará: se beberá con una lentitud sibarítica dos grandes vasos de aguardiente, y se charlará medio Diccionario con la tia Pópoli antes de volver: tiene sus defectos; ¡pero quién no los tiene! la experiencia enseña que hay que ser indulgentes: me he cortado; bueno; se acabaron por esta noche los palillos.

Y Rinoceronte se metió en la boca un dedo que se habia herido, se metió la mano derecha en el pecho, se arrancó un negro giron de la camisa, se envolvió el dedo herido, sacó su pipa y se puso á cargarla.

—¿Conoces tú, dijo Corbacho, á una señorita que

vive en la calle de Luis el Grande, número 32, segundo piso?

—¿Cómo se llama?

—Emilia Cannes.

—No, contestó decididamente Rinoceronte.

—Es necesario recorrer las tascas (1): al amanecer no ha de quedar en París un galopo á quien no se haya hecho la pregunta que voy á escribir.

Corbacho sacó su cartera y escribió:

«¿Se sabe quién es la hermosa señorita Emilia de Cannes, habitante del segundo piso de la casa número 32 de la calle de Luis el Grande? se necesitan informes luminosos y se pagarán bien.»

Corbacho cortó esta hoja, y la dió á Rinoceronte.

—¿Y cuándo hay que correr esto? dijo el cíclope.

—Inmediatamente despues de que cenemos.

—Yo solo no podré recorrer en lo que queda de noche todos los lugares.

—Multiplica esa pregunta: emplea cuantos galopos sean necesarios para que la comuniquen; encárgate de la derecha del Sena: estoy esperando á una persona que se encargará de la izquierda: es temprano; aún no han dado las doce, y ahora las noches son largas.

—Calla, dijo Rinoceronte; he escuchado un silbido.

Los dos infames escucharon.

Pasaron algunos segundos y se oyó uno de esos largos y poderosos silbidos, uno de esos silbidos lúgu-

(1) Escondrijos, puntos de reunion de mala gente.

bres y amenazadores que parecen producidos por una fiera, y que salen de entre la sombra y el silencio.

—Es uno, dijo Corbacho; debe ser el jóven Gamboise, el aprendiz de asesino autorizado por un título de la facultad de medicina: le he citado, pero no tenemos llave, á no ser que rompamos la puerta: que espere: estoy seguro de que no ha cenado; lo conozco en su silbido; cuando Gamboise tiene reforzado el estómago silba como una locomotora: es un excelente chico que hará capital.

—Calla, siento á mi señora, dijo Rinoceronte; pero no viene sola: ¿quién será?

Se abrió entonces la puerta, y apareció la larga y seca figura de madama Rinoceronte.

Junto á ella apareció otra figura de un género completamente distinto.

Un jóven bello y hasta cierto punto elegante.

A su brazo se asía la Girafa.

Llevaba bajo cada brazo una botella, un mediano pan sujeto al cuerpo por el brazo izquierdo, y en la mano del mismo brazo un bote de arcilla vidriada con la boca lacrada.

El jóven á cuyo brazo se asía aquella especie de Meguera, llevaba en la mano derecha una botella.

Este jóven era el estudiante Gamboise.

IX.

—Exijo que te enfurezcas, oso de las barreras, dijo el estudiante dirigiéndose al cíclope: necesito ver cómo

bufa un Rinoceronte celoso: me he encontrado á tu mujer, la he hecho el amor y nos hemos convenido: necesito saber hasta qué punto hace feliz á un hombre de imaginacion el atractivo de lo horrible.

—Vete enhoramala, bohemio, dijo la Girafa poniendo lo que traia sobre la mesa grande: tú para mí eres lo que una mosca para un perro: ¡bah! chiquillo, no hagas observaciones gróseras: cada dia la juventud está peor educada: esto va á hundirse.

—Conste, dijo Gamboise, que he entregado vírgen una botella de aguardiente que me ha sido confiada: no tenia descorchador, y no se ha encontrado todavía el medio de destapar una botella con los dientes: buenas noches, Corbacho: un respetable veterano de la Argelia me ha dado un mensaje tuyo: he trotado bien: de mi chiscon á la Opera, y de la Opera aquí hay quince kilómetros: el estado de mi fortuna no permite otro género de locomocion que el estiramiento de las piernas: he sudado á pesar de que se hiela el aliento: buenas noches, ilustre Rinoceronte: cada dia estás más grande y más feo: ¿que se ofrece? ¿para qué hago falta? tengo frio; ¿no hay un descorchador? dadme aguardiente.

Gamboise se sentó junto al barreño.

Rinoceronte destapó la botella con una de sus herramientas.

—Bebe hasta que te ahogues, dijo Rinoceronte dando la botella á Gamboise.

Este bebió de un solo tiron la tercera parte del contenido de la botella; es decir, el tercio de un litro de aguardiente.

Corbacho le quitó la botella.

—¡Eh, borrego, no nos achispemos! cuando se nos llama y no sabemos si es para un asunto sério, debemos guardar continencia y hacer de modo que no nos pese la cabeza más que los piés.

—¡Esa friolera! dijo Gamboise señalando la botella que Corbacho habia puesto sobre la mesa de trabajo de Rinoceronte: tú eres un pipi, camarada; tú no conoces á Gamboise: si el Sena convirtiese su lodo en aguardiente y se me entrase por la boca, puede ser que sucediera algo: tengo hambre: ¿cuando cenamos?

X.

La Girafa puso la mesa grande cubierta con un paño súcio sobre el barreño, en que quedaba un fuego ennegrecido por la grasa de la carne asada.

Sobre aquel mantel, el cual era difícil averiguar cuándo habia estado limpio, se veian dos botellas de á litro llenas de vino, un pan pequeño, una tartera con dos enormes tasajos de vaca, y un bote de salsa picante, abierto ya.

Rinoceronte cortó en pequeños pedazos el asado y el pan con el mismo cuchillo de trabajo con que se habia cortado el dedo, y empezó la cena.

—¿Por qué no se reserva su parte á Titi? dijo Rinoceronte.

—¡Ah! el buen Titi cena mejor que nosotros, dijo la tia Girafa: allá le dejé en un rincon oscuro del cachiman

de la tia Pópoli embaulándose una marmita de hocico de vaca más grande que él y sin quitar ojo del vecino tuerto, que cenaba en otro rincon con un señor que huele á personaje desde tres leguas.

—¡Ah, ah! dijo Corbacho; ¡el cochero tuerto tiene cita con altas personas en los bodegones de la barrera de Grenelle! ¡bien! ¡bravo! buena tela; algun mazinista, algun conspirador: dame esa botella, Girafa; esto merece un trago.

Corbacho bebió en la misma botella, y se limpió la boca con el revés de la mano.

—Se me ocurre una cosa, Gamboise, dijo Corbacho: ¿eres tú hombre?

—¡Vaya! contestó el estudiante; hay dudas que hacen reir.

—¿Te atreves tú, chiquillo, á irte derecho á un negocio en que á los tres pasos puede uno clavarse?

—¡Vaya! para no clavarse no hay cosa mejor que ser clavo.

—Eso se dice fácilmente.

—Y se hace.

—Vamos á verlo: aquí está mi amiga.

Y sacó la ganzúa que le habia devuelto la Girafa, y la puso sobre la mesa.

—Cuando no tengas más gana, ó cuando hayas comido tu parte, te irás: á la izquierda de la puerta hay una cochera; observarás, y entrarás; reconocerás el sitio y esperarás á que entre el raton: ¡bah! tú no eres capaz de hacer eso.

—¿Que no? á la hora, dijo con una indudable fiereza

Gamboise levantándose, tomando la llave maestra y dirigiéndose á la salida.

—¡Eh, chiquillo, ven acá! dijo Corbacho: ¿qué compañía llevas tú?

Gamboise sacó de su manga una navaja catalana, no muy larga, pero aguda, cortante y fuerte.

—Eso es mucho para uno, y poco ó nada para dos, dijo Corbacho: me intereso mucho por tí; eres un buen planton que será pronto un buen árbol, y será lástima que te corte: toma.

Y sacó de debajo de su blusa un pequeño rewolver de seis tiros.

—Esto ladra y la gente acude: me basta con mi sardañí (1): tengo dos manos que valen por seis, y me encojo yo y me alargo que no hay quien me agarre ni quien se me escape: guárdate, tu batería: ¡qué asco! tú verás quién es Gamboise: hasta la vista.

Y salió.

—Ese muchacho es de lo bueno, dijo Corbacho guardando el rewolver: me parece que tiene ya su plaza definitiva en Tolon.

---

(1) Navaja.

CAPÍTULO XXV.

El zorro en el cubil del lobo.

I.

Gamboise abrió con la ganzúa y sin causar el más leve ruido la puerta de la calle.

Salió, volvió á cerrar con el mismo silencio, y se quedó pegado al hueco de la puerta.

La noche habia cerrado completamente.

Entre la densa capa de sombra que parecia emanar de la tierra como un vapor negro, nada podia verse.

En el cielo, opaco, apenas se veia brillar débilmente algun lucero.

El firmamento estaba velado por la niebla oscura.

Gamboise escuchó.

Nada oyó.

Se deslizó á lo largo de la pared, á la izquierda, y llegó á la puerta de la cochera.

Rascó en ella con la punta de la navaja.

Nada se oyó dentro.

—No hay chusquel (1), dijo.

Miró por la rendija, y no vió luz.

Buscó la cerradura, la encontró é introdujo la ganzúa, y abrió.

La puerta rechinó ásperamente.

—Maldita guillabaora (2), exclamó Gamboise, y se detuvo y escuchó con la navaja abierta en la mano.

Nada oyó.

—O sornan como los siete sornantes (3), ó no hay nadie.

Gamboise entró deslizándose por la abertura de la puerta, y cerró con tal arte, que la puerta no rechinó.

—¡Ah! ya te entiendo, hermana, y no volverás á cantar.

Luego encendió uno de esos fósforos que no suena al encenderse, verdadero fósforo de ladron, y examinó el espacio en que se encontraba.

Era un cocheron rectangular, bajo de techo, á teja vana, y en pronunciado declive de la parte posterior á la anterior.

En medio estaba la berlina.

A un lado, colgadas de escarpias, en la pared, las guarniciones.

Al fondo, en el ángulo izquierdo, dos caballos atados á sus pesebres: en el ángulo derecho, una escalera que terminaba en un negro boquete.

—Allí debe estar el lobo, dijo Gamboise.

---

(1) Perro.
(2) Cantadora: como si se dijera: maldita puerta y lo que chilla.
(3) O duermen como los siete durmientes.

Y se acercó al pié de la escalera de mano y apagó el fósforo.

Luego subió y penetró en el zaquizamí, navaja en mano, sin causar el más leve ruido.

Se detuvo y escuchó.

No se oia respiracion alguna.

—Nadie; no hay nadie, dijo.

Y volvió á descender, llegó á la puerta de la cochera, y cerró por dentro, buscó á tientas el carruaje, le abrió, entró en él, y se acurrucó en un ángulo.

La invisible habia armado su emboscada en corto á Antolin.

II.

Pasó media hora.

Gamboise oyó crugir descuidadamente la cerradura de la puerta, abrirse esta rechinando, entrar dos hombres y volverse á cerrar.

Luego el crujido de un fósforo.

Gamboise oyó que una voz ronca decia:

—Aquí podemos hablar sin temor, Pánfilo: he reconocido bien, y mi mechinal no tiene medianería con habitacion alguna: la pared está cortada sobre el almacen de maderas.

—Toda precaucion es poca, dijo otra voz más culta: me parece imprudente que permanezcas tanto tiempo disfrazado á la vista de todo el mundo: la policía francesa tiene ojos de lince...

Gamboise no pudo oir ya más que el murmullo de las palabras.

Los dos hombres habian pasado, subido por la escalera de mano, y penetrado en el desvan.

El cocheron habia quedado envuelto en una luz opaca producida por el reflejo de la luz que ardia en el desvan.

III.

Gamboise abrió sin hacer ruido la portezuela del carruaje, se deslizó, se arrastró, llegó al pié de la escalera, trepó á ella como un reptil, y se sentó en una de las últimas traviesas, pero de modo que su cabeza no asomase y pudiese ser vista desde adentro.

—Mi disfraz es perfecto, dijo Antolin: los celadores de carruajes son una especie de polizontes, y mi celador nada ha sospechado: pero me incomoda mucho: la pasta con que me adhiere las narices se pone rígida y tirante con el frio, y mi ojo derecho, obligado á ver por los dos, empieza á irritarse: en cambio, la peluca me abriga haciendo el oficio de un buen gorro: voy á quitarme esto: no dirás que no te sirvo bien.

—¿Conque mañana tienes que ir á las cinco para llevar á la estacion al señor marqués de Santorcaz?

—Exactamente, contestó Antolin; á las cinco es todavía muy de noche, y en vez de tomar el camino de la estacion, puedo llevar á mi hombre al lugar que me indiques: á esa hora las rondas de policía, adormiladas y atormentadas, se han metido en algun chiscon, y no hay un solo polizonte por las afueras: hace mucho frio á la

madrugada en el campo: ¿y qué diablos ha de pasar en las afueras? tengo ganas de concluir este negocio: concluyamos: ¿quién diablos me ha de pedir á mi cuenta de un hombre que sale de su casa para tomar el ferro-carril? cuando no le encuentren podrán por algun indicio buscar el carruaje quinientos sesenta: que guillotinen el carruaje y condenen á cadena perpétua á los caballos; el tio Laforje se habrá deshecho en el aire.

—Me has dicho que la jóven que iba con Andrés era muy hermosa, blanca, rubia, ojos azules, y con una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha.

—Sí.

—Esperemos: creo haber reconocido en esa jóven á una buena hembra que hace ocho años, cuando aconteció en París un asesinato que causó mucho escándalo, se fué por mera precaucion á España: yo la conocí, tuvimos amores, y un dia, borracha, me contó su vida y milagros: es un misterio para la policía, y una buena hija de la Providencia: yo la veré: me parece que no tenemos que mezclarnos en nada: si yo fuera amigo de Andrés, le diria: huid de esa sirena, que os va á ahogar.

—¿Y por qué no acabar por nosotros mismos, en gracia de la brevedad?

—Porque dejando correr los sucesos, los resultados, aunque algo más lentos, serán más seguros, y sin compromiso alguno para nosotros. ¡Ah diablo! me contraria que te hayas quitado tu cara postiza; no puedes llevarme á casa en tu carruaje, seria una imprudencia: hay una legua de aquí á la calle de Saint-Honoré.

—Ten paciencia, Pánfilo; me he lavado ya y no vuel-

vo á embadurnarme: por otra parte, es bueno hacer ejercicio: estás muy apoltronado, y te estás poniendo grueso de una manera que no me gusta: conque ¿en qué quedamos?

—En que llevarás á la estacion al señor Andrés, y en que yo procuraré hacerme naturalmente el encontradizo con la señorita Emilia de Cannes, y sin preguntarla sabré si ama á Andrés, lo que nada tendria de extraño, ó si es su entretenida de buena fé, ó si Andrés es para ella un negocio: si averiguo que nada tiene que temer de la Emilia Andrés, obraremos en consecuencia; pero si Emilia es para él un peligro seguro, dejaremos correr los sucesos: de todos modos, dentro de dos dias podrás soltar tu cáscara de cochero, y adios, tengo sueño...

IV.

Gamboise no esperó más.

Habia sentido que Veracruz se levantaba.

Se deslizó por la escalera, ganó el carruaje y se replegó dentro de él.

Continuaba el murmullo de las voces.

Cinco minutos despues, bajaron Veracruz y Antolin.

—No tengas duda, decia el primero: lo que yo he pensado es lo mejor: debemos ser cautos y evitar un golpe de mano peligroso, de que sólo debe usarse en un caso extremo.

—Como quieras, dijo Antolin abriendo la puerta.

—Mucha prudencia, dijo Veracruz saliendo: hasta mañana; buenas noches.

La puerta se cerró.

Antolin pasó en silencio, y subió por las escaleras.

Poco despues se apagó el reflejo de la luz, y todo quedó á oscuras.

Gamboise esperó todavía diez minutos.

Luego salió del carruaje, cerró la portezuela, y se acercó á la escalera.

Desde allí oyó los fuertes ronquidos de Antolin.

Se deslizó hácia la puerta de la cochera, la abrió silenciosamente, salió y volvió á cerrar.

El que vigila, vigila siempre por costumbre.

Gamboise lanzó una mirada á la derecha, otra al frente y otra á la izquierda.

En el ángulo del cercado que servia de almacen de madera, vio un pequeño bulto informe é inmóvil.

Para otro cualquiera, aquello nada hubiera representado: para Gamboise representó un espía.

—¡Calla! dijo, ¿quién diquela (1) por aquí?

Se encogió de hombros, como quien nada le importa ser observado, y se encaminó á la puerta de la casa de vecindad donde vivia Rinoceronte; la abrió, entró, cerró, atravesó el espacio oscuro y el patio, llegó á la puerta de la habitacion del cíclope y escuchó.

Se oia un ronquido fuerte é insistente, una especie de ronquido de hipopótamo.

Gamboise abrió con la ganzúa la puerta, y entró.

La vela de sebo se extinguía.

A su luz, ya escasa, vió Gamboise á Corbacho con los

(1) Observa.

brazos echados sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos, durmiendo.

Rinoceronte, sentado en una silla, reclinado contra la pared, con la cabeza inclinada sobre el pecho, era el productor de aquellos descomunales ronquidos.

La tia Girafa se habia echado en uno de los camastros, y dormia profundamente.

—La situacion es mia, dijo Gamboise.

Y robó, sin despertarle, su cartera á Corbacho.

Habia tenido que sacársela de debajo de la blusa, de la parte interior del levita.

Era esta una obra maestra de ratería por la que se comprendia que el alumno del cuarto año de medicina habia ganado ya sus espuelas en la órden de tomadores.

V.

Despues de esto, puso la cartera sobre la mesa y despertó á Corbacho.

—¡Eh! ¿qué es esto? dijo el polizonte; por lo visto, mi cartera se sofocaba en el bolsillo y ha salido á dar un paseo.

Y la volvió á guardar.

—Mira antes si te falta algun billete, dijo Gamboise.

—No, hombre no, y eso me prueba que eres un muchacho de confianza: si hubieras abierto mi cartera, hubieras visto que en ella no hay más que lo que podria haber en la cartera del ministro de Negocios Extranjeros: no traigo más que notas; vamos á ver, ¿qué has visto? ¿qué has hecho?

Y Gamboise le contó lo que habia hecho y lo que habia visto en la cochera.

—¡Bravo! dijo Corbacho; con que el tuerto tiene dos ojos, y las narices con que se manifiesta no son suyas; me alegro de saberlo; perfectamente.

—No te alegres demasiado, dijo Gamboise, porque el tal tuerto parece pez de mar ancha; yo creo que duerme con guardia exterior, ni más ni ménos que si durmiese en las Tullerías: al salir, he visto achantado junto á la tápia un bulto.

—¡Ah! dijo Corbacho, es el amigo Titi; me habia olvidado de él; y hace una noche de mil y doscientos diablos; ¡eh! Rinoceronte, Rinoceronte, vete á llamar á tu hijo, añadió Corbacho, despertando al dormido.

—¡Eh! ¡qué diablo! dijo Rinoceronte, cada dia se pierde más la educacion: yo creia que al que duerme se le debe dejar en paz.

—Anda y tráete acá á Titi; ya no hace falta donde está, y el pobre chico debe estar arrecido de frio: es necesario procurar que una pulmonía no robe esa esperanza á Tolon.

—El hijo será digno del padre, contestó Rinoceronte desperezándose como se hubiera podido desperezar un gigante.

Y salió tomando la ganzúa que Gamboise, despues de haberse servido de ella, habia dejado sobre la mesa.

—Ahora se trata de otra cosa, Gamboise, dijo Corbacho: arrímate al barreño, mira si hay fuego, caliéntate y bebe un trago de aguardiente: estás temblando de frio.

—Maldita cochera; es un pozo de hielo: ¿y de qué se trata, Corbacho?

—En la calle de Luis el Grande, número 32, primer piso, hay sirviendo á una señorita que se llama Emilia de Cannes, una muchacha picarda; es necesario hacer el amor á esa muchacha.

—¿Es bonita?

—Supongo que sí; porque á las mujeres hermosas las agrada mucho que lo sean tambien sus doncellas; pero importa muy poco que sea hermosa ó no: hazla el amor de una manera decisiva.

—¿Y si no me quiere? ¿y si tiene amante?

—Cómprala unos pendientes, unos bonitos pendientes de diez francos, ó una sortija de veinte, y te recibirá como coadjutor del otro.

—¿Cómo se llama?

Corbacho sacó su cartera y consultó una nota.

—Se llama Antoinette Grifon; diez y siete años, morena, ojos negros y pelo naturalmente rizado.

—¿Y qué hay que hacer?

—Apoderarse de una carta ó escrito indudable de su señora.

—Como, por ejemplo, la lista de la lavandera.

—Eso, por lo pronto; despues un escrito más importante.

—Estamos al corriente.

—Eso quiere decir que no hago falta.

—Por aquí hemos concluido, dijo Corbacho; pero hay algo más que hacer en Paris: ¿qué hora es?

Gamboise sacó un enorme reló de plata.

—Las dos y quince, dijo.

—Aún queda mucho tiempo, observó Corbacho: los negocios se hacen generalmente á la madrugada; los amigos estarán todavía en sus tareas; es menester que las secciones de la derecha del Sena envien cada una un representante á la barrera del Trono, donde estaré yo esperándolos: es de todo punto necesario que este representante conozca los negocios que tenga en proyecto cada seccion: puedes irte ya.

—¿Y dónde voy yo á comprar los pendientes ó la sortija que han de entablarme con la señorita Antoinette?

—¡Ah! tanto da, dijo Corbacho soltando un luis sobre la mesa: me olvidaba de que te contraría mucho jugar al billar al fiado.

—Muchas gracias, caballero, dijo Gamboise; creo que he ganado bien estos veinte francos, que me guardaré muy bien de emplear en un regalo para la señorita Antoinette Griffon: mañana tendreis la lista de la ropa de la señorita de Antoinette, yo os lo aseguro; eso por lo pronto: dentro de dos horas os estarán esperando en la barrera del Trono los diputados de todos los tunantes de Paris, de la derecha del Sena: á vuestras órdenes, vuestro humilde servidor: buenas noches: ¡ah! no puedo salir; ese bestia se ha llevado la llave: pero sí, sí, señor, le siento venir; oigo bostezar á Titi: ya está ahí su respetable papá.

La puerta se abrió y entraron Rinoceronte y Titi.

—Amigo gigante, dijo Gamboise, yo he concluido ya por esta parte mi comision: echadme á la calle en nom-

bre de la moral pública, á la que voy á servir en otra parte.

Rinoceronte miró de una manera altamente desdeñosa al estudiante de medicina, giró sobre sus talones y se dirigió á la puerta anterior, seguido de Gamboise, murmurando:

—Parece imposible que este títere sirva para nada.

Comparado físicamente Gamboise con Rinoceronte, habia materia en éste equivalente á la de seis como el otro.

Rinoceronte daba una gran importancia al exceso de su materia bruta sobre la de Gamboise.

VI.

—¡Chiquillo! dijo Corbacho á Titi que se preparaba á encajarle el parte de lo que habia observado, con el orgullo de todo polizonte, aunque sea aprendiz, cuando puede contar algo á su jefe; no necesito saber nada: lo sé todo: vete á acostar con tu respetable mamá.

Titi hizo un gesto indescribible; una mezcla de cólera, de sorpresa y de prudencia.

Le humillaba que se estimasen en tan poco unos servicios que le habian puesto moradas las uñas y la punta de la nariz por el frio.

Despues dijo con acento grave:

—¿Decís que lo sabeis todo, Mr. Corbacho? hay algo que no sabeis.

—¡Cómo! ¿qué? dijo Corbacho sorprendido por el aplomo del pillete.

—Indudablemente no sabeis que no me habeis pagado, porque si lo supiérais, antes de mandarme acostar como á un pelon, me hubiérais satisfecho mis honorarios.

—Te he dado dos francos.

—Los he invertido en cenar.

—Una buena cena es bastante paga para lo que has hecho.

—La cena ha sido una necesidad del servicio; ha sido el paripé (1) para que el tonto del cochero tuerto no reparase que yo diquelaba en la sombra; me debeis por lo ménos cien sueldos.

—Toma cien céntimos, dijo Corbacho dándole un franco, y es igual.

—A la órden, dijo Titi guardándose el franco en el profundo bolsillo de su pantalon: voy á ver si puedo abrigarme con mi mamá.

Y se dirigió bostezando al camastro, donde dormia tranquilamente la Girafa.

VII.

En aquel momento entró Rinoceronte.

—¿Por qué has tardado tanto? dijo Corbacho: ¿has estado confabulándote con ese pillo de Gamboise? cuidado conmigo.

—¡Cá! es que ese señorito me ha hecho que le acompañe hasta la entrada de la calle de Luis el Grande: tiene miedo á pesar de sus bravatas; como que á esta hora es

(1) La añagaza.

más fácil encontrar un *requiem æternam* (1) en la barrera de Grenelle que una buena moza.

—Tu mujer y tu hijo reposan, dijo Corbacho: toma tu sombrero y tu garrote y vente conmigo.

—A tiempo, dijo Rinoceronte tomando del suelo y de un rincon un sombrero inconcebible y un enorme garrote: la bujía de esperma de carnero concluye, y no habia otra en casa: andando, amigo Corbacho.

Salieron.

Cuando estuvieron fuera, Corbacho dijo á Rinoceronte:

—Vete á todas las tascas de la izquierda del Sena; que las secciones me envien uno de los que estén informados de sus negocios á la barrera del Trono: allí estaré dentro de dos horas: que esta órden se corra por todos los que se necesiten para que los que han de acudir lleguen á tiempo. Adios, hasta la vista.

—Hasta la vista, dijo Rinoceronte.

Y despues de esto se separaron y tomaron el camino en opuestas direcciones.

---

(1) Un bandido.

CAPÍTULO XXVI.

De cómo la Cador y la Cannes eran una misma persona.

I.

A las dos de la mañana, diez hombres que habian aparecido en distintas direcciones, llegaron á la barrera del Trono, á un gran edificio ruinoso y deshabitado, y entraron uno tras otro, con pequeños intervalos, por una ventana desguarnecida del piso bajo.

El que entraba producia con la lengua un chasquido á que contestaba otro chasquido en la oscuridad.

—Creo que estamos todos, dijo una voz, por la que podia reconocerse á Corbacho: pasemos lista.

—¡Uno! contestó una voz ronca, opaca, sombría, que hubiera extremecido al que la hubiera escuchado de repente á su lado marchando en una noche oscura por un arrabal solitario.

—¡Dos! dijo una voz de mujer.

—¡Ah! ¿estás tú ahí, Cristina? dijo Corbacho: buenas noches, Obús; me habia olvidado de saludarte cuando te numeraste.

—Buenas noches, mi querido Corbacho, dijo Cristina.

—Buenas noches, Murciélago, dijo Obús.

—¿Por qué me llamas Murciélago, tunante? dijo Corbacho.

—Porque ¿quién sabe qué eres tú, si raton ó pájaro, si polizonte ó afanador?

—¿Qué os ha sucedido malo por mi causa? dijo severamente Corbacho.

—De modo es, dijo Obús, que la mejor parte ha sido siempre la tuya.

—¡Ah! bueno; seguid la numeracion.

—¡Cuatro! dijo una voz campanuda, vibrante como la de un esquilon cascado.

—¡Ah! ¿estás tú ahí, Tres-manos?

—Dispuesto á sacar la cuarta si hay para qué.

—¡Cinco! dijo una voz tan ronca que apenas se percibia.

—¡Seis! dijo otra voz de soprano.

—Adelante, dijo Corbacho.

—¡Siete!

—¡Ocho!

—¡Nueve!

—¡Diez!

Estas cuatro voces eran vulgares; ningun carácter ni ninguna afeccion física revelaban.

—Vamos, dijo Corbacho: las secciones me han enviado buena gente; pero no tengo tiempo que perder y quiero que concluyamos pronto. ¿Quién conoce á la señorita Emilia de Cannes, calle de Luis el Grande, número 32, primer piso?

—Es un asunto ese tan reservado que para hablar de él es necesario que estemos solos, Corbacho, contestó Obús.

—Bien: buenas noches, señores y señoras; no haceis falta; idos; vente tú conmigo, Obús.

Se oyeron pasos que se alejaban, y luego el ruido sordo que producian los despedidos al saltar uno tras otro por la ventana.

II.

—Hace aquí un frio de los diablos, dijo Obús; mejor seria que nos fuéramos casa de Frente-de-carnero, que nos daria buen vino y buenos encurtidos con que hacer boca.

—¡Al canal de San Martin! ¿estás en tu juicio? aquí podremos hablar con más seguridad que en ninguna parte: ¿qué asunto es el que tiene con vosotros la señorita de Cannes?

—Procedamos con órden, no sea que nos equivoquemos, y perdamos el tiempo, Corbacho: ¿qué señas tiene esa moza?

—Veinticinco años próximamente: alta, esbelta, hermosa, simpática, blanca, rubia, ojos azules y pudorosos; una señal pequeña, como de cortadura, sobre la ceja derecha.

—Basta, dijo Obús: la Cador.

—¿La Cador? dijo con alegría Corbacho: ¡luego no me habia yo equivocado!... ¡era ella! ¡y que no se me ocurriera á mí que podia pertenecer á la asociacion has-

ta ahora! ¡y que la haya yo buscado inútilmente! ¿quién fué quien mató á la mujer del notario de la calle de los Inocentes?

—Francamente, aunque eso nunca se dice, á tí te se puede decir todo; fuí yo: dormia; el marido se habia ido á cazar; pero antes, en la encrucijada de Charenton, dió á un hombre que estaba oculto en la sombra las llaves de su casa; aquel hombre era yo; quien me habia enviado, la Cador; inútil es decirte que el notario no me conocia, que no me pudo conocer: entré por un postigo del jardin, se me habia dado el plano de la casa, y llegué, sin ser sentido, al dormitorio de la mujer del notario. Como he dicho, dormia y no despertó: ¡una buena puñalada! rompí un mueble, esparcí algunos papeles por el suelo y me fuí.

—¿Cuánto te dieron por tu trabajo?

—Una miseria, quinientos francos: yo me expuse; cualquier incidente pudo haber dado conmigo en manos de la policía: la Cador lo habia preparado todo aquello bien; pero no habia podido prever que el notario fuese imprudente y cobarde; guardaba su correspondencia amorosa con la Cador en un secreto de su buró, en el doble fondo de un cajon, segun supe despues por los interrogatorios del jurado, á que asistí muy tranquilo. El bueno del notario no sabia que los polizontes tienen mucho de ebanistas, y que encuentran los secretos de un mueble como si le hubieran hecho; ya se ve, preguntan tanto los jueces de instruccion, que el que no es listo se envuelve á las primeras preguntas; y los tunantes de los jueces, en pillando la punta de un hilo, le desenma-

Sena sabe que somos blanco y negro, ó por mejor decir, que somos de esos bandidos que pertenecen á la policía para obrar sobre seguro? Nada, no hay que hablar más; es necesario tirar al Sena á Gamboise, despues de haberle estrujado las entrañas como á un pichon: la fortuna es que la víctima, ese caballero que, segun me has dicho, viene de París, está ahora en casa de la señorita Emilia de Cannes, y Gamboise no podrá avisarla hasta que el otro se haya ido: por lo demás, ese comprobante que tú quieres, y que consiste en la comprobacion de la letra de las cartas amorosas de la Cador al difunto notario, que constan en el proceso, con la letra de Emilia de Cannes, es inútil; cuando ella varía de nombre, varía de letra: seguro está que la Cannes escriba como la Cador; si nuestro ascenso consiste en entregarla, no ascendemos.

—Pero podrá cogérsela por el negocio que tiene entre manos.

—No conviene; es un negocio importantísimo: á mí se me han ofrecido diez mil francos; tú puedes contar con otros diez mil, porque eres un convidado importante, que aunque se convida por sí mismo, no se le puede echar del banquete: diez mil francos valen, por lo pronto, más que un ascenso, Corbacho; medítalo bien, decídete, y en ese caso no hay que quitar del medio al pobre de Gamboise: vale mucho más entenderse con él.

—Ciertamente, dijo Corbacho; yo no me he comprometido de una manera grave con mi jefe: diez mil francos no se encuentran todos los dias; tienes razon: vamos á ver á Gamboise.

III.

Los dos bandidos, es decir, los dos polizontes de *la invisible*, atravesaron el espacio oscuro de aquel caseron deshabitado y saltaron por la ventana.

Inmediatamente Obús sintió que alguien saltaba tras él, que le asian por el cuello, y que le hacian sentir la punta de un arma blanca en la espalda.

—¡Ah! dijo una voz por la que Corbacho reconoció á Gamboise; hé aquí un Obús inútil, si yo quisiese; anda, tonto, ¿creias tú que era tan fácil estrujar las entrañas como á un pichon al hijo de mi madre?

—Suelta, ó de una coz te envio á la eternidad, dijo Obús.

—Ya sabia yo que eras un animal, contestó Gamboise; pero eres un animal muy útil: amigo Corbacho, guárdate en el bolsillo tus séis tiros: apostaria á que los tienes en la mano: conferenciemos; hay que confesar que tambien para los ladrones hay una providencia; la providencia del diablo, en buen hora; por poco, por poco los caballeros de la noche tienen que deplorar una pérdida sensible: cualquiera de nosotros que saliese de la escena, dejaria en ella un vacío irreemplazable: estrechémonos las manos, al negocio: al diablo se le ocurre querer entregar á Emilia por un ascenso: Emilia es una grande artista; estrechemos nuestras relaciones: al negocio, y viva la policía.

—¡Diablo de estudiante! dijo Corbacho.

—Los que estudian medicina no se convierten en una

epidemia hasta que la Facultad los autoriza con un título; yo me he anticipado, soy el cólera-morbo cuando aún no soy doctor. Pero escusemos palabras, que ya empieza á aparecer la blanca, y á nosotros para estar juntos no nos conviene más que la negra: ¿obramos ó no obramos de buena fé, queridos?

—Si se me garantizan diez mil francos, estoy al corriente, dijo Corbacho.

—Palabra de honor, dijo Gamboise: esta tarde á las tres te encuentras en tu chiscon con diez billetes de Banco.

—No hay más que hablar, dijo Corbacho: voy á ponerme de nuevo en observacion de mi cochero.

—Por supuesto, dijo Gamboise, no hay que decir al jefe que el cochero tiene dos ojos y que las narices que enseña no son suyas: observemos por nuestra cuenta, no sea que echemos á perder el negocio: nos hemos vuelto ciegos, no sabemos nada; el cochero es un respetable hombre de bien: ¿estamos? á verlas venir, y buenos dias.

—Y dime, tunante, exclamó Corbacho; ¿por qué cuando yo te dije hicieses el amor á la doncella de la Cannes para cojer por ella á su señora no me dijiste que la Cannes era tu querida?

—¡Para que yo fuera torpe como tú! lo primero era quitar á Emilia del medio, meterla donde tú no hubieras podido figurarte, y entendernos despues: ¿qué sabia yo hasta qué punto estabas comprometido con los polizontes á flor de agua? bah, bah, ya es distinto. Adios, hasta las tres, que iré á tu chiscon con los intereses.

Y Gamboise se alejó.

IV.

—¿Qué tal el estudiante, Corbacho? ¿no te decia yo? ¿quién de nosotros es más huron que él? mira el inocente como se vino á saber de qué se trataba: y me ha hecho una punzadura en la espalda que me incomoda más de lo que quisiera.

—¿Crees tú que llevará los diez mil francos? dijo con codicia Corbacho.

—De seguro: irá á la una á la Magdalena, verá á Emilia, la hablará y Emilia le dará los diez mil francos: el chico mide bien el tiempo; á las tres estará en tu casa.

—Es lástima, dijo Corbacho: un ascenso seguro: ¿sabes tú lo que seria para el subprefecto poder decir al jurado: ahí teneis esa bribona, á la cómplice del notario de la calle de los Inocentes? en fin, diez mil francos, son diez mil francos: vámonos hácia la calle de Luis el Grande; allí tengo que estar á las cinco para seguir vigilando á ese tuerto que no es tuerto, para hacer que hacemos: no me gusta este doble juego, es expuesto.

—¿Y qué diablos han sido siempre los espiones de la policía secreta? dijo Obús; ¿cuándo no han comido á dos carrillos? ¿quién puede probarnos cuando se nos encarga de vigilar á un prójimo si hemos visto, ó si nos han tapado los ojos y la boca con billetes de Banco? pagan muy barata nuestra fidelidad: una fidelidad de dos francos diarios, flaquea cuando la compran por cuatro. Cuando se trata de asuntos políticos, es distinto; se nos paga bien: ¿sabes tú cuándo va á haber revolucion? yo no siento conspirar á nadie, y eso que olfateo cuanto puedo y que

aguzo la vista y el oido; estúpidos; están contentos con el gobierno; esto no es París: en otro tiempo, por cualquier cosa se agitaba la gran ciudad: ahora lo que está sobre el tapete es la cuestion social; y debe ser una cuestion casi despreciable, porque nadie á causa de ella se toma el trabajo de conspirar.

—Eres un estúpido, Obús, dijo Corbacho; las grandes revoluciones no conspiran; se echan encima cuando ménos se piensa: están en el aire, debajo de la tierra, en el infierno, qué sé yo dónde; la verdad es que un dia se hacen barricadas; ¿por qué se han hecho? ¿quién ha mandado hacerlas? no se sabe: la verdad es que las barricadas hacen fuego; que el fuego de la una y de la otra forma ese volcan que no se apaga hasta que no ha devorado lo que tiene que devorar, y que un órden de cosas cae: de las conspiraciones sólo salen motines, y los motines nunca triunfan: hoy no se conspira; y ¿qué importa? la revolucion se siente por todas partes; ¿cómo? yo no puedo explicártelo, pero la siento: ¿cuándo estallará? no lo sé; pero estoy seguro de que adelanta: ¿qué destruirá? no lo sé tampoco. No hablemos de esto, porque es peligroso y no tengo gana de ir á Cayenna, si una palabra imprudente va á dar en los oidos de algun polizonte desconocido junto al cual pasemos sin verle: dime qué es el negocio que traeis entre manos con la Cador, pero dímelo en caló y en caló cerrado.

V.

—La Cador es una mujer que se ha propuesto ser millonaria, dijo Obús en un caló que traducimos, porque de

otro modo no entenderian ni una sola palabra nuestros lectores: otras mujeres se vulgarizan valiéndose de su hermosura para adquirir una subsistencia mezquina: la Cador, ó la Cannes, ó como se llame, que yo te aseguro que nadie sabe quién es, ni cómo se llama, ni de dónde ha venido, es un génio que se vale como un arma de combate de su hermosura: como todas las aventureras, está provista de un amante íntimo que nunca conoce, ni ve, ni siente, el amante de conveniencia: el amante de la Cador, desde hace mucho tiempo, desde que empezaba á dejar de ser muchacho para empezar á ser hombre, es Gamboise; como sabes bien, Gamboise es hijo de una portera de la calle Lepeletier y de padre completamente misterioso: en vez de dedicarle á un oficio, y tal vez á causa de instrucciones del padre, madama Gamboise ha dado carrera á su hijo, lo que no quita que como el chico se ha criado en la portería, rodando entre lacayos y gente alegre, se haya hecho un tunante de primer órden; á los catorce años era uno de los primeros jugadores de billar de los de París; armaba camorra por cualquier cosa, tenia ya gran partido entre las grisetas de Mabille, y pertenecia á la tercera seccion de tomadores de París, de la que tengo el honor de ser presidente: es utilísimo; no hay doméstica que le resista, y que sin saberlo no le procure las noticias que se necesitan para un buen negocio; se introduce como el aire en cualquier parte, y jamás comete una imprudencia: el ojo de un polizonte no se ha fijado todavía sobre él; y ¿qué hay que temer de un niño sonrosado, bonito, de ojos azules y traviesos, que sonríe como una costurera, y parece cándido ó loco, y cuando

más travieso? Un dia, al salir de San Sulpicio, encontró á la Cador y le pareció que seria bueno informarse de si llevaba el bolsillo vacío: Gamboise no sabia que la Cador estaba harta de ser buena moza, y se encontró cogido por la mano cuando acababa de cojer en el bolsillo de la Cador su portamonedas. Ella la miró, la miró él, se comprendieron, la Cador se asió de su brazo en vez de llamar á un gendarme, dieron un paseo juntos, y desde entonces viven en la mejor inteligencia: Gamboise ha hecho fortuna aumentando la fortuna de la Cador, y cuando se retiren de los negocios, acabarán por casarse: el doctor Gamboise, de la facultad de medicina de París, será un hombre sério, un respetable miembro del Instituto ó de la Academia de Ciencias, y madama Gamboise una respetabilísima señora: habrá algun envidioso que diga que el célebre doctor es hijo de una portera; pero sobrará quien añada que hoy cada cual es hijo de sí mismo, y que más vale un hombre célebre cuanto se ha levantado de una posicion más humilde; francamente, Corbacho: cuando yo veo un señor barrigudo, grave, sério, condecorado, con gran chaleco blanco y gran caña de India y me dicen: Ese es el doctor tal, el abogado cual, un grande hombre, un hombre célebre que cuando era jóven formaba parte de lo que en la Universidad se llama *la bohemia*, se me ocurre la duda de si allá, en sus primeros tiempos, habrá sido lo que ahora es el estudiante Gamboise: ¡ah! es un chico de mucho talento. Mientras está abierto el anfiteatro Dupuytren, á pesar de lo mal que huele aquello, no sale de él, y siempre tiene dinero para pagar sus estudios prácticos sobre el cadá-

ver, y más que dinero, las narices fuertes: yo no sé cómo la municipalidad, que no permite que haya pescados, ni carnes, ni aves que huelan mal, se hace la sueca con ese foco de infeccion que se llama anfiteatro Dupuytren: cádáver hay que permanece allí quince dias hasta que no queda parte de él que no esté despedazada. Gamboise será un gran doctor.

—Si no lo guillotinan y va á ser estudiado al anfiteatro Dupuytren, dijo Corbacho.

—Gamboise no se comprometerá jamás á dar un beso á la guillotina, ni tropezará de manera que al levantarse se encuentre agarrado por un grillete; demasiado inteligente por sí mismo, le ayuda la inteligencia de la Cador. Supongamos que sale mal el negocio de Poissy; que agarran á los obreros con las manos en la obra y empieza la instruccion: aunque los presos quisieran comprometer á Gamboise, no podrian, ni áun lograrian probar que le conocian: él hace las cosas de una manera muy sencilla y muy segura; sabe dónde puede encontrar un buen muchacho de la seccion y hablar con él sin que nadie le vea, sin que nadie le oiga: jamás concurre á la tasca: no parece sino que ignora hasta dónde la tasca está situada: si uno de los asociados se acerca á él á hablarle donde no debe de oirle, Gamboise le dice antes de que le dirija la palabra:—Os habeis equivocado, amigo mio, buscais á otro sin duda; yo no os conozco.—Y sin embargo, procura las noticias que se le piden con una claridad y una exactitud pasmosas: indica los negocios que proyecta, los prepara, los detalla, toma su parte; y todo esto sin comprometerse, sin hacerse sospechoso;

por último, pertenece á *la invisible* y sirve tan bien, engaña de tal manera al subprefecto, que el subprefecto le adora. Sin embargo, todavía no ha entregado más que á obreros vulgares, á pobres diablos que se atreven á hacer negocios por su cuenta sin asociarse á nadie: los pipiolos que no pagan seguro y que tropiezan al primer golpe para ir á cadena perpétua; ¡bah! Gamboise es un gran muchacho y se le debe respetar.

—Ese negocio de Poissy es sin duda el que trae entre manos la Cador, dijo Corbacho.

—Precisamente, contestó Obús: es el resultado del encandilamiento de ojos de un tonto; la Cador tiene una garganta admirable y nunca se la cubre cuando va á los bailes de máscara de la Grande Ópera: la garganta de la Cador, adornada por un collar de azabache, apresó en uno de los bailes del último Carnaval, á un jóven español: bailaron, y desde el momento, la Cador comprendió que pesaba asi como oro el extranjero: sobrevino una invitacion de cena que no fué admitida sino despues de grandes instancias: la garganta de la Cador no es más que un prólogo: cuando se quitó la careta, el extranjero vió el poema, un poema clásico, romántico-sentimental; se enamoró como te enamoraste tú, como me he enamorado yo, como el notario de la calle de los Inocentes, como Gamboise, como todo el que la ve: la voz de la Cador es una música; como la suya debió ser la de las sirenas; su mirada embriaga, su boca enloquece; el conjunto mata; es Satanás metido á ladron y asesino y convertido en mujer con todas las apariencias de un arcángel: no quiero recordarla; me irrita y siento unos

impulsos terribles de anonadarla, de pulverizarla, de quemarla, de arrojar al aire sus cenizas, de hacerla desaparecer sólo porque no ha hecho de mí lo que ha hecho de Gamboise, su señor y su esclavo, su mano y su instrumento, su sócio, una parte de sí misma, un complemento de su sér infernal; no quiero recordarla; hablaré de ella sin pensar en ella; como si no la conociera, como si nunca la hubiera visto. El pobre extranjero se volvió loco, la compró joyas, trajes, la renovó los muebles y la creyé pura, enamorada, celestial, divina; aborreció á su mujer; pero es el caso que entre su mujer y él existe un testamento y la mujer es millonaria; estorba; como se han prodigado tanto los venenos, no hay que pensar en ese medio; hay que apelar al gran golpe, al golpe de cerca; es necesario que Mr. Andrés Peralta quede viudo, y por el testamento, millonario: quedan todavía dos chicos que heredarán los títulos de la difunta y gran parte de su fortuna: ¡bah! Gamboise y la Cador harán de modo que los chicos no crezcan; despues sobrevendrá un matrimonio y un casamiento entre el extranjero y la Cador; por último, á la vuelta de un par de años, Gamboise se casará con la marquesa viuda de Alpuente y de Santorcaz; la ley se habrá perdido en este zic-zac del diablo y Mr. y Madama Gamboise se retirarán definitivamente de la escena en que se encuentran para entrar en la otra escena en que todos los personajes aparezcan respetables.

—Diablo, diablo, dijo Corbacho; es necesario explotar ese negocio y que no se lo coman todo esos dos bribones.

—Pues para explotarle, es necesario dejar obrar libremente á la Cador y á Gamboise.

—Y protejer á ese extranjero, alma del negocio: por lo mismo, es necesario seguir vigilando á cierto cochero que parece tuerto y narigudo: los negocios se cruzan, Obús, y de tal manera, que es necesario tener la cabeza muy firme para no embrollarse. Adios: ya sabes dónde puedes encontrarme esta noche.

—Adios, dijo Obús.

Y se alejaron.

En aquel momento entraba Corbacho en la calle de Luis el Grande.

Poco despues se escondia en el hueco de una puerta, á poca distancia del número 32.

CAPÍTULO XXVII.

Resultado del juicio de una portera francesa acerca de los españoles.

I.

A poco se oyó el ruido de un carruaje; apareció éste, pasó rápidamente por delante de Corbacho y se detuvo delante del número 32.

Era Antolin que acudia con su berlina á la cita de Andrés.

Antolin saltó del pescante, tiró del cordon de la puerta, y dijo:

—Perdonad si os molesto, madama Lezard; lo siento mucho, amiga mia; pero ello es preciso, indispensable; tened la bondad de avisar al caballero del segundo piso; ya sabeis que está aquí el carruaje.

A poco se oyó rechinar la puerta del cajon que servia de nido á madama Lezard y se oyó la voz de ésta que decia disimulando su disgusto por la incomodidad que la habia causado aquel llamamiento intempestivo:

—¡Ah! ¿sois vos, señor Laforje?

—Sí, sí; yo soy, señora mia.

—Voy á abrir la puerta, dijo madama Lezard; porque debe estar helando.

Se oyó la vuelta que daba la llave en la cerradura, se abrió la puerta, y apareció madama Lezard liada en una especie de capa, teniendo en la mano, encendida, una de esas lamparillas que se llaman capuchinas: tenia la cabeza completamente redonda, envuelta por un gorro de dormir. Era una especie de figura fantástica por lo extraordinario, por lo feo, por lo inconcebible.

Antolin entró y tuvo valor para decir á madama Lezard esta galantería, que olia á epígrama desde una legua:

—¿Sabeis, madama Lezard, que es una fortuna sorprenderos en *déshabillé*?

—¡Ah, picaron! dijo madama Lezard dejando ver una sonrisa que parecia una mueca; voy á daros un vaso de coñac, de coñac-Champagne, amigo mio; le compro en casa de Badour, para refrigerarme el estómago por la mañana; ya vereis, vais á entrar al momento en calor.

—Permitidme, mi querida madama Lezard, dijo Antolin, eso será muy bueno para despues; pero no perdamos tiempo; van á dar las cinco, el tren sale á las seis; mientras ese caballero despierta, se viste, baja y le llevo á la estacion, pasará la hora de que podemos disponer: id, id, mi buena madama Lezard.

—¿El caballero es el que se quedó anoche en el segundo piso, no es esto, casa de la señorita Emilia de Cannes?

—Eso es.

—¡Qué costumbres, señor, qué costumbres! ¡qué

ejemplo! ¡qué sacrificios tiene que arrostrar una mujer honrada, si es portera! Voy, voy, Mr. Laforje; siento mucho dejaros á oscuras, pero bajo al momento; no daré lugar á que os impacienteis.

—¡Ah! no, me basta para luz el fuego de mi pipa; pero id, id, que es ya tarde, madama Lezard.

II.

La vieja se dirigió á las escaleras y subió por ellas.

Quien la hubiera visto de improviso montando lentamente los peldaños, seca y larga, rígida, envuelta en aquella capa de color terroso, con la cabeza redonda y blanca, y el perfil en caricatura de su frente, sus narices y su boca, la hubiera creido uno de esos espíritus malignos domésticos que se llaman duendes, y á los cuales la imaginacion atribuye las formas más caprichosas.

Madama Lezard y su luz desaparecieron en las vueltas de la escalera.

Cinco minutos despues, se oyó el fuerte sonido de una campanilla.

Era que madama Lezard llamaba á la puerta del segundo piso.

Sucedieron algunos momentos de silencio, hasta que volvió á sonar con más fuerza la campanilla.

Luego se oyó el murmullo de la voz cascada de madama Lezard y el de otra voz jóven y fresca.

A poco apareció el reflejo de la luz, que fué creciendo en intensidad, hasta que por último se vió descender á

madama Lezard por las escaleras, llegar á su pié, y adelantar hasta la puerta de su cajon de portera.

—¡Ah! ¿os habeis sentado? dijo á Antolin; habeis hecho bien; estais en vuestra casa.

—Siempre contando con vuestro permiso; gracias, respondió Antolin.

—Voy, voy á daros un vaso de coñac-champagne; beberemos juntos; ya vereis, es un licor delicioso.

Y abrió un pequeño armario de pino pintado que estaba colgado de la pared, sacó una botella y dos pequeños vasos y los puso sobre una mesa en miniatura, como era necesario que fuese, dado el pequeño espacio de la portería.

Llenó los vasos, dió el uno á Antolin, que le bebió de un trago, y madama Lezard el suyo.

—¿Eh, qué tal? preguntó la vieja.

—Delicioso, respondió Antolin.

—¿Quereis más?

—¡Ah, no! cuando se tienen que manejar dos caballos jóvenes y bastante briosos, es necesario no tratarse mucho con el alcohol.

—Teneis razon, dijo madama Lezard; hay que resignarse á los sacrificios inherentes á la posicion; ¡oh! y no somos nosotros solos; apostaria á que ese señor á quien llamais, hace sin duda un gran sacrificio en levantarse á estas horas: debe ser casado.

—¿Con la señorita de Cannes?

—¡Cómo ha de estar casado con una señorita!

—Secretamente.

—¡Secretamente! la señorita de Cannes aborrece los

secretos: todo el mundo sabe que es amante de un caballero americano, porque en París se llama generalmente americanos á los españoles cuando gastan mucho dinero con sus queridas: esto consiste en que la experiencia ha demostrado que los españoles son tacaños con las mujeres.

—¡Ah, sí! dijo Antolin, olvidándose de que representaba el papel de francés; porque los españoles no se dejan robar por una bribona, como un príncipe ruso ó como un inglés, ó como un criollo, y prefieren engañar á ser engañados.

—Aplaudo, en nombre de los españoles, Mr. Laforje.

—Los estimo mucho; he vivido en España y los conozco bien.

—¡Cómo! ¿habeis vivido en España y no os han devorado?

—Ya veis que no.

—¡Pues si dicen qne los españoles llevan siempre en invierno y en verano debajo de la capa un trabuco, que matan por nada, y que las mujeres, sin excepcion alguna, llevan en la liga un puñal! yo he visto láminas representando españoles y españolas y visten de una manera muy rara; son una especie de cíngaros, morenos, oscos, que nunca miran á derechas: ¿y habeis vivido allí? ¡qué horror!

Antolin se echó á reir.

—Sí, reiros cuanto querais; pero no por eso dejará de ser verdad que el África empieza en los Pirineos.

—Haremos juntos un viaje á España, mi querida madama Lezard, y cambiareis de opinion, yo os lo aseguro:

los españoles son unos gentiles hombres que visten bien, que viven mejor, que son muy francos y muy simpáticos; y en cuanto á las españolas, sin que os ofendais, madama Lezard, son generalmente unas adorables criaturas.

—No disputemos: quiero mejor convenir en todo lo que me digais, que comprometerme por la más leve expresion á ser llevada á España.

—Sin llevaros, teneis un ejemplo en el amante de la señorita de Cannes de que hay españoles muy finos, muy elegantes y muy simpáticos.

—Cuando se han domesticado por algunos años de permanencia en París; cuando nuestros sastres han sustituido con un traje conveniente su horrible traje: estoy segura de que si un español pasado por París, civilizado por París, vestido por París, se presentase con levita en cualquier poblacion de España, sus compatriotas le matarian; y á pesar de todo, reparad bien en vuestro español, el amante de madama de Cannes; viste de una manera inmejorable, es cierto; es muy simpático, no lo niego; pero tiene la gravedad de un turco, y cuando mira, hay en sus ojos algo que causa miedo: pues, ¿y las españolas? Hace tres dias una española, que debe ser la esposa de Mr. Andrés, bajó de un magnífico carruaje, entró de una manera terrible en la portería, y me preguntó si conocia yo á un caballero de tales y tales señas; las señas de Mr. Andrés; naturalmente, yo que me puse al cabo de la situacion, quise ahorrar un disgusto grave á la señorita de Cannes, porque para qué estamos los porteros sino para servir á los inquilinos, y la dije que no conocia al tal sugeto.

—Precisamente, me dijo en muy mal francés, todos los porteros y las porteras de París son unos bribones, encubridores asalariados de toda clase de infamias.

—¿Qué os parece, Mr. Laforje? ¿puede permitirse palabras tan violentas y tan groseras una señora? decidme luego que vuestras españolas son adorables: estaba pálida de cólera, echaba fuego por los ojos, manoteaba, y á poco me salta un ojo con un dedo: ¡qué horror! y era morena, muy morena, y tenia los ojos y los cabellos negros como las gitanas: yo estaba temiendo que levantase su magnífico traje y sacase el puñal: afortunadamente apareció un criado de Mr. Badour, que venia á cobrar una botella de coñac que yo habia tomado el dia anterior, y me protegió; *la bohemia,* la gitana, la adorable española se fué amenazándome con que volveria y pondria en la cárcel á la señorita de Cannes, á su marido y á mí. Y ¡qué lujo, señor, qué lujo! ¡qué pulseras de brillantes, qué carruaje, qué caballos, y qué criados! esas gitanas deben ser muy ricas: vienen á París y París las da lo suyo; pero dentro se queda siempre la fiera: vaya, vaya, si no llega por fortuna el criado de Mr. Badour, aquella fiera me araña.

II.

—¿Y cuándo sucedió eso? dijo una voz severa y grave á la puerta.

Era Andrés Peralta.

Antolin se puso de pié, y la vieja portera sobrecojida

por la presencia de Andrés, tartamudeó algunas palabras ininteligibles.

—¿Cuándo sucedió eso? repuso Andrés.

—Hace dos dias, contestó cobardemente la vieja; yo creo que hice bien en impedir que aquella persona subiese.

—Aquella señora, dijo Andrés corrigiendo la insolente frase de la portera: bien, continuó como hablando consigo mismo; todo se reduce á que Emilia se vaya á otra parte.

—¿Y por qué perder tan buena inquilina? dijo madama Lezard; si esa señora vuelve, no subirá.

Pero Andrés no la escuchaba.

Habia vuelto á subir las escaleras.

—Historias, dijo Antolin.

—Ved ahí: esto me costará veinte francos, porque, de seguro, es tan cara la habitacion de la señorita de Cannes que siempre que se desocupa tarda por lo ménos dos meses en alquilarse, y esta habitacion me produce diez francos al mes.

—Castigo de la murmuracion, mi querida madama Lezard, dijo Antolin contrariado porque preveia que iba á perder la pista de Andrés y de la señorita de Cannes.

Probablemente Andrés, avisado de que su mujer conocia su intimidad con una aventurera, debia tardar en volver á París algunos dias con el solo objeto de tranquilizar á la marquesa.

Esto prolongaria la violenta situacion de cochero público de Antolin.

Se puso ostensiblemente de mal humor.

—Vaya; pues no falta más sino que vos tambien os incomodeis, mi querido señor Laforje: quisiera yo saber qué os importa á vos la historia de esos españoles, ni quién habia de figurarse que estaba el otro escuchando: no se le ha sentido; precisamente no hay bandido que no sepa acercarse á donde quiere sin causar ruido alguno.

—Por lo mismo, hablemos de otra cosa, dijo de peor humor Antolin; del tiempo, de la enfermedad, de las patatas: á propósito; ¿cuándo va á haber revolucion? ¿cuándo guillotinamos al tirano?

—¡Oh! Mr. Laforje, os habeis convertido en una cosa horrible: ¿quereis que nos lleven á la cárcel? si hablais de esa manera, mejor es que callemos.

—Teneis razon, madama Lezard; y para que no estemos el uno enfrente del otro como dos santos de yeso, me voy á mi pescante: buenos dias; gracias por el vaso de coñac.

Y Antolin salió á la calle silbando la *Marsellesa*.

—Pero ese hombre está loco, se quedó murmurando madama Lezard: ¿qué demonio se le ha metido en el cuerpo? ¡y que haya yo pensado en que era una buena conveniencia! ¡ah! no se puede partir de ligero: ¡qué mundo, señor, qué mundo! las gentes no parecen lo que son.

En aquel momento pasó rápidamente por delante de la portería Andrés.

Salió, abrió la portezuela del carruaje, y dijo á Antolin:

—Son las cinco y cuarto: llévame á un lugar donde podamos hablar un momento: creo que tenemos tiempo.

—Sí, sí, señor, contestó Antolin; el tren no sale hasta las seis.

—Pues en marcha, dijo Andrés entrando en el carruaje y cerrando la portezuela.

Antolin recorrió algunas calles y se detuvo en un espacio solitario, á la salida de la calle de Laval.

Empezaba á amanecer.

—Baja del pescante y entra, dijo Andrés, que habia bajado uno de los vidrios delanteros.

Antolin entró en el carruaje y se sentó junto á Andrés.

Un hombre adelantó por entre la bruma de la mañana, se acercó al carruaje, pegó el oido á uno de sus costados, junto á la portezuela, y escuchó.

Aquel hombre era Corbacho.

CAPÍTULO XXVIII.

Consideraciones sobre la policía secreta, y justificacion del título y del objeto de este libro.

I.

—Me has parecido un hombre inteligente y leal, dijo Andrés: por lo mismo quiero servirme de tí.

—¡Oh! me haceis mucho honor, dijo Antolin: yo procuraré hacerme digno de él.

—Cuando me dejes en la estacion, irás á la calle de Petrelle, número 50; es una antigua casa; la portera se llama madama Girop, la entregarás esta tarjeta y la preguntárás por madama Julia de Camps; madama Julia vive en un cuartito en el quinto piso; te presentarás á ella, la dejarás ver esta tarjeta, y la dirás de mi parte que tu carruaje espera para llevarla al número 32 de la calle de Luis el Grande, donde vive la señorita Emilia de Cannes. Cuando la hayas llevado, esperarás y te pondrás á disposicion de madama de Camps y de la señorita Emília. Se trata de una traslacion de domicilio que no deje huella alguna: yo no sé á dónde se trasladará la se-

ñorita Émilia; tú lo sabrás, y dentro de tres dias ten á mi disposicion tu carruaje á las seis de la tarde para conducirme á la nueva habitacion de esa señorita.

—Perfectamente, contestó Antolin; desempeñaré vuestro encargo de modo que quedareis de todo punto satisfecho.

—Toma, dijo Andrés dándole algunas monedas de á cinco francos.

—¿Y para qué ésto? dijo Antolin: ya me pagará esa señorita.

—No importa, ese es un regalo que yo te hago para que me sirvas con más gusto.

— Gracias, señor; de todos modos me sois tan simpático que os hubiera servido sin más retribucion que la extrictamente relativa á la ocupacion de mi carruaje.

—Gracias, dijo Andrés; sal, y pongámonos de nuevo en marcha.

II.

Corbacho, que lo habia oido todo, se retiró detrás del carruaje en el momento en que Antolin salió para pasar al pescante, y cuando el carruaje partió, no le siguió; por el contrario, tomó lentamente el camino de la comisaría, donde antes le hemos visto.

Aunque no era hora de que el comisario Mr. Bastian se hubiese levantado, Corbacho tiró del cordon de la puerta de la casa de la comisaría, y á poco le abrió un gendarme.

—Avisad á Mr. Bastian, dijo Corbacho con la expre-

sion y la palabra breve de un superior que manda á un subordinado, que necesito verle al momento.

—¿Quién sois? dijo el gendarme.

—Tomad mi medalla, dijo Corbacho.

El gendarme leyó en la medalla el nombre de monsieur Augusto Cretien, subinspector de la policía secreta; devolvió la medalla á Corbacho y se apresuró á subir.

Corbacho fué inmediatamente recibido por el comisario, que no abandonó la cama.

No acostumbraba á levantarse tan temprano, y sólo por un servicio urgente hubiera alterado su costumbre.

—¿Por qué venís tan de mañana, Mr. Cretien? dijo.

—Porque importa que yo no sea relevado de la vigilancia del carruaje número 560.

—¡Ah! dijo el comisario, ¿con que vuestras observaciones han dado luz?

—Sí, sí por cierto, Mr. Bastian; pero una luz sombría; se trata de un tremendo crimen en proyecto sobre la persona de un extranjero, de un español, de don Andrés Peralta, marqués de Alpuente y de Santorcaz, que vive en el pueblo de Poissy; es indispensable que por un despacho telegráfico reservado se mande al alcalde de Poissy vigile al español don Andrés Peralta, marqués de Alpuente, de tal manera que no note que es vigilado, y avise por despacho telegráfico en el momento en que don Andrés Peralta tome el tren para París.

—Bien; pero ¿qué proyecto es ese?

—El de un crimen, el de un asesinato que yo no po-

dré determinaros, porque como os he dicho, está en proyecto.

—¿Y toma parte en ese proyecto el cochero número 560?

—Sí.

—¿Hay causa bastante para prenderle?

—Sí; porque aparece tuerto y no es tuerto; porque presenta unas narices enormes y enrojecidas por la erisipela, y aquellas narices no son suyas; porque, en fin, su licencia tiene el nombre de Mr. Laforje, y se llama Antolin y parece español.

—Pues arrestadle.

—¡Ah! no conviene; tiene un cómplice, á quien no se podria arrestar, porque no hay causa para ello; el arresto de Mr. Antolin seria un aviso para su cómplice, y no pudiendo ser éste arrestado, el extranjero, el español, el marqués de Alpuente, quedaria en peligro de un nuevo y más hábil proyecto, por más que se vigilase al cómplice de Mr. Antolin: la vigilancia, Mr. Bastian, no puede ser tan completa, ni la red tan tupida que un criminal de talento no pueda escapar por una de sus mallas: creedme, señor comisario, lo mejor es no alarmar á esos bribones, observarlos y caer silenciosamente sobre ellos como el tigre que acecha la presa.

—Necesito más detalles, dijo Mr. Bastian.

Corbacho contó al comisario todo lo que habia observado Gamboise: pero en sus noticias se redujo simplemente á Antolin.

Corbacho era un hombre doble: en él existia el polizonte secreto y el bandido.

Este último se valia del primero.

Seria de desear se pensase sériamente por los gobiernos en la resolucion de este problema.

¿Pueden coexistir la policía secreta y la moralidad?

¿Es posible que un hombre que se presta al bajo oficio de espía encubierto, desconocido, que entra en todas partes vistiendo todos los trajes, adoptando todos los aspectos, tendiendo lazos á todo el mundo, mintiendo, sorprendiendo, engañando, haciendo traicion al que no conociéndole confia en él; es posible, repetimos, que este sér repugnante sea probo y honrado en el desempeño de su cargo, y que no abuse de él en provecho propio?

No comprendemos la ley ni la justicia encubiertas por la infamia: esto no puede ser; esto es absurdo: un polizonte secreto es siempre un sér indigno; un sér indigno es siempre un bribon que especula y que explota los elementos que le da la posicion oficial en que se le coloca.

La policía secreta está en todas las clases, en todas las condiciones.

Suponed que contraeis conocimiento en un salon donde todo parece decente con un hombre simpático, elegante, de excelentes maneras, de conversacion fácil y amena, cuya posicion pública es elevada; que si es necesario está condecorado, que parece, en fin, una persona decente en toda la acepcion de la frase: procura hábilmente vuestra intimidad, os confia, os engaña, participa de vuestra opinion; pertenece francamente á vuestro partido político, se ingiere en él por vuestro medio, y con él asiste á las reuniones más ó ménos trascendentales de vuestro partido el gobierno.

Se conspira: el gobierno conoce la conspiracion, la deja correr si le conviene, ó la destruye prendiendo á los más comprometidos.

Se siente á un traidor: alguien ha faltado á la confianza que en él se tenia.

¿Y quién es ese alguien?

No se sabe.

Del que ménos se desconfiá es del polizonte, porque tiene habilidad bastante para inspirar una completa confianza.

A veces el polizonte ha sido preso el primero.

Esto es lo que se llama labrar el polizonte de primer órden; constituirle por la persecucion en un hombre político importante, del cual no puede desconfiar un partido.

Se juzga generalmente por las apariencias, y se profundiza poco: por lo mismo no se debe conspirar.

Puede suceder muy bien que el que preside las reuniones clandestinas políticas sea un delegado del gobierno.

Pero estos infames, estos terribles infames, son un arma de dos filos y de dos puntas que hieren con frecuencia la mano misma que se sirve de ella; que cuando les conviene engañan al gobierno que les paga, sacando partido de la confianza que en ellos se ha depositado.

Cuando un gobierno no tiene razon de ser, cuando la terrible fatalidad de los sucesos le anulan, dejándole solo una vida ficticia, los primeros que le venden son sus altos polizontes, que como lo ven todo, conocen la verdad de la situacion.

A los cadáveres no se les sirve, y el polizonte cono-

ce en un hombre que parece sano el enfermo, el moribundo, el cadáver.

La policía política es, pues, una inmoralidad inútil.

Cuando las conspiraciones no tienen razon de ser, cuando no se apoyan en un gran principio necesario, fracasan por sí mismas.

Cuando en vez de ser propiamente dicho conspiraciones, son una fermentacion necesaria, los primeros extremecimientos de una revolucion poderosa provocada por grandes causas, la policía secreta es inútil: lo que ha de ser, lo que debe ser, es: lo necesario se cumple:

El órden de cosas que está en contradiccion con las necesidades generales de un país, es destruido.

La alta policía secreta es una inmoralidad inútil, un elemento corruptor que debia evitarse.

En cuanto á la baja policía, en cuanto á la policía del crímen, es una equivocacion que patrocinan los polizontes á los bandidos mucho más terribles que aquellos á quienes este género de policía vigila.

¿Pero cómo, se dirá, puede prescindirse de la vigilancia de las personas sospechosas?

Esto es aducir un supuesto falso: la persona sospechosa no existe: ó el vigilado es criminal ó no lo es.

Si es criminal, está bajo la jurisdiccion de la policía pública.

Si no lo es, no puede, no debe ser vigilado.

Una buena administracion acabaria por completo con las personas peligrosas.

Cúmplanse las leyes, y los criminales de oficio serán

impotentes, porque las leyes no les dejarán libertad de accion.

¿Es inmoral en el fondo y en la forma la policía secreta?

Sí.

Esta afirmacion no admite réplica.

¿Debe usarse por un gobierno constituido de una inmoralidad?

No.

Esta negacion no admite réplica tampoco.

Por otra parte, la policía secreta, lo repetimos, sea cualquiera su carácter y su objeto, es peligrosa.

No puede, sin absurdo, pretenderse que el que se encarga de un bajo oficio no sea un infame.

Así es que la baja policía secreta, la experiencia lo ha demostrado, está unida por una mano á los ladrones, á los asesinos, á los falsificadores, á toda la turba multa que pertenece á la industria criminal, y por otra mano á los funcionarios públicos legales que dentro de la justicia, de la moralidad y de la decencia están encargados por la sociedad de perseguir al crímen.

El polizonte secreto es siempre un hombre de malos antecedentes; un sér corrompido y venal, con cuya fidelidad no puede contarse; un canalla capaz de todo; un glóbulo de lodo infecto; un hombre cuyo nombre se encontrará inscrito, de seguro, en los registros de alguna cárcel; que tal vez ha pasado por el presidio ó ha desertado de él; porque se dice: ¿quién sino un infame, un bribon, puede conocer á los bribones y á los infames? el miserable es necesario para vigilar á los miserables.

De lo que parece deducirse que el infame puede ser útil, conveniente y necesario.

Deduccion absurda, sistema erróneo, curacion empírica: como se evitan los crímenes es atacando, destruyendo las causas que los producen, moralizando por la educacion, por la buena administracion, desarrollando los veneros de la riqueza pública, llevando á cabo la multitud de reformas que exige la actividad de nuestra moderna civilizacion, haciendo obligatorio el trabajo y garantizándolo, entrando de lleno en una revolucion completa; esto es, en la abolicion de todo lo perjudicial por inaplicable, en la creacion de todo lo necesario, en la muerte de todos los monopolios, de todas las infamias, de todas las soberbias, de todas las tiranías, en el completo ejercicio de la equidad, de la dignidad y de la justicia.

El tiempo lo hará.

La policía secreta desaparecerá y con ella una mancha de lodo que se ve en la vestidura de nuestra actual organizacion.

III.

Lo que acontecia en París entre Corbacho y el comisario de policía, Mr. Bastian, acontece, ha acontecido y acontecerá mientras los funcionarios públicos se vean obligados á valerse de estos intermediarios de mal género.

Corbacho decia al comisario lo que le convenia decir y callaba lo que le convenia callar.

Hablando y callando completaba su negocio.

Aquello era un infame escarnio de las leyes y de la moral.

Corbacho callaba acerca de Emilia Cannes; dejaba correr un negocio, un crímen que debia valerle inmediatamente diez mil francos, y mucho más una vez concluido el negocio.

Garantizaba, dando parte de la falsificacion personal, por decirlo así, de Antolin, la vida de Andrés Peralta, y la garantizaba, no en cumplimiento de las leyes, sino por su provecho propio contando con lo que debia producirle el que Emilia Cannes, ó la Cador, haciendo viudo, por un crímen, á Andrés Peralta, concluyese un buen negocio casándose con él.

Corbacho, en su malvada experiencia, iba más adelante: preveia el caso de que la Cannes, casada con Andrés Peralta, obtenido lo que esperaba de aquel casamiento, necesitase ser viuda para casarse con Gamboise, y rica ya, retirarse definitivamente de los negocios.

Todo esto, revolviéndose en la fria y malvada imaginacion de un hombre olvidado de todo, perdido todo pudor, muerta la conciencia, repugna y espanta.

Y todo esto, por desgracia, es cierto; y lo que es más triste aún, el crímen solapado y cobarde, excitado por el interés, oculto en el misterio, guardado el secreto por la tumba, se revuelve monstruoso bajo nuestros piés, pasando al lado de todo el mundo sin que nadie lo vea, mucho más terrible, mucho más repugnante, mucho más infame.

Ser rico, es estar en lucha, generalmente sin saberlo, con el crímen.

Consuelo para los pobres, á quienes nadie acecha porque nada puede sacarse de ellos.

Todo está compensado: la seguridad que proviene de la pobreza, es una gran compensacion.

IV.

Vamos á decir lo que no hemos dicho hasta ahora, á pesar de que sabemos que muchas de las personas que lean este libro, le encontrarán desde su principio terrible y repugnante.

Le escribimos en nombre de la moralidad y de la justicia.

Para conocer bien las partes de que se compone un sér viviente, los vicios de su organizacion, sus lesiones, sus elementos mortales, es necesario empuñar el escalpelo, hacer la autópsia; toda autópsia es repugnante: se siente crugir la carne bajo el escalpelo, hay sangre coagulada, humores en descomposicion, vísceras repugnantes, olor nauseabundo; quien no tiene costumbre de ver una cosa semejante, se horroriza al verla, siente náuseas, extremecimientos, un malestar penoso, horror, espanto; huye, y no olvida en mucho tiempo el miserable, el repugnante espectáculo.

Y, sin embargo, la autópsia cadavérica es necesaria: hay que ver, por el estado en que ha quedado el cadáver, la multitud de concausas que han producido la muerte.

Es necesario estudiar sobre esa carniceria las enfermedades que han producido la catástrofe, y estudiar sus

causas á fin de prevenir los funestos resultados en otros séres vivientes.

V.

El indivíduo «humanidad» encubre sus aneurismas bajo un aspecto de salud: quien sólo juzga por las apariencias, no ve, no puede ver bajo la hermosa forma que da la civilizacion á la humanidad, los asquerosos crímenes, la actividad malvada y corrosiva que hemos desentrañado y presentado palpitante á nuestros lectores en este libro.

Por eso le hemos puesto por título Los GRANDES INFAMES.

Generalmente la multitud no ve otra cosa que el crímen vulgar, el ladron de oficio y el asesino pagado, el falsificador, los que, en fin, están directa é inmediatamente bajo el Código.

Los ve en el patíbulo y en el presidio.

Cree de buena fé que sólo los miserables desheredados de educacion y de fortuna, son capaces del asesinato, del robo y del incendio.

Si señalais á la multitud un hombre millonario, respetable y respetado, y la decís que es un ajusticiado que el patíbulo conoce y le reclama en silencio, un presidiario cuyo lugar está vacío en el presidio, un infame ennegrecido por todos los crímenes, por todas las degradaciones, por todas las vilezas, no os creerán: dirán que habeis exagerado, que sois socialista, inmoral, calumniador, aficionado á comer carne cruda é infecta.

Si marcais con un dedo rígido y justiciero la frente de una dama delicada, elegante, hermosa, con apariencias de ángel, y decís: hé ahí la adúltera, la envenenadora, la ladrona, la infame, dirán que estais loco, cuando no que sois un autor de mal gusto, entregado á las ficciones candentes de un romanticismo horrible.

Si se entiende por romántico lo terriblemente excepcional, lo colorido de una manera violenta, lo punzante, lo horrible, lo alta y pavorosamente dramático, os diremos que ese romanticismo está en la verdad de las cosas que nos rodean.

Es el crímen que siempre ha existido, refinado y envuelto en el misterio por nuestra sapiente, sagaz y magnífica civilizacion.

Cuesta hoy tan cara la vida, se necesita tanto para no ser un cualquiera, es tan triste, tan fastidioso estar envuelto entre la multitud agobiada y sudorosa con el trabajo, que no es extraño el culto idólatra que hoy se rinde al oro, ni que para obtenerle se use de todas las bajezas, de todas las inmoralidades, de todos los crímenes.

Una hipocresía asquerosa cubre con un bello traje, con unas bellas formas, toda la podre, todo el veneno que circula en vez de sangre por las arterias de nuestro cuerpo social.

¿Y por qué, por qué no se ha de tener el valor de arrostrar por todo lo que digan los sencillos de buena fé y los miserables hipócritas contra el que se atreve á rasgar valientemente el velo dorado que cubre todas esas inmundicias? ¿por qué se ha de suponer anarquista, disolvente, socialista, al que protesta en nombre de Dios y de

los hombres contra tanta maldad encubierta, cuyos funestos resultados se sienten, se ven, se tocan? abajo todas las caretas: abajo todos los farisaismos: abajo todas las hipocresías: luz para todas las infamias desconocidas.

¿Desde cuándo el protestar valientemente del crímen en nombre de la virtud y del honor, se tiene, se califica como una falta?

El artista y el poeta deben hacer el retrato de su tiempo; no es culpa suya si porque han mirado bien á su tiempo resulta en el lienzo ó en el libro un mónstruo.

Y cuenta que el libro que estamos concluyendo de escribir es pálido, que no nos hemos atrevido á delinear todas las infamias que conocemos, porque nuestro libro no hubiera visto la luz pública.

Si se nos pregunta cuál es nuestro objeto moral, responderemos que hacer una obra de misericordia, esto es, enseñar al que no sabe.

Decir á todo el mundo: cuidado con los afectos que te cerquen: bajo el «yo te amo» de una mujer, bajo el apreton de manos de un amigo, puede estar el puñal.

Desconfiad de todo, sed cautos, no os dejeis arrastrar por las apariencias, buscad bajo ellas la verdad, defendeos con una prudencia que nunca será bastante.

Esto no quiere decir que, exagerando el cuidado, os pongais por demasiado recelosos en el caso de suponer el mal donde no existe; no porque haya crecido á causa del acrecimiento de la vanidad y de las necesidades el número de los infames, hemos de suponer que la virtud y el honor han desaparecido de entre nosotros; no: afirmar eso seria un excepticismo absurdo.

Por el contrario, la inmoralidad va pasando; el cuerpo social empieza á rejuvenecerse, á purificarse; los monopolios van siendo difíciles, las tiranías imposibles: cuando nadie se queja de la corrupcion, entonces es cuando la corrupcion lo envenena todo.

Cuando no hay persona que pueda llamarse medianamente ilustrada que no levante la voz poderosa en nombre de la moralidad y la justicia, la corrupccion se va alejando, creándose una opinion fuerte dentro de lo necesario, de lo justo, de lo inevitable, de lo verdaderamente social, de lo que será, porque no puede dejar de ser.

El cadáver corrompido ha sido ya devorado por los gusanos; los hambrientos gusanos se devoran los unos á los otros, se destruyen.

Dentro de poco sólo quedará polvo de todo lo que ahora espanta, y un viento de vida, que no sabemos si será un huracan, diseminará el polvo en el espacio.

Lo porvenir es de la moralidad, del trabajo, de la virtud, del honor.

Nosotros saludamos á un porvenir cuya blanca luz aparece ya en el horizonte.

Las negras tinieblas pobladas de horribles fantasmas se hunden en el Occidente.

Tal vez los que ahora existimos no veamos el radiante sol que anuncia esa aurora.

No importa; le presentimos, le conocemos.

VI.

Un dia, los que miren á nuestra época, colocados en una mejor situacion, se asombrarán de la tempestad que

ha pasado sobre nosotros, de lo que hemos sufrido, de lo que hemos combatido para que nuestros nietos sean más felices que nosotros.

Nosotros tenemos aún sobre nuestros hombros la pesada cruz de nuestro Divino Redentor: aún ensangrentamos nuestros piés sobre el áspero camino del Gólgota.

Los fariseos, los asesinos, los miserables, nos empujan: creen que nos llevan á la muerte, y nos llevan al triunfo, á la resurreccion.

La humanidad se salva por el martirio: ella se alzará radiante de sobre su cruz.

No lo dudeis: y todo lo que habrá dejado de ser quedará al pié de esa cruz de redencion, ennegreciendo la historia: esperemos.

La esperanza es una vida intangible, pero llena de inefables consuelos.

La esperanza y la fé son la guia y la aureola de los mártires.

Porque nosotros, todos los que somos desheredados, somos los mártires de una grande idea eterna que ha necesitado para realizarse del sudor, de la sangre, de la agonía de un millon de generaciones.

Dios y la ciencia, que son una misma cosa, han impulsado á esa idea hácia un punto necesario á través de los abismos del tiempo y del infinito.

CAPÍTULO XXIX.

Los de arriba y los de abajo.

I.

Antolin, apenas hubo dejado en la estacion á Andrés, dijo al inspector de carruajes que paseaba junto al suyo:

—¡Ah, Mr. Musuar, y qué vida estamos llevando! cuidado que hace frio; tengo heladas las manos á pesar de mis guantes de lana, y no siento las narices.

—¡Oh! amigo; París seria muy bueno si no tuviera invierno; ¿qué hemos de hacer? los tiempos están malos y no todos tienen, como nosotros, un empleo ó una industria: algo hemos de hacer para ganar, vos lo que os produce vuestro carruaje, y yo mi sueldo.

—Lo que no impide que nos tomemos un vaso de ron en el café del Embarcadero.

—¡Ah, diablo, y qué bien se conoce las excelentes ganancias que haceis, Mr. Laforje! si tuviérais que mantener, como yo, una larga familia con un pequeño sueldo, no podríais tener el placer de invitar á un amigo á tomar un trago.

—Gracias porque aceptais mi invitacion, Mr. Musuar, dijo Antolin poniendo su fusta en el pescante y bajando de él.

—¿Y vais á dejar solo el carruaje? dijo Mr. Musuar.

—No importa, dijo Antolin; mis caballos son unos chicos muy bien educados, y no se moverán: vamos, vamos allá, Mr. Musuar; ha partido el tren y hasta que parta otro no se necesita el buen servicio de vuestra vigilancia: tenemos media hora.

II.

Antolin y Mr. Musuar se dirigieron al café de la estacion.

Antolin no hacia nada en balde, y no habia convidado al celador, sino porque habia notado que el celador le miraba mucho, y queria asegurarse de si era ó no para él un peligro la observacion del celador: por esto le habia invitado á beber tomando por pretexto el frio.

La sola invitacion de Antolin destruyó en gran parte las sospechas de Mr. Musuar, porque Antolin le habia invitado de la manera más franca y más natural del mundo, como si nada hubiera recelado de él.

Además de esto, el que convida á beber á un borracho le pone desde el momento de su parte, y Mr. Musuar, si bien hacia exactísimamente su servicio, empleaba el tiempo de su relevo, parte en beber hasta embriagarse, y el resto en dormir para estar fresco al volver de nuevo al servicio.

Antolin, pues, se encontró con que tenia un amigo en

Mr. Musuar, y se desvaneció su temor de que Mr. Musuar hubiera sospechado de él.

Mr. Musuar se negó á beber el segundo vaso, á causa de estar de servicio, y se opuso amigablemente á que bebiese más Antolin.

—Creedme, decia, no seais niño: cuando se va en un pescante por calles tan concurridas como París, con dos caballos tan buenos como los vuestros, es necesario tener la cabeza muy fresca y la vista muy clara: ya sabeis que un atropello es una desgracia para un cochero; una ruina, porque los atropellados piden unas indemnizaciones irritantes, y gracias si no sobreviene muerte, porque entonces la cosa es más séria, se convierte en presidio: vamos, vamos, ya es hora; vos á vuestro carruaje, y yo á mi vigilancia.

—Teneis razon, dijo Antolin; tengo un servicio en París que me ocupará todo el dia, un servicio que me dejará una buena ganancia; y mientras llego ya es la hora.

—Pues id, id, dijo Mr. Musuar: cuando yo digo que sois muy afortunado... es verdad que vuestro carruaje es excelente.

—Gracias, Mr. Musuar: hasta la vista.

—Hasta la vista, Mr. Laforje.

III.

Habia hecho tambien esto Antolin, porque el celador no se fijase en su ausencia durante todo el dia del puesto.

Montó en el pescante, completamente tranquilo acerca de Mr. Musuar, y se puso en marcha.

Corbacho, que observaba desde lejos el carruaje, de lo que estaba harto ajeno Antolin, tomó á buen paso el camino de la calle de Luis el Grande.

Cuando llegó, vió el carruaje parado en el número 32.

Como era natural, el carruaje habia llegado antes que él; pero Antolin no estaba en el pescante.

En aquel momento, dentro del portal de la casa, mostraba la tarjeta de Andrés á madama Lezard, y la decia:

—Mi muy querida señora: tened la bondad de subir al segundo piso, de mostrar esta tarjeta á la señorita de Cannes, y de decirla que el carruaje la espera.

—¿Y espera ella el carruaje? dijo madama Lezard tomando la tarjeta; porque probablemente á estas horas la señorita de Cannes estará en su primer sueño.

—Os aseguro, dijo Antolin, que la señorita estará levantada, vestida y esperando.

—¡Ah! si vos lo asegurais, eso es otra cosa: voy al momento; tengo mucho gusto en complaceros, Mr. Laforje.

Y se fué.

Diez minutos despues bajó.

—Esto es horroroso, dijo; la señorita de Cannes nos deja: una buena inquilina, Mr. Laforje, una excelente inquilina, una señorita que tiene historia; francamente, á vos no se os oculta nada y se os puede decir todo: ya sabeis lo que vale para una portera una inquilina con historia, y tan hermosa como la señorita de Cannes.

—¡Hola! ¿hace traicion á su amante?

—A sus amantes, direis; porque engaña á los unos por los otros: esto es una fuga, un verdadero perjuicio para mí; se muda y no me dice dónde se muda: desde que vino aquella cíngara, aquella española feroz buscando á su marido, dije yo: se irá de la casa, se oscurecerá, se perderá en la inmensidad de París, será capaz de no decirme donde se vá, y quedaré yo en un compromiso para los que vengan á preguntar por ella; y ved cómo ha sucedido lo que yo temia; pero vos me direis á dónde la habeis llevado.

—De eso nada puede deducirse, dijo Antolin; probablemente la casa á donde yo la lleve no será la en que permanezca.

—Creo que se hace una gran confianza de vos, monsieur Laforje.

—Pues lo que yo sepa, os lo diré, madama Lezard.

—Siento á la Antoinette que baja, dijo la Lezard; la conozco en lo fuerte de las pisadas; parece una yegua frisona; voy á meterme en mi portería; poneos vos en la puerta á fin de que no sospeche que hemos hablado.

Madama Lezard se metió en la portería y Antolin se fué á la puerta de la calle y se pegó en su marco.

A poco apareció en la desembocadura de las escaleras una jóven robusta y fresca que llegó hasta donde estaba Antolin.

IV.

—¿Sois vos el que ha traido esta tarjeta? dijo á Antolin, presentándosela por el revés.

—Sí, hija mia, contestó Antolin.

—¿Quién os la ha dado? preguntó Antoinette.

—¡Ah! tenemos interrogatorio, dijo Antolin; si yo cometiese un delito me alegraría mucho de que el juez de instruccion fuese completamente como vos.

—Permitidme: á un hombre que tiene las narices tales como las vuestras, le está prohibido, por el buen sentido, decir galanterías á una chica como yo; reducíos á contestar á lo que se os pregunta: ¿quién os ha dado esta tarjeta?

—Un caballero.

—¿Cómo se llama ese caballero?

—Mr. Andrés Peralta.

—¿Qué señas tiene?

—Flaco, ojos negros, cabello negro rizado, jóven y buen mozo.

—Venios conmigo.

—No puedo abandonar por mucho tiempo el carruaje.

—Creo que será cosa de poco tiempo.

—Os sigo.

V.

La muchacha se volvió para adentro y precedió á Antolin hasta el segundo piso, cuya puerta abrió.

Luego por un elegante recibimiento y por un salon magnificamente amueblado, llegó Antolin á un gabinete bellísimo, donde habia una jóven admirable por su hermosura, su distincion y su elegancia.

Era Emilia Cannes, ó la Cador.

Estaba completamente vestida como para salir.

Hizo á Antolin las mismas preguntas que le habia hecho Antoinette, á las cuales Antolin contestó de la misma manera que á aquella.

—Mr. Andrés, dijo Emilia, antes de marchar, me encargó me valiese de vos: ¿qué motivos tiene Mr. Andrés para confiar en vos de tal modo?

—Usa con frecuencia de mi carruaje y me conoce mucho, dijo Antolin contestando con una generalidad.

—Bien; vais á llevarme, con mi doncella, á la calle de Petrelle, número 7; despues tomareis en un extremo opuesto de París dos mozos para que trasladen mi equipaje y cuidareis que no hablen ni una sola palabra con la portera, que es una charlatana: vamos, en marcha; me tarda salir de esta casa.

Bajaron.

Antolin subió al pescante, despues que hubieron entrado en el carruaje Emilia y Antoinette, y partió.

Emilia, al despedirse de madama Lezard, la regaló dos piezas de cinco francos, y la dijo:

—Cuando este cochero venga con dos mozos, abrireis la puerta del segundo piso y le dejareis sacar mi equipaje; consiste en dos grandes maletas.

—Muy bien, señorita; pero, ¿no podré saber á dónde os trasladais, para tener alguna vez el honor de ponerme á vuestras órdenes?

—Salgo de París, mi buena madama Lezard.

—¿A mucha distancia?

—Junto al Pirineo.

—Pues dentro de Francia, no puede ser más lejos:

¿vais á Oloron? creo que Oloron está en los Pirineos.

—Voy á Perpiñan.

Madama Lezard no supo qué contestar.

La respuesta de Emilia era definitiva.

Insistió, sin embargo.

—¿Y cuándo os vais, señorita? dijo.

—Esta tarde.

—¿Y diré á vuestros conocimientos que pregunten por vos, que os habeis ido á Perpiñan?

—Por supuesto. Adios, madama Lezard.

—Adios, señorita.

VI.

Una hora despues volvió Antolin trayendo dentro de su carruaje dos robustos auverñeses.

Madama Lezard abrió el segundo piso, y en una de sus habitaciones se encontraron las dos maletas de la Cador, maletas enormes que agobiaron á aquellos gigantes de carga.

Madama Lezard les preguntó insidiosamente con esta frase indeterminada:

—Os compadezco si vais muy lejos: si hubiérais traido vuestros carretones, seria distinto; pero cuidado si teneis que llevar á lomo estos fardos, aunque no sea más que al extremo de la calle.

Los auverñeses no contestaron ni más ni ménos que si no hubieran oido aquellas palabras.

—Cuándo querrá Dios que se civilicen estos animales, dijo madama Lezard.

—Y cuándo querrá Dios que las porteras no sean estúpidas y soeces, y sobre todo, curiosas, dijo uno de los mozos: hemos recibido la consigna de ser sordos y mudos, y sobre todo, no sabemos aún dónde vamos.

Madama Lezard se mordió los lábios contrariada.

Los auverñeses, cargados, se habian puesto en marcha.

Antolin los siguió á la puerta de la calle, y dijo á uno de ellos, sin que lo pudiese oir madama Lezard:

—Calle de Petrelle, número 7, último piso; madama Julia de Camps.

Los mozos echaron á andar.

—¿Con que decididamente se nos pierde la señorita de Cannes? dijo casi desesperada la portera; no importa, la buscaré por la comisaría del distrito, á pretexto de que debe alquileres, aunque no es verdad: ella está en el caso de reclamar el precio de quince dias; pero algo se ha de pretestar para que el comisario me dé noticias.

—No os las dará, porque no se trasladará el registro, madama Lezard.

—Habrá multa y apercibimiento.

—Supongo que pagarán la multa, si llega el caso de pagarla; el apercibimiento entrará por un oido y saldrá por otro: la gente rica hace lo que quiere, madama Lezard.

—Pero esto es horrible, dijo la portera.

—Sí, es verdaderamente horrible que vos no sepais á dónde se ha trasladado vuestra inquilina.

—Pero vos me lo direis.

—Cuando hayais cumplido un encargo que voy á haceros.

—¿Cuál, Mr. Laforje?

—Oid: es posible, casi cierto, que la esposa de monsieur Andrés Peralta insista en buscar á la señorita de Cannes, y se os presente; en ese caso la direis que se ha mudado, que no sabeis á dónde; pero que puede darla noticias el cochero número 360, situado en la estacion del ferro-carril de Poissy, que fué quien la trasladó: os he comprendido, madama Lezard; por lo que puede produciros el agradecimiento de esa señora si la revelais el paradero de la querida de su esposo, es por lo que habeis querido saber á dónde se ha trasladado la señorita de Cannes: yo quiero partir con vos los resultados del agradecimiento de esa señora, y por eso guardo mi secreto: cuando le haya explotado partiré con vos el provecho.

—Convenido, dijo madama Lezard.

VII.

Pasaron uno, dos, tres dias haciendo exactamente su servicio en la estacion Antolin y observado siempre, sin que él lo notase, por la policía.

Corbacho no habia querido que le relevasen de este servicio, porque le convenia hacerlo, y se daba muy malos ratos.

Seis individuos más, entre ellos Cosace, Obús, Gamboise, estaban á las órdenes de Corbacho para lo que pudiese sobrevenir.

La conducta espectante respecto á los criminales es un sistema malísimo y de deplorables resultados.

Desde el momento en que se supo que Antolin se disfrazaba, que no era el cochero Laforje, debió ser arrestada y vigilada la persona sospechosa que habia sorprendido con él un individuo de la policía.

El principio de no prender sino *in fraganti*, ó despues de la comision del delito, es funestísimo.

De este mal sistema resultó el crímen que vamos á referir á continuacion.

VIII.

Un dia, tres despues del en que mudó de domicilio la Cador, una señora jóven y bella que habia bajado de un carruaje de lujo en la estacion, donde tenia su puesto Antolin, se puso á examinar los números de los carruajes públicos que allí estaban, y al ver el número 360 se dirigió á su cochero; esto es, á Antolin, que reconoció á primera vista ó la marquesa de Alpuente y de Santorcaz, á Magdalena.

—¿A dónde? dijo Antolin abriendo desde el pescante la portezuela.

—A los Campos Elíseos, dijo Magdalena.

Y entró.

Luego, asomando la cabeza por la portezuela, dijo á su cochero:

—Vete á casa.

Antolin sintió una perversa alegria al ver que estaba apoderado de Magdalena.

—¿A dónde irá sola mi señora con ese alquilon? dijo el cochero de Magdalena, que, como todos los criados, estaba siempre dispuesto á pensar mal de su señora.

Y partió hácia el interior de París, mientras Antolin tomaba el camino de los Campos Elíseos.

Corbacho no conocia á Magdalena.

No sabia, por lo tanto, que era mujer de Mr. Andrés Peralta, y no siguió al carruaje de Antolin ni hizo que ninguno de los que estaban á sus órdenes le siguiese: no vió peligro ni interés alguno para él y dejó ir el carruaje.

Si hubiera entrado en él Andrés Peralta, hubiera sido distinto; el carruaje hubiera sido seguido.

IX.

Cuando llegaron á los Campos Elíseos, Magdalena tocó á uno de los cristales delanteros.

Antolin se detuvo.

—¿Me mandais algo, señora? dijo.

—No, contestó Magdalena, os suplico.

—No digais eso, señora; vos sólo podeis mandarme, dijo Antolin, como hubiera podido decirlo un hombre bien educado.

—Pues bien, espero que me complacereis, y en prueba de que recompensaré bien vuestra complacencia, tomad, dijo Magdalena dando á Antolin dos luises de oro.

Antolin, para disimular mejor, los tomó.

—¿Y en qué he de serviros, señora? dijo.

—Hace tres dias, contestó Magdalena, conducísteis á un lugar desconocido á una mujer que vivia en el segundo piso de la casa número 32 de la calle de Luis el Grande: me interesa mucho encontrar á esa mujer, y la portera, que no ha podido decirme á qué parte de Paris se ha mudado, me ha dicho que sólo podia darme tal vez noticias el cochero número 360, que paraba en la estacion del ferro-carril de Poissy.

—En efecto, señora, yo he llevado á esa señorita á una casa muy apartada, muy extraviada y muy poco conveniente, en la barrera de Grenelle.

—Lo creo, dijo Magdalena: hay personas á quienes conviene mucho habitar en lugares donde no pueda ni áun suponerse que habitan: ¿teneis algun inconveniente en llevarme á esa casa?

—Ninguno, señora.

—Pues marchemos.

El carruaje partió.

X.

En la barrera del Infierno, en un callejon solitario, entre tapias negras y casi derruidas, habia una casa de infame apariencia, fea, negra, vieja, rasgada, con los aleros desvencijados y largas manchas verdi-negras causadas por los regueros de las lluvias de algunos inviernos; algunos restos de canal podrida demostraban que en otro tiempo se habia cuidado de que la lluvia no deteriorase las paredes; un gran portalon cerrado con

grandes resquicios, por donde se veia un interior negro, era la única entrada de aquella casa.

A los lados de la puerta habia algunas grandes ventanas, mal cerradas con viejísimas maderas, y que en otro tiempo debian haber estado defendidas por rejas.

Antòlin abrió la portezuela.

—¿Y es aquí donde vive esa señora? dijo con extrañeza Magdalena.

—Aquí, á lo ménos, la traje, contestó Antolin: podeis llamar é informaros.

Magdalena bajó y dió dos golpes á aquella puerta, valiéndose de su mohoso llamador.

XI.

La puerta no tardó en abrirse y apareció tras ella una mujer, en la apariencia obrera, y de no mal aspecto.

Entre aquella mujer y Antolin se cruzó una rápida mirada de inteligencia, que Magdalena, descuidada y distraida, no vió.

—Decidme, preguntó á aquella mujer Magdalena, ¿vive aquí desde hace tres dias una señorita blanca, rubia, hermosa: la señorita Emilia de Cannes?

—No conozco á esa señorita, dijo aquella mujer de una manera tal, que equivalia á que hubiese dicho que la conocia y que estaba en la casa.

Se estaba representando una comedia infame.

—¿Os han encargado sin duda que guardeis el secreto? dijo Magdalena, sacando su porta-monedas.

—No, no guardo el secreto, dijo la mujer; no conozco á esa señorita por quien me preguntais.

Pero todo esto fué dicho con encogimiento, como quien no sabe mentir y miente obedeciendo á una consigna.

Magdalena entró en el portal y dijo á aquella mujer:

—Me interesa tanto hablar á la señorita de Cannes, que os haré rica si me procurais una entrevista con ella: tomad por el momento.

Y dió su porta-monedas, en que habia algunos luises de oro, á la mujer.

—Me poneis en un grave compromiso, dijo ésta cerrando como maquinalmente la puerta; pero venid, entrareis en mi aposento y me direis para qué buscais á la señorita de Cannes.

Magdalena siguió irreflexivamente á aquella mujer, que del portal pasó á un largo corredor, y de él á un patio solitario y silencioso.

Aquella casa parecia deshabitada, y nada de esto, sin embargo, reparó Magdalena, que siguió á su guia por unas escaleras descubiertas que habia en un ángulo del patio.

Poco despues se perdia, con aquella mujer, por una de las puertas de los corredores.

XII.

Una hora despues llegó Antolin con el carruaje y salió de él Veracruz, en cuyos ojos resplandecia algo siniestro.

Llegó á la puerta, y dió en ella un solo golpe de una manera nerviosa.

La puerta se abrió inmediatamente, y apareció un hombre de esos que se ven raras veces, y cuando se ven espantan, porque parecen individuos de otra humanidad.

Uno de esos hombres que tienen la mirada grís, impura, que parece como que sale de una caverna, y cuyo color tiene algo que revela al reptil que vive en la humedad y en la oscuridad bajo la tierra.

Este hombre vestia una blusa de color indefinible, harapienta, infame; porque hay ropas á las cuales pueden llamarse por un no sé qué indefinible, infames; una gorra de fieltro cubria su cabellera enmarañada, y unos pantalones remendados y unos enormes zapatos rotos completaban su traje. Tenia en las manos un enorme garrote.

Este hombre, encontrado á media noche en una travesía solitaria, hubiera causado espanto.

XIII.

Veracruz entró y la puerta se cerró.

Antolin revolvió el carruaje y se alejó.

Al revolver el carruaje Antolin, se vió desaparecer detrás de una tápia derruida, una extraña cabeza que hasta entonces habia estado observando el caseron deshabitado.

Era un individuo de policía, encargado de vigilar á Veracruz, que habia llegado hasta allí.

Antolin pasó, sin haber reparado en el espía, junto á la tapia trás la cual el espía se ocultaba.

Cuando se hubo perdido el ruido del carruaje de Antolin, el espía saltó de nuevo al callejon.

XIV.

Era un jóven de color bronceado, de ojos negros de una movilidad extraordinaria, y de los cuales fluia la expresion de la astucia.

A pesar de esto, era bastante bello, y se deducia, al verle, con facilidad que podia ser el grande amor desinteresado de una griseta. Vestia la blusa, el pantalon y la gorra de los aprendices de cajistas, y tenia en la mano una varita con la que se golpeaba los pantalones, mirando profundamente á la casa que habia tragado, por decirlo asi, á Veracruz.

Nadie habia en el callejon.

Todas las viejas ventanas, altas y bajas, de la casa estaban cerradas.

Dentro de la casa no se oia ruido alguno.

A lo largo del callejon, en una pequeña esplanada, se veia un árbol escueto, feo, denegrido; un esqueleto de árbol.

—Hé allí el árbol seco, dijo el polizonte; por aquí debe haber una entrada de las Catacumbas de París; indudablemente, el que ha entrado en esa casa, es sospechoso; estamos en el caso de hacer un reconocimiento, pero hay que esperar á la noche; esperemos: ¿y dónde?

en un lugar desde donde se vea en toda su longitud este callejon.

Y el muchacho, que tan útil parecia ser á la sociedad, se alejó silbando el aire de una copla picaresca.

XV.

—¿Donde está, Veintiuno? dijo Veracruz al salvaje que le acompañaba, apenas hubo éste cerrado la puerta.

—Abajo, contestó Veintiuno, con la voz ronca, opaca, formidable, en armonía con su aspecto.

—¿Habrá habido resistencia? dijo Veracruz.

—Sí, y protestas, y gritos, y ofrecimientos, y lágrimas apenas aparecimos Dedo-roto y yo.

—Supongo que no se la habrá faltado al respeto.

—De verdad, dijo Veintiuno, que era menester que vos viniéseis tan bien recomendado como venís: ¡qué mujer! es extranjera, habla mal el francés; yo no os conozco, pero igual da: hemos recibido órdenes, se nos ha enviado vuestro retrato en fotografía; lo que mandeis se obedecerá: la señora ha sido respetada; se la ha asido y se la ha levantádo en peso para bajarla, pero esto ha sido necesario; se habia echado en tierra... ¡ay qué mujer! necesario era se nos hubiesen dado órdenes terminantes; pero, en fin, ha sido respetada.

Veintiuno habia dicho esto por frases cortadas y en caló casi puro, en el caló de la gran canalla, de la canalla terrible.

XVI.

Atravesaban el patio.

—Aquí hay una de las entradas de las Catacumbas, ¿no es verdad? dijo Veracruz.

—Sí, caballero, contestó lacónicamente Veintiuno.

—¿Y cómo la policía no ha dado con esa entrada?

—¡Ah! la policía no sabe nada si no se lo dicen, y aquí se vive seguro.

—Las Catacumbas tienen otras salidas á barrios del centro de París, ¿no es verdad? dijo Veracruz.

—Sí, señor; pero eso no lo saben más que los jefes.

—¿Y hay aquí algun jefe?

—Sí, señor: abajo está Polifemo.

—¿Y quién es Polifemo?

—Un artista cabelludo que pinta países, y que sobre todo, hace admirablemente el plano de una casa; tiene tambien algo de ingeniero de minas, y siempre está aquí abajo ocupándose en algo con los obreros.

—Pero, ¿por dónde se baja? preguntó Veracruz, que acababa de entrar en un grande y oscuro salon con Veintiuno.

Este se dirigió á un ángulo del salon, y dió con el puño tres fuertes golpes en la pared, que retumbaron de una manera hueca.

—Cuidado, dijo, no adelanteis; os puede faltar suelo debajo de los piés.

XVII.

En efecto, se oyó un ligero rechinamiento, y se hundió parte del piso en un lugar donde nada se advertia antes.

Al hundirse dejó ver una estrecha puerta, en la que empezaban unas escaleras.

Veintiuno saltó á la parte del pavimento que se habia rebajado, le siguió Veracruz, entraron por aquella pequeña puerta, y el pavimento volvió á alzarse; y se encajó de modo que nada se conocia.

Las grietas de aquella parte del pavimento no eran más que la continuacion de otras semejantes á las que se ven en los suelos de las casas viejas y abandonadas durante mucho tiempo.

Veracruz y Veintiuno descendieron á oscuras por una larga escalera recta y empinada.

Veracruz contó setenta y cinco peldaños.

—Dadme la mano, dijo Veintiuno: aquí empieza un verdadero laberinto, por el cual, sin embargo, ando yo á oscuras sin perderme.

—¿Y está muy lejos esa señora?

—Dentro de diez minutos habremos llegado.

—Creo que debe haberse advertido por los jefes que se la pusiese en un lugar cómodo.

—Está en la habitacion que tiene la Corza, una chica muy linda, algo amiga del artista Polifemo, á la cual la pone la vista mala la luz del dia: la Corza es elegante y ha procurado que su habitacion sea confortable: ya vereis.

—¿Y habita mucha gente en las Catacumbas?

—Unos cuatrocientos artistas de ambos sexos, que tienen la vista delicada, como la Corza, y no salen más que de noche, y áun así, cuando no hay luna: algunas veces salimos tambien de dia, pero muy de tarde en tarde, cuando se hacen barricadas: hace mucho tiempo que no las hay: era yo aún muchacho cuando las últimas de 1848: en fin, el dia ménos pensado oiremos sobre nuestras cabezas un ruido sordo, el cañon, y nos daremos por algunas horas á luz: entre tanto sólo podemos darnos á las tinieblas.

—¿Y se hacen negocios?

—De tarde en tarde: nadie tiene dinero en su casa, y los establecimientos públicos están muy guardados.

—¿Y de qué vivís?

—Los de arriba dejan una parte de sus negocios para los de abajo, y los de abajo ayudámos en lo que podemos á los de arriba, pero vivimos en la miseria: no hacemos otra cosa que excusarnos de hacer conocimiento con la viuda (1). Todos los que estamos aquí estamos prometidos á ella, y ella nos ama; pero somos unos ingratos, y la pagamos muy mal su amor.

XVIII.

Veintiuno se detuvo, y poco despues sonó una campanilla.

—¿Qué es eso? dijo Veracruz.

---

(1) La guillotina.

—Nada, contestó Veintiuno: he llamado á la portería de la casa de la Corza: no tardará en venir á abrirnos la tia Ratona; una vieja como no habreis visto dos en toda vuestra vida: su abuelo fué verdugo; á su padre lo guillotinaron; su madre murió en trabajos forzados al darla á luz; se crió en el hospicio; de sus tres maridos, ella mató á dos y el tercero se lo mataron los gendarmes: ha tenido cinco hijos y cuatro hijas, y todos han muerto miserablemente; ella tiene trazas de no morirse nunca: ya vereis qué bigotes y qué voz; ni un granadero de la guardia: cuando á causa de haber bebido mucho vino tiene sed, se quita la sed con aguardiente; es una brava amazona; si tuviera diez cabezas, no podria pagar con todas ellas sus deudas con la viuda: ya siento sus zapatones; preparaos, porque vais á ver al diablo.

XIX.

—¿Quién es? dijo desde adentro una voz indefinible, ronca, gruesa, áspera, acatarrada, espantosa: voz que dejaba adivinar en sus inflexiones algo horrible, algo formidable.

—Abrid, queridita, dijo Veintiuno: aquí hay un señor que nos envian los de arriba, y que es sin duda el amo de la paloma que tragimos hace una hora.

La puerta se abrió, y Veracruz retrocedió.

A pesar de la prevencion de Veintiuno, le aterró la tremenda figura que, con una bujía encendida en la mano, apareció al abrirse la puerta.

Era una vieja ajigantada, monstruosa, indescribible, harapienta, súcia, repugnante, formidable.

Se comprendia que alcanzaba la fuerza de un hombre fuerte; que tenia toda la malevolencia, toda la crueldad, toda la ferocidad de un bandido.

Tenia los cabellos de un blanco impuro, cortados y espesos, constituyendo una especie de cepillo sobre su cabeza.

No podia decirse cuál era el color de sus pequeños y penetrantes ojos.

Eran, más que otra cosa, los encarnizados y horribles ojos de un lobo hambriento.

Su piel tenia el color y aspecto viscoso de la piel de la salamanquesa, y acá y allá aparecian sobre ella algunas herpes grises y repugnantes.

Sus orejas sobresalian de una manera exagerada de su cráneo.

Su boca era recta y deprimida, como la de un sapo.

Estaba gorda, pero con una gordura fofa que hacia comprender más bien un saco de pus venenoso, que un cuerpo humano.

Aquello era, en toda la extension de la frase, uno de esos reptiles monstruosos que viven bajo la tierra y que hacen retroceder espantado al minador que lo descubre.

Como habia dicho muy bien Veintiuno, tenia más bigotes que un granadero, y en sus barbas se veian algunas cerdas ralas.

Para colmo de lo repugnante, esta mujer llevaba colgado del cuello un largo rosario con una enorme cruz.

¿Qué relacion podia existir que no fuese espantosa entre la religion y esta Meguera?

XX.

—¡Ah! dijo mirando con desprecio á Veracruz; un señorito de filigrana; un pobre diablo, pareja digna de la señorita de alcorza que nos has traido hace poco, Veintiuno: yo no sé para qué sirven estos trastos, ni para qué nos los envian los de arriba: pagan, me dirán; es cierto; en buen hora: pero se hace un sacrificio en tratar con ellos: ¡qué gentecilla tan ruin!

—¿A ver si puedes doblarte para recojer eso? dijo Veracruz tirándola á los piés un luis de oro.

La vieja se lanzó sobre el luis como un lobo sobre un pedazo de carne, tomó la moneda, y dijo guardándola:

—Yo no sé con qué derecho estos bribones que para nada sirven tienen más dinero que nosotros: pero, en fin, al que paga se le debe servir: sígueme, muchacho: voy á llevarte á donde está tu prenda: ¡y qué prenda! si yo fuera hombre, no la tomaria aunque me la regalaran: se me figuraria que se me iba á romper entre las manos.

Y echó á andar.

Veintiuno se sentó en una de las banquetas que habia, como hubiera podido haberlas á la entrada de una habitacion elegante, en el ingreso de aquella habitacion subterránea, y dijo á Veracruz:

—Aquí espero vuestras órdenes.

Inútil es decir, que la vieja, como Veintiuno, habia hablado en caló puro con Veracruz.

XXI.

La tia Ratona, haciendo sonar sus enormes chancletas, adelantó, abrió una puerta y dijo á Veracruz dándole la bujía que tenia en la mano:

—Adelantad por ese pasadizo, señorito, al fin encontrareis una puerta, cerrada simplemente con un cerrojo; detrás de esa puerta encontrareis lo que buscais.

Despues de esto la vieja se volvió y desapareció cerrando la puerta.

Veracruz se encontró solo en un pasadizo cubierto por una alfombra de esparto y con los muros y el techo cubiertos por un papel rojizo. A trechos, grandes manchas de humedad aparecian en el papel.

Al fondo de aquel pasadizo, que era tortuoso, Veracruz encontró una puerta fuerte, cerrada por un cerrojo, la abrió y se encontró en una habitacion pequeña, pero amueblada con gusto y hasta con lujo. Delante de si, Veracruz encontró de pié á una mujer elegantísima.

Aquella mujer era Magdalena.

Se comprendia por su actitud que se habia puesto de pié al abrirse la puerta.

XXII.

—¡Ah! dijo, ¿ha sido usted el inventor de esta hazaña? francamente, por más que yo me haya encontrado sorprendida, por más que supusiese que esto se hacia por encargo de alguien, su nombre de usted no me habia venido á la memoria.

—Naturalmente; los negreros apresados por Inglaterra, dijo Veracruz, van á Sierra-Leona y se cree que no vuelven, que son devorados allí por las fieras ó por los antropófagos; pero ya ve usted que esto no es exacto, Magdalena; porque estoy aquí y creo que no será necesario esforzarse para hacerla á usted creer que no he sido devorado.

—Concluyamos, dijo Magdalena, ¿qué significa esto?

—Esto significa, dijo Veracruz, que estoy todavía enamorado de usted, y que necesito vengarme: ambas cosas las consigo; mi amor hácia usted proviene de su hermosura, no tiene nada que ver con el espíritu; su hermosura de usted es mia: en cuanto á mi venganza, será terrible: de la misma manera que me he apoderado de usted, me apoderaré del hombre á quien usted ama; puede usted considerarse viuda.

Magdalena volvió la espalda á Veracruz y se sentó en un sillon.

—¿No me contesta usted, marquesa? dijo Veracruz.

Magdalena guardó silencio.

—Esperaba esto, dijo Veracruz; sabia que es usted una mujer fuerte, y por consecuencia su actitud no me sorprende; no tema usted que tenga aquí lugar una escena de melodrama, de ningun modo; me repugnan todas las brutalidades; soy hombre de mejor gusto que el público que asiste á las representaciones dramáticas de la Puerta de San Martin; nada de violencias, nada de gritos, nada de patético: usted será mia á un precio

cualquiera, á precio de horror, en buen hora; pero nos ahorraremos las malas formas, las formas violentas: usted llegará á comprender como una felicidad el ser mi amante, mi amante del corazon; ¡eh! ¡qué diablos! yo valgo, por lo ménos, tanto como ese caballero con quien usted se ha casado, y que, sea dicho de paso, es tan bribon, tan criminal y tan miserable, como puede serlo otro cualquiera; su historia es lúgubre, mucho más lúgubre que la mia, y yo casi, casi soy un demonio. Adios, marquesa; la dejo á usted algun tiempo para meditar: aquí será usted tratada con el más profundo respeto. Hasta mañana; espero traerla á usted noticias de su marido y de sus hijos.

Despues de esto, Veracruz salió.

Magdalena quedó inmóvil, aterrada.

Al ver á Veracruz, habia comprendido que no la quedaba esperanza alguna: sin embargo, no desesperó, comprendió la necesidad de salir de allí á todo trance cuanto antes.

Era indudable que debia acercarse á ella alguna persona; fuese quien fuese esta persona, Magdalena estaba segura de comprarla.

No tardó en presentarse aquella persona desconocida que Magdalena esperaba.

Se oyó crugir el cerrojo, y poco despues apareció la tia Ratona.

—Hija mia, dijo, vuélvete y mírame: me han encargado que cuide de tí, y bueno es que conozcas la persona que por algun tiempo, no sé hasta cuándo, ha de vivir á tu lado.

XXIII.

Magdalena se volvió.

No sabia si quien la hablaba era mujer ú hombre: hasta tal punto tenia la voz ambigua la tia Ratona.

Al verla, Magdalena se extremeció.

No habia concebido nunca una mujer semejante.

—¡Eh! ¿no te parezco hermosa? dijo la tia Ratona dejando su bujía sobre una mesa.

—Me pareceis una buena mujer, dijo con la mayor naturalidad Magdalena.

—¡Ah! contestó la vieja; comprendes la situacion y quieres comprarme; como si lo viera: se conoce que eres una mujer de talento; pero, ¿qué quieres que yo te diga? aunque me vendiese á tí en cuerpo y en alma, nada adelantariamos; yo soy una última persona, por más que sea una persona muy útil: antes que yo hay muchas personas que mandan: sin embargo, explícate.

—¡Cien mil francos, doscientos, quinientos mil; un millon con tal de salir de aquí al momento! contestó Magdalena.

—¿Con que tú eres una mujer que puedes ofrecer un millon de francos porque te abra la jaula? pues mira, si eso es cierto, si garantizas ese millon de francos, puedes contarte por tan libre como el aire.

—Aseguraré ese millon de francos, de una manera legal, á la persona que me saque de aquí.

—Por ejemplo, con algunos pagarés, dijo la tia Ratona.

—Como se quiera, contestó Magdalena.

—Esto es distinto, hija mia, dijo la tia Ratona, completamente distinto; y desde el momento voy á servirte de agente: creo que se da un tanto por ciento á los agentes de negocios, y un buen tanto por ciento de un millon de francos, es una cosa que no puede despreciarse: dicen que estoy gorda y pesada, pero ya verás cuán ágil estoy para servirte en tu negocio.

—Mi primera condicion, dijo Magdalena, es que se me ponga á cubierto de ese hombre que ha hablado aquí un momento conmigo; no quiero volver á ver á ese hombre.

—¡Ah! ¡por supuesto! aunque les pese á los gordos de allá arriba; ¡pues buenos están los tiempos para que dejemos ir un negocio de un millon de francos! te aseguro, hija, que no volverá á verte, al ménos en el tiempo que estés aquí, ese señorito alfeñique: no sé por qué me ha inspirado una antipatía irresistible, me ha parecido un fanfarron de mal género, uno de esos séres vulgares que se adoran á sí mismos y miran á todo el mundo con desprecio: ¡ah, pues no sabe donde se ha metido ese caballerito! la boca de un lobo seria ménos terrible: ¡un millon de francos! ¿quién mira de una manera indiferente un negocio semejante? y ahora que escasean tanto hasta los medianos negocios: yo no sé dónde diablos se mete el dinero; por más que se le busca no se le encuentra: hay que contentarse con las pequeñas raterías: vivimos del trabajo de los pipiolos, ó por mejor decir, entretenemos la vida muriendo lentamente, porque no hay medio de hacer que con lo que los pipiolos afanan se sustenten ni siquiera medianamente todos los indivíduos de nuestra sociedad, que,

créeme, son numerosos; pero me voy, voy á empezar mi agencia: probablemente dentro de poco volveré para conducirte á la presencia de personajes muy importantes. Adios, hija; no tengas cuidado: ese pálido de la barba negra no volverá á verte; se ha descuidado y merece que le suceda cualquier cosa negra: ¡oh! despues de lo que has ofrecido, estás aquí indudablemente más segura que podrias estarlo si te encerrasen en una de las horribles cajas de hierro del Banco de Francia: ¡infames! yo no sé por qué han de guardar de tal manera el dinero; como que hay quien dice que en las salas y en los sótanos del Banco hay perros de presa ingleses.

La tia Ratona salió despues de tomar de sobre la mesa su bujía, y cerró la puerta. Adelantó por un largo pasadizo, bajó unas estrechísimas escaleras, y desapareció en un laberinto de galerias escavadas.

Al fin llegó á una puerta, en el fondo de una de aquellas galerías que no tenia salida.

La abrió y entró en una habitacion enlucida y blanqueada, al fondo de la cual habia una puerta de comunicacion con otras habitaciones, y cuyos muebles eran bastante cómodos.

Una jovencilla como de quince años, vestida con toda la coqueteria de las grisetas bien acomodadas, mecia sobre sus rodillas un niño de pocos meses.

XXIV.

Esta jóven era muy bella, aunque demacrada y pálida.

En sus grandes ojos azules habia una expresion de cansancio y de experiencia de todo.

Sus ricos cabellos castaños estaban peinados con cierta afectacion de desórden.

Dejó de mecer al niño, y miró de una manera fria á la vieja.

—¿Qué ocurre, Ratona? dijo con una voz ronca, como la que produce la bronquitis causada por el abuso de bebidas espirituosas.

—¿Qué ha de ser, Violeta, dijo la tia Ratona, sino que al fin y por la misericordia del diablo se presenta un buen negocio? pero, ante todo, empieza por darme un vaso de coñac; tengo el pecho duro, y para mí no hay mejor pectoral que el coñac.

—¿Y dices que ha caido un buen negocio?

—Sí; pero como por efecto de lo áspero de mi pecho me cuesta mucho trabajo hablar, no hablaré hasta que me hayas dado mi excelente medicina.

Violeta se levantó, puso sobre el suelo á su hijo, que rompió á llorar, fué á un armario, le abrió, tomó de él un vaso y una botella, llenó el vaso de un licor dorado, y le dió á la tia Ratona, que bebió, con placer y sin descansar, todo el contenido.

—¡Ah! dijo, esto es otra cosa; me parece que me han quitado treinta años de encima: ¿sábes tú quién ha inventado el coñac, Violeta?

—No lo sé; me basta con saber que el coñac es bueno, contestó la jóven.

Y llenó el vaso y lo bebió á su vez.

—Pues es lástima, exclamó la vieja; porque si yo su-

piera el nombre y el domicilio del inventor, iria á escribir á su puerta con letras tan grandes como las que hay sobre el Panteon: «Al grande hombre, inventor del coñac, la tia Ratona reconocida.»

—Y bien, ¿y ese negocio? dijo Violeta despues de haber tomado del suelo á su hijo, que seguia chillando como un pequeño demonio, y de haberse sentado.

—Un negocio de un millon de francos, contestó la tia Ratona.

—¡Un millon de francos! exclamó Violeta, en cuyo semblante apareció una especie de desencajamiento; ¡bah! tú estás loca, Ratona: ¡un millon de francos! se extremecerian de placer las Catacumbas si sus amigos tuvieran á la vista un negocio semejante.

—Pues amiga Violeta, la proposicion ha sido hecha de una manera formal y terminante.

—¿Y por quién?

—Poco á poco, niña, poco á poco; no tengo yo noventa años, ni he visto cortar la cabeza á Luis Capeto, á madama Veto, y al gran Robespierre, ni to las las magnificencias del terror y del imperio, ni he conocido al buey gordo, á quien llamaban Luis XVIII, sin otra multitud de cosas, para cometer imprudencias: necesito hablar inmediatamente con el tuyo: el amigo Tempestad sabe mucho mejor que tú cómo se tratan estos negocios, á pesar de que para mí es un mamon: ¿anda Tempestad muy lejos?

—Vamos á verlo, dijo Violeta.

Y se levantó, con su pequeño en brazos, abrió la puerta exterior de la habitacion, se metió dos dedos de

su mano derecha en la boca, y produjo un largo y poderoso silbido que se retorció por las estrechas sinuosidades de la Catacumba.

Poco despues contestó otro silbido semejante; pero muy lejano, casi perdido.

XXV.

Violeta volvió á sentarse.

—Tardará cinco minutos en venir, dijo la jóven; he usado del silbido de las grandes situaciones: cuando ménos, mi Tempestad creerá que me encuentro en peligro: ¡oh! me ama como un loco; ya verás cómo se indigna cuando sepa que sólo se trata de un millon de francos.

—¡Oh! exclamó escandalizada la tia Ratona; pues ¿qué crees tú, angelito, que un millon de francos no es asunto bastante para echar las entrañas en un silbido?

—Porque no me doliese á mí una uña daria todo el oro del mundo mi Tempestad, dijo con engreimiento la muchacha.

—Pues yo no daria por tí una pieza de cien sueldos, dijo la tia Ratona; si yo me volviese ahora como cuando tenia veinte años, de seguro seria abandonada, Violeta.

—A los veinte años debias ser una especie de dromedario jóven, á propósito para unirte á un tambor mayor de la Guardia: mi Tempestad es un hombre de un gusto perfectamente delicado; comprende y ama lo espiritual; me conoció hace dos años en Mabille, cuando yo pertenecia al taller de madama Coquine, y se enamoró de mí

porque encontró de una manera completa el tipo romántico que habia soñado: ¡oh! mi Tempestad es todo un artista.

—Subterráneo.

—De dia, y áun así, por un exceso de prudencia; anoche estuvimos en la puerta de San Martin á ver el hermoso melodrama *El hombre tranquilo;* mueren veinticinco personajes: Tempestad iba de frac; yo elegantísima; nos creian unos recien casados de la alta clase media: nos reimos de la policía en sus barbas; son unos torpes: al llegar á casa, Tempestad se encontró con que le habian metido en el bolsillo una caja de rapé de oro, rodeada de piedras finas y con preciosos esmaltes; fué una broma que quiso darle sin duda un viejo condecorado que tenia todas las fachas de par de Francia; se va perdiendo la educacion, Ratona: ¿no te parece esa broma de muy mal gusto? habrá que quedarse con la caja á despecho de la conciencia; porque si se lleva á la prefectura, allí se quedarán con ella.

Y Violeta se echó á reir de la manera más cínica del mundo.

XXVI.

Se oyeron entonces pasos precipitados que se acercaban rápidamente, y poco despues se abrió con violencia la puerta y se presentó un jóven como de veinticinco años, bello, pero con una belleza de expresion lúgubre y siniestra y extrañamente vestido.

Más que otra cosa parecia un calabrés.

Llevaba un ancho sombrero de fieltro negro, una redecilla encerrando los largos cabellos, un gran chaqueton como los que entre nosotros se llaman caleseras, camisa de cuello estrecho sujeta en el cuello por un boton de oro; chaleco de terciopelo verde-mar con doble botonadura de oro corrida, ancha faja de estambre color de sangre de toro, asomando por encima de la faja la contera de un puñal; pantalon largo de terciopelo verde-mar, como el chaleco, con botonadura corrida y abierto en la parte inferior, y zapato de becerro blanco.

Indudablemente este era un traje íntimo, un traje de casa, un recuerdo de la pátria; porque Tempestad no se hubiera atrevido á andar con aquel traje, que necesariamente debia llamar la atencion, por las calles de París.

Porque en ese gran París, del que se dice que en nada reparan, causa un grande efecto en todos los que la ven, cualquier pequeña extrañeza.

Podeis ir roto, vestido de arlequin, de turco, de chino y nadie os mirará: pero llevad un sombrero calañés, un chaqueton, una faja, y sobre todo, una capa torera, y á poco que andeis por París, llevareis detrás una escolta de pillos y de vagos, y será necesario que os proteja el primer gendarme que encontreis en vuestro camino.

XXVII.

—¿Por qué has silbado de ese módo, Violeta? dijo Tempestad; me has dado un buen susto; he creido que te sucedia algo, y lo único que te sucede es que tenemos en casa á la tia Ratona.

—Y algo más, Perico, algo más, dijo Violeta acentuando fuertemente sus palabras.

—Sepamos qué algo más sucede, dijo con impaciencia Tempestad.

—Sucede que tenemos á la vista un negocio de un millon de francos.

Tempestad silbó hácia dentro de una manera singular.

—¡Un millon de francos! dijo; vamos, es necesario no hacerse ilusiones: ¿dónde están ahora los negocios de un millon de francos? ¿quién te ha venido con esa tontería?

—Yo, dijo la tia Ratona.

—Tú tienes un siglo, madama bigotes, dijo Tempestad, y estás chocheando; y si no, veamos qué fundamento tiene lo que dices.

—¿No sabes tú nada? preguntó la tia Ratona.

—¿Sobre qué?

—Sobre una señora á quien se ha armado una trampa y se ha cogido en las Catacumbas, y se la tiene á disposicion de un señor muy hermoso y muy antipático.

—¡Ya! ¡sí! dijo Tempestad; yo creia que se trataba de otra cosa; que se me habia hecho alguna mala pasada; que se trataba de algun negocio para el cual no se habia contado conmigo: por esa encerrona se nos han dado veinte mil francos, y ese caballero que te es tan antipático nos ha sido muy recomendado por los de arriba: hay que servirle bien; ¿pero qué tiene que ver esto con tu millon de francos, bigotes?

—Esa señora le ofrece porque se la ponga en libertad y se la libre del otro, contestó la tia Ratona.

—Pues debe ser muy rica esa señora, dijo Tempestad mirando á la vieja de una manera profunda.

—Las pulseras, los pendientes y el alfiler que trae, valen álgunos miles de francos, y ya sabria yo á punto fijo lo que valian si no se me hubiese mandado respetar ciegamente á esa señora.

—¿De qué son las pulseras? dijo Violeta.

—De brillantes, hija, de brillantes, dijo la tia Ratona: gordos como un garbanzo los del centro, y como lentejas los otros: los he visto bien.

—Me están á mí haciendo falta unas pulseras semejantes, dijo Violeta mirando intensamente y con una expresion horrible á Tempestad.

—¿Dónde está esa señora? dijo el bandido profundamente pensativo.

—En el primer aposento por la parte de la barrera del Infierno, contestó la tia Ratona.

—Pues vamos allá, bigotes, vamos allá, dijo Tempestad dirigiéndose á la puerta.

—No te olvides de que me gustan mucho las pulseras de brillantes, Perico, dijo Violeta meciendo á su hijo, que continuaba llorando.

CAPÍTULO XXX.

La red del crimen.

I.

Magdalena, que se habia quedado irritada, desesperada, pasó media hora en una agonía mortal.

Hácia donde se encontraba un frio leve, pesado, y reinaba en torno un silencio tan profundo como el que podia haberse sentido en una tumba.

Al fin se rompió aquel silencio por un ruido leve que se aumentó, se acercó y se dejó oir el chancleteo de la tia Ratona unido al ruido de otras pisadas.

Se abrió la puerta y apareció la tia Ratona con su bujía en la mano, precediendo á Tempestad.

II.

Magdalena se habia puesto instintivamente de pié, y miraba con ansiedad á la puerta.

Tempestad entró, se detuvo á poca distancia de Magdalena, la miró y se puso pálido.

Le habia causado una profunda impresion, una impresion violenta, la hermosura de Magdalena.

—¿Quién estaba de guardia por la entrada de la barrera del Infierno? dijo Tempestad á la tia Ratona en un caló tan cerrado que no pudo entender ni una sola palabra Magdalena.

—Polifemo, contestó la vieja.

—Pues vete á buscarle y tráele aquí, dijo Tempestad.

La tia Ratona salió murmurando, porque no la gustaba dejar de oir lo que hablase Tempestad con Magdalena.

III.

El bandido cerró la puerta, se quitó el sombrero, y dijo á Magdalena:

—Os suplico que os senteis y os tranquiliceis, señora; nada teneis que temer.

Magdalena se sentó, pero no se tranquilizó.

En la mirada absorta y fascinada que tenia fija en ella el bandido, veia un nuevo peligro.

—¿Por qué no os sentais tambien? dijo Magdalena ocultando su temor bajo una tranquilidad aparente.

—Así estoy bien, señora, contestó con una perfecta cortesanía Tempestad.

—Como gusteis, dijo Magdalena; ¿sois vos jefe del agente que me ha traido aquí?

—Sí, señora: el París de arriba es de otros y mio: el París de abajo, el París subterráneo, es completamente

mio: nadie como yo puede recorrer sin temor de perderse las Catacumbas.

—¡Ah! ¡estas son las Catacumbas! dijo con terror Magdalena.

—Nada temais, señora, dijo creciendo en galantería Tempestad, porque el rey de las Catacumbas de París está completamente á vuestra disposicion.

—Gracias, dijo Magdalena haciendo un esfuerzo, porque la aterraba cada vez más el aspecto que iba tomando el bandido.

Magdalena comprendia que se enamoraba de ella rápidamente.

—Suceden cosas singulares, señora, dijo Tempestad: nosotros somos una especie de protestantes de las leyes; no reconocemos el convenio social; nos emancipamos y luchamos contra la sociedad: nosotros somos esos á quienes se llama bandidos, á quienes la policía persigue, á quienes la ley, cuando se apodera de nosotros, despedaza: moralmente hablando, no somos otra cosa que disidentes: nacimos desheredados, y buscamos nuestra parte de herencia de una manera violenta: esto es todo: y dígase lo que se quiera, valemos algo más, somos ménos infames que esos miserables que se enriquecen sin peligro despojando y matando á espaldas de la ley: nosotros tenemos á lo ménos el mérito de la franqueza y del valor: cuando somos cogidos caemos bajo la cadena perpétua ó bajo la guillotina.

—Vos no sois francés, dijo Magdalena procurando desviar la conversacion del giro que habia tomado.

—No, no, señora, respondió el bandido; soy napolitano:

me llamo Pietro Homobono, apellido que, como veis, no está muy en armonía con lo que soy: los galopos, los bandidos, y la turba multa de la tunería, me conocen con el nombre de Perico Tempestad: los sucesos determinan la historia de los hombres: á los diez y seis años era yo marinero del navio real napolitano *San Cárlos:* tuve una disputa en el puerto de Nápoles con un contramaestre, reñimos, y tuve la desgracia de matarle: esto me colocaba bajo el rigor de la ordenanza de marina: á ser cogido, hubiera sido irremisiblemente fusilado: salté en una lancha de un navío de guerra inglés, y me amparé del pabellon británico: desde entonces acá han pasado por mí muchas cosas que seria muy largo referir. Vengamos á la situacion del momento, á lo que os importa, señora; porque se os encerrase, porque se os pusiese á disposicion de un hombre, este hombre ha pagado á los de arriba veinte mil francos, y los de arriba me han mandado os tenga á disposicion de un Mr. Veracruz, con quien creo habeis hablado ya en las Catacumbas.

—Sí, dijo Magdalena; me ha dejado conocer sus horribles intenciones, y se ha ido para dejarme tiempo, segun me ha dicho, de reflexionar: he reflexionado, y he comprendido que si yo os pagaba más que ese hombre, en vez de tenerme á su disposicion, le pondríais á él á disposicion mia: ¿es esto exacto? ¿me he equivocado? ¿puedo esperar ó no?

—Indudablemente podeis esperarlo todo, dijo Tempestad: primero porque yo estoy de vuestra parte, y luego porque mis compañeros están siempre de parte del dinero: esto es hasta cierto punto una infamia; porque los

convenios deben respetarse: pero vivimos en una época en que el dinero es la razon de todo: por otra parte, y prescindiendo de escrúpulos, es muy lógico que si á vos se os secuestra por veinte mil francos, se os liberte por veinticinco mil, y por algo más se ponga á disposicion vuestra al mismo que habia pagado una cantidad menor porque se os pusiese á disposicion suya.

—De lo que se desprende, dijo Magdalena, que esta es una puja.

—Exactamente, señora: pero lo que os favorece es que yo estoy completamente de vuestra parte, y sin condiciones.

—No os comprendo bien, dijo Magdalena.

—Estais completamente libre, señora, dijo Tempestad con la voz ligeramente trémula: libre, sin que la libertad os cueste un solo franco ni un solo sacrificio.

—¿Sabeis quién soy? dijo dudando de lo que oia Magdalena.

—Me importa poco saber vuestro nombre; sólo quiero que conserveis un buen recuerdo del marinero Pietro Homobono; que cuando oigais hablar con execracion de un terrible bandido invisible, del cual sólo se conoce el nombre de Tempestad, digais en el fondo de vuestra alma: será todo lo infame que se quiera; pero á lo ménos tiene corazon.

—Gracias, dijo Magdalena más aterrada que nunca.

—Y no basta esto, señora, dijo Tempestad: el hombre á cuya disposicion os han puesto mis compañeros, cuando los conoce, debe ser uno de tantos: ese hombre, mientras viva será para vos un peligro constante; no

siempre encontrareis entre nosotros quien como yo se interese por vos: esto es un milagro, y los milagros no se repiten: es necesario asegurar á ese hombre.

—¡Ah! dijo Magdalena poniéndose aterrada de pié: ¡un asesinato!

—No, una accion necesaria, dijo Tempestad: hay que elegir entre él y vos: la eleccion para mí no es dudosa; él: os repugna un asesinato: pues bien, señora, le mataré en duelo.

IV.

Magdalena acabó de aterrarse.

Cuando un infame tal como Tempestad se mostraba tan generoso, era necesario suponer que, por uno de esos misteriosos fenómenos de la simpatía, se habia enamorado perdidamente de Magdalena.

V.

Aquello era salir de una situacion terrible, entrando en otra situacion más terrible aún.

Pietro Homobono aparecia humilde, dominado completamente por Magdalena, asombrado por su hermosura, capaz de todo por ella, modificado, en una palabra.

Pero lo mismo se habia presentado á Magdalena en los principios de su conocimiento con ella Veracruz, y despues, apenas rehecho de la primera impresion, se habia valido de todos los medios que estaban á su alcance para imponerse violentamente á Magdalena, para convertirse en tirano.

Lo mismo debia suceder cuando Homobono, ó Tempestad, se rehiciese de la primera impresion.

—No importa, dijo para sí Magdalena, ganemos tiempo; si encontré medios para librarme de aquel infame, sin duda encontraré para librarme de este otro.

Y sonrió á Homobono.

El bandido se puso densamente pálido, como si toda su sangre hubiera refluido á su corazon.

La sonrisa de Magdalena habia sido un golpe mucho más traidor y mucho más seguro que el que el bandido podia haber dado á un enemigo en un momento de descuido.

—Pero ¿quén sois, señora? dijo Tempestad completamente fascinado, completamente entregado á Magdalena.

—Soy española, dijo Magdalena con la voz más dulce del mundo.

—Ya lo he comprendido en vuestra pronunciacion, aunque hablais perfectamente el francés.

Homobono, como todos los enamorados, adulaba á la mujer por quien se sentia impresionado, porque, á la verdad, Magdalena hablaba el francés de una manera deplorable.

—Me llamo Magdalena, continuó ésta.

—Hermosísimo nombre, dijo Tempestad.

—Magdalena de Ariza y de Lemos, añadió ella.

El bandido, que se habia rehecho de su anterior palidez, volvió á ponerse pálido.

—¿Habeis dicho que os llamais doña Magdalena de Ariza y de Lemos? dijo con la voz poco firme.

—Sí, contestó con extrañeza Magdalena.

—Esperad, añadió el bandido sacando una cartera de su chaqueton, abriéndola y consultándola: ¿sois grande de España?

—Sí, contestó creciendo en extrañeza Magdalena.

—¿Marquesa de Alpuente y de Santorcaz? añadió el bandido siempre consultando su cartera.

—Sí, respondió Magdalena, á cada momento más impresionada.

—¿Vuestro marido se llama don Andrés Peralta? dijo Tempestad: ¿vivís en una hermosa quinta aislada, recientemente construida, cerca del pueblecito de Poissy?

—Pero ¿por qué me haceis todas esas preguntas? dijo no pudiéndose contener ya Magdalena.

—¡Ah, señora! contestó Tempestad guardando de una manera nerviosa su cartera; ¡cuántos enemigos teneis! no bastaba ese hombre, ese corsario, ese infame que se ha valido de nosotros para teneros á su disposicion, no; era necesario que vuestro marido os aborreciese, que desease vuestra muerte, que la comprase.

—¡Cómo! exclamó Magdalena levantándose violentamente: ¿qué decís? ¿que Andrés, que mi Andrés, que el padre de mis hijos, desea mi muerte? vos estais loco, vos no sabeis lo que decís; eso no puede ser, no; imposible.

—¡Ah, señora, cuánto le amais! dijo tristemente Homobono; ¡cuán desgraciada sois, y cuán digna de mejor suerte!

—¡Pero eso es mentira! dijo Magdalena; ¡la prueba! ¿dónde teneis la prueba?

—En mi cartera, dijo Homobono sacándola de nuevo; veni l, señora, venid.

Y se acercó á una mesa que habia en la habitacion sobre la cual ardia una bujía.

Magdalena le siguió temblando, agonizando.

VI.

Homobono abrió su cartera; sacó de ella un papel doblado, le desdobló y apareció un plano perfectamente delineado.

—¿Conoceis esto, señora? la dijo.

—No, no lo conozco, respondió Magdalena, que apenas podia alentar.

—Fijaos mejor, dijo Homobono; tranquilizaos cuanto os sea posible, nada teneis que temer: ¿no encontrais un exacto parecido entre este plano y el de vuestra quinta de Poissy? reparad; ved marcada la calle de árboles por donde, despues de haber pasado la verja, se llega al vestíbulo; mirad el gran salon con sus gabinetes á los extremos; mirad en el ángulo de la derecha, correspondiendo á las fachadas del Mediodía y del Este, vuestro gabinete de vestir; más allá el salon biblioteca; despues la sala de labor: por este pequeño gabinete y por una puerta de escape, se pasa á vuestro dormitorio: tiene, como veis, dos balcones al Este y otros dos al Norte; por este lado comunica con un saloncito; este saloncito tiene una puerta á un corredor; este corredor termina en una escalera de caracol que corresponde á un postigo que da al jardin: el jardin, por esta parte, no tiene reja, sino una pequeña cerca que puede escalarse con suma facilidad: ¿habeis reconocido, al fin, vuestra casa?

—Si, contestó con voz opaca Magdalena.

—Ahora bien, dijo Homobono hojeando su cartera y señalando lo que habia escrito con lápiz en una de sus hojas; leed:

Magdalena leyó lo siguiente:

«Servicio para el negocio de Poissy.

»Obús.

»Gamboise.

»Tirechape.

»Modorra.»

—Yo no entiendo esto, dijo Magdalena.

—Un asesinato con robo y fractura, es un negocio como otro cualquiera: yo soy un jefe de órdenes como cualquiera otro: Obús, Gamboise, Tirechape y Modorra, son los apodos de cuatro obreros: suponed que estos cuatro escalan la cerca de vuestro jardin, entre una y dos de esta noche; que llegan al postigo que está al pié de la escalera de caracol por donde se sube á la galería que conduce al saloncito anterior á vuestro dormitorio: supongo que las puertas intermedias estarán cerradas; pero si no pudiéramos abrir sin ruido una puerta y en pocos segundos sin causar el más leve ruido, seriamos unos pobres diablos que no serviriamos para nada: las alfombras que cubren el pavimento apagan el ruido de los pasos, y además se llevan los zapatos en los bolsillos del pantalon, ó sujetos por él á la cintura: supongamos que cuando entran en vuestro dormitorio os encuentran despierta por vuestros cuidados: en el primer momento de la sorpresa, y algunos momentos despues, no se grita, no se puede gritar, porque el terror enmudece: bastan tres

segundos á cualquiera de estos para abalanzarse sobre el sugeto, taparle la boca y herir: nunca uno de estos ha tenido necesidad de una segunda puñalada.

—¡Qué horror! exclamó Magdalena.

—Como nada ha podido alarmar á los criados, porque ningun ruido se ha dejado oir, inmediatamente despues, esto es una suposicion, porque nada de esto sucederá, los cuatro amigos se dirigen á una cómoda de ébano que hay á la derecha del lecho, la fuerzan y sacan un aderezo de brillantes y otras alhajas, y dejan de intento algunas de ellas sobre la alfombra, como abandonadas en la precipitacion de la fuga, para comprobar, además que con la fractura de la cómoda, el asesinato por robo; ¿cómo quedando en el lugar de la catástrofe estas indudables señales de robo á mano armada, con asesinato y fractura, puede ocurrírsele á nadie que vuestro marido sea el instigador del asesinato?

—¡No, no, no! dijo con una angustia mortal Magdalena.

—¿Y para qué habia yo de tener en mi poder este plano? ¿para qué habia yo de haber nombrado para esta noche ese servicio?

—¡Para esta noche!

—Sí, para esta noche; y como yo nada diré, irán; y como vos os habeis venido secretamente á París y ellos se entretendrán en Poissy en el restaurant, y en el billar como buenos obreros de París que se divierten, no irán hasta despues de media noche al negocio, le harán creyendo encontraros: no os matarán, porque vos estareis segura en París, fuera de las Catacumbas, donde gusteis.

—No: os he cogido: hablais de alhajas en la cómoda de mi dormitorio, y allí no hay una sola alhaja.

—Sí, hay un aderezo, sortijas y brazaletes por valor de cien mil francos.

—Todos mis aderezos valen tres veces más.

—¿Y qué importa eso? vuestro marido ha comprado un aderezo y algunas alhajas por valor de cien mil francos y los ha puesto allí sin que vos lo sepais: pero ¡ah! añadió Tempestad, como quien ha recibido una idea súbita, esas alhajas que vos no conoceis, que vos no habeis puesto en la cómoda de vuestro dormitorio, son un comprobante: ¡ah! esperad: yo habia dicho á la tia Ratona mandase venir á Polifemo; ese animal es capaz de estar durmiendo en la habitacion anterior, nos habrá oido hablar al acercarse y se habrá detenido acaso por temor de disgustarme: esperad.

Y Homobono abrió la puerta.

VII.

El gigante se levantó de sobre la banqueta en que estaba reclinado.

—¿Qué ocurre? ¿qué hay que hacer? dijo al ver á Tempestad.

—Tira tu pipa, porque vas á presentarte á una señora; entra.

Polifemo se metió la pipa en el bolsillo, se quitó la gorra, la puso debajo del brazo, se arregló un poco los cabellos, se irguió y entró tocando casi con la cabeza el dintel de la puerta.

Luego inclinó la cabeza, haciendo un grotesco saludo á Magdalena.

—¿Por dónde salió de las Catacumbas el sugeto que ha hablado algunos minutos con esta señora? dijo Tempestad.

—Por la parte del Sur, contestó el gigante: hubiera sido una imprudencia que hubiese salido por donde habia entrado.

—Perfectamente, dijo Homobono: ahora bien; vas á avisar al momento que si aún no han salido de París Obús, Tirachape, Modorra y Gamboise, que no salgan: si han salido, que vaya á buscárseles á Poissy y que se vuelvan: no puede hacerse el negocio, y sobre todo, lo mando yo.

—Tanto me da, dijo Polifemo levantando sus anchos hombros.

—Vete, le dijo Tempestad.

El gigante hizo un nuevo saludo grotesco á Magdalena, y salió cerrando la puerta.

VIII.

—¿Y confiais á la memoria de ese hombre una órden tan grave? dijo Magdalena.

—Dos solas palabras dichas al paso, rápidamente, delante de la policía; como, por ejemplo, *Poissy no*, hubieran bastado: no irán, estad segura de ello: mañana ireis vos, y no podreis dudar de que vuestro marido desea y paga vuestra muerte cuando veais en vuestra cómoda esas alhajas.

Magdalena inclinó la cabeza sobre el pecho y rompió á llorar.

—¿Y qué importa? dijo con voz profunda Homobono: habeis estado soñando y habeis despertado: los sueños acaban por olvidarse, aunque sean terribles: ¿teneis hijos, señora?

—Sí, respondió con voz ahogada Magdalena.

—Pues consagrad todo vuestro amor, todo vuestro corazon, á vuestros hijos: no se puede amar lo que es despreciable, y no conozco nada más despreciable que el infame que teniéndoos desea mataros para ser muerto por otra mujer más despreciable y más infame que él: él tiene, á lo ménos, la disculpa del enloquecimiento, y la Cador... ¿que disculpa tiene la Cador? Hace tiempo, esa mujer me irrita, es más perversa que yo: yo no podria halagar á una mujer, enamorarla, seducirla, enloquecerla, arrastrarla á que matase á su marido para casarme despues con ella, para matar á sus hijos, para matarla, por último, y heredar su inmensa fortuna.

—¡Qué decís! exclamó Magdalena, alzando fiera y terriblemente la cabeza: ¿qué habeis dicho de matar á mis hijos?

Las lágrimas de Magdalena se habian secado como si las hubiera absorbido, como si las hubiera evaporado el fuego de un volcan.

—¡Ah, sí; esto es verdaderamente terrible, perfectamente infernal! dijo Homobono; no sé por qué ahora reconozco toda la infame y repugnante monstruosidad de este proyecto: se nos habian ofrecido cuatro millones, y esta es la gran cuestion; no se tienen cuatro millones ha-

ciendo obras de caridad; hay que comer alguna carne cruda; por mí ha pasado un santo, un ángel, ó qué sé yo: va á pasar algo grave; me están dando tentaciones de dejar en descubierto en algun buen negocio á la Cador, y que cuando ésta se aperciba, se encuentre cogida por la báscula de la guillotina.

—Pero, ¡mis hijos! ¡mis hijos! exclamó Magdalena, que tenia fija una mirada fiera en el bandido.

—¿A qué hablar de esto, si nada de esto sucederá?

—Pero yo no puedo estar tranquila mientras sé que mis hijos están en peligro.

—No; cuando vos vayais mañana á vuestra casa; cuando en la cómoda de vuestro dormitorio encontreis las alhajas que os he indicado, alhajas que no conocereis, alhajas que os demostrarán que han sido puestas allí para procurarse la impunidad de un horrendo crímen, desorientando á la ley; cuando no podais dudar de que vuestro marido os aborrece y que ha pretendido entregaros al puñal de los asesinos para poder casarse con otra mujer á quien ama, entonces, señora, hace poco tiempo que os veo, pero os conozco bien, entonces, señora, sentireis hácia vuestro marido indignacion, desprecio, ódio.

—¡Moriré! exclamó llena de angustia Magdalena.

—¡Ah! no; teneis el corazon fuerte, experimentareis, lo estais experimentando ya, un dolor agudo que os hará creer que habeis sido herida de muerte; no, no, señora; habeis recibido una contusion terrible, pero no una puñalada; apurareis, por más ó ménos tiempo, una agonía semejante á la de la muerte; pero esto pasará, os curará

la evidencia de la infamia, de la ingratitud, del crímen de vuestro marido; se os quedará el corazon vacío, pero con el corazon vacío se vive, os lo aseguro: vivireis para vuestros hijos.

—Pero si ese hombre se obstina... dijo con terror Magdalena.

—Permitidme una observacion, señora, dijo Tempestad fijando una mirada profunda en Magdalena: ¿llamais ya á vuestro marido *ese hombre?* esto quiere decir que empezais á despertar y á ver claro; aunque lo extrañeis, despues de todo, voy á tomar la defensa de vuestro marido.

—¿Y cómo puede tomarse la defensa de un hombre que ha llegado hasta el inconcebible, hasta el horrendo propósito de matar á su mujer, á la madre de sus hijos, que tanto le ha amado, que tanto le ha sacrificado, por unirse á una infame?

—Todo eso se comprende teniendo en cuenta la debilidad humana: no conoceis á la Cador; es, en la apariencia, una mujer ideal, un ángel.

—Sí, un ángel maldito, que propone á su amante la muerte de su mujer y de sus hijos.

—¡Ah! no conoceis á la Cador: ella se guardará muy bien, ni de la más leve indicacion de un crímen, no: ella le prepara de una manera satánica; no es el primer hombre á quien la Cador ha enloquecido: muchos han muerto asesinados por ella de una manera indirecta, entre sus brazos, sintiendo sus lágrimas sobre sus mejillas cadavéricas, creyéndola un ángel.

—Me estais retratando un demonio.

—Sí; pero un demonio encubierto bajo todas las formas de lo bello, de lo espiritual, de lo noble, de lo sublime: ¡ah! si yo os llevara á su casa sin preveniros; si en el momento en que la viéseis os dijese yo: esa es la Cador, no lo creeríais; os pareceria una mujer pudorosa, digna, á quien habia arrastrado una pasion; pero que dentro del extravío de la pasion, conservaba todos los delicados perfumes de su alma: creedme: vuestro marido es una víctima de esa sirena; ella le ha desesperado; ella afecta tener celos de vos; afecta sentirse humillada por la posicion que ocupa: la virtud lastimada habla continuamente por su boca; los proyectos de separacion necesaria á nombre del amor, de la virtud y de la dignidad, se han hecho de dia en dia más insistentes por parte de la Cador y más terribles para vuestro marido.

—Pero, ¿y cómo, cómo sabeis vos todo eso?

—¡Ah! la Cador nos pertenece como nosotros la pertenecemos: ella fascina á la víctima y nosotros la inmolamos: en esta clase de negocios se da á la Cador la mitad del provecho, una décima parte á los que han hecho lo rojo del negocio, y el resto entra en las cajas de la asociacion: habeis sido afortunada en que otro crímen distinto os haya procurado providencialmente vuestro conocimiento conmigo: comprendo que estais aterrada por este conocimiento y por lo decidido que me veis á favoreceros: voy á tranquilizaros, señora: no sé lo que siento por vos, ni por qué lo siento: todo ello ha nacido de una primera impresion, de una impresion instantánea: ¿es esto amor? no lo creo, es algo más qué amor: ¿por qué siento esto? no lo sé: lo que sé es que despues

de que hayais salido de aquí, de que esteis en salvo, no volvereis á verme, pero me sentireis: que esto no os alarme: hay un hombre, un corsario, á quien debeis conocer mucho, un Pánfilo de Veracruz, que os ha tendido un lazo y que nos ha dado cien mil francos porque os tengamos á su disposicion: yo conozco á ese hombre: ese hombre es para vos un peligro: pues bien; cuando sepais que han encontrado á ese hombre cosido á puñaladas acá ó allá, de seguro recordareis el nombre de Pietro Homobono Tempestad; cuando veais caer á vuestros piés á vuestro marido, temblando de vergüenza y de miedo, pidiéndoos con toda su alma vuestro perdon, recordareis tambien mi nombre.

—¿Pues qué pensais hacer? dijo Magdalena.

—Hacerle ver su ángel soñado tal cual es, horriblemente desnudo; haciéndole comprender que era una pobre mosca cogida en una tela de araña y próxima á ser devorada por un mónstruo horrible: para esto tendré que arrojar á la Cador ante el jurado: ¡ay! puedo, puedo y quiero: quiero, por vos: la Cador dormirá en su tumba infame, separada de su cabeza, arrojada en un rincon de la fosa; habremos perdido un millon de francos y una excelente obrera; no importa: os habreis salvado vos.

—Gracias: hay tal sinceridad en vuestro acento, que no dudo de lo que decís: me habeis salvado, porque me considero ya salvada, y os demostraré mi agradecimiento de la única manera que puedo demostrároslo, deseando que no os ofendais por ello.

—¡Dinero! ¡bah! acepto vuestros millones con tal de que encontreis medio de que lleguen á mis manos: si lo-

grais volver á ver á Pietro Homobono, os empeño formalmente mi palabra de recibir todo lo que me deis.

—¡Ah! ¡os habeis propuesto ser generoso!

—No lo he sido nunca, y ya que una vez lo soy, quiero serlo de veras; pero como nada tenemos ya que hablar, os suplico me sigais, es necesario salir de aquí; las Catacumbas son muy húmedas: marchemos.

Y tomando la bujía que estaba sobre la mesa, se puso en marcha.

IX.

Magdalena le siguió vacilante, agobiada por las terribles impresiones que habia alimentado.

Desde el momento en que salieron de aquella habitacion, empezaron á recorrer horrorosas galerías, abiertas á pico, ruinosas, grieteadas, bifurcadas, húmedas, teniendo por pavimento un terreno húmedo y viscoso.

Homobono marchaba, tomando las vueltas de aquel laberinto, con suma facilidad.

Iba en silencio; Magdalena no hablaba una sola palabra.

Sus terribles pensamientos absorbian toda su actividad y toda su inteligencia.

Llegaron al fin al pié de una estrecha escalera por la cual subieron. Era una escalera recta, empinada, difícil.

Magdalena hubiera podido contar ciento cincuenta escalones.

Al fin se encontraron en un espacio muy semejante á la cueva de una casa.

Tempestad se acercó al muro de piedra y oprimió sin duda un resorte, porque se abrió una puerta.

Pasaron, y las piedras que componian la puerta volvieron á cerrarse.

Se encontraron con otra cueva y por su escalera llegaron á una habitacion baja y bastante bien amueblada.

XX.

—Aquí esperareis media hora que se necesita para disponer un carruaje: no os impacienteis, señora; no temais, no dudeis, no sufrais.

—¡Ah! no: confio completamente en vos, dijo Magdalena.

—Hasta dentro de media hora, dijo Tempestad: y salió cerrando por fuera la puerta por donde habia salido.

Inútil es decir que á pesar del tranquilizador encargo de Tempestad, la media hora que trascurrió desde que salió el bandido hasta que se oyó el ruido sordo de un carruaje, y entró de nuevo Tempestad, fué un siglo para Magdalena.

—Seguidme, señora, dijo el bandido, y dentro de un cuarto de hora estareis completamente libre y os parecerá un sueño todo lo que por vos ha pasado durante media hora.

Magdalena siguió á Tempestad, y siguiéndole se encontró en un espacio densamente oscuro, marchando sobre un empedrado.

—Detenéos, señora, dijo Tempestad; podriais tropezar en un carruaje.

Magdalena oyó el ruido de una portezuela que se abria.

—Dadme la mano, señora, dijo Tempestad, para ayudaros á subir.

Magdalena buscó entre la oscuridad la mano del bandido y la encontró.

Era una mano suave como la de un hombre que no trabaja, ardiente y temblorosa.

—Buscad el estribo, señora; le estais tocando, dijo Tempestad.

Magdalena encontró el estribo y subió.

El bandido retuvo la mano de Magdalena, y un momento despues ésta sintió en la mano un beso ardiente.

Despues, Tempestad retiró su mano y cerró la portezuela. El carruaje rodó.

Poco despues Magdalena vió algunas lineas de luz que penetraban por las junturas de los tableros que cerraban el coche; pero nada podia ver.

Durante un cuarto de hora, el carruaje siguió rodando con rapidez.

Al fin se detuvo y se abrió la portezuela.

Estaban en el boulevard de los Italianos.

—Podeis salir, señora, dijo el cochero, que tenia una facha semejante á la de cualquier otro cochero de París; pero con excelente librea.

Magdalena buscó instintivamente el número del carruaje en una de sus linternas; pero no lo tenia: no era de alquiler.

Magdalena buscó su porta-monedas, pero el cochero cerró la portezuela, saltó al pescante y se alejó.

Magdalena permaneció un breve espacio inmóvil, dominada por la situacion.

Luego se dirigió á uno de los carruajes públicos que habia en el boulevard, entró en él, y dijo al cochero:

—Calle nueva de Luxemburgo, hotel de Brabante.

En aquel hotel paraba Magdalena cuando venia á París á expiar á su marido.

CAPÍTULO XXXI.

La caza del raton.

I.

Aquella noche algunos hombres se detuvieron á poca distancia del caseron deshabitado en que, como hemos visto, habia una entrada de las Catacumbas.

Todos estos hombres, á lo que podia juzgarse de ellos á la escasa luz de la noche, eran de una facha ambigua, de trajes y aspectos diferentes; una especie de horda, con aspecto de mendigos ó de perdidos, con blusas los unos, con harapos los otros, con paletós ó carriks antiguos y de deshecho algunos.

Eran como veinte hombres.

Se agruparon cerca de la casa en un ángulo del cercado que se extendia frente á ella.

II.

Poco despues se oyó un ruido acompasado como de tropa, y entró en el callejon una compañía de infantería,

que se extendió por él tan en silencio como los hombres que habian llegado anteriormente.

A poco, por el mismo sitio por donde habia venido la tropa, aparecieron dos hombres, detrás de los cuales iba un grupo de gendarmes.

El uno de aquellos hombres iba decentemente vestido con un gran paletó y un abrigo de pieles á causa del frio.

El otro, á pesar del frio, iba ligerísimamente vestido: era el jóven con traje de aprendiz de cajista que aquella mañana habia espiado el callejon y visto entrar en la casa deshabitada á Magdalena y despues á Veracruz.

Él era sin duda quien habia llevado allí los veinte hombres que estaban agrupados en el ángulo del cercado, la compañía de infantería y un comisario y una docena de gendarmes: porque el hombre del paletó y del abrigo de pieles, á juzgar por su baston, era un comisario.

III.

—¿Estás seguro, Pepin, dijo el comisario al que parecia aprendiz de cajista, de que podemos echar un buen copo?

—Segurísimo, Mr. Bastian: yo creia esa casa deshabitada, deshabitada la creia todo el mundo, y sin embargo, ha entrado en ella una señora á quien sin duda se traia engañada, y despues ese extranjero, ese personaje español á quien yo vigilo.

—Se ha visto á Mr. Rodriguez de Angulo esta tarde en el boulevard de la Magdalena.

—Lo que prueba, Mr. Bastian, que esta casa tiene dentro de sí una comunicacion subterránea con el centro de París: yo he estado observando esta casa, dominándola, viéndola por sus dos costados desde la altura del árbol seco hasta despues de la puesta del sol, en que he ido á avisaros: nadie ha salido, yo os lo aseguro; esta casa está aislada, y entre ella y las otras casas del arrabal hay un gran espacio descubierto: luego si se ha visto esta tarde antes de la puesta del sol á Mr. Rodriguez de Angulo en el boulevard de la Magdalena, es evidente que ha salido de esa casa por un pasaje subterráneo: yo creo, como ya os lo he dicho, que en esta casa está una de las entradas de las Catacumbas.

—Calla, calla, Pepin, dijo el comisario; no quiero creerlo; eso seria demasiado bueno; hariamos un gran servicio: yo creo más bien que en esta casa habrá alguna antigua mina de contrabandistas.

—Sea como quiera, lo más probable es que se haya cometido un crímen contra la señora que entró aquí antes que Mr. Rodriguez de Angulo: de todos modos, se nos presenta la ocasion de hacer un buen servicio.

—Pues no perdamos tiempo, dijo Mr. Bastian: ¿han traido los otros herramientas?

—Todos traen una palanqueta de acero, un par de pistolas de dos cañones y un puñal.

—Bien: ve á buscarlos, y desde el momento á abrir la puerta y á entrar.

IV.

Pepin se dirigió al ángulo donde estaban los veinte hombres de mala facha, les habló un momento, y los llevó á la puerta de la casa.

Mr. Bastian entre tanto habia dado la órden de cercar la casa y el jardin que la rodeaba, al capitan de la compañía de línea.

Luego, con los gendarmes, fué á reunirse á Pepin y á los veinte.

La puerta habia sido abierta con una llave maestra, y habia aparecido un espacio densamente oscuro y profundamente silencioso.

Mr. Bastian dejó dos gendarmes á la puerta, y con los restantes y con Pepin y con los otros veinte hombres penetró en la casa.

V.

En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje que adelantaba hácia el callejon.

Pero de improviso, el carruaje se detuvo, se volvió, y partió á la carrera en direccion contraria á la que habia traido.

Pepin, que habia oido el ruido del carruaje, se habia lanzado fuera y habia avanzado rápidamente al encuentro del carruaje.

Pero cuando éste se volvió y escapó, se detuvo comprendiendo la imposibilidad de seguirle.

Entró de nuevo en la casa, y dijo á Mr. Bastian:

—¿Habeis oido el ruido de ese carruaje que venia y que ha escapado?

—Sí: ¿has conocido el carruaje?

—Sí; es un carruaje de dos caballos, ligero, fuerte y nuevo: no chilla ni suena á cascado como los otros; á más de eso, yo le conozco por su ruido, como se conoce á un amigo por sus pisadas: indudablemente es el 560: ¡bravo zorro de cochero! ha visto sin duda á los soldados, se ha vuelto, y el carruaje va disparado como si tirase de él el diablo: es imposible seguirle: pero yo cazaré á mi cochero tuerto; yo os lo aseguro, Mr. Bastian.

—Déjate de eso: á tí sólo te toca vigilar á Mr. Rodriguez de Angulo: Mr. Laforje, esto es, tu cochero tuerto, está bastante vigilado, y es posible que sin saberlo, lleve adherido á la parte posterior de su carruaje á monsieur Cretien.

—Alias Corbacho, dijo Pepin: no me fio de él: es un licenciado de Tolon y su conducta es algo turbia.

—¿Has visto tú algo, Pepin?

—Le he visto pasar esta tarde á lo lejos hablando con sumo interés con Gamboise, y observando con insistencia esta casa: yo estaba tan bien apostado que no me vieron: Gamboise es un tuno, y hace mucho tiempo que sospecho yo de Corbacho: me parece que tiene más de bandido que de agente de policía; salvo el respeto al gobierno, me parece un grave error emplear á los licenciados de presidio: ellos serán siempre más amigos de los ladrones que de la ley.

—Abriremos un registro á Mr. Cretien, dijo el comi-

sario: entre tanto, tú que has desconfiado de él, vigílale; pero no perdamos tiempo: ¿cuántas linternas han traido esos?

—Cuatro.

—Que las enciendan.

Poco despues ardian cuatro linternas.

—Pistola en mano y á la exploracion, dijo Mr. Bastian.

Los veinte de la policía secreta y los gendarmes dejaron ver en sus manos pistolas de dos cañones.

Mr. Bastian y Pepin, sin arma alguna, rompieron la marcha.

Pepin, que iba delante, llevaba en la mano una linterna.

VI.

La casa, que era de tres pisos, destartalada y grande, compuesta de habitaciones denegridas y ruinosas, fué recorrida varias veces, sin que se encontrase señal de comunicacion alguna por el subterráneo que se buscaba.

El jardin, desmantelado, fué tambien recorrido.

Se habian golpeado todas las paredes, y ningun indicio se habia encontrado.

—¿Estás seguro de no haber tenido ningun descuido, Pepin? dijo el comisario.

—Durante cinco horas no he quitado la vista de esta casa; á la caida de la tarde, cuando yo me retiré para ir á daros parte, nadie habia salido: ¿vos decís que esta

tarde antes de la puesta del sol se ha visto en el boulevard de la Magdalena á Mr. Rodriguez de Angulo?

—Indudablemente, contestó el comisario.

—Entonces ha salido por debajo de tierra, Mr. Bastian; no tengais duda de ello.

En aquel momento se oyó rechinar algo de una manera leve en una habitacion inmediata.

—¡Silencio! dijo con voz opaca Pepin: apagad las linternas.

Las linternas se apagaron instantáneamente.

VII.

Se oyó un rechinamiento más fuerte, y luego un ruido sordo semejante al que produce una compuerta al cerrarse.

Despues, pisadas muy marcadas; como las de un hombre robusto que calzase unos grandes zapatos.

—¡Quietos! ¡silencio! ¡una pistola! dijo con voz apenas perceptible Pepin.

Y seguidamente se lanzó, sin producir ruido, hácia la habitacion donde resonaban las pisadas.

Muy pronto estuvo á poca distancia del hombre que las producia, y le siguió entre la oscuridad.

Aquel hombre salió al patio, y á la luz neutra de la noche, Pepin vió que era agigantado.

—¿Quién diablo ha abierto la puerta? dijo con voz ronca Polifemo, que él era: ¿me olvidaria yo de cerrarla y la habrán empujado los pelones del arrabal?

Pepin, por un movimiento de Polifemo, conoció que éste se habia armado de un puñal.

Adelantaba por el pasadizo oscuro hácia la puerta, y Pepin le seguia.

Al llegar á la puerta, Polifemo vió pegados á su marco como dos cariátides á los dos gendarmes.

Entonces, en vez de retroceder, ganó con un salto de tigre el callejon, y se lanzó fuera.

Pepin saltó tras él.

Polifemo era una fiera que escapaba.

—¡Alto ó te mato! gritó Pepin.

Polifemo dió un salto más terrible hácia adelante.

—¡Alto! gritaron algunos soldados.

Y se oyó el ruido que hacian al apuntar sus fusiles.

Polifemo saltó de nuevo.

Se oyeron simultáneamente algunos disparos.

Seis soldados y Pepin habian disparado.

Tras de los disparos se oyó una carcajada formidable, insolente, burlona.

Polifemo habia rebasado la línea de la tropa, habia escapado, se habia perdido.

—¡Ah! dijo Pepin con despecho; debia haberte trincado en el patio; ese bribon no quiére volver á Brest: ya pasarán algunas horas antes de que se le vuelva á ver el pelo.

VIII.

—¡Ah! decia Polifemo corriendo entre tanto y tomando la vuelta del arrabal; los hurones se nos echan enci-

ma; Tempestad tiene la culpa; se descuida; está muy rico y no atiende como debiera á los intereses de la sociedad: aprieta las piernas, Polifemo, es necesario salvar á los amigos: ¡ah! no me gustó á mi esta mañana el señor que entró; tenia cara de polizonte, de cualquier cosa mala: ¡ah! estoy seguro de que quien me seguia era Pepin: ¡maldito muchacho! ¡y aún no tiene diez y ocho años! ¡y empeñarse en servir lealmente á la policía, cuando tanto negocio podia hacer si se entendiera con nosotros! es un tonto.

IX.

A este punto, Polifemo llegaba á una casuca aislada que estaba al otro lado del arrabal.

Era una taberna.

Dentro, sentados alrededor de una mesa, teniendo junto á sí dos botellas, jugaban al dominó tres obreros.

Una muchacha bastante linda, sentada detrás del mostrador, leia un periódico.

—Buenas noches, María, dijo Polifemo; ¿está ahí tu padre?

—Le duelen las muelas y se ha acostado, contestó la muchacha.

—Voy á verle: la Lorete bautiza esta noche á su hijo, y os convida.

—¿De veras? dijo María; Lorete nos dijo que el bautismo se haria mañana á la noche.

—Sí, eso se habia pensado, dijo Polifemo; pero la cria-

tura se ha puesto mala, y se adelanta el bautizo no sea que se muera.

—¡Qué lástima! dijo María; ¡una niña tan hermosa y tan gorda!

—Qué se le ha de hacer, dijo Polifemo; voy, voy á ver á tu padre; tú arréglate entre tanto.

Y Polifemo, atravesando dos pequeñas habitaciones, entró en otra donde habia un hombre tendido en un lecho quejándose dolorosamente.

—¡Hola! ¿qué es eso, Perriot? cobarde; vaya una manera de quejarse; no parece sino que te están arrancando el alma: vamos, alza y abre la puerta secreta: hay que avisar á los amigos: *la invisible* está encima; nos han vendido.

—¿Qué es esto? las Catacumbas van á ser profanadas por los impíos, dijo Perriot, que habia sido bedel de la universidad y tenia sus humos de erudito.

Y se alzó y pareció como que de repente le habian curado su dolor de muelas.

Tomó un viejo quinqué de hoja de lata que en sus tiempos habia estado pintado de verde y que en fuerza de uso dejaba ver el hierro en gran parte, y abriendo una puerta entró con Polifemo en una habitacion húmeda en la cual habia una compuerta.

La abrió Perriot, bajó por unas estrechas escaleras, y tras él Polifemo, y se encontraron en una extensa cueva cuyos andenes estaban cubiertos de botellas de cerveza, viéndose acá y allá en sus caballetes enormes toneles.

—Ayúdame, cíclope, dijo Perriot poniendo el quinqué sobre el suelo húmedo en que aparecian acá y allá cascos

de botellas rotas, y se dirigió á uno de los toneles que apartó con su caballete, ayudado por Polifemo.

Detrás quedó una piedra de mampostería como de tres piés en cuadro.

Perriot sacó un puñal de debajo de su blusa, metió la hoja por una juntura y apretó.

Inmediatamente la piedra se retiró dejando una entrada por donde podia pasar, deslizándose, un hombre.

—Ahora bien, dijo Polifemo, se ha cometido una imprudencia y los resultados han sido funestos; los esbirros han dado con la entrada que está en la casa del callejon de la barrera del Infierno: yo salia descuidado á tomar un poco el aire, y por poco, por poco, me trinca ese bribon de aprendiz de impresor; ya sabes, Pepin; ese maldito á quien se le ha puesto en la cabeza ser un esbirro fiel al gobierno: ¡oh, qué angelito! las balas de sus pistolas me pasaron junto á los orejas, mientras que las de los soldados pasaron á quince pasos de distancia de mí.

—¡Ah, ya! dijo Perriot, ¡con que un ruido sordo que escuchamos hace poco tiempo era el de una descarga! ya se lo dije yo á María; pero María creyó que habia sido alguna ventana que habian cerrado de golpe.

—No, una compañía entera que ha hecho fuego sobre mí; pero esto no importa: la bala que á mí me ha de matar no se ha fundido todavía.

—No plagies á los grandes hombres, Polifemo, dijo Perriot; no porque lleves un nombre de la mitología puedes atreverte á tanto: te se ha llamado Polifemo, porque te pareces mucho en lo bruto á aquel cíclope antiguo:

pero bien, estamos perdiendo el tiempo; si hay que salvar á los amigos, sálvalos cuanto antes.

—Antes de que den con la entrada, ya habrá pasado tiempo bastante para que se salven todos ménos los que estén perfectamente borrachos: que tengan paciencia; cuando despierten se encontrarán en chirona; con eso tendrán que ejercitar el ingenio para escaparse: oye, arriba hay tres tontos jugando al dominó; me han parecido fundidores de la fábrica del señor Beltran; unas buenas gentes: delante de ellos he dicho á María que se os espera para el bautizo del pequeño de la Lorete: con el pretexto de que no hay quien se quede en la taberna, los echas; es necesario que los amigos, al salir, no encuentren estorbos; porque ya sabes... Adios, hasta la vista: saldremos por aquí y nos meteremos por otra parte: afortunadamente las ratoneras están aisladas y cortadas; para descegar lo que nosotros hemos cegado, para establecer estas islas de galerías y escavaciones, se necesitarian diez años; y como nosotros contamos con ingenieros, la galería que fuesen abriendo por una parte, la iriamos nosotros construyendo por la otra: con que buenas noches, Perriot: echa á esos á la calle, y está atento para cuando llegue el primer raton.

Y tras estas palabras, Polifemo se deslizó con trabajo, á causa de lo enorme de su humanidad, por aquella abertura cuadrada.

—Toma el quinqué, le dijo Perriot; no vayas á oscuras, que te puedes romper la crisma, muchacho.

—Las tinieblas me conocen, dijo Polifemo ya desde una gran profundidad.

X.

En efecto, Polifemo habia dicho bien, aunque valiéndose de una frase impropia: no eran las tinieblas las que le conocian á él; era él quien conocia de tal manera las Catacumbas, que le bastaba el tacto para correr á oscuras por sus galerías.

Cuando se hubo internado en el laberinto, silbó por tres veces, dando á cada silbido una entonacion distinta.

Se oyeron á lo lejos y en todas direcciones, poco tiempo despues, silbidos semejantes, que siguieron repitiéndose.

—Vamos, dijo Polifemo; ya están todos avisados, y dentro de poco estarán aquí.

En efecto, á los pocos segundos se vieron brillar acá y allá, en el fondo oscuro y alrededor de Polifemo, luces que aparecian, desaparecian y volvian á aparecer, como fuegos fátuos.

Al fin, por una de las avenidas, se vió acercarse una jóven vestida de blanco, con una preciosa cofia en la cabeza, una cruz de diamantes pendiente de un cordon de oro al cuello, y una bujía encendida en la mano.

Era Violeta.

—¿Quién ha dado la señal de alarma? dijo al ver á Polifemo en el centro de una gran escavacion, á que confluian muchas galerías.

—Yo, señorita Violeta, dijo Polifemo; yo, que por poco no soy atrapado al salir á dar un paseo; porque aquí se echa muy mal color si no se toma un rato por las noches el aire libre.

—Habrás cometido alguna imprudencia, canalla, dijo una voz robusta á espaldas de Polifemo.

Este se volvió á Tempestad, que debia haber llegado á oscuras, porque no traia luz.

—Cuando yo salí, ya estaba toda la turba oculta dentro de la casa del callejon de la barrera del Infierno: la imprudencia no ha consistido en mí, sino en haber dejado entrar aquí, sin precauciones, al señor que vino esta mañana.

—Ese señor es completamente seguro, dijo Tempestad; aquí debe haber algo.

—Lo que hay es que ese señor ha venido en un carruaje que está vigilado, dijo un hampon viejo y repugnante, una especie de mendigo harapiento, en cuya mano temblaba la luz humosa de una especie de pequeña antorcha hecha con esparto retorcido, pez y cal.

—¿Qué sabes tú, Pulgon? dijo Tempestad.

—¡Oh! ¡vaya si sé! pasaba yo á las doce por la calle de Saint-Honoré cuando ví entrar en un carruaje público á cierto caballero que dos horas despues pasó junto á mí en las Catacumbas con la tia Ratona: cuando el carruaje marchó, salió de una taberna Corbacho y siguió al carruaje. Corbacho es un miserable: nos ha vendido.

—Hagamos más honor á Corbacho, dijo Tempestad: á Corbacho le importa que la policía no entre en las Catacumbas.

—Corbacho no está ahí, dijo Polifemo; Corbacho me hubiera agarrado: quien está es el bribon de Pepin.

—Sea como quiera, dijo Tempestad, resulta que la policía está ya trabajando en la casa del callejon de la

barrera del Infierno; que es necesario salir de esta parte de las Catacumbas y pasar á otra.

—La salida de la ratonera, dijo Polifemo, está preparada por la taberna del amigo Perriot.

—¡Sálvese quien pueda! dijo una voz robusta, de en medio del gran grupo que se habia agolpado al ensanchamiento, en cuyo centro estaban Tempestad, Violeta y Polifemo.

—¿Y el droguero? dijo uno de los del grupo.

—Dejadle ahí, contestó Tempestad; es tan miserable que se dejará morir de hambre antes que entregar los doscientos mil francos que se le han exigido.

—Falta la tia Ratona, dijo otro.

—Que se lleve el diablo á esa bruja, dijo Tempestad: estará borracha y no habrá oido la señal de alarma; ¡ea! por mi parte rompo la marcha. Buenas noches, amigos: la entrada á las Catacumbas estará abierta toda la noche por el almacen de carbon de piedra de la calle Saint Jaques-Haut-pas. Hasta la vista, amigos.

Y dando su brazo á Violeta, se alejó con ella por una galería.

Aquel grupo, compuesto de unas cien criaturas repugnantes, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, sinfonía horrible de todos los aspectos miserables, de todos los más extraños trajes de los que pertenecen á esa eterna moda que puede llamarse baja miseria; de semblantes angulares y demacrados, de miradas torvas, pero indiferentes, con un indiferentismo de una abyeccion espantosa, se deslizó rápidamente diseminándose por las galerías, perdiéndose por ellas, haciendo ver por algunos

instantes el resplandor de sus luces, dejando oir el chancleteo de sus pasos: todos aquellos bajos infames, eran prófugos del patíbulo.

En aquel ensanchamiento no habia más que silencio y tinieblas.

XI.

Entre tanto, en la sala baja de la casa del callejon de la barrera del Infierno, cuyo pavimento estaba resquebrajado, y á la cual hemos llevado antes á nuestros lectores, trabajaban, con las herramientas de que se habian provisto, los veinte esbirros de la policía secreta, mandados por el comisario Bastian.

Los gendarmes, pistola en mano, estaban junto á ellos.

En los dos extremos del callejon, contenidos por los centinelas, habia una multitud de curiosos que habian atraido los disparos que se habian hecho inútilmente sobre Polifemo.

Alguna muchacha, á quien su belleza hacia audaz, preguntaba á un jóven oficial:

—¿Se puede saber, caballero, por qué está aquí el 72 de línea?

A lo que solia contestar el jóven:

—Siento no poder decirlo, señorita; pero vos podreis decirme dónde se os puede encontrar con seguridad cualquier dia.

—¡Ah! caballero, decia la muchacha bajando los ojos,

creo que mi pregunta ha sido mucho más natural que la vuestra.

Y se entraba en una controversia acerca de la naturalidad de las dos preguntas, que concluia diciendo la chica al oficial, que iba todos los dias al taller de madama tal, calle de tal.

Los hombres no preguntaban, pero alargaban el oido para escuchar lo que los oficiales y los sargentos respondian á las mujeres que preguntaban demasiado.

La mujer ha nacido para el diálogo, y cuando no tiene con quien dialogar, dialoga como puede, con su canario, con su gato ó con su perro.

Pero todo lo que se pudo saber fué que aquella compañía del 72 de linea estaba allí para no dejar salir á nadie del callejon.

¿Y quién habia de salir del callejon si la única casa que en él habia, estaba deshabitada?

Este problema aumentaba la curiosidad de los curiosos.

XII.

Entre tanto, bajo las palanquetas de los subordinados de Mr. Bastian, se abrió el pavimento y se descubrió una estrecha escalera.

Era necesario bajar; pero aquella escalera, oscura, profunda, prólogo de lo desconocido y de lo espantoso, era una especie de boca de lobo.

Mr. Bastian comprendió que hay momentos en que un comisario de policía se alegraría mucho de no serlo.

El mismo Pepin, que era el más valiente de los que allí habia, se puso pálido.

Y es que espanta marchar contra las tinieblas, en las cuales se preveen mónstruos.

Se apeló á los gendarmes; los gendarmes, como nuestros guardias civiles, tienen mucho de soldados, y ya se sabe que el soldado es una especie de carne de cañon, una especie de cosa de la cual dispone la ordenanza, y de la que se usa á sangre fria: una vez metido en un apuro un soldado, sale como puede; y si no sale, algunas bajas más en el regimiento, y esto es todo: se reemplazan las bajas con una nueva conscripcion, ó con una nueva quinta, y adelante.

Si una madre ha perdido su hijo, si una mujer ha perdido su amor, ¿qué importa? Nadie piensa en que el soldado está unido como cualquiera otro hombre á la vida por lazos que rompe demasiado dolorosamente la muerte.

Las ciudades, cuando se lee en ellas un despacho telegráfico en que se anuncia que una gloriosa batalla ha producido seis ú ocho mil bajas, no se conmueven, no se nos ocurre poner un crespon en la bandera nacional por los mártires de la pátria; pero las familias de los que por la pátria han muerto, visten luto en el cuerpo y en el alma.

Del soldado se usa y se abusa, y tanto da que un soldado muera sobre el campo de batalla, á la luz del sol, bajo su bandera, como que sea asesinado sordamente cuando se ocupa en persecúcion de criminales. Tanto da: para su familia y para su amante es siempre un hombre muerto, un dolor agudo, una esperanza acabada.

XIII.

A la órden cobarde de Mr. Bastian, cuatro gendarmes, el sable en la mano derecha, la pistola en la mano izquierda, descendieron bravamente por aquella sombría escalera.

Tras los gendarmes pasaron los perdidos de la policía secreta, y con ellos Pepin; despues el resto de los gendarmes.

El último, el comisario Mr. Bastian.

No podia decírsele que no cumplia con su deber: él iba.

El miedo es muy mal consejero: en circunstancias como aquella, suele suceder que la retaguardia sea más peligrosa que la vanguardia; porque puede suceder que se pretenda cortar á los exploradores de la ley á fin de que no quede uno solo.

En estos casos se deja internarse al cuerpo explorador, y se le ataca simultáneamente por la vanguardia, por la retaguardia y por los flancos.

Afortunadamente para el meticuloso Mr. Bastian, los bandidos habian abandonado aquella parte de las Catacumbas.

Los gendarmes, los polizontes y el comisario, recorrian á la ventura su laberinto, sin encontrar más que soledades, sombra y silencio: todo era uniforme; una galería se parecia á la otra; á derecha é izquierda se encontraban á oscuras, profundas, las entradas de otras galerías; de tiempo en tiempo se encontraba un ensan-

chamiento, una especie de nudo de aquella red de estrechas escavaciones: se notaba en ellas la señal del pico que habia escavado, no sabemos cuántos años ó cuántos siglos antes.

De improviso, aquella escavacion se hacia más acentuada, por decirlo así: se habia escavado sobre roca viva. Siempre que se notaba este cambio de aspecto, á los pocos pasos se llegaba á un ensanchamiento mayor ó menor; á una explotacion de la cantera. En la edad media se buscaba bajo la tierra la piedra para las construcciones; no se queria ir á buscarla á rocas á grandes distancias.

Las Catacumbas de París, como las escavaciones de Madrid, no son otra cosa que canteras: su laboreo ha determinado un inmenso laberinto, como sucede con las galerías de toda mina.

XIV.

Al fin de media hora de exploracion, sin haber encontrado nada que revelase la existencia de séres humanos en las Catacumbas, los gendarmes que iban en la vanguardia dijeron lo siguiente, que llegó hasta monsieur Bastian de boca en boca:

—Una puerta forrada de hierro.

Mr. Bastian dijo, y su órden fué trasmitida tambien de boca en boca:

—Forzad esa puerta.

Oyóse pocos minutos despues un ruido seco, múltiple y retumbante.

Era el de las palanquetas que batian la puerta, forzando sus chapas.

Al fin se oyó un ruido más sordo, más apagado, que demostraba que se habia forzado la puerta.

Aquella serpiente de hombres avanzó.

Por último, el comisario Mr. Bastian entró, formando la última vértebra de aquella serpiente, en un espacio lóbrego.

Nada habia en él más que algunos barriles con telas de araña.

—¿Qué barriles son esos? dijo el comisario.

—Están cerrados, dijo Pepin que estaba junto á uno de ellos con la linterna en la mano; pero á juzgar por su aspecto, parecen barriles de pólvora.

—¿Y así os estais con una luz junto á un barril de pólvora? dijo todo trémulo el comisario.

—Cuando una cosa está á oscuras, Mr. Bastian, dijo tranquilamente Pepin, es necesario alumbrarla para juzgar de ella.

—Apartaos, apartaos al instante; no seais imprudente, dijo Mr. Bastian.

—¡Aquí hay un hombre agonizando! dijo una voz allá, desde un ángulo apartado.

Mr. Bastian adelantó rápidamente.

Sobre un jergon habia tendido un hombre como de cincuenta años, con los cabellos canos, envuelto en un redingot grís, con la camisa súcia, como si hiciera mucho tiempo que la tenia puesta, y con la barba crecida.

Estaba en muy mal estado: queria incorporarse y no podia.

XV.

—Estoy dispuesto á daros los doscientos mil francos, dijo con la voz muy débil; traedme papel y pluma: no digais que me tiembla la mano y que no van á reconocer mi letra: mi notario la reconocerá.

—Pero, ¿qué estais diciendo, desventurado? yo soy Mr. Bastian, comisario de policía, y los que me acompañan son funcionarios de la ley.

—¡Ah! sacadme de aquí cuanto antes, caballero, estoy muy malo: hace doce dias no me dan de comer ni que beber: han pretendido obligarme á que yo me dejase robar; yo no creia que se atrevieran á tanto: cuesta mucho trabajo ganar doscientos mil francos.

—¿Quién sois? dijo Mr. Bastian.

—Soy Mr. Perigort, droguero, vecino de París.

Este Mr. Perigort era el droguero que habia vendido por mil francos á Antolin el arsénico con que habian muerto envenenados la duquesa de Chatillon, vizcondesa de Aiguebleu y su amante.

La Providencia no podia ser más severa.

Para los hombres habia quedado oculto aquel crímen.

Del sumario que se instruyó allí mismo, resultó que quince dias antes, Mr. Perigort habia encontrado en la plaza de Nuestra Señora una hermosa jóven, al parecer griseta, que segun la descripcion que de ella hizo monsieur Perigort, no era otra que Violeta, la amante de Pietro Homobono, alias Tempestad. Violeta le habia

llevado charlando con él hasta el puente Nuevo, y una vez allí, le invitó á entrar en un carruaje.

El droguero, excitado por la hermosura de Violeta, no habia reparado en el número del carruaje, y éste los habia llevado hasta el callejon de la barrera del Infierno, delante de una vieja casa, en la cual Violeta decia vivia con una anciana tia suya.

Salieron del carruaje, sin que tampoco se le ocurriese al droguero mirar su número, y entraron en la casa, cuya puerta se abrió apenas la jóven llamó á ella.

Una vez dentro, algunos hombres acometieron por detrás á Mr. Perigort, le vendaron los ojos, le taparon la boca, le levantaron y le llevaron al lugar donde se encontraba, donde le exigieron por su rescate doscientos mil francos.

Mr. Perigort se negó, y á los tres dias de su secuestro, para obligarle á que escribiese una carta pidiendo los doscientos mil francos, dejaron de darle de comer. Todos los dias, un hombre terrible, una especie de gigante, que, segun las señas, no era otro que Polifemo, entraba y le preguntaba si estaba dispuesto á escribir.

Mr. Perigort se negaba y Polifemo salia sin dejarle alimento alguno.

A los cuatro dias, estenuado Mr. Perigort, consintió, pero tenia fiebre y escribió de una manera tan ininteligible, que su carta no satisfizo á los bandidos.

Desde entonces le dejaron abandonado, y cuando llegó hasta él la policía, agonizaba.

XVI.

Esta fué una complicacion para Mr. Bastian.

Sin embargo, despues de algunos momentos de reflexion, determinó que seis de la policía secreta, con un gendarme, sacasen fuera á Mr. Perigort y le llevasen para que se le socorriese, al hospital más inmediato.

Los seis polizontes levantaron el jergon y se llevaron á Mr. Perigort.

XVII.

Mr. Bastian siguió su inspeccion, y de improviso se detuvo y lanzó un grito de espanto.

En un ángulo entrante habia un esqueleto pequeñito.

—¡Oh! ¡qué horror! exclamó Mr. Bastian, á quien se le pusieron los cabellos de punta: ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? dijo tranquilamente Pepin, una madre á quien han dejado morir de hambre con su hijo: alguna bribona, alguna adúltera que entró sin duda aquí, engañada por algun buen mozo, como se entró el droguero engañado por una buena moza.

—¡Quién sabe, dijo Mr. Bastian, la historia que se oculta en el misterio que rodea á esos dos esqueletos!

—Hace quince años, dijo uno de los de la policía secreta que parecia un mendigo, se perdió con un hijo de pocos meses una jóven mujer de un obrero del arrabal de San Antonio: yo pertenecia ya por entonces á la po-

licía y fuí uno de los encargados de buscar á la jóven; pero no se pudo dar con ella: un mes despues de haberse perdido la jóven, los barqueros del puente de Austerliz sacaron del Sena el cadáver del marido de la jóven extraviada, cosido á puñaladas.

—¡Quién sabe qué historia ha sido esa! dijo Mr. Bastian; adelante: acabemos de hacer nuestro reconocimiento.

Salieron de aquel lóbrego espacio, terrible por más de un concepto, y siguieron á la ventura por la primera galería que encontraron.

Al cabo de dos horas de marcha, vieron delante de sí una escalera y la subieron.

Al llegar á lo alto, vieron que estaban en la misma habitacion cuyo pavimento habian roto para encontrar una entrada en las Catacumbas.

—Pero esto es terrible, dijo Mr. Bastian; esas malditas galerías son un verdadero laberinto; queriendo adelantar hemos retrocedido: me parece inútil explorar más antes de dar parte al subprefecto para que determine lo que haya de hacerse: si los que sacaban al droguero han seguido nuestro mismo camino, estarán ya fuera; veamos.

Y Mr. Bastian, que deseaba verse fuera tambien, se dirigió rápidamente, seguido por dos, á la puerta de la casa.

Allí encontró á los dos gendarmes que habia dejado de guardia y dos soldados que custodiaban á una vieja gigantesca y borracha que no dejaba de decir improperios.

Era la tia Ratona.

Habia despertado de su borrachera; habia querido salir á tomar el aire libre, como Polifemo; su embriaguez no la habia dejado reparar en que la compuerta habia sido forzada, y habia caido en poder de los gendarmes.

Cuando habiéndola preguntado, supo Mr. Bastian que se llamaba la tia Ratona, dijo encolerizado:

—Hé aquí lo que hemos sacado de nuestra caza; no un raton, sino una rata vieja; ¿qué diablos va á hacer de esto el jurado? Supongo, añadió dirigiéndose á los gendarmes, que por aquí habrán salido un sargento y seis de policía conduciendo á un pobre señor moribundo.

—Por aquí no ha salido nadie, dijo el gendarme.

—Entonces se han perdido en ese maldito laberinto, y es necesario buscarlos, dijo Mr. Bastian cubriéndose de sudor frio, porque le aterraba el volver á entrar en aquellas terribles Catacumbas.

Pero encontró un medio: envió á Pepin con dos gendarmes y cuatro de policía secreta.

Hasta la mitad del siguiente dia no parecieron ni Pepin ni los otros, y áun así se presentaron sin el droguero.

—¿Y Mr. Perigort? dijo el subprefecto, á quien ya habia dado parte Mr. Bastian, y que habia acudido.

—Murió á las dos horas de habernos encargado de él, dijo uno de los de policía secreta; ¿qué habiamos de hacer con el cadáver? le dejamos y procuramos encontrar la salida.

Dos dias largos costó el encontrar el cadáver del droguero.

Despues se cegó aquella entrada de las Catacumbas, y á esto se redujo todo.

Los bandidos pudieron volver á ocupar aquel espacio del cual habian sido arrojados por poco tiempo.

CAPÍTULO XXXII.

Un casado que esperaba ser viudo.

I.

En la noche del dia en que acontecieron en las Catacumbas los sucesos que hemos referido, en un bello gabinete, entapizado de terciopelo verde oscuro, cubierto por estantes, cuadros, andenes cargados de objetos de arte, perchas en que se veian armas de todos géneros, lo que revelaba que aquella era una habitacion de hombre, estaba Andrés Peralta paseándose del uno al otro extremo, profundamente pensativo, y agitado por no sabemos qué convulsion interna, qué oleada contínua que parecia provenir de su alma y trasporarse á través de su piel.

Habia algo de aureola siniestra en torno de Andrés.

II.

Acababa de llegar de París; porque la habitacion en que se encontraba pertenecia á su hermosa quinta situada á poca distancia de Poissy.

No habia preguntado á los criados por su mujer.

Hacia algunos dias que Andrés y Magdalena estaban alejados, retraidos en sus habitaciones, sin dejarse ver el uno del otro.

Pero Andrés suponia que Magdalena estaba en la quinta; porque dado caso que hubiese ido á París, á aquella hora, eran más de las doce, debia haber vuelto y estar recogida.

Las doce de aquella noche era una hora siniestra para Andrés.

Algo más tarde, algunos hombres feroces debian entrar silenciosamente, penetrar en el dormitorio de Magdalena, asesinarla, robar unas alhajas puestas por el mismo Andrés en un mueble del dormitorio de su mujer, y huir dejando allí el cadáver y los vestigios del robo.

Todo esto se habia proyectado á sangre fria entre Gamboise y Andrés, sin que éste sospechase que la Cador tenia la menor parte en ello.

Andrés habia obrado del mismo modo respecto á aquel don Calisto Azpecochea para dejar viuda á Filomena y poderse casar con ella.

Tenia el alma de criminal, y si durante algun tiempo parecia haberse regenerado, habia consistido en la influencia del amor, de la hermosura y de las inmensas riquezas de Magdalena.

Pero habia sobrevenido la Cador, le habia fascinado, le habia hecho sentir una pasion violenta, le habia enloquecido, en una palabra; le habia defendido la posesion de su hermosura á pretexto de pureza, le habia he-

cho odioso el vínculo que le unia á Magdalena, y la idea del crímen habia asaltado su pensamiento infame.

Luchó, sin embargo.

Propuso á la Cador el pase á Inglaterra, la abjuracion del catolicismo y la aceptacion del protestantismo para poder unirse, libre ya él por la abjuracion del catolicismo.

La Cador se escandalizó de tal manera de aquella proposicion, tan ardientemente católica se mostró, que Andrés, creyendo inminente un rompimiento por una cuestion religiosa, se apresuró á protestar de que sólo su pasion le habia hecho pensar en tal monstruosidad.

—Satisfaceos con un amor fraternal, con un amor del alma, amigo mio, le decia la Cador con una sonrisa lánguida y una voz tan dulce y tan sentida como la de un ángel: la impureza y la impiedad me asustan: teneis mi alma y yo tengo la vuestra: ¿qué más podemos desear?

Andrés entonces se decidió á matar á Magdalena de una manera tal, que ni la justicia ni la angelical Cador pudiesen hacerle responsable de aquel crímen, ni áun por una sospecha.

Lo preparó todo, y aquella noche esperaba.

A la una debian penetrar en la quinta los asesinos.

Un sentimiento misterioso horrorizaba á Andrés.

Magdalena influia sobre él, no sabemos de qué manera íntima, desconocida, que Andrés no podia explicarse.

La explicacion era muy sencilla.

Magdalena le amaba; Magdalena se lo habia sacrificado todo; Magdalena era la madre de sus hijos.

III.

Hay situaciones supremas en que un pensamiento, un movimiento inconsciente del alma, un ruido inesperado, cualquier cosa moral ó física, hacen que un hombre desista de un proyecto preconcebido, reconozca su monstruosidad, se avergüence, se horrorice de él, é impida su funesta, su terrible realizacion.

En tal estado se encontraba Andrés.

Una pasion candente, la sangre irritada, los nérvios excitados, la sed de una felicidad desconocida, el cuerpo y el alma de la Cador, su sér entero, le arrastraban al fin.

Por otra parte, el amor que por él sentia Magdalena; tal vez una fuerza misteriosa y magnética, resultado de la voluntad de Magdalena de ser amada por él; la idea de sus hijos, á quienes amaba con delirio, le asian, por decirlo así, le obligaban á luchar con todas sus fuerzas para llegar hasta el crímen que debia procurarle la posesion de la Cador.

El mal y el bien se daban en el alma de Andrés una récia batalla.

Pero el mal tenia una gran ventaja sobre el bien.

IV.

Más de una vez Andrés se detuvo delante del reló puesto sobre la chimenea, vió adelantar con terror la

aguja de los instantes, y se dirigió á la puerta del gabinete.

Iba á la habitacion de su mujer, á salvarla, á revelárselo todo, á pedirla perdon.

Pero siempre que esto acontecia, como si la tentadora Cador hubiera estado guardando la puerta, Andrés retrocedia, y exclamaba estas ú otras palabras semejantes:

—¡Ah! ¡cobarde! es necesario concluir de una vez: esa mujer me es odiosa: Emilia es mi vida; no puedo vivir sin ella, y no quiero morir: valor; dentro de media hora todo estará concluido: no podré vacilar, porque ya no habrá remedio.

V.

Dieron las doce y media.

Andrés se dirigió á su cama, se sentó en el sillon colocado junto á ella, se desnudó y se acostó.

Se acostaba, no para dormir, sino para que le encontrasen acostado si sobrevenia algun ruido, si por este ruido se conocia el crímen y venian á llamarle.

Un marido que duerme mientras asesinan á su mujer, debe aparecer inocente ante la candidez del jurado.

Andrés, acostándose, no hacia otra cosa que tomar una precaucion.

Ni queria dormir, ni podia.

Parece como que en el lecho, aunque estemos en vela, se concentran más los pensamientos, tienen más fuerza las ideas.

Andrés se sintió más combatido en el lecho por su vacilacion, más atraido por la Cador, y más atraido por Magdalena; es decir, aquellas dos fuerzas que se le disputaban, habian crecido.

VI.

Dió la una.

La vibracion del reló de la chimenea sonó, no sabemos de qué manera extraña, vibrante, seca, aguda, magnética, terrible, espantosa, en los oidos de Andrés.

En aquel momento debia estarse cometiendo el crímen.

Magdalena, doblegada, sofocada, debia estar pereciendo bajo el puñal de los asesinos.

Un hielo agudo, por decirlo así, pesado, insoportable, una especie de agonía indefinible, se apoderó de Andrés.

Entonces comprendió que amaba á Magdalena, que la Cador era para él un sueño candente, que se habia engañado, que no queria que Magdalena muriese, y saltó del lecho, tomó de sobre un velador la lámpara de noche, y medio desnudo corrió á la puerta de su gabinete, la abrió y pasó.

La Cador habia desaparecido. Sólo quedaba, llenando su alma y su voluntad, Magdalena.

VII.

Tal vez aún era tiempo; tal vez podia librarla de los asesinos.

Andrés recorrió con la velocidad de la angustia, de la agonía, de la esperanza incierta, las habitaciones que separaban á la suya de la de Magdalena.

Cuando llegaba á una puerta cerrada, la abria con una violencia, con una ansiedad febriles.

VIII.

Llegó al fin á una puerta de servicio, por la cual se entraba al dormitorio de Magdalena.

Andrés se detuvo ante aquella puerta, como ante lo horriblemente desconocido.

Nada se veia.

Y aquel silencio era para Andrés terrible.

¿Habria llegado tarde?

Se habia convenido en que el crímen se cometiese entre las doce y la una de la noche, y ya habia sonado la última hora hacia algunos minutos.

¿Envolveria aquel silencio la catástrofe de Magdalena?

IX.

Andrés, despues de algunos momentos de vacilacion, abrió aquella puerta de servicio.

Adelantó, con la vista nublada, tembloroso, vacilante como un ébrio, con la luz inclinada sobre la alfombra, buscando algo horrible, temiendo, con un terror incalculable, encontrarla.

Nada halló.

Levantó la luz y miró el magnífico lecho de Magdalena, colocado en el centro del dormitorio.

Estaba intacto.

Magdalena no se habia acostado.

Magdalena no habia entrado allí.

La buscó por todas sus habitaciones, y no la encontró.

—Velaría, dijo Andrés; la habrán sorprendido velando y se la habrán llevado para ocultar mejor el crímen.

Andrés volvió á cubrirse de sudor frio y se dirigió á la cómoda.

Nada indicaba que la cómoda hubiese sido abierta.

—¡Ah! no han entrado, dijo con alegría Andrés; se habia convenido en que rompiesen la cómoda para que el robo indicase la causa del asesinato; ¡ah! Dios mio, gracias. Pero, ¿por qué no habrán venido? ¿por qué?

Andrés, de una manera instintiva, se dirigió á la puerta que ponia en comunicacion el dormitorio con el saloncito y la galería á que daba la escalera de ojo, por la que se llegaba al jardin.

Andrés bajó por aquella escalera, llegó al postigo, le afianzó por dentro y dijo:

—Si es que tardan no entrarán, no; porque además de quedar asegurado el postigo, permaneceré yo aquí.

Y Andrés se sentó en el último peldaño de la escalera.

Estaba medio desnudo y hacia mucho frio.

Andrés calculó que aunque llegasen despues de apartarse él del postigo, tendria tiempo para vestirse, para

abrigarse y volver á bajar antes de que los bandidos tuviesen lugar de forzar la puerta.

Subió, pasó por las habitaciones de su mujer, llegó á las suyas, se vistió, se envolvió en un pesado abrigo, tomó, por lo que pudiese acontecer, dos rewolvers de seis tiros, y se volvió al pié de la escalera, sentándose junto al postigo,

Pasó mucho tiempo y nada aconteció.

El más profundo silencio, la más completa calma, rodeaban á Andrés.

Los bandidos habian sido avisados á tiempo y se habian vuelto á París.

Pasaron las horas.

La ansiedad de Andrés crecia.

No era ya el temor por la vida de Magdalena lo que le inquietaba.

¿Por qué no estaba Magdalena en la quinta? Esta era ya la gran cuestion de Andrés.

¿Habria salido otras noches? ¿Dónde las habia pasado, y con qué objeto?

¿Habria sido traidor alguno de los bandidos, por obtener una gran recompensa de Magdalena, y ésta se habria alejado para evitar el peligro?

Pero esto era absurdo.

A Magdalena la bastaba con haber avisado al alcalde de Poissy y haber tomado precauciones.

¿Habia sucedido esto y los bandidos habrian sido presos al escalar la tapia del jardin?

La imaginacion de Andrés era un caos.

X.

Pasaron aún más horas, y por la claraboya del postigo entró una luz blanquecina. Era que amanecia.

Entonces sintió Andrés el ruido de un carruaje que se acercaba á la quinta.

—¡Ah! exclamó; ¡ella! no puede ser otra que ella.

Andrés tenia precisamente que pasar por las habitaciones de Magdalena.

Se levantó, subió rápidamente las escaleras, atravesó el corredor, el saloncito, entró en el dormitorio y se dirigió á la puerta de escape.

Pero antes de llegar á ella, la puerta se abrió y apareció Magdalena, que al ver ante sí á Andrés, con una lámpara en la mano, ahogó un grito, se detuvo, se volvió y dijo abriendo la abertura de la puerta:

—Vete, Anastasia; no me acuesto; no te necesito.

Y entró y cerró la puerta, quedando pálida, convulsa, terrible, delante de Andrés.

XI.

—¡Ah! no esperaba tener este encuentro, dijo Magdalena; ¿has venido á buscar algo aquí, Andrés?

Andrés quiso hablar y no pudo.

Habia algo acusador, algo supremo en el semblante de Magdalena.

—Esto es muy extraño, dijo ella; yo no lo habia querido creer, y me veo obligada á creerlo: pero aún me

falta una prueba; busquémosla: afortunadamente traes luz: ven, alumbra.

Y se dirigió á la cómoda, sacando unas pequeñas llaves de su bolsillo.

XII.

Maquinalmente, como impulsado por una fatalidad, Andrés se acercó: Magdalena le miró profundamente.

Estaba pálido, lívido, desencajado: su semblante le acusaba.

Magdalena abrió, con la mano agitada por un temblor nervioso, el primer cajon de la cómoda.

—¿Qué buscas ahí? dijo rehaciéndose Andrés.

—Busco la prueba de un crímen increible, de un crímen infame, y la prueba está aquí, dijo Magdalena poniendo la mano sobre un gran estuche de piel de zapa.

Le abrió y vió dentro un bello y rico aderezo completo de brillantes.

Andrés fijaba una mirada atónita, cobarde en las joyas.

—¿Quién ha puesto aquí este aderezo? yo no le conozco, yo no le he comprado.

—Sin embargo, se atrevió á decir Andrés, tú sabias que estaba ahí.

—Me lo ha dicho Pietro Homobono, dijo con una frialdad terrible Magdalena: si no le conoces por ese nombre, te diré su sobrenombre: Tempestad.

—Yo no conozco á tal hombre, dijo Andrés.

—Bien, pero conoces á algun bandido que está á las

órdenes de ese hombre; esto es indudable: vuestro marido, señora, me dijo Tempestad, quiere asesinaros: vuestra vida le estorba; para hacer pasar vuestro asesinato por el resultado de un robo, vuestro marido ha puesto en un cajon de la cómoda de vuestro dormitorio un aderezo de brillantes de valor de cien mil francos. Yo no queria creerlo, no podia creerlo; pero la prueba está aquí, no puedo dudar de tu crímen y de tu infamia.

—Yo no he puesto ahí ese aderezo: yo, como tú, no le conozco, exclamó balbuceando Andrés.

—Y ¿por qué tiemblas? ¿por qué te has acercado pálido, aterrado, á la cómoda? ¿por qué fijas una mirada de agonía en esas joyas? ¿por qué te he encontrado aquí á una hora desacostumbrada? ¿venias acaso á ver si estaba ya frio mi cadáver?

—¡Oh! ¡Magdalena, Magdalena, escúchame! dijo Andrés alentando apenas.

—¡Ah! sí; hay una mujer encantadora, terrible, que te ha seducido, que te ha enloquecido, que te ha hecho sentir el deseo de romper con la muerte los lazos que te unian á tu esposa para poder unirte con ese ángel de tinieblas; has sido aturdido, rodeado, sorprendido: ¿y no sabias, insensato, que despues de haber muerto á tu esposa te hubiera muerto, hubiera muerto á tus hijos?

—¡Ah! ¡no! ¡imposible! exclamó Andrés.

—¿Y qué, qué es lo imposible? dijo Magdalena, ¿que esa mujer sea capaz de tan espantosos crímenes? ¿la amas tanto que estás ciego y no ves en ella más que un ángel que has soñado? ¿qué dirias si supieras que esa mujer está cubierta de crímenes? pero, ¿qué me importa que

lo creas ó no? vete, porque yo no puedo vivir bajo el mismo techo que el hombre que ha querido matar á su esposa, dando ocasion, por un amor ilegítimo y miserable, á la muerte de sus hijos. Vete: vive donde quieras, cuenta con la renta que quieras para tus vicios: déjame sola con mis hijos y con mi desgracia.

—¡Ah, Magdalena, perdon! exclamó Andrés: me he visto envuelto por Satanás; pero mi amor y mi deber han triunfado: me preguntabas á qué habia venido aquí: á impedir que se cometiese ése horrible crímen: arrepentido, horrorizado de él.

—El crímen debió cometerse entre la una y las dos de la madrugada, y ya ha amanecido: ahora amanece á las siete.

—Estoy aquí desde la una: he pasado la noche velando al pié de las escaleras, armado con estos dos rewolvers; nadie ha venido: tú, que conocias el proyecto, has avisado sin duda al alcalde de Poissy, y los bandidos deben haber sido presos.

—No; se les ha dado una contra-órden por su jefe, Pietro Homobono: podia haber pasado aquí la noche sin temor alguno; sin embargo, he tenido miedo y he permanecido en un hotel en París, á donde habia ido, celosa, á buscar á la Cador.

—Yo no conozco á esa mujer, dijo Andrés.

—Es verdad: tú conoces á Emilia Cannes; pero Emilia Cannes es la Cador: esa Cador á quien en vano ha buscado la ley; esa infame, complicada por una correspondencia amorosa en el proceso terrible de la calle de los Inocentes; esa miserable, enriquecida por una suce-

sion de crímenes y que sólo esperaba para retirarse de su vida espantosa á heredar por medio de tí, y á causa de monstruosos crímenes, toda mi fortuna; ¡ah! Dios no lo ha permitido: se me habia tendido un lazo, y al caer en este lazo he encontrado mi salvacion.

—¡Un lazo! exclamó Andrés.

—Sí; eres mi marido y debo decirte á lo que he ido á París, lo que me ha acontecido en París: no quiero que creas tener razon para acusarme de nada, no: yo he ido á París para decir á una mujer: sois una miserable, una prostituta; me estais robando mi marido y vengo á daros todo el dinero que querais para que salgais de París, para que oculteis vuestra residencia y para ampararme de las leyes si os negais á alejaros de mi esposo.

—No hablemos más de esto, dijo Andrés vivamente, creyendo que triunfaba por amor de Magdalena.

—¡Oh! sí, hablemos: es la última vez que hablamos, dijo Magdalena con una firmeza que aterró á Andrés: cuando se trata de una separacion necesaria de dos cónyuges que tienen hijos, es necesario determinar muchas cosas importantes.

—¡Separarnos! exclamó de una manera suprema Andrés.

—Sí, separarnos, dijo Magdalena acreciendo en firmeza; pues qué, ¿crees tú que puedo yo vivir al lado de un hombre que ha pagado mi muerte por el amor de otra mujer? ¡ah! no; seria necesario para eso que yo estuviese loca, que no tuviese ni corazon, ni conciencia, ni dignidad, ni amor á mis hijos, por los cuales me veo obligada á velar para defenderlos de las asechanzas de

su padre: era necesario para eso que yo fuese víctima de un amor estúpido, no; yo no te amo, Andrés; no se puede amar á lo que se desprecia; no se puede vivir al lado de un hombre que nos ódia hasta el punto de entregarnos á los asesinos; no se puede tener ni áun la tranquilidad de la seguridad; es necesario estar temiendo siempre que la puerta de nuestro dormitorio se abra y aparezca nuestro marido puñal en mano; no, no se puede ni se debe vivir con un hombre como tú.

—¡Oh, Magdalena, Magdalena! exclamó desesperado Andrés; escúchame, sujétame á una prueba, y si respondo á ella, perdóname: yo he estado loco; pero he recobrado la razon: dices que esa mujer que me ha enloquecido es la Cador, y lo creo; porque esa mujer no puede ser más que un ángel ó un demonio: esto ha sido una fascinacion que me ha puesto á prueba, de la que he despertado en el momento más terrible, y he reconocido que te amaba sobre todo, que á nadie he amado más que á tí: al suponerte ensangrentada, muerta, mi corazon se ha extremecido, y he corrido á evitar el crímen.

—¿Y qué me importa la muerte? dijo Magdalena: ¿qué placer, qué paz, qué felicidad puedo encontrar ya sobre la tierra? La muerte seria para mí un beneficio; pero no me pertenezco; tengo hijos y debo vivir para protegerlos.

—¡Ah! tú me amas, Magdalena, exclamó alentando una esperanza Andrés.

—¡Que te amo yo, miserable! exclamó de una manera inmensa Magdalena; pero, sí, es verdad; debes suponerme infame y capaz de todo: yo me casé contigo cuando acababas de ser absuelto, por falta de pruebas, de

una acusacion terrible, de la de envenenamiento del marido de una miserable á quien habias amado, á quien habias abandonado y ofendido por mí: la opinion pública no te habia absuelto, sin embargo; todos decian: ahí va el envenenador. Tienes razon en esperar que la mujer que se olvidó hasta tal punto de sí misma, que se casó contigo, á pesar de todo, te perdonará esta nueva infamia: yo estaba poseida por un amor de Satanás; yo habia sido mal educada; mi padre me dejaba abandonada á los caprichos de mi voluntad; tenia además un hijo tuyo, necesitaba legitimarle: todo esto me hizo tu esposa; pero, ¿cómo no despertar de la locura de mi amor maldito ante esta nueva y horrorosa prueba de tu maldad y de tu infamia? No, un mónstruo no puede ser amado más que por un mónstruo, y yo estoy muy lejos de serlo: me olvidé de todo y me sobrepuse á todo por tu amor; lo que me acontece no es otra cosa que un terrible castigo de la Providencia: la que se une á un infame, no tiene derecho á quejarse si un dia el infame se vuelve contra ella: concluyamos: con el pretexto de viajar, sepárate de mí; yo iré á España, me ocultaré en una aldea, viviré allí para mis hijos, á quienes apartaré de este mundo infame, donde lo que con más facilidad se encuentra es el crímen: mi amor ha muerto; me consideraré viuda: tú vive, goza, obedece á tus instintos, rico con la renta que yo te daré: ni una palabra más: vete.

Andrés vaciló: quiso hablar y no pudo.

Magdalena le aterraba: en su semblante, en su mirada, en su actitud, se comprendia que su decision era firme é irrevocable.

—Vete, repitió Magdalena; no nos volveremos á ver más.

Y extendió el brazo y señaló la puerta con un dedo terrible.

Andrés, como si aquel dedo le hubiese impulsado con una fuerza invencible, salió vacilante como un ébrio.

Magdalena cerró aquella puerta, se sentó despues maquinalmente en un sillon, rompió á llorar, y dijo entre sus lágrimas:

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! á pesar de todo, le amo: la expiacion de mi falta no puede ser más grande.

CAPÍTULO XXXIII.

Los infames se devoran.

I.

Andrés volvió loco á su aposento.

Se paseó por él durante algunos minutos aturdido, y al fin se operó en él una nueva reaccion, una reaccion hácia el mal.

—¡Ah! exclamó deteniéndose de repente y lanzando una carcajada hueca y siniestra: yo he estado loco un momento; he creido que amaba á Magdalena; he creido que ella habia ido á París arrastrada por sus celos: ¡ah! no; una mujer que siente celos por un hombre, le ama; cuando una mujer ama, todo lo perdona: no; ella ha sabido, no sé cómo, que yo queria matarla y ha aprovechado con placer este pretexto para separarse de mí, para vivir libremente: ¡oh! bien, muy bien: esto es lo mejor; disimulemos; salgamos de aquí al instante; observemos: estoy seguro de que hay un amante en campaña; de otro modo, Magdalena no se hubiera mostrado tan inflexible conmigo; por lo ménos, hubiera llorado:

¡ah! ganemos tiempo, y si me ofende, tengo razon para matarla: entonces no será ella la que hable altiva y fiera; seré yo, será un marido en nombre de su honor: ¡ah! sí, eso es: ¡y que haya yo creido que la amaba! no; á quien yo amo es á Emilia; al amarla he comprendido que no habia amado nunca; y ella me ama, ¡oh! sí; estoy seguro de ello: es un ángel; Magdalena la calumnia; y luego, muy pronto tendré la prueba de si me ama Emilia ó no.

II.

Andrés llamó, mandó que pusiesen un carruaje para ir á la próxima estacion del ferro-carril, y mientras lo preparaban se vistió.

Se metió en los bolsillos una fuerte cantidad en oro, salió, se trasladó á la estacion, y en el primer tren salió para París.

III.

A las once de la mañana entraba en casa de Emilia Cannes.

Al verle ésta, dijo para sí:

—¿Por qué está tan pálido, cuando el negocio, no sé por qué, no se ha hecho?

Sin embargo, sonrió de la manera más angelical del mundo á Andrés.

—Y bien, dijo, ¿cómo tan temprano, amigo mio?

—Tenemos que hablar de cosas muy graves, Emilia.

—¡Oh! lo de siempre, dijo la hipócrita aventurera; que os desesperais, que no podeis vivir así, que es necesario que yo me olvide de mí misma; no hablemos de eso, amigo mio; satisfaceos con lo único que puede ser; con un amor dulce, tranquilo, puro; con uno de esos amores que se concentran en sí mismos y que son eternos, porque se parecen al amor de Dios á sus criaturas.

—Cuando se os oye, dijo Andrés, se comprende cuánta es la infamia de los que os calumnian.

—¡Ah! ¿suponen que yo soy vuestra querida? dejadlos decir, que el mundo ha de morder siempre; pero nada importa esto, cuando la conciencia está tranquila; cuando Dios, que lo ve todo, no ve en nuestra alma nada impuro, nada miserable.

—¿Me dais vuestra palabra, Emilia, de responderme con sinceridad á lo que os pregunte? dijo sonriendo Andrés.

—¡Oh! sí; ¿cuándo no he sido yo ingénua con vos? respondió dulcemente Emilia.

—¿Os llamais la Cador? dijo Andrés dominando con su mirada á la jóven.

Tan imprevisto, tan directo, tan terrible fué el golpe, que Emilia se puso pálida y en un movimiento irreflexivo de cólera, de terror, de duda, todo junto, dejó ver una mirada de tigre que se apagó instantáneamente.

Pero Andrés habia visto aquel relámpago.

No podia dudarlo.

—¡Vos sois la Cador! dijo levantándose de una manera enérgica: ¡vos sois una infame!

Emilia no habia tenido tiempo de rehacerse, y se descompuso más.

—¿Sois de la policía secreta? dijo con un acento acerado que hasta entonces no habia oido, partiendo de ella, Andrés: y bien, ¿qué? estamos solos: ¿cómo podeis probar que yo me haya llamado alguna vez la Cador?

Andrés volvió á sentarse.

—Perfectamente, dijo; hé aquí que desaparece el ángel, y queda en su lugar algo más terrible, algo que me enamora más: seamos francos: arrojemos los antifaces: yo os juro que os amo; ¿me amais vos?

Emilia, replegada en su sillon, miraba á Andrés de una manera sombría.

—Y bien, sí, dijo; os amo.

—Supongo, continuó Andrés, que habrán desaparecido todos vuestros escrúpulos; que no tendreis inconveniente en partir vuestra vida conmigo: he tenido una explicacion muy séria con mi mujer, y nos hemos separado para no volvernos á unir jamás.

—¿Que os habeis separado de vuestra mujer?

—Sí.

—¿Y qué pensais hacer?

—Vivir con vos.

—Es decir, ¿quereis que yo, Emilia Cannes, respetada por todo el mundo, dé el escándalo de mantener relaciones públicas con un hombre casado, que me acusen de haber sido la causa de vuestra separacion, de vuestra salida del domicilio conyugal, y sobre todo que me exponga á que vuestra mujer ejercite sobre mí el derecho que la dan las leyes?

—O me amais, ó no me amais.

—Confieso, dijo la Cador con una frialdad irritante, que no siento por vos una pasion tal que me obligue á dar un paso de ese género.

IV.

Andrés guardó por algunos segundos un silencio amenazador.

—Y bien, dijo, comprendo: me he engañado; me habeis seducido; he soñado: lo que se me ha dicho es cierto: vos no veíais en mí al hombre; no: veíais un negocio horrible: habeis proyectado en la sombra, valiéndoos de vuestros cómplices secretos, un crímen espantoso.

—¿Qué estais diciendo? dijo friamente la Cador; ¿qué melodrama estais suponiendo? ¿quién os ha dicho que yo necesito proyectar nada contra vos? me habeis sido simpático porque no os conocia bien; porque yo me he engañado, como vos decís haberos engañado, y esto es todo: ¿á qué recriminaciones? ¿á qué declamaciones que estarian muy bien en un drama romántico? Hemos comprendido que nos habíamos engañado; nuestra comun simpatía se ha convertido en antipatía; separémonos buenamente sin ruido; sigamos cada cual nuestro camino; lo demás seria inútil. Adios, Andrés; hasta la vista.

Y al decir estas palabras, que fueron dichas de una manera incisiva y acompañadas de una mirada penetrante como un puñal, extendió la mano hácia Andrés.

V.

Andrés asió la mano de Emilia, pero no la soltó: atrajo hácia sí violentamente á la jóven y doblegándola la dijo:

—¡Miserable! ¿crees tú que se puede impunemente envenenar el corazon de un hombre, seducirle, hacerle pensar en la muerte de una noble criatura á quien lo debe todo, que es madre de sus hijos, que le ama, que descubre por una funesta casualidad su crímen y le arroja de sí indignada, y le humilla y le desprecia? ¿crees tú que esto pueda hacerse impunemente, y que todo se reduce á un negocio perdido, á un proyecto fracasado?

—¡Soltad! dijo levantando la voz la Cador, que temblaba de miedo, porque Andrés estaba verdaderamente espantoso: vos no teneis sobre mi derecho alguno; vos no podeis reconvenirme; soltad, ó grito.

—¡Calla, calla! exclamó rugiendo sordamente Andrés y doblegando más á la Cador: ¡calla, ó no respondo de mí!

—¡Soltad! ¡soltad! me estais haciendo daño, contestó sin gritar la Cador; estais fuera de vos; yo no os conocia; perdonadme y salid.

—¡Ah! ¿con que es cierto? ¿con que tú querias, por una sucesion de asesinatos, apoderarte de la fortuna de mi mujer? yo no puedo saciar en tí mi coraje; pero yo buscaré tu corazon. sí, tu corazon; todas las infames como tú aman en secreto á un infame: ese infame es

¡Soltad! ¡Soltad!

su deseo, su voluntad, su Dios: el nombre de tu amante oculto; pronto, su nombre: necesito alguien en quien saciar mi cólera; necesito alguien que me pague todo lo que tú me has robado: corazon, familia, conciencia: ¡el nombre de ese hombre!

—¡No! dijo la Cador.

—¡Ah! ¿le amas tanto que temes por él?

—¡No! es que ese hombre no existe.

—Sí; estás temblando; ha llegado el momento de que tiembles ante un hombre; lo temes todo: ¿quién es ese hombre?

Y retorció de tal manera, dominado por su furor, el brazo de aquella miserable, que ésta dió un grito.

VI.

Sucedió una cosa horrible.

La cólera que ardia en los ojos de Andrés creció, y tomó una expresion de muerte su mirada fija en el portier del dormitorio de la Cador.

Se habia abierto y habia aparecido Gamboise.

La Cador dió un grito de alegría y pretendió retener á Andrés, asiendo su mano derecha con sus dos manos.

Gamboise adelantaba metiendo su mano en un bolsillo interior de su paletó.

Andrés se contrajo para reunir todas sus fuerzas, y lanzó de sí á la Cador con tal violencia, que su cabeza chocó contra un ángulo de la chimenea.

Luego el cuerpo de aquella mujer cayó inerte: un surtidor de sangre salia de su cabeza.

Gamboise lanzó un rugido, sacó de su bolsillo un puñal y se dirigió á Andrés.

De repente retrocedió pálido de espanto.

Andrés habia ganado la puerta y extendia hácia él un rewolver de seis tiros.

Gamboise retrocedió; pero como retrocede una fiera.

Andrés avanzó hácia él lentamente.

Y así, retrocediendo el uno y avanzando el otro, Gamboise pasó del pórtico del dormitorio, le atravesó andando de espaldas, ganó la puerta de escape y la cerró.

Andrés afianzó por dentro, con el pasador, aquella puerta, guardó el rewolver, salió rápidamente del dormitorio, y como arrastrado por una fuerza superior á su voluntad, miró á la Cador.

Estaba muerta, rígida, espantosa.

De su herida no salia ya sangre.

Andrés ganó la salida de la casa.

Tan en silencio habia pasado todo esto, ó tan sola estaba la Cador, que á nadie encontró Andrés.

Bajó y entró en el carruaje de Antolin, que le esperaba.

—Llévame á cualquier hotel apartado, le dijo, á un hotel de gente pobre, á un arrabal.

Antolin le llevó rápidamente al arrabal de San Antonio.

Corbacho, á pesar de su rapidez, siguió al carruaje

apoderándose de otro que pasaba vacío á la sazon, y á cuyo cochero dijo:

—No pierdas de vista aquella berlina, pero procura que no se note que la sigues: cuando se pare, continúa; yo te avisaré cuando has de parar.

Corbacho habia salido de una tarbena.

Cuando se detuvo delante de un restaurant en el barrio de San Antonio el carruaje de Antolin, el que conducia á Corbacho pasó de largo y desapareció revolviendo por una calle.

VII.

—Vuelve esta noche, dijo Andrés á Antolin, á buena hora para llegar á tiempo de la salida del tren de las siete.

—Muy bien, señor, dijo Antolin; pero... os olvidais de pagarme.

—No te pago ahora para que no te olvides de volver.

—¡Ah! tanto da. Adios, señor.

Andrés se metió en el restaurant-hotel, y Antolin partió.

A los cinco minutos volvió á pasar el carruaje que conducia á Corbacho.

VIII.

Dieron á Andrés un bonito cuarto en el hotel, y en él se encerró.

Tenia miedo.

La portera y la criada que servia á la Cador le habian visto entrar.

Su declaracion, cuando sobreviniesen los agentes de la ley, podia comprometerle.

Pero debian haber visto tambien entrar á Gamboise.

La catástrofe no habia tenido más testigo que él.

El negocio judicial podia embrollarse; pero Andrés preferia no verse cogido por el negocio.

—El amante de la Cador escapará, decia Andrés; es un bandido, y estos miserables tienen medios de ocultarse y de burlar la accion de las leyes: sólo él podria decir á los agentes de policía quién soy y dónde resido, porque sólo él lo sabe: él, con quien yo convine la muerte de mi pobre Magdalena: la infame Cador ha muerto: ni su criada ni la portera saben quién soy; no hay que tener cuidado: esta noche llegaré á Poissy, se lo revelaré todo á Magdalena, y ésta no habrá dejado de amarme hasta tal punto que se niegue á partir conmigo á Inglaterra: lo que ha sucedido la desarmará; comprenderá que la justicia de Dios ha caido sobre la infame que me habia seducido; aún podré ser feliz: esta leccion es terrible y me salvará: no hay que tener cuidado; mi pista está perdida; la policía no puede buscarme, porque no puede saber mi nombre.

Andrés procuró tranquilizarse.

Pero la impaciencia porque llegase la noche le devoraba.

IX.

Antolin se fué en derechura á la calle de Saint-Honoré y se detuvo delante de la puerta del hotel donde vivia Veracruz y donde él mismo habia vivido.

Tan bien disfrazado estaba y de tal manera desfiguraba la voz, que el portero á quien dijo, como otras veces, avisase á Veracruz que le esperaba el carruaje, no le reconoció ni más ni ménos que las veces anteriores.

El aviso de que el carruaje le esperaba, era una señal convenida entre Antolin y Veracruz.

A los cinco minutos Veracruz bajó, y al entrar en el carruaje dijo á Antolin de manera que lo oyó el portero:

—A los Campos Elíseos.

—¿A qué diablos irá este señor á los Campos Elíseos en un dia como este, lloviendo si Dios tiene qué? dijo el portero, que, como todos los de su clase, era demasiado observador: á fé, á fé, que á la hermosa jóven inglesa no la agradaria mucho conocer estas expediciones de su marido.

Duraba aún la murmuracion del portero, cuando ya el carruaje se habia perdido á lo largo de la calle.

Otro carruaje habia pasado en la misma direccion.

En aquel carruaje iba Corbacho.

Antolin se detuvo delante de una tabernilla de los Campos Elíseos.

Bajó del pescante, abrió la portezuela, bajó Veracruz y entrambos entraron en la taberna.

A poco Corbacho, con su traje de obrero y pareciendo el hombre más inofensivo del mundo, entró en la taberna y miró su primera pieza.

No habia nadie en ella más que el tabernero sentado tras el mostrador fumando su pipa con aire distraido.

Corbacho fué á apoyarse en el mostrador de la manera más familiar del mundo.

—¡Y bien! ¿qué se os ofrece? ¿qué quereis? dijo el tabernero incomodado por aquella confianza y arrojando al mismo tiempo que estas palabras, una bocanada de humo.

Corbacho se puso de una manera imperativa un dedo en la boca.

El tabernero se levantó cuidadoso.

—Mirad, dijo Corbacho sacando una medalla de plata de su bolsillo y mostrándola al tabernero: ¿conoceis esto?

—Sí, sí, señor; sois de la policía, y estoy á vuestras órdenes: espero que nada tendreis que decir en contra mia: yo cumplo bien y de mí no se ha dado todavía una queja.

—¿Dónde están un caballero y un cochero que acaban de entrar en la taberna? dijo Corbacho.

—En una habitacion reservada, contestó el tabernero.

—¿Y no se podrá oir lo que esos hombres hablan? mirad que lo que os exijo es muy importante y que todo francés está obligado á facilitar, por cuantos medios estén á su alcance, la beneficiosa accion á las leyes.

—Puedo llevaros detrás de una division de lienzo con la cual se ha hecho de un saloncito dos habitaciones: yo os señalaré el sitio donde se apoya la mesa en que se han sentado esos dos sugetos.

—Pues no perdamos tiempo, dijo Corbacho.

X.

El tabernero llevó á Corbacho á un cuartito cuadrado, pequeño, en que sólo cabia una mesa con un estrecho espacio alrededor.

El tabernero señaló con el dedo una parte de la pared y salió.

A primera vista no se comprendia que aquella pared, empapelada como las otras, fuese de lienzo.

Aquella era una division económica, de lienzo atirantado sobre una armadura de madera, cuya materia, encubierta por el papel, no se conocia sino por el tacto.

Corbacho, para cerciorarse, tocó la division y se convenció que era de lienzo.

—Hé aquí, dijo para sí, que la casualidad y la economía me ayudan: al fin vamos á saber á qué atenernos.

Y pegó su oido derecho á la division y se tapó el otro oido con el dedo.

XI.

Oyó perfectamente las voces de los dos.

—Te empeñas, decia Antolin, y no reflexionas: la venganza te ciega: yo, á la verdad, me he puesto á tu disposicion porque lo que me has ofrecido no es de despreciar; pero me va entrando un poco de miedo, no sé por qué.

—¡Bah! dijo Veracruz, hay en París un lugar completamente solitario, temible para la buena gente por la

mala que por él anda, y que está completamente abandonado á las siete de la noche: este lugar es el árbol seco de la barrera del Infierno: á esas horas, la gente de mala vida que vive por allí se ha ido ya á buscar fortuna; podemos concluir con seguridad mi negocio.

—Pero si repara nuestro hombre en que no le llevo por el camino ordinario, que le aparto de él, sospechará.

—¡Eh! ¡qué diablo! ¿no dices tú que has oido un grito en el cuarto donde vive la amante de ese Andrés, y que el tal ha bajado á poco, pálido, desencajado, receloso, con todas las apariencias de un hombre que acaba de cometer un crímen?

—Sí; yo creo que ha sucedido algo negro.

—Pues bien: cuando vayas á buscarle le dices: señor, tengo que haceros una advertencia: os persiguen, un gendarme me ha preguntado que á dónde os habia llevado, y yo le he dicho que á Montmartre; le he extraviado, le he dado señas falsas, le he dicho que entrásteis en el restaurant de madama Poplin, que es muy concurrido, y donde no sabrán decir si habeis estado ó no: pensando en esto, he levantado los tableros: ¿quién sabe lo que va dentro de un carruaje cerrado?

—Eres el diablo, Pánfilo, dijo Antolin.

—Tengo una rabiosa sed de venganza contra esa mujer, y lo que hago basta: adora á su marido; yo se lo mato; ella me entregó á los ingleses, que no me mataron porque creyeron más terrible que la muerte el dejarme abandonado en Sierra-Leona: amo, además, á esa mujer.

—¿A pesar de Elisa?

—A Elisa la tengo ya: necesito tener á la marquesa; la tenderé un nuevo lazo del que no escapará como escapó de las Catacumbas.

—Pero, ¿cómo diablos se escapó? dijo Antolin.

—Funestas casualidades, dijo Veracruz: la policía penetró en las Catacumbas el mismo dia en que fué secuestrada en ellas Magdalena, y poco despues de haber tenido yo con ella una entrevista corta, pero terrible: Pietro Homobono y los otros se vieron obligados á escapar sin poderla llevar consigo: no sé más, porque no ha podido decirme más Homobono; pero se comprende que la policía sacó de allí á la marquesa.

—En adelante vivirá muy prevenida, y será muy difícil engañarla, dijo Antolin; además, sospechará que tú has sido el causante de la muerte de Andrés, y te comprometerá ante las leyes.

—¿Con qué pruebas? dijo Veracruz.

—Es cierto; nosotros no somos de los que dejan detrás de sí pruebas; pero siempre incomodan las citaciones y los interrogatorios.

—Te vas haciendo muy prudente, dijo con cierta irritacion Veracruz, ó por mejor decir, muy cobarde.

—¡Ah! no, dijo Antolin; pero siempre es bueno hablar un poco sobre otros negocios: puesto que estás decidido, sea; yo tambien tengo cierta ojeriza á la tal marquesita; me acuerdo de que jugó conmigo como con un trompo; ¡ah! fuí un imbécil: por poco me indispone contigo.

—Concluyamos, Antolin, no es bueno que estemos tanto tiempo juntos, dijo Veracruz; quedamos en que

esta noche llevarás á nuestro hombre, á las siete, al árbol seco de la barrera del Infierno.

—Eso es, respondió Antolin.

XII.

Corbacho sintió que se levantaban y que salian.

Poco despues se oyó el ruido de un carruaje que se alejaba.

Corbacho salió, y dijo al tabernero:

—Gracias, en nombre de la ley, amigo mio; habeis hecho un buen servicio que se os tendrá presente.

Y salió de la taberna, tomó un carruaje que estaba á alguna distancia de ella, y se fué á la comisaría de Mr. Bastian.

XIII.

Aquella tarde, antes del oscurecer, un mendigo, un deshollinador y dos obreros de la clase ínfima, aparecieron en las inmediaciones del árbol seco y desaparecieron.

Este árbol seco se alzaba en una pequeña esplanada, en torno de la cual habia algunos paredones cubiertos de musgo de antiguas casas derruidas.

Tras estos paredones habian desaparecido el mendigo, el deshollinador y los dos obreros.

La imposibilidad de prender á quien no se coje en delito flagrante, habia hecho que no se hubiese podido arrestar á Veracruz.

La simple denuncia de un individuo de la policía secreta no basta para un arresto, porque seria dar lugar á abusos que deben evitarse.

Es cierto que podia haberse arrestado á Antolin, que llevaba en sí mismo, con su disfraz, la prueba de falsificacion de la persona; pero Antolin era un medio para cojer infraganti á Veracruz, y se le dejó en paz.

Sin embargo, Corbacho le vigiló más estrechamente, y ya sabemos que estaba vigilado el árbol seco de la barrera del Infierno.

La policía habia tomado tan bien sus medidas, que parecia imposible pudiese cometerse un crímen.

XIV.

A las seis y cuarto, Antolin fué á buscar á Andrés al restaurant del barrio de San Antonio.

Cuando Andrés bajó, Antolin, que habia saltado del pescante para abrir la portezuela, le dijo:

—Entrad y oid dos palabras.

Andrés se apresuró á entrar en el carruaje.

—¿Qué teneis que decirme? preguntó azorado á Antolin.

—La policía os busca, no sé por qué, por cualquier cosa; pueden creer que conspirais contra el gobierno: esta mañana, á poco de haberos dejado aquí me detuvo un sargento de villa y me preguntó que dónde habia llevado á un caballero que habia tomado en el hotel del barrio de San Antonio. Yo dije para mí: á buena parte vienes, polizonte, y le contesté: le he llevado á Montmar-

tre, al restaurant de madama Poplin: ahora bien, dije yo cuando venia á buscaros, bueno será levantar los tableros del carruaje, no sea que vean al señor: y he levantado los tableros: os digo esto para que no extrañeis el ver los tableros echados.

—Habeis hecho bien, dijo Andrés; pero puesto que esto es así, no me lleveis á vuestra estacion; llevadme á cualquier hotel de los arrabales: allí pasaré la noche, y veremos si os vigilan ó no: si conoceis que os vigilan no volveis por mí: yo lo comprenderé si no habeis ido á buscarme á las cinco de la mañana.

—¿Quereis que os lleve á la barrera del Infierno, á casa de un compadre mio, donde estareis completamente seguro?

—En buen hora, dijo Andrés.

—Pues nada temais: en estos momentos el carruaje no está vigilado, y antes de las siete estareis en completa seguridad.

Antolin cerró la portezuela, saltó al pescante y partió.

Andrés, aterrado por lo que Antolin le habia dicho, se replegó temblando y frio en un ángulo del carruaje, en el cual sólo penetraba una débil luz á través de las estrellas caladas de los tableros.

En cuanto á lo de que el carruaje no estaba vigilado, se habia engañado Antolin.

Apenas habia saltado éste al pescante, saltó á la zaga un hombre que no se sabia de donde habia salido.

Aquel hombre era Corbacho.

Al entrar en la barrera del Infierno, Antolin oyó un

ligero silbidó, y templó la carrera de los caballos, poniéndolos por un momento al paso.

Durante aquel momento, un hombre saltó al pescante, y Antolin volvió á poner los caballos al trote.

—¿A qué llegar al árbol seco? dijo Veracruz, que era el que habia saltado al pescante de Antolin: este sitio es bastante solitario: para.

—Más solitarios son los alrededores del árbol seco, y sólo faltan trescientos pasos, dijo Antolin.

Y avivó á los caballos.

Cinco minutos despues se detuvo.

Habian llegado junto al árbol seco.

La noche era opaca, y allí no habia más alumbrado que el de las linternas del carruaje.

Antolin las apagó rápidamente.

Al mismo tiempo saltó Veracruz del pescante y abrió la portezuela.

—¡Eh! ¿qué vais hacer con ese puñal? exclamó una voz vibrante junto á Veracruz, al mismo tiempo que una mano robusta asía su mano.

Aquel hombre era Corbacho; pero no habia contado con la terrible fuerza de Veracruz, que le despidió de sí como hubiera despedido á un niño.

En aquel momento Andrés, azorado, asomaba el cuerpo en la portezuela.

Veracruz le asió, le sacó fuera, y le hirió en el pecho; saltó al pescante, y dijo á Antolin:

—¡A escape!

Todo esto fué hecho en tres segundos; pero los caballos no se movieron.

Un hombre tenia el freno de cada uno de ellos.

Al mismo tiempo Corbacho, que se habia levantado furioso, adelantaba rewolver en mano, y otros dos hombres, uno á la derecha y otro á la izquierda del pescante, armados tambien de rewolvers, contenian á Veracruz y á Antolin.

Se oia además el ruido de algunos hombres que adelantaban.

—Estais arrestados en nombre de la ley, exclamó Corbacho con voz terrible.

Y á continuacion silbó de una manera poderosa.

Se oyeron entonces más fuertes y más rápidos los pasos de los que se acercaban, y ocho gendarmes y un comisario rodearon el carruaje.

Antolin y Veracruz estaban sobrecogidos de espanto, como todos los criminales cuando se ven cogidos infraganti; es decir, con la prueba plena de su crimen: no veian ni á los gendarmes, ni al comisario, ni á los esbirros de la policía secreta; lo que veian era la guillotina, lo que oian eran los leves gemidos de Andrés que espiraba.

—Bajad y no hagais resistencia, bribones, porque moris, dijo el comisario, que era Mr. Bastian.

—Morir ahora ó morir luego, tanto da, dijo Veracruz sacando un rewolver.

Antolin se abrazó á él, y le impidió hacer fuego.

—¿Quién sabe? dijo, tal vez sin la resistencia, la guillotina se convierta en cadena perpétua.

Veracruz rugia.

Dos individuos de la invisible, el mendigo, y el des-

hollinador habian trepado al peascante, habian desarmado á Veracruz, y le habian puesto las esposas con una maestría y una rapidez dignas de elogio. Antolin fué tambien esposado, y entrambos bajaron del carruaje.

XV.

Entonces, y sólo entonces, se acudió á Andrés: lo principal habia sido el arresto de los asesinos.

A la luz de dos linternas que habian sacado de debajo de sus capotes dos gendarmes, se vió que Andrés espiraba.

Tenia una puñalada en el pecho.

—Dios me castiga, dijo con voz apenas perceptible: soy un infame cargado de crímenes; esta mañana maté á una mujer terrible, á la Cador: yo soy Andrés Peralta, marqués de Santorcaz y de Alpuente: rogad á la marquesa que me perdone.

Un vómito de sangre ahogó su voz.

Cinco minutos despues habia muerto.

EPÍLOGO.

I

Dos meses despues, á las siete de la mañana, un gentío inmenso se agolpaba en derredor de la guillotina.

El veredicto unánime del jurado habia sentenciado á muerte á los dos piratas negreros, Pánfilo de Veracruz y Antolin Pereira.

El proceso instruido contra ellos por el asesinato premeditado del marqués de Santoreaz y de Alpuente habia arrojado de sí contra los dos acusados una historia tenebrosa, una historia horrible.

La marquesa viuda habia hecho, conmoviendo al público que habia asistido á las sesiones del jurado, revelaciones importantísimas.

Consultado el almirantazgo inglés, habia arrojado sobre el proceso una luz sombría, y la justicia, representada por el jurado, habia hecho caer sobre la cabeza de los culpables la sentencia de muerte.

Veracruz y Antolin murieron con una valentía aterradora.

Todo lo que les quedaba ya era un alarde satánico de soberbia.

Fueron sobre el patíbulo dos terribles figuras que no olvidaron en mucho tiempo los que presenciaron la ejecucion.

II.

Los infames se habian devorado.

La justicia de Dios los habia perseguido hasta exterminarlos.

Los que no habian caido bajo el puñal, bajo el veneno ó sobre el patíbulo; esto es, Magdalena y Pepa, fueron heridas por la mano de Dios.

Pepa, obtenido por el duque de Portmontier su divorcio de ella, se volvió loca.

Magdalena murió desesperada, dejando á sus hijos huérfanos bajo la infame tutela de un pariente avaro.

Y es que el mal no puede producir el bien: es que la infamia y el crímen se han vuelto, se vuelven y se volverán contra los que los practican.

FIN DE LOS GRANDES INFAMES.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.

		Páginas.
CAPÍTULO	I.—De cómo se avinieron el marqués de Alpuente y Pepa.	5
	II.—Dos eminencias del crimen	18
	III.—A los treinta y dos años	31
	IV.—Lo que doman á un hombre, por enérgico que sea, los años y las desgracias	42
	V.—De cómo un ministerio puede escaparse por la puerta falsa	52
	VI.—De cómo se perdió y volvió á aparecer la marquesa de Santorcaz	57
	VII.—Una mujer en combate	75
	VIII.—De lo que hizo Andrés para buscar á su hijo, y de cómo le encontró	92
	IX.—Continúa la lucha de Magdalena	105
	X.—De cómo Veracruz se encontró cogido por Pepa	117
	XI.—El marqués de Portmontier y los celos del marqués de Alpuente	131
	XII.—En que los personajes que nos quedan van marchando á su situacion definitiva	157
	XIII.—Continuacion del anterior	167
	XIV.—De cómo no hay que fiar mucho en Sierra Leona	178
	XV.—De cómo los ingleses hicieron de Veracruz un nuevo Robinson	187
	XVI.—De cómo Veracruz se hizo señor de un pequeño reino salvaje	233
	XVII.—La infamia de las infamias	277
	XVIII.—La vuelta á Europa	290

Páginas

XIX.—Un convenio entre dos bribones..... 306
XX.—Un asesinato audaz..... 318
XXI.—La faz de una mujer virtuosa.—El elixir de amor... 341
XXII.—La Providencia..... 358
XXIII.—Continúan los manejos de Antolin..... 363
XXIV.—El teje maneje de la invisible..... 405
XXV.—El zorro en el cubil del lobo..... 423
XXVI.—De cómo la Cador y la Cannes eran una misma persona..... 439
XXVII.—Resultado del juicio de una portera francesa acerca de los españoles..... 451
XXVIII.—Consideraciones sobre la policía secreta, y justificacion del título y del objeto de este libro..... 461
XXIX.—Los de arriba y los de abajo..... 480
XXX.—La red del crimen..... 517
XXXI.—La caza del raton..... 529
XXXII.—Los infames se devoran..... 583
Epílogo..... 601

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
Examinó la gente que habia en la partida	92
Una mujer salió de entre la espesura	203
... y apareció una cabeza negra y horrible	270
Acudieron dos doncellas á medio vestir	349
—¡Soltad! ¡Soltad!	588